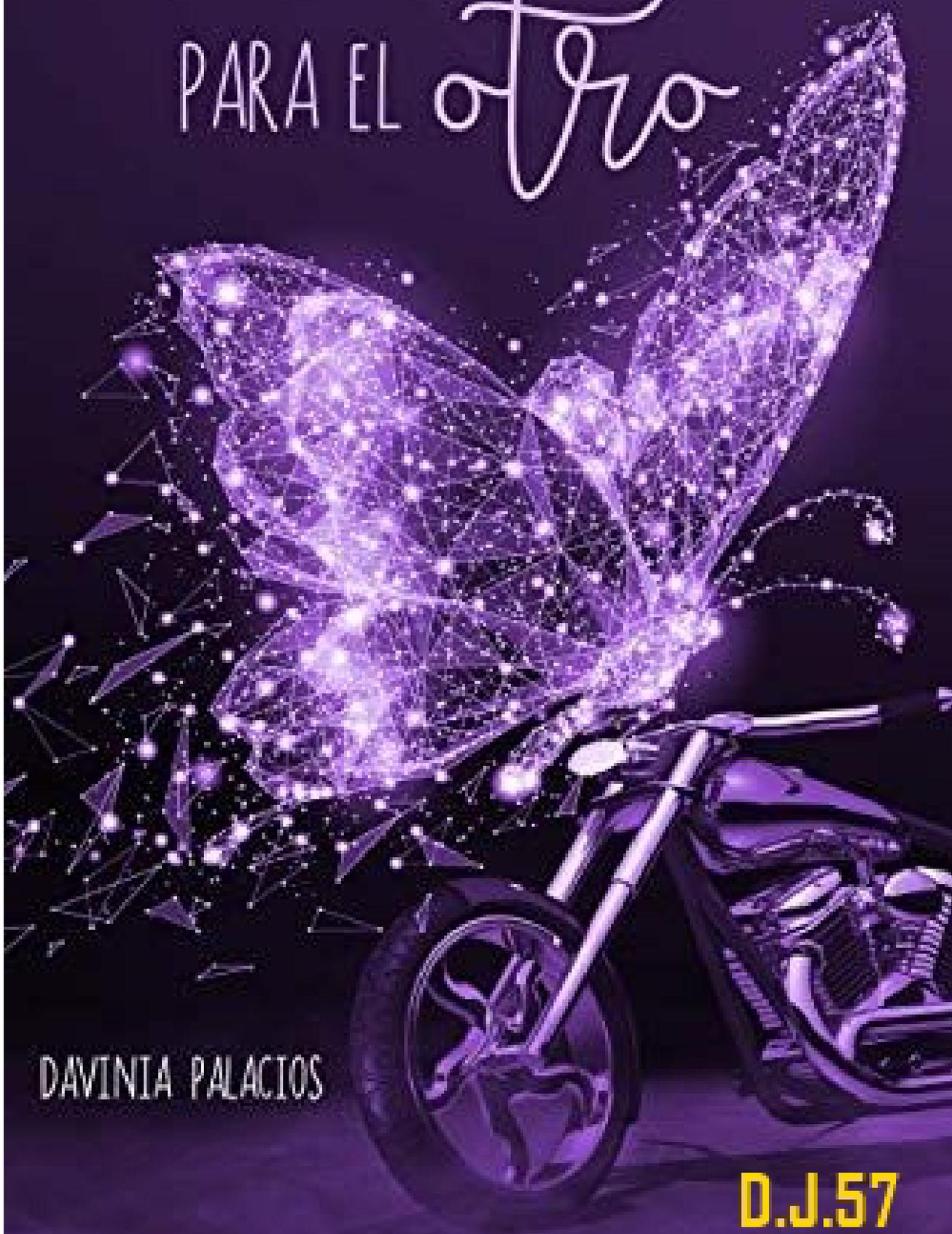


HECHOS EL uno PARA EL otro



DAVINIA PALACIOS

D.J.57

HECHOS EL UNO PARA EL OTRO

Davinia Palacios

© 2019, Davinia Palacios

Facebook: Davinia Palacios Writer

Instagram: @davinia palacioswriter

www.daviniapalacioswriter.com

Corrección: Begoña Martínez

Diseño de cubierta, diseño interior y maquetación:
Nerea Pérez Expósito de www.imagina-designs.com

Depósito legal: GI1328-2019

Toda esta historia sale de la imaginación de la autora, siendo casualidad cualquier parecido con la realidad.

Los personajes, así como sus nombres y poblaciones han sido inventados.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A la flor más bonita del jardín.
La estrella más brillante del firmamento.
Mi abuela Inés.*

Índice

[PRÓLOGO](#)

[MADISON](#)

[CONVERSACIÓN MATUTINA](#)

[EZEKIEL](#)

[LA PRIMERA CENA](#)

[¿POR QUÉ NO APARECES AHORA?](#)

[QUÉDATE CONMIGO](#)

[UNA DECISIÓN EQUIVOCADA](#)

[ESCUCHAS](#)

[CAMBIOS](#)

[AMIGOS](#)

[BESOS QUE LO CAMBIAN TODO](#)

[LOS CHICOS](#)

[ACOSTUMBRÁNDOME](#)

[NUESTRA PRIMERA VEZ](#)

[SOSPECHAS](#)

[PRESENTACIÓN OFICIAL](#)

[LA VERDAD](#)

[¿QUÉ ME HACES?](#)

[ELLA YA LO SABE](#)

[EN DEUDA](#)

[WHISKY](#)

[LA TÉCNICA](#)

[RECUPERACIÓN](#)

[LA RECOGIDA](#)

[¿QUIÉN ERA ELLA?](#)

[AYUDANDO](#)

[CELEBRANDO LA VIDA](#)

[SINTIÉNDOME ÚTIL](#)

[LA LLEGADA](#)

[TE QUIERO A TI](#)

[MARGARITAS](#)

[SU DESPEDIDA](#)

[SOMOS UNA FAMILIA](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[PLAYLIST](#)

[OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA](#)

La mariposa es signo de evolución y renacimiento: empieza siendo un huevo, después una oruga y, gracias a su metamorfosis y tras un periodo de inactividad cercana a la muerte, renace como un precioso insecto alado.

En la antigüedad solía representar el alma que no desaparece con la muerte del cuerpo, creyendo que cuando una persona exhalaba su último aliento, este era despedido en forma de mariposas.

Prólogo

Aquella mañana, nada podía salir mal. Iba decidida a aceptar el trabajo de asistente social para el que tanto me había preparado. Sabía que mi misión en este mundo era ayudar a todos los que me necesitaran, en concreto a las mujeres más desfavorecidas, a las maltratadas, las abandonadas, las olvidadas de la sociedad. Las que menos ayuda solían recibir en una ciudad como la mía.

Mi madre había muerto hacía un mes escaso, tras luchar como una jabata contra una enfermedad que no tiene compasión por nada ni nadie.

Cuando salí de casa, nada podía presagiar cuánto iba a cambiar mi vida en tan solo unos minutos.

Era demasiado temprano cuando iba de camino al metro. Vivir en el peor barrio de la ciudad significaba, entre muchas otras cosas, que debías desplazarte mucho hasta llegar al centro. Los peores barrios estaban en la periferia. Yo solo podía pensar que, por fin, después de los años que había estado compaginando estudios y trabajos, consiguiendo becas para acabar mi carrera universitaria, ahora, podría trabajar para lo que me había preparado durante tanto tiempo. Porque el último día de carrera fue cuando empezó nuestra pesadilla. Mi madre estaba enferma y necesitábamos dinero, mucho dinero, para poder costear todos los gastos que supondrían las pruebas, los medicamentos y alguien que la cuidara mientras yo trabajaba de sol a sol, haciendo todo lo que tuviera que hacer para conseguir el dinero que nos hacía tanta falta.

Justo cuando doblaba la oscura y fría esquina, antes de llegar a la parada del metro, escuché cómo se apagaba el ruido del motor.

De lo siguiente que fui consciente fue de cómo tiraba de mi pelo recogido en una cola de caballo y me hacía retorcerme de dolor, obligándome a caer de rodillas al húmedo y sucio pavimento.

Noté la hoja, fría, dura, mortal, del cuchillo apretar sobre la piel de mi cuello. Y, después, su asquerosa voz.

—Vamos a divertirnos un rato, Madi.

Era el mayor hijo de puta que había sobre la faz de la Tierra. John había sido la pareja de mi madre durante diez años, desde que yo tenía catorce hasta que cumplí los veinticuatro. Cuando ella se puso enferma, la dejó.

Siempre me había mirado de manera sucia y asquerosa, pero jamás pensé que sería capaz de hacer algo tan canalla y doloroso. Me arrastró hacia la parte más oscura de la calle y allí me metió a la fuerza dentro de su coche, donde había alguien más.

Alguien queapestaba a inmundicia y que, enseguida, me agarró de las muñecas mientras John me daba un puñetazo para, acto seguido, desnudarme de cintura para abajo.

—Esto hará que te estés quietecita.

Me resistí, luché, hice todo lo que pude por evitar que aquello pasara.

Pero pasó. De manera muy dolorosa. Cerré los ojos y pensé en mi madre; su sonrisa cuando le dije que había conseguido acabar la carrera; cuando le enseñé el título universitario; cuando sonreía feliz sabiendo que a su hija no iban a degradarla ni a mirarla mal por ser mestiza, por ser del peor barrio de la ciudad; «tú mereces mucho más», me decía siempre. Me relajé todo lo que pude mientras rezaba porque acabara lo antes posible.

Cuando acabaron, me dejaron tirada en el suelo rota en todos los sentidos.

Salió derrapando de allí justo cuando aparecía un coche patrulla con las sirenas encendidas.

No me vieron, así que, poco a poco, como pude, me levanté y recogí mis pedacitos rotos para volver a casa. No podía ir a mi primer día de trabajo de aquella manera. Tenía que volver a casa, ducharme, arreglarme de nuevo y ponerme ropa limpia, después ya tendría tiempo de ir al hospital para que me hicieran una revisión.

Una chica como yo no podía perder la oportunidad que le habían dado, porque esas oportunidades solo pasaban una vez en la vida, y aquella era la mía.

Llegué a casa, abrí la puerta y me fui directa hacia la ducha. Accioné el grifo sabiendo que no saldría agua caliente. Después del funeral no había podido pagar algunas facturas, entre ellas la del gas, así que me fui desnudando poco a poco dejando que el agua me helara la sangre y el corazón.

Tardé un mes en atreverme a salir a la calle de nuevo. Estuve tirada en la cama sin moverme, me obligaba a mí misma a beber agua, pero de buena gana me habría dejado morir. No contesté llamadas, ni abrí la puerta durante todo ese tiempo.

Después de todo lo que había aguantado con mi madre a causa de su enfermedad, de todos los nervios durante el proceso de selección, de que ese malnacido acabara de destrozarme, mi sistema nervioso no aguantó más y me desplomé.

Me movía, respiraba, trabajaba y hacía todo como un proceso mecánico del cual yo no formaba parte. Tuve una depresión que duró hasta que nació mi hija.

Cuando vi sus ojos negros espabilé de golpe. Ella no se merecía vivir de la misma manera en la que había estado viviendo yo mientras la llevaba en mi vientre. Cuando me enteré de que estaba embarazada no pude abortar, fue como si ella desde mi interior me dijera que estaba ahí por un motivo. Si no llega a ser por mi Agnes, ahora mismo no sé dónde estaría.

Vendí la casa de mi madre y me mudé a otra ciudad. Como la casa no era una mansión en Beverly Hills no dio para mucho pero, por lo menos, en esas cuatro paredes pude empezar a rehacer mi vida. Un barrio normalito en otra ciudad podrida. Lo único que me podía permitir.

El comienzo fue duro y difícil, pero todo tiene solución menos la muerte.

Un día, cuando estaba mirando el diario mientras le daba el pecho a Agnes, vi que buscaban modelos de sujetador. Me dije «por qué no», así que me presenté; pagaban doscientos dólares la sesión y necesitaba pañales para mi hija y pagar las facturas para tener calefacción y agua caliente para mi bebé de cuatro meses. También algo de comida para mí, si la alimentaba de pecho yo necesitaba comer algo para que ella tuviera su alimento, aunque si por mí hubiera sido, no me habría gastado ni un centavo en mi persona.

Allí fue donde conocí a Marc, el fotógrafo. Al principio fue muy amable, demasiado amable. Pero me la jugó.

Al cabo de un mes, me entregó un sobre con mil dólares. Había vendido fotos mías, desnuda de cintura para arriba, las había hecho cuando me cambiaba entre toma y toma. Me decía que podía ganar cinco veces más si lo hacía desnuda. Decía que era algo artístico, que, para tener treinta años y ser madre, tenía un

cuerpazo, así que por qué no aprovecharlo, más aún cuando era tan obvio que me hacía falta el dinero.

Así que lo hice. Cinco veces. Me aseguré que las fotos se venderían a revistas de otros países, por lo que nadie en Estados Unidos las vería jamás. En ese momento, no pensé que la frontera con México estaba a tan solo doscientos kilómetros.

Con el dinero pude reformar mi pequeña casita, ver crecer a mi hija sin estar rodeada de cucarachas, ratas y demás fauna salvaje, llevarla al pediatra todas las veces que fue necesario y, lo más importante, tuve la suerte de poder disfrutar de cada uno de sus días cuidándola y mimándola. Siendo su todo y ella, el mío.

El barrio estaba ocupado, en su mayoría, por inmigrantes, gente trabajadora, buscavidas. Cuando uno tiene que darle de comer a sus hijos, hace lo que sea. Aunque también había bandas callejeras.

En una ciudad en la que la policía es más corrupta que los propios delincuentes, en la que los políticos solo buscan llenar sus bolsillos mientras el prójimo no tiene ni para comer, ¿quién es el delincuente? ¿El que roba para comer o el que tiene que protegerte y abusa de su poder para dañarte y robarte?

La vida son instantes y, en uno solo, pasé de ser una licenciada con un trabajo prometedor, a ser una mujer sola, violada y madre soltera.

Mi vida no ha sido fácil —ni antes ni después de la violación— pero no voy a ir de víctima por eso, por desgracia hay millones de mujeres que, a diario padecen, ese tipo de ataques.

Unas tenemos la suerte de seguir vivas, otras ni tan siquiera eso.

Él tuvo el poder de la fuerza, de hacerme daño, pero el poder para arruinarme la vida no se lo cedí. Solo yo soy la responsable de lo que haga con mi vida, de dejarme vencer por el miedo y hundirme; o tirar para adelante con todas las fuerzas y sobreponerme a aquella oscura y lúgubre mañana. Por mí y por mi hija.

Si no la tuviera a ella seguramente ya estaría muerta en algún callejón.

Madison

Ya lo tengo todo preparado para celebrar el tercer cumpleaños de mi niña. Olvido se ha hecho cargo de mi turno y me ha ayudado a preparar todo, desde la tarta hasta el regalo.

Le ha regalado un vestidito de ballet. Estoy deseando ver cómo le queda la falda de tul rosa a mi pequeña mariposa.

—¡Mami! ¡Mami! ¡Mami! —grita desde el patio trasero.

La veo desde la ventana del comedor entretanto acabo de colocar los globos de colores atados a las sillas.

Pienso en todo lo que hace falta; tengo que acordarme de comprar botellas de agua, casi no quedan, y el agua corriente de aquí es mejor no beberla.

Agnes es alérgica al gluten y, hasta que dimos con ese diagnóstico, lo pasamos mal. El dinero que gané con las fotos se esfumó hace un año en médicos, pruebas y desplazamientos al mejor hospital materno infantil de la zona.

—*Quero* bañarme, mami —pide señalando el surtidor de la manguera con la que riego los pequeños rosales que planté hace unos meses.

—Mi mariposita quiere refrescarse, ¿verdad?

Bajo los tres escalones hasta el césped descuidado y parcheado, y le acaricio su pequeña cabecita de pelo negro. Es mi *mini yo*.

Este verano está siendo el peor y eso que todavía estamos a junio. La ola de calor que sube desde el sur azotando todos los estados de la zona está agrandando el desierto y secando todos los campos.

Acciono el grifo y la manguera cobra vida, se llena de agua que sale dirigida en pequeños chorros por el surtidor.

Agnes se acerca, con su pequeña y redonda barriguita pintada con ceras de colores, y empieza a mojarse mientras gira sobre sus pequeños pies descalzos. Ese ha sido mi regalo adelantado, quería que le pintara una mariposa en su

pequeña tripita y el otro día compré las ceras en la papelería que hay cerca de mi trabajo.

El otro regalo es una pequeña piscina hinchable en la que cabremos las dos. A mí me llegará el agua por las rodillas pero ella podrá jugar sin ningún peligro, siempre y cuando esté yo con ella vigilando que no resbale.

La hija de una vecina hace de canguro de vez en cuando, solo en las ocasiones en las que no puedo dejar a Agnes en la guardería y me toca turno de noche. Ella se encarga de recogerla de la guardería, bañarla y darle de cenar. Pero ahora que ya han acabado las clases la necesito más horas. Tiene dieciséis años y eso hace que no me quede del todo tranquila cuando tengo que dejarla con ella. Aunque, si lo pienso bien, solo me quedo tranquila cuando está conmigo.

Agnes gira y gira sin parar, ya ha trastabillado un par de veces y sé que se va a marear.

—Mi amor, deja de dar tantas vueltas... —Y justo cuando se lo digo, resbala y cae de lado sobre el césped empapado.

Me mira y empieza a llorar. Sabe que su mami sale corriendo al escucharla.

La cojo con cuidado, no se ha hecho nada, ni un simple arañazo, pero no le gusta caerse solo porque no es algo que ella haya escogido. Para tener tan solo tres años, es muy perseverante en lo que quiere y sabe decir que no a la perfección.

Le acaricio la cara quitándole una pequeña brizna de hierba verde que se le ha quedado pegada al cachete. El flequillo negro y liso casi le llega a los ojos, pero es tan difícil cortarle el pelo —no para quieta— que siempre procuro hacerlo cuando se queda dormida. Lo malo es que justo después tengo que cambiar las sábanas.

—Ya está. No ha sido nada. Mi niña es fuerte y valiente, ¿a que sí?

—Aro, mami. —Atrapa mi mano entre las tuyas para que no deje de acariciarla.

—Pues venga, dame la mano que tenemos que ir a bañarte. Dentro de poco rato van a venir amiguitos, y no querrás que te vean la barrigota así de manchada.

Empiezo a hacerle cosquillas y pedorretas, levantándola en brazos y acercando mi cara a su pequeño cuerpecito.

Agradezco cada día la suerte que tengo de tenerla en mi vida, aquí conmigo.

Que empezara a crecer dentro de mi ser de una forma horrible no me ha impedido quererla y amarla más que a nada en este mundo. Ella lo es todo para mí. No concibo mi vida sin mi hija. Me salvó del lamentable estado en el que me encontraba y daría mi vida por ella sin pensarlo.

Aquella mañana, quedó desterrada al olvido en mi mente. Sé que entró en la cárcel poco después de cometer su crimen conmigo, aunque, en su condena, no había cargos por violación.

Después de ducharla y dejarla en el salón con Debby, su canguro, me ducho yo. Necesito un momento de relax, estos días han sido un caos para poder organizar toda esta pequeña fiesta. Nuestra situación económica no da para grandes celebraciones pero mi niña está sana y crece feliz, quiero celebrarlo con los pocos amigos que tenemos. Ella se lo merece todo.

Dentro del agua procuro no pensar en el capullo de mi jefe, en todas las horas extras que he hecho durante semanas y que todavía no me ha pagado; en todos los favores que he tenido que pedir para poder tener fiesta esta tarde de sábado.

Después de enjabonarme, cojo la maquinilla y empiezo a depilarme las piernas, las axilas y las ingles. Y justo cuando estoy tocando por esa zona, ese pequeño y conocido cosquilleo, hace su aparición. Hace semanas que no disfruto de diez minutos para mí misma y no creo que vaya a tenerlos en lo que queda de día.

Llevar más de un año sin relaciones hace que una tenga que cubrir sus propias necesidades.

Al cabo de unos minutos salgo del cuarto de baño de mi habitación, envuelta en una toalla, lista para vestirme. Los pocos invitados que tenemos estarán a punto de llegar.

Cuando salgo, vestida con un sencillo vestido corto de gasa, llaman a la puerta.

—Ya abro yo —aviso a Debby.

—Mami, ¿quién es?

—Ahora mismo lo veremos, mariposita.

Son Alyssa y sus niños, Sam y Joaquín, de cuatro y seis años respectivamente.

—¡Felicidades! —gritan ambos.

—¡Shhh! A ella no, se lo tenéis que decir a Agnes.

Alyssa vive en otro barrio junto con sus dos niños. Su marido es camionero y pasa la mayor parte del tiempo montado en un tráiler de veinte metros recorriendo todo el país. Gana lo suficiente como para que su mujer pueda quedarse en casa cuidando de sus hijos, que ya es trabajo suficiente.

Ella suele ofrecerse a cuidar a Agnes, pero sé que le resulta complicado ya que Sam es hiperactivo y le consume toda la energía él solito.

Vamos hacia el pequeño salón, los niños van trotando y peleándose por saber cuál de los dos será el que le dé el regalo a Agnes.

—Tranquilos, si dentro de la bolsa hay dos paquetes, para que cada uno le entreguéis uno.

Los niños siguen peleándose mientras Agnes espera impaciente a que saquen sus regalos de la bolsa.

—¿Soy yo o cada día están más grandes? —Observo a sus dos monstruitos al lado de mi niña, parece que en pocos días han dado un estirón.

Debby los conduce hacia el patio trasero, allí se está mejor porque ya no toca el sol directamente.

—¿Cómo se porta la canguro? ¿Ha vuelto a traer algún noviete mientras está trabajando? —pregunta Alyssa, coge uno de los dulces que hay en un bote de cristal y se lo lleva a la boca.

—No. Solo fue aquella vez. Creo que le dejé bastante claro que si volvía a pillarla con alguien en casa cuando estaba al cuidado de mi hija se lo diría a su madre y ella se encargaría de castigarla. La teme tanto que no se acercará ningún chico a dos manzanas de mi casa.

—¡Ay! A esa edad yo estaba calentorra como el tubo de escape de una moto. —Mueve una mano abanicándose exageradamente—. ¿Tú no?

¿Cómo era yo a los dieciséis años? Estaba a punto de desvirgarme con Paul, el chico de la heladería. Ese verano no pagué ni un solo cucurucho. Fuimos novios durante tres largos y calurosos meses.

—Supongo que igual que ella, aunque ya no lo recuerdo.

Alyssa es la única que conoce mi historia, la única que sabe lo que pasó aquella mañana hace ya casi cuatro años. Pero nunca, jamás, hablamos de ello. Se ha convertido en mi mejor amiga, casi como la hermana que nunca tuve.

Cogemos las limonadas y salimos al patio donde está Debby con los niños, cuando me pregunta sobre los nuevos vecinos.

—¿Sabes quién se ha mudado la casa? —Mueve la cabeza hacia la derecha señalando la casa con la cual comparto patio, separado tan solo por una pequeña valla de madera de cincuenta centímetros de alto.

—Ni idea. El otro día, de madrugada, escuché algo de jaleo, movimientos de cajas y risas, pero no me levanté de la cama para saber quién era.

Es lo que tiene dormir con las ventanas abiertas para intentar disminuir algo el calor insoportable que hace por las noches dentro de casa, que escuchas todos los ruidos.

Agnes ya ha abierto sus regalos. Un peluche con forma de unicornio, que ya lleva colgando debajo de su brazo, y un cochecito de juguete donde poner a sus muñecas.

—¿Al final, no has podido resistirte al cochecito, eh?

Cuando me preguntó qué podía regalarle le dije que algo barato, aquí nadie tiene una economía boyante, por no hablar de que ahora me tocará cargar con el carrito a cualquier parte que vayamos.

—Va, deja de quejarte. Yo no tengo niñas y a mis hijos no les gusta jugar con carritos, me moría de ganas por comprárselo.

Nos sentamos en las sillas de plástico y vemos jugar a los niños en el pequeño castillo hinchable que he montado.

—¿Qué te dijo el cardiólogo?

—Que no tengo que preocuparme, el orificio interventricular quedó cerrado por completo en la operación. Iremos a verlo cada dos años para llevar un control, pero está todo bien.

En la revisión del año, cuando el pediatra auscultaba a Agnes, escuchó algo que no le gustó. A partir de ahí no paramos hasta que, a los dieciséis meses, operaron del corazón a mi niña. Desde entonces, hemos estado yendo a la consulta del cardiólogo cada seis meses.

—Me alegra oírlo. Mírala, si está llena de vida, esta niña es un milagro, no puede pasarle nada malo.

—Lo cierto es que me quedo mucho más tranquila. Hace ya año y medio que se operó y todo sigue bien. ¿Sabes esa sensación de miedo constante porque algo pueda pasarle? Todavía sigo controlando si respira cuando duerme.

Bebe un trago de su bebida y se gira para echarme la bronca.

—¡Oh, vamos! Madi, cariño, no puedes estar toda la vida esperando a que algo malo pase. Tú mejor que nadie debería saber que si está escrito en algún sitio que algo nos pase, pasará. Pero en el destino de esta niña no hay nada malo.

Mientras los niños juegan y Debby chatea por su móvil, seguramente con su novio porque esta noche su madre trabaja y no estará controlándola, Alyssa y yo seguimos contándonos nuestras penas y alegrías.

Ya se han comido los bocadillos y hace rato que piden la tarta y la piñata para hincharse a chuches.

—Enseguida la sacaremos, esperad un poquito más.

Quiero sacar la tarta cuando ya haya anochecido, así la vela con forma de estrella y las bengalas lucirán más que si las saco cuando todavía es de día.

—¿Qué órgano vital le has tenido que prometer al desgraciado de tu jefe para que te deje hacer fiesta esta tarde? —pregunta en su tono sarcástico de siempre.

—Un pulmón. —Reímos—. En serio, con lo que fuma, seguro que me lo pediría si supiera que no va a ir a la cárcel después. En realidad, Olvido está haciendo doble turno y mañana yo se lo devolveré. Los domingos es cuando menos follón hay pero, aun así, prefiero hacerlo mañana que un lunes.

—¿Agnes se quedará con Debby? —Esta levanta la cabeza al escuchar su nombre.

—¿Mañana por la mañana? —pregunta a media voz. Ya me temo que no va a poder.

—Sí, tengo que trabajar, ¿podrías quedarte aquí con ella?

—Bueno... —titubea—, lo cierto es que estaba quedando con JD para ir al lago.

Los niños siguen saltando en el castillo hinchable, así que me decido a tener esa pequeña charla con Debby, esa charla que sé que su madre no mantendrá jamás con ella. Es la pequeña de diez hermanos, todos chicos, y ninguno va a

tomarse la molestia de advertirle sobre los efectos de las relaciones sexuales no seguras.

—Ven aquí, Debby —la llama Alyssa—. Siéntate a nuestro lado.

La pobre cría, con cuerpo de mujer, viene hacia nosotras con cara de hastío. Doy unas palmadas en la silla para que se siente frente a nosotras.

—Estoy segura de que..., JD, ¿verdad? —asiente con la cabeza— de que JD es muy buen chico y te respeta.

Su cara empieza a ponerse roja de momento. Se coloca, nerviosa, un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Sabes cómo se pone un preservativo? —espeta Alyssa de repente.

—¡Nena! No seas tan bestia —va a asustar a la pobre cría—. A ver, Debby, supongo que sabes que los niños no los trae la cigüeña, ¿verdad? Si tu madre no se niega, me parece genial que salgas con JD, pero ya tienes una edad, y estás hecha una mujer...

—Si tiene más tetas que yo —recalca Alyssa.

La verdad es que la niña tiene un cuerpazo, cosa que no es nada mala. Pero cuando uno tiene esa edad en la que no piensa en nada más que en sexo a cada hora, es mejor que pase vergüenza cinco minutos a que cargue con las consecuencias durante toda la vida.

—Lo que queremos explicarte es que sí, que si solo te mete la puntita, puede pasarte enfermedades de transmisión sexual. Que sí, que si se corre una sola vez, aunque sea tu primera vez, sí puedes quedarte embarazada. Y también sí, el líquido preseminal contiene esperma, y puede subir por tu útero hasta llegar a fecundar a uno de tus óvulos.

Los ojos se le van a salir de las órbitas.

—Y no —comenta ahora Alyssa—, por otros sitios no te quedas embarazada, solo si es vaginal.

—¡Alyssa!

—¿¿Qué?? Cuando hice mi primera mamada pensaba que si se corría dentro podría quedarme embarazada.

—Me voy a buscar a los niños —dice Debby mientras se aleja de nosotras asustada a la par que avergonzada.

—Bueno, creo que hemos conseguido nuestro propósito, no dejaré que JD acerque su serpiente a su manzana.

Empezamos a reírnos tanto, que hasta Agnes viene a ver si me pasa algo.

—¡Mami! ¡Mami! *Quero* tarta. ¿Podemos comerla ya?

La levanto del suelo asiéndola por debajo de sus axilas y la abrazo.

—Claro que sí, mi amor. Id a lavaros las manos que ahora mismo la sacamos.

Me encanta olerle el cuello, ese olor a ternura, a bebé, a amor; es mi droga.

—¿Qué harás dentro de trece años cuando sea ella la que tenga dieciséis?

La veo correr hacia dentro de casa, junto con Sam y Joaquín, y pienso en todas las posibles formas de torturar a cualquiera que quiera aprovecharse de mi niña o hacerle daño.

—Compraré una pala y cal.

Hace ver que se asusta por mi comentario. Aunque aquí ya sabemos cómo funciona esto. Eres de los fuertes o de los débiles.

—Yo te ayudaré.

Justo cuando nos abrazamos para ir hacia la cocina a preparar la tarta, un estruendo de motores llega desde la parte delantera.

Entramos y, una vez en la cocina, puedo ver desde la ventana unas diez motos tipo Harley Davidson aparcando sobre la acera y el césped delantero de la casa vecina.

Peligro.

Es la primera palabra que acude a mi mente cuando veo a todos esos moteros, vestidos de negro, con chalecos de cuero y llenos de tatuajes.

—Dime que ninguno de esos ha comprado la casa de aquí al lado—le pido a Alyssa.

—Ninguno de esos ha comprado la casa de aquí al lado.

Las dos estamos mirando de forma descarada desde la ventana de la cocina, la que hay sobre el fregadero, que es la que mejor vista tiene al exterior.

Vemos cómo aparcan, dejando las motos inclinadas hacia la izquierda. Hay un par de mujeres que acompañan a algunos moteros, espero que alguna de ellas sea la propietaria; si hay una mujer en la casa seguro que son algo más civilizados que si solo son compañía que viene a calentarlos a ellos.

—¿Mami, *quién* es? —pregunta Agnes tirando de mi falda.

—No lo sé, cariño. Supongo que los nuevos vecinos.

Uno de ellos se acerca a la puerta, llave en mano. Como la calle ya está en penumbra no puedo ver bien cómo es. Pero, a simple vista, es como todos los demás.

—¿De qué banda serán? —pregunta Alyssa estirando el cuello para verlo mejor.

Él se queda mirando hacia mi casa, supongo que ha podido vernos al tener la luz de dentro encendida.

—Me da igual. Si él no da problemas, yo no se los daré a él. Es lo único que necesito saber.

Hace muchos años que esta casa estaba desocupada. Cuando yo llegué, hace tres años, ya llevaba tiempo cerrada. Las ventanas tapiadas con madera, las malas hierbas altas y frondosas. Un vecino que tiene cabras se ha encargado de traerlas de vez en cuando para cortar toda la maleza.

Como en esta ciudad impera la ley del silencio nadie me ha dicho nunca a quién pertenecía la casa y jamás se me ocurriría preguntarlo.

Volvemos hacia el salón, Debby ya ha encendido las bombillas de colores que hay sobre la mesa del jardín, donde Agnes y los dos niños esperan su tarta y la piñata.

—Si son de alguna banda grande no tendrás a maleantes por aquí, ellos se encargarán de asustarlos.

—Preferiría que todo siguiera como hasta ahora.

—Más vale malo conocido que bueno por conocer, ¿eh?

—Supongo que sí. A todos los demás ya sé cómo tratarlos, a estos no.

Colocamos la vela y las bengalas en la tarta sin gluten y con fondant que le ha preparado Olvi; espero para encenderlas hasta que veo que Alyssa ya ha llegado a la mesa del jardín con los platos de papel y los tenedores.

Mi pequeña mariposa salta al ver la decoración de los platos, pequeños unicornios de color rosa. Es su *animal* favorito. Ahora sí, cojo el mechero y enciendo la vela y las bengalas que empiezan a chisporrotear desprendiendo destellos de colores. Mi niña me observa bajar los escalones mientras me acerco a ella sin perderla de vista.

El patio no es muy ancho pero sí alargado, y la mesa está casi al final de todo, al cubierto de un árbol del cual Alyssa ya ha colgado la piñata en una de las ramas.

Sus ojitos brillan más que las bengalas, da palmaditas y salta sobre la silla deseando que llegue con la tarta.

Cuando no he andado más de diez pasos, por el rabillo del ojo izquierdo me parece ver un borrón negro que salta la valla de separación entre las casas. Es un perro. Un enorme perro de raza rottweiler está trotando hacia mí.

De repente Alyssa y Debby empiezan a chillar, cogen a los niños y los suben a la mesa.

Del miedo me quedo paralizada, no corro, me detengo en seco pero la tarta se me ha caído de las manos y está destrozada a mis pies. Una leve brisa agita la falda de mi vestido, consigue que esta vuele alrededor de mis muslos, pero no me atrevo a moverme lo más mínimo con esa bestia aquí.

Cuando creo que el enorme perro va a saltarme encima con su descomunal y peligrosa boca abierta, la voz ronca y potente de un hombre lo detiene en seco.

—¡Thor! —grita.

Y, de repente, el animal se detiene y se sienta sobre sus cuartos traseros, a tan solo medio metro de mí. Su lengua cuelga desde un lateral, jadea pero no se mueve.

Muy despacio, giro la cabeza lo justo para ver venir a un hombre desde la casa vecina. Otros se han quedado detrás de él, en el jardín de su casa.

Él camina de esa manera que lo hacen algunos hombres, se acerca tranquilo, con pisadas fuertes, los hombros erguidos y los brazos algo separados de su tórax por los músculos que intuyo que tiene.

Mira al perro con cara de pocos amigos y después me mira a mí, que sigo paralizada y muerta de miedo por lo que ese animal puede hacer con esas mandíbulas.

Su mirada se entretiene por mi cuerpo, recorriéndome entera, desde la cabeza, pasando por mi pecho que sube y baja con dificultad, hasta llegar a mis pies descalzos, entonces es cuando ve la tarta tirada en el suelo y se gira para observar la escena que forman las dos mujeres y los niños sobre la mesa iluminada con las bombillas de colores.

—Lo siento. —Su voz es dura, ronca, peligrosa, al igual que él—. Al ver las bengalas ha querido jugar, no es más que un cachorro.

Sus ojos rasgados, que parecen de color caramelo, no pestañean ni dejan de mirarme mientras me habla pausadamente, como si no quisiera asustarme más.

—Dime cuánto te ha costado la tarta y podré...

—No. No quiero tu dinero. Quiero que salgas de mi casa con tu perro y que lo ates para que esto no vuelva a suceder.

Mantengo la respiración a raya, no dejo ver el miedo que se ha instalado en mi cuerpo desde que he visto a ese enorme perro en el mismo recinto que mi hija.

—Siento si he estropeado la celebración, quiero compensarte...—Parece que dice la verdad. Solo lo parece.

—He dicho que no.

Inclina la cabeza levemente, da la vuelta y se aleja hacia la parte de su casa, el perro camina detrás de él tan tranquilo.

Se escuchan risas y voces de sus amigos.

—¿Te han dado calabazas? —comenta uno de ellos cuando el dueño del perro cruza la valla sin mucho esfuerzo.

Alyssa viene corriendo hacia mí, me tiende una mano que cojo para poder mover los pies que, de repente, parecen haber echado raíces.

—¿Estás bien? Menos mal que no te ha saltado encima, ¿has visto los colmillos que tenía?

Muevo la cabeza, asiento lentamente, cuando llega Agnes corriendo junto con Joaquín y Sam.

—¿Podemos abrir ya la piñata? Ahora que ya no vamos a comer tarta —razona el pequeño Joaquín.

Me recompongo del susto y con una sonrisa le confirmo su petición.

—¿Mami, podemos tener un perrito como ese? —Justo en eso estaba pensando yo ahora, en tener una bestia como esa.

Me inclino hasta quedar frente a ella, a su altura.

—No, mi amor. No se llevaría bien con tu unicornio.

Conversación matutina

Hace rato que Alyssa, los niños y Debby se marcharon.

Al final, Debby se podrá quedar mañana todo el día con Agnes. Pero me costará unos dólares más.

Termino de recoger todo lo de la fiesta. Salgo al patio trasero y se escucha el jaleo que tienen montado los nuevos vecinos. Espero que esta no vaya a ser la tónica habitual de cada noche. Una cosa es hacer una barbacoa, como la que puedo ver que están haciendo, y otra muy distinta es estar con la música a todo volumen hasta las tantas de la madrugada.

Risotadas y bromas resuenan por todo el recinto. Desde que se fueron los vecinos de tres casas más arriba el primer año que llegamos aquí, no había habido nadie tan escandaloso como estos de ahora.

Alguien grita que no quiere encontrarse condones usados por el suelo, supongo que será el dueño del perro, quizás también lo sea de la casa.

No estamos muy separados, apenas hay un metro de distancia entre la pared de su casa y la mía, sin contar con la insignificante valla de madera que puede saltar sin esfuerzo hasta mi propia hija de tres años de edad. Parece que paso desapercibida entretanto voy recogiendo a oscuras las guirnaldas, globos y juguetes varios que han dejado tirados dentro del castillo hinchable.

Cuando me doy la vuelta para volver cargada con todos los cacharros de Agnes, veo que, por una de las ventanas de la parte superior de la casa, con las luces de la estancia encendidas, hay un hombre desnudándose de cintura para arriba. En ese mismo instante emerge del suelo la cabeza rubia de una mujer, su cuerpo se roza con el de él. Ella ya está desnuda, sus enormes tetas operadas deben de ser visibles desde el centro de la ciudad. Sus manos van hacia el pantalón del hombre que, relajado y sonriente, se deja hacer.

—¡Shhh! Preciosa, ¿quieres subir conmigo? —ofrece una voz desde el otro lado de la valla.

Desvió la mirada, consciente de que me he quedado embobada observando la tórrida escena, y me fijo en el hombre que me ha hablado, es el que está al cargo de la barbacoa, con unas pinzas enormes para la carne. No puedo ver nada más de él que la barba larga y espesa que tiene y que es muy alto.

—Vamos, no seas vergonzosa.

—Gilipollas —susurro.

Sigo caminando hasta entrar en casa de nuevo, cerrar la puerta con los dos pestillos y, después, dedicarme a colocar las cosas de mi hija en su sitio.

Decido sacar la basura por la mañana cuando me vaya a trabajar. No quiero ver cómo esas motos ocupan parte de mi pequeña propiedad.

La noche ha sido de lo más movidita, menuda fiesta han liado. Por no hablar del escándalo que han hecho las motos sobre las tres de la madrugada cuando por fin se han ido. Apenas he podido descansar y tengo que pasarme doce horas de pie, atendiendo a todo tipo de personas y aguantando al imbécil de mi jefe que, seguramente, estará de un humor de perros.

Aunque para Agnes no ha sido diferente de ninguna otra noche, ha dormido como un angelito desde que se acostó. Hasta hace unos meses dormíamos en la misma cama pero fue ella la que, una tarde, me dijo que quería dormir en su camita. Tiene su habitación preparada desde poco después de mudarnos aquí, pero a mí nunca me ha importado dormir con ella.

Las dos veces que me he acostado con un hombre nunca han sido en mi cama, siempre nos hemos apañado en el sofá. Aunque de eso hace ya más de un año.

La primera vez que tuve sexo después de la violación fue hace un año y medio, necesité más de dos años para volver a confiar en un hombre de esa manera y, aun así, no pude dejar que él llevara las riendas de la relación, tuve que sentarme yo encima y, una vez hubimos acabado, lo hice marcharse casi antes de subirse los pantalones.

Por eso, desde entonces, tengo un pequeño vibrador con forma de huevo que me ayuda a descargar la tensión acumulada. Y cuando tengo a Agnes vigilada y se da la ocasión, aprovecho, como ayer, el momento de la ducha para relajarme.

Antes de aquella mañana tenía sexo de forma regular. Sobre todo con alguien que creía especial. Alguien que me dejó al saber lo que me habían hecho. Básicamente dijo que no podría volver a follarme sabiendo que me habían violado. No le importó nada más, solo salió huyendo de allí.

Así que, en lugar de hundirme de nuevo y olvidarme del sexo de por vida, decidí que los orgasmos me los proporcionaría yo misma, no necesitaba a ningún hombre para ello; y ya era madre, no tenía intención de serlo de nuevo. Aunque no negaré que hacerlo con alguien especial es mejor que hacerlo con una misma, yo también soy muy especial para mí.

Como cada mañana, bajo hacia la cocina vestida con el uniforme. Pongo agua en la cafetera y le cambio el filtro. Podría tomarme el café en la cafetería, pero allí nos lo hacen pagar. El muy huraño no nos deja beber nada si no lo pagamos primero. Así que me llevo mi fiambrrera con la comida para todo el día y mi botella de agua, por lo menos nos deja meterlo en la nevera y calentar la comida en el microondas; aún querrá que le demos las gracias.

Miro encima de la repisa los sobres de correos que llevan acumulados una semana sin querer abrirlos. Son todo facturas, algunas recordando que el plazo de pago se aproxima, y yo esperando a que llegue el día de cobro para poder pagarlas.

Ya con la taza de café en la mano, me acerco a la ventana y me quedo pensando en las musarañas entretanto observo la casa vecina. Espero que la fiesta de anoche fuese la de bienvenida y no se repita lo mismo cada noche. Hoy voy a necesitar dos tazas de café bien cargadas para poder despertarme en condiciones.

Ahí sigue la moto. Lo cierto es que es bonita y, si no fuera tan escandalosa, sería mejor. Esas motos valen una pasta, quizá se haya gastado todo su dinero en ella y por eso ahora tenga que vivir en este barrio y en esa casa. Está que se cae a pedazos. No la he visto nunca por dentro pero, viéndola por fuera, no invita a querer entrar.

Un golpeteo rítmico en la puerta me devuelve a la realidad. Llevo más de diez minutos aquí de pie como una pava mirando la casa del nuevo vecino. Tendré que hablar con él para que arregle la valla que separa nuestros patios y

así evitar que su perro vuelva a aparecer en el mío. Me da miedo pensar que Agnes pueda estar en el jardín jugando y ese animal vuelva a aparecer por aquí.

La pobre Olvido se llevará un disgusto enorme cuando le diga que la tarta se cayó al suelo por culpa de ese perro y que no pudimos ni probarla.

—Buenos días, Madison —saluda Debby con cara de haber dormido poco.

—Buenos días, Debby. Ya he dejado la comida en la nevera. Recuerda no dejarla sin refrigerar si sobra algo, con este calor no dura nada. Volveré sobre las diez, o eso espero.

De vez en cuando me toca el turno hasta el cierre, que suele ser sobre las doce de la noche, pero hoy empezaré dos horas antes, justo para no salir tan tarde. Los domingos no hay transporte público a esa hora, y la idea de cruzar sola el polígono no me hace especial ilusión.

—No la dejes dormir mucho más de una hora.

—Está bien, Madi. ¿Podremos bañarnos en la piscina? —Me mira emocionada, deseando que le diga que sí.

La piscina. Se la regalé ayer y con todo el susto del perro, al final, ni la monté.

—No está montada.

Me giro y voy hacia la entrada para coger mi bolso.

—No importa. Puedo ir hinchando el aro superior y poner la manguera para que vaya llenándose, seguro que a Agnes le hará ilusión y así nos refrescamos un poco.

Suena ilusionada, sé que debajo del top y la minifalda lleva el bikini y no ropa interior.

—Debby, primero quiero hablar con el nuevo vecino. Hasta que no esté segura de que ese perro no va a volver a saltar a nuestra casa, mejor no salgáis al patio.

—¿En todo el día?! Nos derretiremos aquí adentro —se queja con cara de hastío.

—¡Ah! Está bien. Intentaré hablar con él antes de ir a trabajar.

Me acerco otra vez a la habitación de mi mariposita para darle un beso en la frente y desearle buen día. Inspiro el olor de su piel y..., ¡Dios! no puede haber nada mejor que esto.

Bajo las escaleras con cuidado y me despido de Debby.

Ahora me toca hacer algo que no me entusiasma especialmente, que es ir a llamar a la puerta del vecino, un domingo a las ocho de la mañana.

Salgo de casa y el bochorno matutino ya empieza a hacer de las suyas, un hilo de sudor desciende por mi columna vertebral hacia el lugar donde se unen mis nalgas. Cruzo por delante de su moto, por lo menos, solo queda esta sobre la acera. Subo los escalones hasta quedar al amparo debajo de su porche y toco el botón del timbre.

No suena, me lo tendría que haber imaginado. No funciona. Con la de años que hace que no vive nadie en esta casa, no me extraña.

Me cuelgo bien el bolso en el hombro y me endezco antes de llamar, ahora dando unos golpes con la mano en la puerta. Y nada, no contesta nadie. Debby tendrá que esperar para ese baño en nuestra pequeña piscina hinchable.

Al girarme, rápida para marcharme antes de que se me escape el autobús, topo contra algo duro y caliente. Retrocedo un paso, quedando atrapada entre la puerta de su casa y su cuerpo. Es el nuevo vecino.

Pestañeo varias veces intentando recordar lo que tenía que decirle. Es el mismo hombre que ayer saltó la valla y detuvo al perro antes de que este se abalanzara sobre mí.

—¿Qué quieres? —espeta con esa voz ronca y profunda, manteniendo la mirada sin pestañear.

Da la impresión de que viene de hacer deporte, por lo menos, eso parece por la ropa que lleva puesta y por lo sudado que está. Y, para mi completa sorpresa, no noto ningún olor desagradable, y eso que está muy cerca de mí, demasiado cerca. Tanto como para fijarme en la barba que bordea sus labios y en el brazo lleno de tatuajes. Endezco los hombros y elevo la barbilla para poder mirarlo a los ojos.

—Eh..., venía a decirte que..., soy la vecina de aquí al lado. Tengo una hija que ayer se quedó sin tarta de cumpleaños porque tu perro casi me saltó encima. Si ahora vas a vivir aquí y vamos a compartir el espacio de atrás, estaría bien que te encargaras de subir la valla que lo separa hasta una medida que tu perro no sea capaz de volver a saltar y meterse de nuevo en mi casa.

Me observa, impasible, no sé si es que no me ha entendido o qué problema tiene porque no reacciona.

—Si la valla separa ambos patios, quizá deberíamos repartirnos la faena.

¡¿Cómo?! ¡¿Tendrá morro?!

Juega con las llaves y al mirar hacia abajo, veo que el perro también viene con él. Está jadeando, sentado al lado de su dueño, con su enorme lengua colgando hacia un lado.

Parece que da un paso acercándose unos pocos centímetros más a mí. Tengo que echar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo a los ojos, es mucho más alto que yo. Y sí, anoche vi bien, son de un extraño color caramelo.

—Haz lo que quieras. Ata a tu perro y que no vuelva a saltar a mi casa ni a poner en peligro a mi hija. Y, ahora, si me dejas pasar...

El muy capullo no se mueve del sitio, sabe que me está cerrando el paso. No podré moverme sin rozarme con él para salir de su porche. Solo me mira, clavando sus ojos color miel en mi cara.

Me giro y le doy todo lo fuerte que puedo con el hombro para que me deje pasar. Consigo salir del rincón entre la puerta y su cuerpo, siendo muy consciente de que mis pulsaciones se han disparado.

Él se vuelve para mirarme, ver cómo salto los escalones de su porche mientras corro hacia la parada de autobús.

Al final, llego al restaurante solo cinco minutos antes de que empiece mi turno, la discusión tonta con el nuevo vecino me ha hecho perder más tiempo del que creía y casi pierdo otro autobús.

El restaurante está en una carretera muy transitada así que siempre hay alguien con hambre o sed, dispuesto a pararse para repostar de combustible su vehículo; los más habituales son camiones que hacen rutas internacionales o interestatales.

A simple vista, puede parecer un mal sitio para que una mujer trabaje, pero lo cierto es que, a excepción de alguna novedad, solemos conocer a todos los camioneros que hacen aquí sus paradas de forma semanal o quincenal. La gran mayoría son buena gente, aunque siempre te encuentras con alguno que quiere enseñarte el mundo desde su camión pese a que tú le digas que no te apetece moverte de tu barrio de mierda; y algún anormal que se cree el dueño de

cualquier mujer que él crea que puede ligarse, como el pesado del viernes a última hora que no paró hasta que no le di un guantazo por tocarme el culo cuando le servía la hamburguesa. Su frase graciosa mientras me palpaba el culo fue: «esta sí que es buena carne para comérsela». Pues, como este, rara es la semana que no nos encontramos con dos o tres.

Son más peligrosos los chavales de los barrios colindantes que vienen aquí a comprar droga o para hacer sus trapicheos varios. El más descerebrado puede ir con un revolver en la cintura de los pantalones, y si a eso le sumas las grandes cantidades de alcohol que ingieren, las reyertas siempre están a la orden del día. Por lo general, solo dos bandas, que son aliadas entre sí, son las que se reúnen aquí, pero las rivales saben dónde encontrarlos y no sería la primera vez que se lían a tiros en el aparcamiento.

—Buenos días, Olvi —saludo a mi compañera—. Muchísimas gracias por lo de ayer.

—Buenos días, mi amor. ¿Cómo fue todo? ¿Le gustó la tarta a mi niña?

Entro en la barra después de haber dejado el bolso en la estantería de la trastienda y me coloco el delantal y la chapa identificativa.

Y, ahora, viene cuando le tengo que explicar lo que pasó ayer con la tarta.

—La celebración estuvo genial, mi niña estaba tan feliz, y le encantaron los platos de unicornios que trajiste. Me ha encargado que te dé un súper beso y un abrazo de unicornio.

—Tan tierna como siempre, mi princesa. —Casi podría ser su abuela, la quiere como si lo fuera.

Pensar en eso siempre me recuerda a mi madre, lo que ella disfrutaría de su nieta y viceversa.

—Y..., sobre la tarta —saludamos a dos clientes que acaban de entrar—, no te vas a creer lo que pasó. Tengo vecinos nuevos, su perro saltó la valla y vino corriendo hacia mí, me asusté tanto que se me cayó al suelo justo cuando estaba sacándola al patio para soplar las velas.

—¡Ay, esa valla! Siempre te dije que debías gastarte algo de dinero en madera o en una malla metálica y separar bien esos patios.

—Ya, ya lo sé, pero ¿cuándo es buen momento para gastarse dinero en eso? Además, hace casi tres años que vivo ahí y jamás había tenido vecinos.

—Habla con los dueños y pídeles que mantengan a su perro fuera de tu casa y de tu patio. Solo Dios sabe lo que podría pasar si ese animal pillara sola a Agnes jugando en el patio.

—Venga, dejaos de tanta charla y servir de una vez los cafés. —Rodrigo ha heredado el látigo de Alfred y sale a darle a las fieras.

—Buenos días para ti también, Rodrigo.

—Madison, me ha parecido que llegabas tarde, quizá debería avisar a Alfred para que lo tenga en cuenta a final de mes.

Salgo de la barra con la jarra del café en la mano, lista para rellenar las tazas de los clientes que acaban de entrar y que son los únicos que las tienen vacías, el resto de clientes ya están servidos o están decidiéndose por su plato, así que le contesto:

—En ese caso, dile también que se acuerde de pagarme todas las horas extras que me debe.

Olvido me regaña, no le gusta que sea tan contestona, pero es que a mí no me gusta pasarme aquí más cincuenta horas a la semana para después cobrar la miseria que cobro.

Alfred ladra mucho pero no muerde. Además, no hay personal dispuesto a trabajar aquí por lo poco que paga y haciendo las horas que tienes que hacer.

—Si alguna vez te cansas de ese gilipollas o del otro, el calvo que suele estar escondido detrás del cristal polarizado, yo podría darte trabajo.

—Muchas gracias, Miguel. Pero ¿qué diría tu mujer si se entera?

Miguel es uno de los clientes habituales, le gusta hacer ver que liga con nosotras pero después agacha las orejas cuando su mujer lo llama por teléfono. Hace la ruta internacional, llegando hasta Monterrey, México.

—Mejor que no se entere, muchacha. A ella no le bastaría con una explicación. Querría venganza.

Me guiña un ojo y empieza a comerse su plato de desayuno.

—¿Esta vez no te acompaña tu hijo Jorge? —Suele venir con él, debe de tener unos veinte años.

—No, *mija*, esta vez su mamá quiso que se quedara con ella para no sentirse sola. Hace un mes que partí de casa y aún tardaré una semana más en llegar. El

barrio se está poniendo cada vez más peligroso. Y este Gobierno no hace nada por ayudarnos.

—En ese caso es mejor desayunar bien y descansar después, antes de continuar con el viaje

Le sonrío y me voy hacia otra mesa a tomar nota a los clientes. No sé cómo será el barrio de Miguel, pero sé cómo es el nuestro.

El restaurante abre a las seis de la mañana, Olvido es la que suele hacer ese horario y acaba después del turno de comidas. Y, para que ayer yo pudiera estar en el cumpleaños de mi niña, ella alargó su turno hasta media tarde, cambiando horas también con Lilly, mi otra compañera que vendrá cuando Olvido acabe su turno.

El coche patrulla de la zona acaba de llegar al aparcamiento, ya sabemos lo que quieren, siempre piden lo mismo, y por más obvio que parezca, siempre son: dos cafés para llevar, dos rosquillas glaseadas y dos *bagels*.

Hoy no viene Zack. Es de los únicos de los que puedo fiarme. Aquí toda la policía, o su gran mayoría, está controlada o por políticos igual de corruptos, o por traficantes; da igual el artículo traficado, el abanico es amplio: drogas, armas, mujeres.

—Los agentes ya están aquí, Olvi, ¿puedes ir preparando su pedido para que puedan seguir con su ruta y protegernos a todos? —No le pasa desapercibido mi tono irónico.

Dos tipos sentados en la última mesa, la que queda más cercana a los aseos, levantan su mirada de los teléfonos móviles para echar un vistazo por los ventanales del local. Seguramente estén esperando a alguien para hacer el intercambio de mercancía en la parte trasera del restaurante.

—Oído cocina.

—Buenos días, señoras. ¿Querrán algo más aparte del café? —pregunto a la pareja de ancianas que suele desayunar aquí cada día.

—Oh, sí, hoy me apetecen unos huevos revueltos y un *muffin* de chocolate —dice una de ellas para asombro mío y de su acompañante.

—¿En serio vas a tomarte todo eso? —pregunta asombrada su amiga, la que sigue poniéndose los rulos antes de meterse en la cama. No sería la primera vez que viene sin darse cuenta con la redecilla puesta en la cabeza.

—Oh, querida, de algo tengo que morirte. Si me da un colapso y me tienen que ingresar, la muy amargada de mi nuera tendrá que venir a limpiarme el culo. Quiero ver la cara que pone cuando eso pase.

Casi prefiero no tener que escuchar ciertas conversaciones pero, en mi trabajo, es inevitable. Si el cliente sigue hablando cuando yo estoy sirviendo no es mi culpa.

—Esa mala bruja..., siempre dije que no le daría buena vida a tu hijo. Pero, por lo menos la tuya vendrá y te limpiará aunque sea aguantándose las náuseas, la mía ni siquiera aparecería por allí. Yo tampoco quise cuidar nunca de mi suegra. Si no lo hice con mi madre, que me parió, no iba a hacerlo con ese demonio de mujer. A mí, puedes traerme una tortilla con perejil, por favor.

—En seguida, señora.

Las dejo con su discusión sobre nueras, culos y demás fluidos corporales para atender a unos hombres que acaban de entrar.

—Buenos días, Olvido, Madison —saluda el agente que ha entrado a por el desayuno. Al escuchar su voz me doy cuenta de que es el agente Dan. Uno de los más bordes y prepotentes del cuerpo que patrulla por nuestra zona.

Le saludo con un movimiento de cabeza entretanto me acerco a la mesa número siete.

—Buenos días, un poco de café. ¿Van a tomar algo más?

Anoto su pedido y me voy hacia la cocina para pasarle las notas al cocinero.

Y así, entre pedidos y clientes, discurre la mañana tranquila. Entre semana, suele haber más movimiento, pero los domingos por la mañana es el momento más tranquilo. La gente no viene con tantas prisas ni hay tantos trabajadores del polígono industrial que queda al lado.

Sin darme apenas cuenta, ya estamos recogiendo las mesas después del servicio de comidas; Alfred se ha marchado y nos hemos quedado solos Olvido, los cocineros y yo. Y, ahora, acaba de llegar Lilly.

La saludo y, con la excusa de salir a tirar la basura, meto dentro de bolsas de papel comida que se ha preparado y que nadie se va a comer: hamburguesas, patatas y piezas de fruta que, aunque ya están maduras, se pueden comer. Según la normativa de Alfred todo esto debería tirarse, pero yo no puedo deshacerme de todos esos kilos de comida mientras haya gente pasando hambre.

Así que, una vez fuera, detrás de los contenedores, me encuentro con un par de hombres y una mujer que suelen vagar por la zona.

—Muchas gracias, Madison. Que Dios te pague todo esto que haces por nosotros.

Le resto importancia al hecho. Me entristece, no puedo ayudarlos tanto como me gustaría. La mayoría son inmigrantes que cruzaron la frontera o que llegaron hace mucho tiempo al país, con la promesa de un trabajo mejor, trabajo que nunca llegó o que, después de la terrible crisis que azotó al mundo entero —en particular a las personas más necesitadas— perdieron lo poco que habían conseguido.

—Ya sabéis que no siempre puedo hacerlo. Solo esperad aquí si me veis dentro trabajando. Si alguna vez os viera mi jefe sabría que he seguido haciendo algo que me prohibió claramente.

—Muchas gracias, muchacha —habla ahora uno de los hombres, apenas tiene dientes—, nosotros no le diremos nunca nada.

Se lleva un trozo de pan a la boca y empieza a humedecerlo para poder comérselo.

Ezekiel

Diez años antes

Volvía a casa a buscar una venda y desinfectante para curarme el tajo que acababa de hacerme en la palma de la mano mientras ayudaba a desmontar un tejado de la barraca de un colega, cuando escuché el sonido de un disparo en el interior de la casa de mi madre.

Hacía poco más un mes que había vuelto a vivir con ella, justo cuando me llamó para decirme que se estaba muriendo. Llevaba ocho años buscándome la vida como podía y, aunque nunca fue una madre ejemplar, era mi madre y había cuidado de mí lo mejor que pudo.

Una mierda de vida llena de drogas y excesos varios habían conseguido destrozarle el hígado y los riñones, por no hablar de otras enfermedades. Desde entonces, me dediqué a no estar mucho en casa cuando mi madre trabajaba.

Los clientes venían a mi casa a meterse en su habitación durante muchas horas al día. Y llegó un momento en el que no hizo falta que ella me echara, yo mismo salía de allí y prefería perderme, aunque las compañías no siempre fueron las más adecuadas.

Mi padre. Bueno, ese es otro tema. Decir que no tenía padre sería mentir, todos tenemos un padre, el esperma ha salido de un hombre, aunque nosotros no sepamos de cuál. Mi madre huyó de su país cuando estaba embarazada de mí. El cabrón de mi padre la tenía muerta en vida. Pero esa es otra historia.

Un buen día, ella dejó de ejercer, decía que le habían concedido una paga por estar enferma y que ahora ya no tendría que trabajar más. Aunque yo sabía que de vez en cuando seguía acostándose con algunos clientes.

Cuando entré en casa, me encontré con mi madre apoyada en la pared del fondo del salón, con las manos manchadas de sangre y en alto y un tipo tirado en

el suelo con un cuchillo clavado a la altura del hígado y la pistola cerca de su mano.

—¡Joder, mamá! ¿Qué mierda es esta? ¡¿Qué ha pasado?!

Hablaba sin parar, ella seguía en estado de shock, me movía sin pensar, mi mano también estaba sangrando, aunque no tanto como la herida mortal que tenía el tipo que estaba tirado en el suelo de casa.

En la actualidad

Al llegar al taller, me encuentro con dos niños en la puerta. No deben tener más de ocho o nueve años. Aparco la moto, ellos no me quitan la vista de encima, dejo el casco sobre el depósito de gasolina y me coloco las gafas sobre la cabeza.

—¿Qué hacéis aquí? ¿Desde cuándo no hay colegio los lunes por la mañana? Levantan la mirada de la *custom* y me observan como si fuera un bicho raro.

—Nosotros queremos trabajar con las motos, como tú y tu amigo —contesta el moreno de ojos azules.

Me planto delante de ellos, que retroceden dos pasos para dejarme entrar.

—Y yo quiero hacerme tatuajes como esos que llevas tú en el brazo.

—Tatuarse duele un huevo, me lo dijo mi hermano, tío —comenta el otro mocoso dejando claro que, a él, eso de tatuarse no le va.

Me acaricio el bíceps y el antebrazo, sonrío, recordando la sensación de la tinta entrando en mi piel. Cuando he conseguido que se fijen bien en ellos, les coloco una mano sobre el hombro a cada uno y les doy la vuelta.

—¿Veis a mi colega ahí tirado en el suelo arreglando la moto?

—Sí —contestan ambos al unísono.

—Pues aprendió todo lo que sabe en la cárcel. Se lo enseñé yo.

Ahora, he conseguido que me miren a la cara y que dejen de flipar de una vez.

—Y supongo que vosotros no querréis tener que aprender nada de eso en ninguna cárcel, ¿me equivoco?

Empiezan a negar moviendo la cabeza de forma enérgica.

—Me lo temía. Pues entonces id a casa y hacedle caso a vuestra madre. Tirad para el colegio y sacaos un jodido título si no queréis que os explique lo que les

pasa a mocosos como vosotros en un correccional.

Los empujo hacia delante y ambos empiezan a correr por mitad de la calle.

Entro en el taller que comparto con mi colega Romeo, y que también es el lugar de reunión de nuestro grupo.

—Llevan toda la mañana por aquí diciendo que quieren aprender a colocar un carburador, y el otro dice que quiere saber darle esa forma al manillar. —Río mientras saco un par de cervezas de la nevera y le ofrezco una a Romeo.

—Joder, nosotros éramos peores a su edad. Pero, por lo menos, íbamos a clase. —Doy un sorbo al botellín.

—Aunque solo fuera hasta que cumplimos los catorce. —Brinda por ello y bebe también.

—¿Ya han venido a recoger la Ducati?

—Sí, tío. Ha pagado sin problemas.

—Normal. Sabe que si no se la arreglamos aquí, no encontrará otro taller donde repararla y que siga funcionando.

Deja las herramientas en el carro y se limpia la grasa de las manos con un trapo que hace tiempo fue blanco.

El jodido cabrón se ha puesto hecho un toro desde que ha dejado de comer comida basura a todas horas. Es algo más alto que yo y no tiene problema alguno para acostarse cada noche con una tía diferente gracias a sus ojos; tiene uno de color verde y otro de color azul, la diferencia es sutil pero notable al fin y al cabo. Su apodo de *Serpiente* lo tiene bien merecido, al igual que su nombre.

—Vamos dentro. Tenemos que hablar del próximo viaje.

Saludo a Susan al entrar. Es nuestra secretaria.

—Buenos días, Ez —contesta ella apartando el teléfono por el que está hablado con un cliente.

Lo sigo hacia el interior del pequeño y destartado despacho.

—Tío, ¿es necesario que tengas todo tan desordenado? Si vienen a hacernos una puta inspección, tardarás un año en encontrar una factura.

Le resta importancia a lo que digo, entretanto se sienta y coloca las piernas sobre la mesa, cruzando los pies uno sobre otro.

—Anoche llamó Charly, dice que ha habido un par de contratiempos pero que ya está solucionado. Todo se hará según lo establecido inicialmente —

asiento y doy otro trago a la cerveza fría.

—Está bien. El *lote* anterior ya está casi listo para poder colocarlo en otro sitio más seguro, solo hasta que podamos darles carta verde.

—Los últimos *lotes* están solapándose, debemos tener más cuidado con eso. El jodido agente de la ley, Bellagio, ha estado rondando cerca de la zona más de lo habitual. Aunque dudo mucho que lleguen a descubrir cómo entrar, pero no me gusta. Quizá se haya corrido la voz de que has aparecido por su barrio.

—No he aparecido por su barrio. Este es mi barrio desde que nací. Solo pasé una temporada alejado de aquí y, ahora, él quiere enviarme lejos de nuevo, pero no se lo voy a poner tan fácil. Si me busca, me encontrará. El nuevo compañero, ¿es tan gilipollas como su antecesor?

—Yo creía que no se podía ser más, pero se ve que sí. Estará practicando para algún torneo de gilipollas uniformados o algo así. —Sonrío y me levanto, terminándome la cerveza.

—¿Cómo llevas la mudanza? Si necesitas que te eche una mano no tienes más que decirlo —se ofrece.

—La verdad es que la casa está mejor de lo que me imaginaba. No había vuelto a entrar desde aquel día pero, para que se la quede el Gobierno, me la quedo yo que soy el dueño. La mano de pintura y la limpieza le han ido bien.

—Ya era hora de que te buscaras una puta casa.

—Dímelo a mí, después de estar los cuatro malditos años entre rejas y los otros dos en el sur; pero, hasta ahora, no me apetecía volver a poner los pies en ese barrio.

—¡Que se joda el Estado! —Tira el botellín hacia el cubo de basura enorme que tiene en el despacho.

—Si no te hubieras lesionado, ahora mismo serías el jodido Lebron James.

Tenía una beca para la Universidad pero, en segundo curso, tuvo un accidente de coche y se destrozó el hombro derecho, lo cual hizo que dejara de jugar y de estudiar, y se dedicara a otras cosas menos legales.

—Amén, hermano.

—Por cierto, ¿qué pasó el sábado con esa vecina nueva? Me dijo Jeff que Thor estuvo a punto de comerse a una niña y que la madre está muy buena.

La vecina de al lado. La verdad es que no he pensado más en ella desde que ayer me la encontrara en la puerta de mi casa.

Al principio, me tensé por si era alguna policía intentando entrar sin una orden, no sería la primera vez que lo han hecho. Pero, mientras subía los escalones y ella estaba de espaldas a mí, aporreando la puerta como si hubiera fuego en alguna parte, me fijé bien en ese tono de piel canela que mostraban sus piernas y recordé, al instante, que ese color pertenecía a la mujer que la noche anterior se había quedado paralizada al ver a Thor correr hacia ella.

Lo cierto es que el jodido perro tiene una presencia para acojonar, eso es lo que buscaba cuando me quedé con él, pero es solo un muchacho con ganas de jugar.

—Jeff sería capaz de tirarse hasta a su hermana. Estaban celebrando alguna fiesta infantil y se le cayó la tarta al suelo, tenías que haberle visto la cara, se quedó congelada mirando al pobre Thor.

—Quizá puedas devolverle la tarta de alguna manera. —Mueve sus pobladas cejas arriba y abajo de manera significativa.

—Paso. Además, me fijé en su mano izquierda y lleva una alianza. Debe haber un vecino marido en algún lugar.

—Quién sabe, tío. Quizá sea una de esas mujeres que pasan solas la mayor parte del tiempo porque el marido está currando por ahí.

—Joder, Romeo, siempre pensando en lo mismo. Parece que el marido de aquella amante tuya no te pegó lo suficiente si sigues pensando en follarte a la mujer de otro.

Con una mano se agarra sus partes, las cuales sé que tiene grandes porque nos hemos visto desnudos más veces de las que me gustaría. Asiente con la cabeza, seguro que está rememorando los meses que estuvo con una bailarina de ballet profesional que, según él, tenía mucha elasticidad, lo que hacía muy placentero el sexo.

Salimos del despacho, él para volver con la moto y yo para ponerme a reparar el motor de la *pickup* que empezó a fallar el otro día.

Al cabo de un rato llegan Jeff y Kenny. Ambos son animales nocturnos, vampiros a los que no les gusta demasiado que les dé el sol.

—Hombre, pero si están aquí los bellos durmientes. ¿Dónde habéis pasado la noche?

Kenny levanta una maleta que lleva en la mano derecha y señala con la cabeza hacia el despacho, mientras mira por encima de mi hombro recordándome que Susan está ahí detrás.

Entramos en la oficina y me siento sobre la mesa, colocando ambas manos a mis costados.

—¿Por qué sigues tratándola como si no supiera a qué nos dedicamos? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—No quiero hablar con ella —espeta Kenny. Estuvieron juntos hasta hace un par de semanas. Susan lo ha dejado y a él le cuesta aceptar que ya no es su chica. Creo que por primera vez se había pillado de una mujer.

—Joder, tío, tú no quieres hablar con nadie. Bueno, ¿qué me traes?

—La pasta del cabrón de McDougal. El muy imbécil ha traído a su hijo para hacer el intercambio, pensaba que estando el crío presente se iba a librar de pagar.

—Le gusta follarse a las chicas del Hollidays pero después va de conservador por la vida. Bueno, ya sabes lo que hacer con el dinero.

Asiente con la cabeza y se levanta llevándose con él el maletín.

—Por cierto, tendrías que pasarte por la casa después de darte una ducha y alegrar esa cara de comadreja que traes si no quieres asustarlas. David ha llamado y dice que necesita algunas cosas de la farmacia, una de ellas ha cogido infección, y Michelle está en un congreso en Nueva York, no podemos esperar hasta que ella vuelva. Ve a la farmacia de siempre, allí no tendremos problemas.

—Dalo por hecho.

—Una cosa más, no vuelvas a tirarte a otra tía en mi cama. —Me acerco a él y le doy un puñetazo en las costillas. Él se crece al instante.

—Te molesta que haya estrenado tu nidito, ¿eh? Sandy sabe cómo hacer que no piense en nada.

—Sandy lleva detrás de ti una eternidad y, ahora que no estás con Susan, va a probar echarte el lazo antes de que te vuelvas a olvidar de ella.

Levanta las manos haciéndose el inocente.

—Si ella está dispuesta a consolarme, no soy nadie para decirle que no lo haga.

La tarde pasa sin ninguna novedad ni contratiempo.

Justo cuando estamos a punto de bajar la persiana, suena el teléfono. Susan ya está saliendo así que me limpio las manos con un trapo y voy a descolgar.

Es nuestro contacto para las apuestas. El tipo está por la zona y ha querido que nos veamos en un restaurante de carretera que hay cerca de la autopista por la que él está pasando.

—Está bien, en media hora puedo estar ahí.

Cuando salgo, Romeo ya está montado en su moto y Jeff está saliendo con su *pickup*. Esta noche tiene que viajar hasta Texas, hay un encargo urgente en la zona que, aunque no es la nuestra, no podemos dejar de atender.

—¿Te vienes a tomar unas birras? —pregunta Romeo.

—Acaba de llamar X, quiere verme en un restaurante que cruza la interestatal, después del polígono del sur.

—Está bien, a ver si sirven algo decente y podemos cenar en condiciones, esta noche tengo un hambre voraz. —Sonrío y niego con la cabeza entretanto me coloco el casco y me subo a mi moto.

—Siempre pensando en lo mismo... —susurro porque es la verdad.

—Ya lo sabes, hermano. —Me guiña un ojo mientras le da gas a su moto.

Media hora más tarde, llegamos al lugar de encuentro. Hacía la tira de tiempo que no pasaba por aquí, esto cada vez está más infestado y controlado por gente con la cual no me interesa estar enfrentado.

Ese ha sido siempre nuestro gran problema, ser capaces de contenernos cuando nos han tocado demasiado los huevos, sobre todo Romeo y yo, que somos los más explosivos.

La zona apenas está iluminada, y las pocas farolas que hay marcan un ritmo siniestro con el continuo parpadeo de las luces.

—¿Has visto a los Siux? —pregunta Romeo al momento de quitarse el casco y apagar el motor de su burra.

Hago lo mismo que él y observo a nuestro alrededor, es una costumbre que adquiriré hace ya muchos años.

—Sí. Y ellos también nos han visto a nosotros. No creo que busquen problemas, solo venimos a cenar, no estamos invadiendo su zona para hacer negocios.

El aparcamiento está casi desierto, veo un viejo Mustang aparcado en la esquina derecha de la calle, justo debajo del semáforo, y los tres tráileres que hay aparcados dentro del recinto del restaurante. Es muy probable que estos tipos hayan cenado aquí y ahora aprovechen para hacer el descanso obligatorio antes de continuar con su ruta.

El sonido del tráfico cercano de la autopista llega hasta nosotros, igual que el asqueroso y polvoriento olor.

Me levanto y coloco bien mi cartera en el bolsillo trasero izquierdo junto con la cadena que la une a mis pantalones, y palpo la pipa nueve milímetros que llevo en la parte de atrás de la cinturilla.

—Esto tiene una pinta de mierda, pero seguro que se come de puta madre. O eso espero —espeta Romeo estirándose cuan alto es.

Mientras observo el local a través de las cristaleras, veo salir de la parte trasera a unos pobres sin techo que van comiendo algo que llevan en bolsas de papel, mientras con la otra mano uno arrastra un carrito de la compra en el que lleva todas sus pertenencias.

—No creo que X tarde en llegar, vamos a ir pidiendo que yo también estoy algo famélico —comenta Romeo dirigiéndose hacia el local.

La puerta chirría al ser abierta y la campanilla suena avisando de nuestra entrada.

La iluminación interior tampoco es mucho más intensa que la exterior, lo que más llama mi atención es la tira de leds azules que ilumina la parte trasera de la barra donde una camarera coge la jarra de café, preparándose para venir a nuestra mesa y así ofrecernos la bebida.

El jaleo de la cocina, una olla o algo metálico que se ha caído, sobresalta a dos crías que están tomando su cena junto a sus padres, y el batido de fresa de una de ellas cae de repente al recibir un manotazo. Hace siglos que no me tomo uno, y no será porque no me gusten.

Hay tres mesas más ocupadas junto a la larga pared de cristal, y al fondo está la mesa libre en la que acaba de sentarse Romeo, ocupando todo el banco, como

si fuera un tigre tumbado sobre la tela roída del asiento.

Me siento frente a él, de forma que quedo algo tapado por su cuerpo, pero teniendo la visión de la entrada y de casi todo el local.

—Creo que me voy a pedir un plato de cada, tengo más hambre que un oso al despertar de la hibernación —exagera.

Ojeo la carta que está sujeta por el servilletero y los botes de ketchup y mayonesa, cuando veo movimiento por la puerta trasera lateral.

Se abre y aparece otra camarera, esta es morena, no rubia como la que estaba en la barra cuando hemos entrado, y que acaba de acercarse a la mesa a recoger el batido que ya está goteando hacia el suelo.

Aguanta la puerta batiente con un pie mientras tira con fuerza de lo que parece ser un cubo de basura. No sé por qué dejo de mirar la carta para esperar a que se dé la vuelta y ver la cara que acompaña a ese culo.

—Tío, ¿qué vas a pedir? —pregunta Romeo sin levantar la vista de la carta que aguanta con una mano.

Y, en ese momento, la camarera morena consigue meter el cubo de basura dentro del local, deja que se cierre la puerta y se gira. Ella no me ve, se limpia el sudor de la frente en la manga de la camisa del uniforme y deja escapar un suspiro profundo, cierra los ojos y hace un gesto de dolor al mover la espalda. Pestañea varias veces antes de volver a coger el cubo y llevarlo hacia la cocina.

Si mi vista no me está jugando una mala pasada, esa camarera morena de culo impresionante y pelo negro azabache es mi vecinita.

* * *

Uf, no aguanto más esta humedad. Como si no hubiese bastante con el calor que hay durante el día, cuando cae el sol tiene que hacer este bochorno pegajoso.

Acabo de sacar las basuras y he aprovechado una vez más para darles la cena a Tania y Ron, un matrimonio que no tiene dónde vivir y son nuevos por la zona.

Consigo meter el cubo de nuevo dentro del local; no sé cuándo demonios piensa Alfred poner la rampa que le hemos pedido hace ya mucho tiempo. Rampa que nos iría genial para no tener que arrastrar el peso del cubo por los cinco escalones, tengo la espalda molida.

Entro de nuevo en la cocina y Rodrigo me grita para que salga a atender unas mesas porque Lilly está recogiendo el batido que se le ha caído a una niña.

George está rechistando porque un cliente se ha quejado de que su filete estaba muy hecho cuando él lo ha pedido poco hecho.

—Que le dé un bocado al culo de su mujer, que está bien crudo.

Lo veo voltear un nuevo filete a la vez que le da la vuelta a varias tiras de bacon.

El lavaplatos, Samuel, sigue con su tranquilidad de siempre. Este chico no se estresa nunca, da igual cuán lleno esté el fregadero de platos y cubiertos sucios, él sigue canturreando la música que suena por los cascos, que son como una extensión de sus orejas, y mueve el estropajo con un ritmo vertiginoso.

—Madi, ¿puedes sacar estos dos platos? Lilly está muy lenta hoy —se queja George.

—Oído.

Me coloco en la mano los dos platos para la mesa tres según me ha indicado el cocinero y salgo hacia la sala.

Efectivamente, Lilly sigue recogiendo el batido que se le ha caído a la niña y que ha pringado todo el suelo.

Dejo los platos en la mesa cuando mi compañera me pide que vaya a servir a la última mesa.

La primera cena

Meto la mano en el bolsillo del uniforme y cojo la libreta y el boli para anotar la comanda entretanto me dirijo hacia la última mesa.

Lo normal es que se sienten chavales jóvenes o tipos a los que no les interesa que la gente escuche lo que tienen que hablar. Estos no parecen de los primeros, así que serán de los segundos.

Hay un tipo grande de espaldas a mí, parece que está bien recostado en el sofá, y tapa al otro que se sienta con él por lo que no puedo verlo.

Miro el reloj, son casi las nueve; en una hora podré salir ya de aquí. Llevo desde las dos encerrada en este lugar, necesito llegar a casa y darme una buena ducha y un masaje en los pies.

Llego hasta la mesa y, efectivamente, el tipo que estaba de espaldas es enorme, es casi tan alto como yo y eso que él está sentado; su amigo, que también es un tipo grande, sigue mirando la carta y no le veo la cara.

Preparo mi mejor sonrisa, como si fuera la primera de la mañana en un día alegre y soleado, como si no estuviera rabiando con el dolor de pies y de espalda que tengo y no sintiera pegadas a mi piel todas las prendas de ropa que me cubren.

—Buenas noches, ¿qué les apetece tomar?

El tipo recostado se mueve y se sienta todo lo recto que puede, como si fuera a mostrarme lo grande y fuerte que es. Ay, ¿cuándo aprenderán los hombres?

Pero, al mirarlo a la cara, veo el motivo por el que él cree que es irresistible, es posible que eso le funcione con el resto de la población femenina, es guapo de cara, no puedo decir lo contrario, y está de muy buen ver, pero el rasgo más llamativo son sus ojos, tiene uno de color verde y otro de color azul, este efecto que provoca mirarlo más de lo que me gustaría.

—Hola, preciosa, yo quiero: un plato combinado tres; uno del cinco; dos de patatas fritas y una jarra grande de cerveza bien fría.

Anoto todo lo que me dice y, cuando levanto la vista de la libreta, veo cómo me está repasando con la mirada.

Muevo la cabeza para ver al otro comensal, la sorpresa es grande cuando este retira la carta de su cara y por fin veo quién es.

Me observa, parece divertido aunque no sonrío. Pero hay algo en la forma de sus labios que los hace risueños. Quizá él también esté forzando su mejor sonrisa igual que hago yo.

—¿Va a tomar algo? —pregunto manteniendo mi sonrisa, aunque la verdad, cada segundo que pasa me cuesta más hacerlo.

—Vaya, pero si es la vecina. ¿Qué me recomiendas? —Estira un brazo musculado y tatuado sobre el respaldo del sillón mientras sigue observándome como si fuera a comerme. Puedo ver cómo se tensa la camiseta sobre su pecho cuando contrae los músculos.

—Lo mismo que ha pedido tu amigo está bien, o alguno de los menús de hamburguesa completa.

Él niega con la cabeza, como si nada de lo que ha visto en la carta o le he recomendado fuera de su agrado. Pues que se vayan a otro sitio.

—Seguro que preferiría comerse otra cosa... —espeta el amigo gracioso.

—Bueno, si eso es todo... —Hago una línea debajo del pedido que sí me han hecho y doy por acabada la conversación pero, cuando empiezo a girarme para ir hacia la cocina y cantar el pedido, mi vecino parece reaccionar y se inclina sobre la mesa llamando mi atención.

—Espera..., Madison. —Se fija en la chapa identificativa que cuelga sobre mi pecho izquierdo—. Tráeme una hamburguesa completa número seis y una jarra de cerveza como la de Romeo.

¿Romeo? ¿En serio se llama así? No me extraña que se lo crea tanto. Anoto lo que me dice en la libreta sin volver a mirarlos.

—¿De postre, vais a querer algo? La cocina está a punto de cerrar y, si no lo pedís ya, es posible que os quedéis sin él.

Hablan los dos a la vez.

—Yo quiero tarta de manzana —dice el tal Romeo.

—Yo quiero un pedacito de Madison.

Intento no reaccionar a su comentario, no es la primera vez que un cliente *gracioso* pide lo mismo que acaba de pedir mi nuevo vecino, el cual, todavía no sé cómo se llama, aunque tampoco me importa. Niego con la cabeza aguantando una sonrisa irónica, guardo la libreta y el boli en el bolsillo del delantal y les retiro la carta de las manos a cada uno; primero al amigo gracioso y después al vecino listillo.

Cojo la carta por la parte de arriba y tiro, pero él no la deja ir. Le dedico una mirada acerada entretanto levanto una ceja y le muestro la mano izquierda, para que vea bien el anillo que llevo en mi dedo anular.

De repente, la tensión entre nosotros puede cortarse con un cuchillo de lo espesa y contundente que es. Entonces, deja ir la carta y levanta las manos en señal de rendición, sonrío un poco más abiertamente y se forman dos hoyuelos en sus mejillas.

Coloco ambas cartas en su sitio y doy por finalizada la conversación dándole la espalda y yéndome. Los oigo susurrar mientras voy hacia la cocina.

Lilly va a tener que lidiar con esos dos, no pienso servir su mesa y ser el blanco de sus bromas. Creo que ya tienen una edad para seguir comportándose como dos críos.

Entra otro cliente, un hombre que me suena de haber visto por aquí con anterioridad, pero no sé quién es.

—Buenas noches —saludo—, ¿querrá un poco de café o va a cenar?

—Solo café, gracias. Estaré en la mesa del fondo.

Pasa por mi lado y sigue hacia la mesa que acabo de dejar, no me da tiempo a llegar a la cocina cuando, desde otra mesa, me llaman para que les lleve más bebida.

Consigo entrar en la cocina y Lilly está sentada en un taburete, más blanca que la leche, y abanicándose con la mano.

—Lilly, tienes otra mesa más, al fondo. Acaba de entrar otro cliente que se ha sentado con los otros dos.

—Oh, Madi, ¿podrías servirla tú? Estoy muy mareada y tengo unas ganas de vomitar horribles.

Hace pucheros y deja caer alguna lágrima; desde luego, la jodida podría dedicarse al mundo del espectáculo, es una actriz muy lista.

—¿Y tú te encargas de reponer las neveras? —le ofrezco a cambio.

—Espero poder, porque me encuentro fatal, Madi. No creas que es cuento.

¿Cuento? No, no. No se me ocurriría pensar eso jamás...

La última hora pasa como si fuera a cámara lenta, tengo la sensación de que el tiempo se derrite del calor que hace y que al segundo le cuesta avanzar. Me visualizo como a uno de esos relojes de Dalí, deshaciéndome desde el mostrador hacia el suelo.

He llevado los platos a la mesa de mi vecino y su amigo Romeo sin ningún otro comentario gracioso por su parte. Están hablando con el hombre que ha entrado más tarde y que solo ha pedido café. Han sido educados cuando les he entregado los platos y cuando les he rellenado las bebidas, dando incluso hasta las gracias.

Todavía quedan cuatro mesas ocupadas cuando dan las diez, y ninguna parece que tenga ganas de irse.

La gente debería respetar los horarios de los establecimientos. Cuando ellos se marchen aún nos quedará acabar de limpiar y, después, tendré que ir corriendo hacia la parada de autobús si no quiero tener que volver a casa caminando en mitad de la noche. Y lo que es peor, cruzar las calles desiertas del polígono industrial a pie.

A Lilly se le ha pasado el mareo, menos mal, y ha rellenado las neveras y empezado a limpiar la zona de la barra.

Cuando ya creía que no podía ir peor la noche, aparece el agente Bellagio. Dios, espero que no vuelva a invitarme a salir, ya no sé qué excusa tonta ponerle.

—Mira quién viene por ahí —susurra Lilly a mi espalda entretanto cambia el agua de la cubeta—. ¿Cuánto tiempo más lo vas a tener suplicando por ti?

Acabo de secar el vaso que tengo entre las manos antes de contestarle.

—Yo no le he pedido que suplique por mí, y no lo hace. Si a él le gusta pasar por aquí cada noche y volver a repetir lo mismo una y otra vez, no es mi culpa.

—Vamos, Madi, a nadie le viene mal un revolcón de vez en cuando. Y tu *cuando* ya es muy lejano.

Solo quedan los tres clientes que hay en la última mesa y, por fin, parece que están acabando y van a levantarse de una vez.

Samuel canta feliz mientras recoge algo que se le ha caído y George refunfuña de nuevo por el escándalo que monta el otro en la cocina. Joder, esto es peor que un circo.

Suena la campanilla cuando entran Zack y su compañero. Se quita la gorra, echa un vistazo al local y se acerca a la barra, justo donde estoy yo secando vasos.

—Buenas noches, señoritas —saludan ambos.

—Buenas noches, agentes —contesta Lilly muy alegre, como si hace tan solo media hora no hubiera estado a punto de echar hasta la primera papilla que se comió.

Enseguida se dispone a preparar los cafés para llevar. Zack se acerca a mí para saludarme.

—Madison, tienes cara de cansada —qué observador...— ¿ha ido bien la noche?

Le contesto mientras él desliza la mirada hacia la única mesa ocupada en el local.

—Sí, genial. Como siempre. ¿Vuestra ronda está siendo tranquila?

No deja de mirar hacia los tres hombres que están allí al fondo hablando.

—Por ahora sí, pero en esta puta ciudad nunca se sabe. Cuidado con esos tres.

Su cara seria y preocupada de siempre se hace más contrita cuando me dice esto último y da un par de toques en la barra de acero inoxidable.

—Bueno, esto ya está, agentes —avisa Lilly, dejando ambos cafés al abasto de los policías.

—Si hay cualquier problema, avisadnos, estaremos por la zona. ¿Crees que esta semana podrás dejar a la niña con alguien y salir a cenar conmigo?

Me lo temía. No se da nunca por vencido.

—No lo sé, Zack. Ya sabes que aquí nos tienen explotadas y no puedo permitirme el lujo de no trabajar.

Inclina la cabeza antes de ponerse la gorra de nuevo, coincidiendo con los mismos movimientos de su compañero. Parecen un clon mal hecho el uno del otro, y eso que este lleva poco tiempo trabajando con él.

Por el rabillo del ojo percibo movimiento y me doy cuenta de que en ese mismo momento están llegando a la barra los últimos tres clientes para pagar sus consumiciones.

—Madison, no te olvides de ventilar bien el local antes de cerrar, parece que huele a rata muerta.

El comentario del agente Bellagio me descoloca totalmente, no entiendo a qué ha venido eso. Pero, cuando dirige su mirada hacia mi vecino y sus dos acompañantes, no puedo evitar pensar que me está advirtiéndome sobre algo.

Quizá los conozca, puede, es posible que sean delincuentes y él los haya detenido alguna vez. Quién sabe. En esta ciudad nadie puede fiarse de nadie. Hasta el cordero más manso saca sus garras y su pistola antes de clavarte un puñal por la espalda. Es imposible saber de quién puedes fiarte y de quién no.

Lilly aprovecha para apagar las luces de led estridentes que tenemos que soportar toda la jornada y algunas de las luces del comedor junto con las del cartel luminoso exterior.

Ese momento incómodo llega a su fin justo cuando la torpe de Lilly tropieza y está a punto de caer al suelo, de no ser porque ese mastodonte de hombre, llamado Romeo, la atrapa entre sus brazos antes de que esta toque con la cabeza en el suelo.

Pongo los ojos en blanco, ¡qué papelazo acaban de hacer!, el sonido de las campanillas indica que los agentes ya se han marchado.

—Oh, Dios mío, qué torpe soy —exagera ella.

—Torpe y preciosa. —Aprovecha el chulito de turno mientras la sostiene pegada a su cuerpo.

—Deberías vigilar tus amistades —espetea mi vecino dejando unos billetes cerca de la caja registradora.

—Tú deberías vigilar a tu perro.

Cojo el dinero, saco el ticket de caja y le devuelvo el cambio sin bajar la mirada.

—Ahora que sacas el tema, Madison —«joder, ¿qué manera de decir un nombre es esa? parece que lo haya acunado para después..., nada, después nada»—, dime cuándo puedo hablar con tu marido sobre ese tema.

Qué cabrón. Me está vacilando claramente. Mira mi alianza y espera mi respuesta. Seguro que ha escuchado la oferta de Zack y ahora sabrá que este anillo no es más que un artilugio disuasorio de pesados varios.

Salgo de la barra y cojo la escoba para empezar a barrer todo el salón. Su amigo ya ha dejado a Lilly con ambos pies en el suelo y ella se está colocando bien el pelo mientras tontea con él.

Su otro amigo ya se ha marchado aunque no me he percatado de cuándo ha sido eso. Y mi vecino parece no darse por vencido cuando me impide pasar y seguir con mi trabajo.

Es más alto de lo que recordaba, y esa mirada que casi consigue hacerme temblar no sé si esconde veneno o lujuria, pero prefiero no saberlo.

—No me has contestado. —Mete las manos en los bolsillos delanteros de sus pantalones vaqueros dejando por fuera el dedo pulgar, los músculos de sus brazos se tensan con ese movimiento.

Su tono de voz es ronco, masculino, pero, a la misma vez, tiene una cadencia suave que acompaña la respiración. Y eso hace que me mantenga más alerta para evitar el agujonazo que podría venir después.

Me aparto a un lado para esquivarlo pero él vuelve a colocarse delante de mí. Así que me obliga a sacar mi lado más borde.

—No vas a conseguir nada así. Estoy acostumbrada a tratar con tipos como tú a diario. Haz el favor de dejarme trabajar, cosa que algunos tenemos que hacer para ganarnos la vida.

Le dejo claro que no me interesa lo más mínimo, que no es el primero ni será el último en intentar camelarme y que no soy una cría estúpida e inocente como Lilly que se deja deslumbrar por unos ojos bonitos y un buen cuerpo.

—Ezekiel —susurra dando un paso hacia mí. Me llega un olor agradable, a jabón, a limpio. Y me gusta. Pero me cabrea que así sea.

Apoyo la escoba en el suelo y lo fulmino con la mirada.

—Es mi nombre. Ya sabes dónde encontrarme.

Se aparta y me deja pasar por fin. No vuelvo a mirarlo ni a contestarle, no hay más sordo que el que no quiere oír. Me dirijo hacia el fondo de la sala para poder recoger la mesa en la que estaban hasta hace unos momentos y poder irme ya hacia casa.

¿Por qué no apareces ahora?

La semana ha pasado volando, ya estamos a viernes y vuelvo a doblar turno, una vez más. Al final, resultó que Lilly se había intoxicado con algo y ha estado tres días en cama tomando medicamentos y vomitando todo lo que ingería. Hasta el lunes no vendrá, por lo que Olvi y yo estamos doblando turnos mientras que Alfred y su perro guardián, Rodrigo, no hacen ni cinco minutos más de los que les tocaría.

Si me pagaran todas las horas extras que estoy haciendo, podría llevar este verano a mi mariposita al parque acuático, pero no solo no me las va a pagar sino que tampoco me va a dar ni un solo día de fiesta a cambio.

Si no estuviera todo tan mal, podría mirar de buscar otro trabajo pero es que, en este caso, más vale malo conocido que bueno por conocer. Hace tiempo estuve en otro restaurante y no cobré ni un solo mes. Me pagaron la primera semana y después me dijeron que ya no necesitaban mis servicios, que sentían no poder pagarme, bla, bla, bla.

Así que cuando me salió la oportunidad de trabajar aquí, no me lo pensé más; no podía seguir estirando el dinero que había conseguido, necesitaba trabajar y, aunque el sueldo es una porquería, menos es nada.

Por no hablar de que el miércoles, cuando salí algo más tarde de mi hora y tuve que desplazarme hasta otra parada por la que pasara un autobús, Ezekiel estaba esperándome fuera en el aparcamiento del trabajo.

Me sorprendió verlo allí, con el casco negro, vestido todo del mismo color, lo único que parecía brillar ante tanta oscuridad fueron sus ojos.

—Deja que te lleve, vamos hacia el mismo sitio —dijo.

No puedo negar que me sorprendió mucho y estuve a punto de decirle que sí, solo por no tener que caminar hasta la otra parada con el dolor de pies que tenía.

—Yo no sé a dónde vas tú. —Fue mi escueta respuesta.

Pasé delante de él intentando aguantar la sonrisa tonta que amenazaba con romper la rigidez de mis labios, miré a un lado y a otro y crucé corriendo la calle.

Para mi sorpresa, estuvo yendo con su moto a ralentí unos metros detrás de mí. De vez en cuando daba algún golpe de gas pero me dejaba espacio.

Lo cierto es que, en silencio, le agradecí que estuviera allí, las calles del polígono a esas horas no son muy seguras. Cuando me subí al autobús él estaba a un lado, mirándome mientras me sentaba. Al final, dejé que viera mi sonrisa. Me lo agradeció con una leve inclinación de cabeza y después aceleró y se fue.

De camino a casa no pude evitar pensar en que, quizá, eso fuera lo más romántico que un hombre había hecho jamás por mí. Y es triste.

Esta noche, he vuelto a soñar con que trabajaba en una asociación, ayudando a personas necesitadas, que conseguía el trabajo para el que me estuve preparando durante tanto tiempo y con tanto esfuerzo. Pero ha sido solo eso, un sueño. Ese tren pasó para mí y ahora me toca conformarme con lo que tengo.

—Mami, ¿tienes que ir a trabajar? —pregunta mi princesita cuando ve que me pongo el uniforme.

Trae su pequeño unicornio sujeto debajo del brazo, con la otra mano se retira el pelo pegado de la cara.

—Sí, mi amor. Mami va a ir a trabajar y tú vas a quedarte con Alyssa y los niños en su casa. ¿Qué te parece?

La cojo en brazos y le doy un beso de buenos días en la punta de la nariz.

—Te has despertado muy pronto, mi amor.

—Es que tenía mucho calor —se queja.

La niña empieza a mover la mano, como si estuviera saludando a alguien y sonrío. Me doy la vuelta con ella en brazos y veo al vecino mirando por su ventana, sonriéndole a mi hija y devolviéndole el saludo. Está sin camiseta. No lo había vuelto a ver desde anoche, cuando volvió a acompañarme hasta la parada del bus después de ofrecerse a traerme en su moto.

—¡Madre mía! —Sin pensarlo un segundo, le cojo la pequeña manita y me la llevo a la boca para besarla y así evitar que siga saludándolo.—No debes saludar a personas que no conoces, mi niña. Acuérdate siempre de lo que te dice mami, ¿sí?

—Pero yo ya lo conozco, mami. Es *Esekel*.

De repente una furia descontrolada me sube por la espalda, haciendo que mire a la niña y me gire para volver a mirar por la ventana para ver a ese individuo, que ha desaparecido dentro de su casa. Deslizo la cortina para que no pueda vernos.

Haciendo un esfuerzo sobrehumano consigo calmarme y preguntarle a la niña de qué conoce a Ezekiel.

—¿Cómo sabes que se llama Ezekiel? —Vamos bajando la escalera hacia la cocina.

La dejo sentada en su silla mientras le preparo el desayuno en su bol especial de unicornios.

—Lo dijo *oto* día, cuando trajo mi pastel.

¡La madre que lo parió! Esto se está poniendo mejor por momentos.

—¿Quién cogió la tarta, cariño?

—Debby.

—Conque Debby. Debby se va a enterar. Ahora mismo vuelve mami.

Me voy al comedor para coger mi teléfono móvil y llamar a Debby inmediatamente.

Cinco tonos y salta el contestador. ¡Mierda de cría!

Pellizcándome el puente de la nariz intento relajarme antes de ponerme a gritar como una posesa. Esto no puede ser, ¿cómo se le ha ocurrido hablar con un desconocido y, lo que es peor aún, aceptar una tarta ni nada?

Me voy directa hacia la nevera, y nada, aquí no está la tarta.

—Cariño, ¿Debby y tú os comisteis toda la tarta? —Empiezo a repiquetear con las uñas sobre la encimera de granito.

—No, yo quería pero Debby dijo que me *volvería* malita si me la comía toda.

—Que te volverías, ¿qué? Ah, quieres decir que te pondrías malita. Sí, mi vida, te dolería la tripita. Toma el desayuno, voy a llamar a tía Alyssa para que venga a recogerte.

Le envió un mensaje a Alyssa y me contesta al momento. No como la descerebrada cría que no contesta mis llamadas.

En cuanto la niña se vaya con Alyssa voy a ir a llamar al tal Ezekiel; ya se está pasando de la raya.

—Mami, ¿me darás un poco más de tarta? Está guardada ahí en ese armario.
—Señala con su manita la despensa.

Voy hacia allí y al abrirla me encuentro con una tarta de chucherías, gominolas y dulces varios. Nada de harina de trigo a la que Agnes es intolerante. Menos mal. Pero aun así, no debería haberle abierto la puerta a un desconocido y, mucho menos, aceptar nada.

En media hora, Alyssa ha recogido a la niña y la he puesto al día de lo ocurrido con el vecino. Ella no le ve tanto delito al asunto, claro está porque no es su hija la que ha estado en contacto con un desconocido.

Tengo cuarenta minutos antes de llegar tarde al trabajo, y voy a dedicar solo dos a dejarle las cosas claras al tío este. Me aseguro de llevar el *spray* de pimienta en el bolso y de tenerlo accesible.

Salgo de casa, echo la llave y de un salto bajo los tres escalones para cruzar la pequeña distancia que separa su casa de la mía.

En el interior, se escucha música. Paso de llamar al timbre y aporreo la puerta con toda la mala leche posible.

Y, justo cuando voy a volver a dar unos golpes, la puerta se abre de repente y aparece Ezekiel en pantalón de deporte y sin camiseta, tiene algo en las manos, algún tipo de venda, y está sudado.

¡Joder! Su pecho sube y baja, mientras sus abdominales se contraen y el tatuaje que le cubre el lateral derecho parece cobrar vida. Odio que me altere de esta manera ver cómo brilla su piel sudada.

—Madison —es lo único que dice, me observa como un gato observa a un ratón antes de empezar a jugar con él para después comérselo.

Cojo el *spray* de pimienta y me preparo por si tuviera que rociarlo con él.

—Te dije que no quería nada tuyo. Ni tarta, ni dinero. Nada. No necesito que tú ni ningún hombre...

—Entonces tengo claro que no hay un marido de Madison por ningún sitio.
—Da un paso hacia mí—. No tienes que ser tan borde conmigo, solo quiero conocer a mi vecina, ofrecerte mi ayuda si necesitas algo, quizá un poco de azúcar, a tu vida no le vendría nada mal.

Retrocedo el paso que él ha dado hacia mí sin poder apartar la mirada de su cara y de sus labios. Ahora, la que respira de forma entrecortada soy yo. Nunca

me había pasado esto, siempre estoy preparada para contestar y cortar las idioteces que dicen los hombres que se creen los salvadores de toda la población femenina. Pero él tiene algo que me altera y me..., molesta a partes iguales.

Sigue con una mano apoyada en el quicio de la puerta, observándome, impassible totalmente.

—Lo que tú quieres lo sé bien, has visto que tu vecina está sola con una niña y has querido jugar a ser el papi por una noche. Te crees que puedes llegar aquí y vacilarme con tu moto y tu chulería. Piensas que voy a caer rendida a tus pies, necesitada y hambrienta, por tener un hombre, pero tipos como tú los veo a diario. Todos queréis algo, y no lo vais a tener. Es mejor que te quede claro ya.

Deja caer la mano y, de inmediato, coge la mía, justo por la muñeca, apretando con dos dedos en el lugar donde palpita mi pulso acelerado. Su contacto quema, abrasa sobre mi piel.

Se acerca un poco más, tanto que puedo notar y oler el calor y la esencia que desprende su cuerpo caliente, sudado y tatuado.

—No me importa lo que te hayan ofrecido los demás. Yo no soy como los demás. Me gustas y te lo digo. Es así de sencillo.

¿Que le gusto? Pero si no me conoce de nada.

Tiro de mi mano para separarme de él pero no lo consigo.

—Pues tú a mí no me gustas. Coge a cualquiera que se deje engatusar con tus artes amatorias y déjame vivir tranquila. No creo que tengas problemas para conseguir un polvo rápido.

—A la vista está que sí. —Mueve despacio la cabeza mientras me observa.

—Si vuelves a molestarme, a acercarte a mi casa, a mirar a mi hija, llamaré a la policía.

Sigue sin soltarme, al contrario, ahora nuestros cuerpos están casi rozándose.

—¿A tu amigo, el agente Bellagio? Te advierto que yo soy mucho más divertido. No me fiaría tanto de él.

Giro la muñeca y me desprendo, por fin, de su contacto. No sé qué demonios me pasa pero cuando lo tengo cerca, mi cuerpo no reacciona como debería.

O quizá sí, y ese es el problema.

—Claro, tú te fiarías más de un tipo motero, que a simple vista no tiene oficio ni beneficio y que lo más probable es que se dedique al tráfico y

distribución de cualquier cosa ilegal.

En ese momento algo se mueve dentro de la casa y por el pasillo aparece otro hombre semidesnudo. Es el tal Romeo, también con las manos vendadas y descalzo.

—Ez, ¿seguimos con el entrenamiento o no?

Ezekiel me mira, es como si hubiera conseguido que le cayera un jarro de agua fría encima. Mejor, a ver si se le pasa la calentura.

Romeo se acerca hasta la puerta y le da un golpe en la espalda a su amigo.

—Eh, tío, no me habías dicho que la camarera buenorra del otro día es tu vecina. —Ezekiel no le hace el menor caso, sigue mirándome de una manera tan intensa que hace que quiera evaporarme. De repente es como si la temperatura del ambiente hubiera subido diez grados. Qué ganas tengo de que llegue el otoño —. Hola, preciosa, soy Romeo. Ese filete estaba delicioso. Dile a Lilly que me pasará a verla esta noche.

Cierro los ojos y sacudo la cabeza, como si de esa manera fuera capaz de alejar esos pensamientos repentinos que me irritan y trastocan mi forma de pensar.

—Lilly está enferma. Hasta el lunes no volverá a trabajar. Pero le diré que has preguntado por ella, le gustará saberlo.

Vuelvo a mirar a mi vecino con la firme intención de dejarle claro, por última vez, que se mantenga alejado de mí y de Agnes.

—Recuerda lo que te he dicho.

Poco a poco me separo de él y me doy la vuelta para salir pitando hacia la parada del bus. No he dado ni cinco pasos cuando me llama y su voz resuena en mi interior.

—Madison.

Sé que no debería hacerlo, pero me giro para ver qué es lo que tiene que decir.

—Eres jodidamente preciosa.

Sigue en su porche, de pie, serio, como si estuviera haciendo un juramento. Niego con la cabeza y salgo corriendo de nuevo, esta vez con una estúpida sonrisa en la cara y con un cabreo monumental conmigo misma.

* * *

—¿Se puede saber qué te traes entre manos con la camarera? —pregunta Romeo sonriente mientras yo sigo mirando cómo Madison corre por mitad de la calle —. Te podrías haber ofrecido a llevarla.

—Claro, porque tú crees que me habría dicho que sí, ¿verdad? Venga, volvamos al lío que se pasa la mañana y no entrenamos nada.

En el sótano de la casa he instalado un saco de boxeo y algunas pesas para entrenar un poco. Por las mañanas temprano, salgo a correr con Thor, antes de que haga este calor insoportable.

—¿Y tú ya te has olvidado de la morena del otro día? ¿O es que tu radar de mujeres casadas ha detectado que la tal Lilly está comprometida y tienes que meterte por medio?

—Mi radar ha detectado que está muy buena y que no me importaría poder ir cada noche a cenar a ese antro con tal de verla. ¿Y a ti qué te pasa con la vecina? Nunca te había visto insistir tanto con una mujer.

—No lo sé, hermano. Tiene algo que me atrae como hace tiempo no me atraía una mujer. Desde el otro día, la primera vez que la vi cuando se quedó paralizada al ver a Thor, esa manera de hablar, como si ella se creyera lo que dice y la firmeza con la que lo dice, pero su mirada expresa que está asustada, que tiene miedo de algo, aunque no lo va a dejar ver jamás.

—¿Y tú quieres asegurarte de que se mantiene a salvo, no? Estar ahí para ser un hombro en el que llorar, o en el que jadear mientras la sostienes contra la pared. No te culpo, yo también lo intentaría.

—Eres un puto bocazas. Venga, levanta los puños antes de que te desfigure esa cara bonita que tienes.

* * *

Después de la mañana intensa nada más salir de casa, el día en el trabajo tampoco ha sido coser y cantar. Justo a mediodía, han tenido que venir dos patrullas a llevarse a dos tíos que estaban discutiendo en el aparcamiento. Por lo visto, uno quería venderle el coche al otro y han empezado a discutir sobre el

precio, hasta que uno de los dos le ha sacado la pistola al otro, ha disparado al cielo y ya se ha liado la bronca. Nada que no suela ocurrir cada ciertos días.

Todavía no he conseguido hablar con Debby. Menos mal que mañana tengo fiesta y podré pensar con calma en todo lo que ha pasado. Reflexionaré si merece la pena quedarme sin canguro o, por el contrario, con darle una buena bronca será suficiente.

También aprovecharé para montar la piscina, he visto tablones de madera en el patio de Ezekiel, doy por supuesto que serán para elevar la valla, así que su perro no podrá invadir mi patio. Ojalá se haya puesto ya a colocarlos; cuanto menos lo vea, mejor.

Llevo todo el día despistada y torpe. Se me han caído dos cafés de la bandeja. Supongo que, aunque me lo niegue a mí misma, me da miedo. No él como persona, aunque también porque no lo conozco de nada; me da más miedo que tenga ese poder de enturbiar mi mente, cuando eso es algo que siempre he podido controlar.

Lo cierto es que la conversación de esta mañana me ha trastocado por completo, nunca me he sentido tan indefensa ante un hombre. Siempre he mantenido yo el control absoluto de la situación, si me ha apetecido dejarme llevar, en contadas ocasiones y hace ya mucho de eso, lo he hecho. Y lo cierto es que tampoco ha sido con hombres a los que conociera en profundidad. Las pocas veces que he mantenido sexo, desde entonces, ha sido un polvo rápido y seguro, sin complicaciones. Y algo me dice que este hombre podría complicarme mucho la vida.

Sé que no debería fijarme solo en su apariencia, a simple vista podría decirse que no dista mucho de ser el cabecilla de un club o de una banda; pero, por otro lado, está esa forma de mirarme, la manera en la que su mano ha cogido la mía, sin fuerza, sin obligarme, pero con firmeza y seguridad, y no he sido capaz de separarme de su contacto. Me ha transmitido paz, y no soy capaz de entenderlo. Por no hablar de cómo reacciona mi cuerpo.

Lo único que me pasa es que necesito acostarme con alguien, y no tiene por qué ser con él. Quizá debería decirle que sí a Bellagio y salir con él a cenar. Algo rápido, dejaría a la niña un par de horas con Alyssa y después tendría la excusa ideal para irme si la cita no se da bien. Sí, eso estaría bien. Alyssa me llamaría al

cabo de media hora para darme la falsa noticia de que la niña no se encuentra bien, y así poder irme sin más.

Aunque, por otro lado, igual hasta me gusta su conversación, a lo mejor es menos tieso e insensible como aparenta cuando va de uniforme, quizá sea así solo cuando está de servicio. No debe ser fácil patrullar por las noches en estas calles llenas de delincuencia, drogadictos y asesinos en cada esquina. Lo raro aquí es que un día no pase nada. Eso sí es extraño.

—¡Madison! Espabila de una puta vez, los lavabos siguen atascados y no se van a desatascar solos —grita el energúmeno de Alfred entretanto deja salir el humo del puro que se está fumando.

Cada segundo que pasa le tengo más asco. Tengo que repetirme a mí misma que todo va a salir bien y que necesito el trabajo para no mandarlo todo a la mierda.

Dejo lo que estoy haciendo y me dirijo a los aseos. Cuando voy a entrar, se abre la puerta y sale una clienta que no había visto antes, una mujer que me recuerda mucho a mi madre, tanto que me quedo parada en mitad de la puerta observándola.

—Disculpe. Pase. —Son casi de la misma altura, tiene esa mirada penetrante, como si pudiese leer en el interior del alma de las personas.

—Agárrate a cualquier oportunidad que te surja. No sé cómo puedes aguantar a esa horrible persona que tienes por jefe.

Me deja perpleja con sus palabras, si mi madre estuviese viva me diría lo mismo, estoy segura.

—Agnes. El motivo por el que sigo aquí aguantando, tiene tres años y se llama Agnes.

—Pues espero que el destino te tenga reservado algo mejor que esto, mereces mucho más.

Esa sí es una frase que me decía mi madre.

Sale y se encamina hacia la calle. ¿Estaba sola? ¿En qué mesa se había sentado? La debe haber atendido Olvi o quizá Renné.

—¡Oh, Dios! ¿Pero qué han hecho aquí?

El tufo que sale del segundo lavabo es insoportable. No descarto la posibilidad de tener que recoger mi propio vómito o de caer desmayada por la

cantidad de gas metano que debe haber aquí dentro.

Tres horas más tarde estoy saliendo por la puerta. Olvido hace una hora que se marchó, los cocineros van hacia el sur y yo voy corriendo hacia la parada de autobús de Main Street. Está algo más lejana pero también sale el último autobús algo más tarde que el de la línea dos, que es el que suelo coger siempre que salgo a mi hora y me da tiempo a llegar.

Tan solo son tres calles, y no son las peores calles por las que he tenido que pasar. La humedad de la noche hace que el pavimento esté más negro y resbaladizo que de costumbre, eso y el aceite de motor de coche que vas encontrando. Me coloco uno de los auriculares del móvil y pongo la radio, la música siempre es buena acompañante.

El tráfico sigue siendo fluido por las calles colindantes, los otros comercios también han cerrado y apenas hay transeúntes, pero por aquí está la entrada a la autopista que conecta las dos ciudades más grandes de la zona y siempre hay vehículos circulando.

Un gato sale derrapando por debajo de un camión aparcado, maullando y dando un brinco tal que parece que sea Spiderman en lugar de un simple minino. Tres segundos después del susto inicial, aparece detrás del primer gato otro más grande en busca del primero.

El semáforo se pone en rojo para los vehículos y cruzo todo lo rápido que puedo, agarrando bien el bolso que llevo cruzado sobre el pecho; ya puedo ver la calle por donde tiene que pasar el autobús.

Un par de farolas están apagadas y la siguiente parpadea, no sé qué es peor. Me coloco detrás de la oreja un mechón de pelo que se me ha salido de la coleta mientras sigo caminando deprisa para llegar a la parada y salir por fin de este trozo de calle que no me gusta.

Y justo cuando me faltan unos metros para llegar a la esquina de la calle donde está la parada, veo pasar el autobús.

—¡Mierda!

Doy un último apretón y corro lo más rápido que puedo a ver si con un poco de suerte hay algún semáforo en rojo y el conductor me deja subir aunque no esté en la parada.

Esto era lo que me faltaba para acabar de sudar un poco más. ¡Odio el verano!

Con la lengua colgando y un flato doloroso llego hasta Main Street, tarde y para nada. Porque el autobús ya se ha ido y era el último.

¡Joder! Voy a tener que volver a casa caminado, de noche y pasar por mitad del polígono industrial casi a las once de la noche. Menos mal que Agnes se queda a dormir en casa de Alyssa.

Me quedan cincuenta pavos para pasar el mes, no puedo permitirme parar un taxi. Así que me armo de valor, abro el bolso y cojo el bote de *spray* de pimienta, y vuelvo sobre mis pasos otra vez para ir por el camino más corto hasta casa. Aun así me queda una media hora a pie hasta llegar. Y no tiene por qué pasar nada.

Cuando ya estoy acabando de salir de las calles oscuras y más solitarias de la zona industrial, veo que, a unos cuantos metros, hay un grupo de gente junto a una hoguera que prende dentro de un bidón metálico. Dudo entre seguir adelante o girar en esta esquina y pasar por la calle de al lado.

Se oyen risotadas y música trap sonando a todo volumen desde los altavoces de un coche. Mejor paso por la otra calle. Así que retrocedo tres pasos para ir por el otro camino y evitar que...

—Vaya, vaya..., mira lo que tenemos por aquí. —Es la voz de un chaval. Al girarme veo que no debe tener más de dieciocho o veinte años. Y va acompañado por dos tíos más, que también deben rondar la misma edad. Son altos y fuertes, carne de gimnasio.

«Piensa, piensa, piensa..., ¡Madi, echa a correr de una santa vez!».

Ríen mientras me observan, uno lleva una botella de lo que parece ser alcohol dentro de una bolsa de papel marrón, es posible que la hayan comprado en el *paki* que he pasado hace unos minutos.

Otro da una calada a algo que apesta a hierba cuando intentan cercarme y retenerme contra la pared. Mantengo el *spray* de pimienta bien sujeto en la mano.

—Chicos, estoy muy cansada, solo quiero llegar a casa.

Hago un amago de esquivar al que está más hacia la derecha pero otro me cierra el paso y, sin pensarlo más, dirijo el chorro del *spray* hacia la cara de ese,

el que sujetaba la botella, que empieza a gritar cuando el potente gas le hace efecto en los ojos y en la garganta.

Oigo cómo cae la botella al suelo y el cristal estalla en cientos de pedazos. Aprovechando la confusión, le doy un empujón a un segundo tío con todas mis fuerzas, intentando esquivarlo y echar a correr hacia la calle de la hoguera.

Lo consigo. Pero no puedo ir en esa dirección y tengo que correr hacia la calle que está desierta y en penumbra, con algunos coches abandonados o con el cepo policial en una de sus ruedas.

¿Dónde demonios estará la patrulla de Bellagio que se supone que recorre estas calles? Solo rezo porque no vuelvan a meterme en un coche, por favor, otra vez eso no.

De repente, algo impacta contra una de mis piernas haciendo que caiga de boca al suelo, golpeo con la cabeza en el asfalto y noto de inmediato cómo empieza a salir sangre de mi cabeza.

Al apoyar las manos en el suelo el *spray* de pimienta sale despedido y no puedo verlo ni alcanzarlo.

—¡Serás puta! —grita uno de ellos.

Su otro colega sigue cabreado por el efecto del gas pimienta.

Alguien me golpea en las costillas, con lo que consigue dejarme sin aire y empiezo a boquear desesperada por poder introducir algo de oxígeno en mi organismo.

Solo veo la cara de mi mariposita. De mi linda y preciosa niña, tan pequeña y tan tierna.

Intento levantarme, doblándome sobre mi vientre, mientras escucho gritos, alguien me coge de la coleta y tira de ella como si quisiera arrancarme la cabellera.

—Solo quiero llegar a casa con mi niña, por favor —consigo balbucear.

—¿Con tu niña? No te gustaría que tu niña viera lo que vamos a hacer contigo por haber jodido a Pete.

Empiezo a sollozar, me duele la cabeza y el pecho, me cuesta respirar, y entre dos de ellos me están transportando a algún sitio; uno me ha cogido de los brazos y otro por los pies. Entretanto el tercero sigue chillando que no puede ver.

Recuerdos muy dolorosos, recuerdos que tenía desterrados a una parte de mi cerebro que procuro no visitar, salen a la luz, emergen de nuevo en mi yo consciente y me muestran imágenes de hace cuatro años, dolores de ese momento. E intento con todas mis fuerzas desconectarme del ahora, que hagan lo que quieran pero que no me maten, no puedo dejar a mi niña sin madre. Agnes no puede perderme, no puede crecer sin una madre, no tiene a nadie más.

Me levantan y me empotran contra una pared metálica, la cual se queja de forma estridente cuando mi cuerpo impacta contra ella. Y ahí, uno de ellos me coge del cuello apretando tan fuerte que el aire apenas puede pasar hacia mis pulmones. Me escupe en la cara y me da un puñetazo en el vientre.

Escucho gritos y jaleo pero lo que más resuena en mi cabeza es mi propio pulso. *Tum, tum, tum*. Es ensordecedor.

Y, de pronto, la voz de esa mujer que me ha recordado a mi madre: «Te mereces algo mejor».

Vaya ironía. Vuelve a pasarme algo parecido a lo peor que me ha pasado en la vida.

Escucho sirenas de policía, pero creo que están lejanas, no están aquí. Zack no está aquí para quitarme de encima a estos cabrones que siguen apretándome el cuello, y ahora una de sus manos empieza a manosearme los pechos. Ellos hablan pero no los escucho, un horrible pitido resuena en mi cabeza después del golpe que me han dado cuando me han cogido del pelo y han rebotado mi cabeza contra la pared que me impide escapar.

De repente, otro sonido que me resulta familiar, aunque ahora mismo no recuerdo de qué, suena cada vez con más fuerza. Hasta que se detiene y los golpes cesan también.

—¡Quítale las putas manos de encima! —brama una voz dura y tan fuerte que parece que pueda romper una roca solo con pronunciarlo.

—¡Eh, tío! No pasa nada. Tío, vamos muy colocados y no sabemos...

—No sabemos, tío..., ella nos ha provocado —dice ahora otro de ellos.

Ya no siento sus manos por mi cuerpo y puedo coger una gran bocanada de aire mientras llevo mis manos al cuello, me duele y me arde a la vez. Mi respiración se hace cada vez más trabajosa, haciendo que tenga que inspirar y expirar con rapidez. Si sigo así sé que me desmayaré.

—De rodillas al suelo. ¡Ahora! —grita de nuevo esa voz.

Esa voz..., esa voz es...

Abro los ojos y veo a un hombre sosteniendo una pistola, apuntando a la cabeza de uno de los tres hombres que me han dejado en este estado de *shock*.

Ezekiel.

Con la culata de la pistola, golpea la cabeza de uno de ellos, mientras que, rápidamente, de una fuerte patada en la cara, deja inconsciente a otro.

El tercero sigue llorando, debe ser al que he rociado con el gas pimienta. Ezekiel mira a un lado y a otro antes de guardar la pistola en la parte trasera de sus pantalones y de coger por el cuello al tipo que sigue quejándose de su picor de ojos. Le da un puñetazo en la cara, puedo ver cómo algún diente ha salido volando. Y el tipo deja de quejarse cuando Ezekiel le habla con los dientes apretados.

—¿Os gusta pegar a mujeres? Entonces, seguro que también os gusta que os pegue un hombre. Si os vuelvo a ver por aquí o cerca de ella no me hará falta la pistola para dejaros sin vida. ¿Lo has entendido?

Lo tiene cogido de su propia ropa, con la cabeza colgando hacia un lado.

—¡¿Que si lo has entendido?! —brama desencajado Ezekiel.

—Sí... —Me parece escuchar antes de que Ezekiel lo deje caer al suelo junto con sus dos amigos.

Entonces me mira, me observa, y viene en largas zancadas hacia mí.

Niego con la cabeza, y las lágrimas que he estado reteniendo durante todo este rato empiezan a brotar descontroladas, rabiosas y dolidas.

Me observa, aprieta las mandíbulas cuando se fija en mi camiseta rota y, de inmediato, se quita el chaleco de cuero negro que lleva puesto sobre la camiseta y me lo muestra.

—Madi, soy yo, Ezekiel. Solo quiero ponerte esto para que no tengas frío y llevarte a casa. ¿Puedo?

Mantengo los brazos pegados al cuerpo, muerta de miedo, temblando y muy asustada. Él lo sabe, sé que lo está viendo en mi mirada. Tiene la capacidad de ver más allá, igual que la tenía mi madre, igual que la mujer de esta tarde en el restaurante.

Habla en un tono tan bajo, tan suave, con una leve cadencia, como si estuviera cantándome una nana para que caiga en sus brazos y me duerma.

—Sabes que no te voy a hacer daño, ¿verdad? —Da un paso más. Yo sigo temblando, incapaz de controlar los espasmos de mi cuerpo. Estoy entrando en un ataque de ansiedad. Me cuesta más respirar.

—Madi, te vas a marear. Deja que te ponga el chaleco y te ayude a sentarte en el suelo.

¿Suelo? No, no quiero estar en el suelo. Quiero irme de este lugar.

Niego con la cabeza pero no soy capaz de decirle que sí quiero que me ayude pero que no quiero sentarme en el suelo, sino que me lleve lejos de aquí.

—Madison, por favor, solo quiero ayudarte.

Veo la preocupación en sus ojos, en sus facciones apretadas, en cómo se contrae la musculatura de sus antebrazos mientras mantiene los puños apretados y sigue sujetando el chaleco para que me lo ponga.

Entonces empiezo a asentir. Él se percata de ello y acaba de dar los dos pasos que lo mantenían lejos de mí. Sin dejar de mirarme a los ojos, coge mi mano derecha y la lleva hasta el centro de su pecho, donde puedo sentir los latidos de su corazón, algo que extrañamente me ayuda a controlar las pulsaciones. Empieza a respirar inhalando por la nariz y exhalando por la boca, indicándome cómo quiere que lo haga para que no me dé un mareo.

—Respira así, poco a poco.

Sus pupilas siguen fijas en las mías, son mi ancla de salvación; dejo de ver la negrura que me envolvía hace tan solo unos minutos para ver el cálido tono caramelo que tienen sus ojos rasgados.

Sus labios, rodeados por esa fina línea de vello negro, se mueven cuando expulsa el aire y mis labios lo imitan. Y, poco a poco, vuelvo a tener una respiración más o menos normal, aunque el temblor sigue.

La mano que tiene posada sobre mi cuerpo me devuelve algo del calor que me han robado los otros tres.

—Muy bien, buena chica. Ahora te voy a separar de la pared para ponerte el chaleco.

Miro hacia mi cuerpo y me doy cuenta de que se me ve el sujetador, la camiseta está desgarrada y manchada de la sangre que me sale de la nariz y mi

bolso está tirado en el suelo.

Y lo hace, cogiéndome con una de sus grandes manos, me apoyo en su cuerpo porque temo caerme si pierdo el contacto con la pared.

De repente, me inunda su olor, su esencia, su calor corporal es muy elevado. Cierro los ojos cuando poso mi cabeza en el hueco de su cuello y empiezo a llorar de nuevo. Puedo notar el ritmo acelerado de su propio pulso, no sé si va tan rápido como el mío, pero los dos compiten por ver quién tiene más pulsaciones.

Con cuidado, me mueve los brazos y me coloca por encima su chaleco, que me queda enorme.

—Tengo que palparte a ver si tienes alguna costilla rota —me habla al oído, con esa voz tan suave que no sabía que podía tener un hombre.

Poco a poco, me separa de su cuerpo, yo sigo casi sin poder ser dueña de mis movimientos. Con sumo cuidado, coloca ambas manos en mi vientre y palpa muy despacio sobre mis costillas, siguiendo la línea de cada una de ellas con la punta de sus dedos.

—¿Estás bien? ¿Hay algo que te duela tanto como para no poder subirte en la moto?

¿Dolerme? Me duele el alma, pero no estoy segura de si eso cuenta o no. Niego con la cabeza, incapaz de emitir ningún sonido que no sea del llanto o un gemido de dolor.

—Está bien.

Uno de los tres tipos que hay tirados en el suelo se queja, pero Ezekiel sigue manteniendo su mirada en la mía.

—Vámonos.

Se agacha a recoger mi bolso y las cosas que hay tiradas por el suelo. Después, abrazándome por la cintura, me ayuda a caminar hasta la moto, la cual pone en marcha apretando un botón y dándole unos golpes de gas con la mano derecha.

—¿Puedes aguantarte de pie tú sola un momento?

Asiento de nuevo con la cabeza, aunque el hecho de pensar que voy a perder el contacto con su cuerpo, pese a que solo sea por unos segundos, me causa un frío invernal.

Pasa con gracia una pierna sobre la moto y se sienta, cogiendo con una mano el manillar y ofreciéndome a mí la otra mano para que suba detrás de él. Con el pie, quita el caballete que sostenía la moto y después me coloca el pie en el estribo y me indica cómo subir.

No sé dónde colocar las manos y vuelvo a temblar, una vez más, al perder el contacto con su protector cuerpo, es como si perdiera el equilibrio al no apoyar mi cuerpo en el suyo. Él parece darse cuenta de eso y, cogiéndome una mano primero y después la otra, rodea su cintura para juntar mis manos sobre su vientre, en la parte baja de su vientre, haciendo que vuelva a quedar recostada sobre su espalda, protegida de nuevo por el calor que emana de su cuerpo.

—¿Lista? —pregunta girando la cabeza y mirándome de reojo. Aun en la oscuridad de esta calle puedo ver la claridad que desprende su mirada.

Asiento moviendo la cabeza sobre su omóplato izquierdo, inspirando el olor que desprende su cuerpo. Con unos golpes de gas, la moto cobra vida y nos ponemos en movimiento, alejándonos de este horrible lugar.

Cuando ya entramos en la larga carretera que lleva hasta nuestro barrio, coloca su brazo ancho y protector sobre mi rodilla izquierda y me acaricia la pierna con algo que parece ternura.

Quédate conmigo

Varias veces me ha preguntado si tenía frío y, aunque por fuera estaba helada de miedo, algo dulce y caliente ha empezado a extenderse desde el centro de mi pecho.

Tengo las manos tan apretadas a su cintura que temo entorpecerlo mientras conduce. Su mano sigue estando en mi pierna, acariciándome de arriba abajo, pero no es una caricia sensual, es como un tic por mantenerme segura y a salvo. Como si necesitara tocarme para saber que estoy bien, que estoy aquí.

Soy consciente de cuándo reduce la velocidad y abro los ojos, después de llevarlos cerrados durante todo el trayecto. Hace muchos años que no subía en una moto y los acontecimientos de la noche tampoco son los mejores para conseguir que esté tranquila montada en este vehículo. Pero él no ha hecho ningún movimiento brusco ni extraño que haya podido asustarme más de lo que ya lo estaba.

Al llegar a casa, aparca donde siempre lo hace, justo delante del porche de su casa, con la bandera del país ondeando en su mástil. La gran mayoría de casas tienen la bandera en la entrada, aunque el país de origen de su propietario sea otro, no importa.

Un pánico horrible me atraviesa de nuevo solo con pensar que tengo que pasar la noche sola. Tendría que avisar a Aly de que ya he llegado a casa, sé que estará preocupada por no haberla llamado al llegar después del trabajo y preguntarle qué tal ha ido el día con mi pequeña. Pero no me siento capaz ni de escribir un mensaje de texto.

Ezequiel apaga el motor de la moto pero no se mueve lo más mínimo. Yo sigo con la cara apoyada a su cuerpo y rodeándolo con los brazos. Siento cómo coloca una mano sobre las mías y me transmite su calor.

—Vamos dentro, hay que curarte esas heridas. ¿Estás lista para bajar?

—Creo que sí. —Y, por fin, soy capaz de hablar con algo de normalidad.

* * *

Empezaba a preocuparme que no pudiera hablar. Menos mal que ha dicho que está bien.

Las heridas que tiene en la cara se las puedo curar yo mismo, no hace falta que vaya al hospital para eso. Pero no sé si querrá poner una denuncia, en tal caso quizá le fuera bien tener un parte de lesiones.

—¿Quieres que te lleve a un hospital? —No sé si tendrá cobertura médica.

Tiembla de nuevo antes de contestar.

—No, no tengo cobertura médica. Solo pago seguro para la niña.

—Está bien, no te preocupes.

La ayudo a bajar de la moto y me pongo de pie con ella, sujetándola por la cintura. Sigue temblando como una hoja a punto de caerse del árbol en pleno mes de octubre.

Detrás de esa muralla de fuerza hay una mujer frágil, valiente por querer mantenerse ella sola, admirable por ello pero, por desgracia, en esta ciudad, las mujeres no permanecen a salvo solo por mostrarse duras ante los hombres. Una noche te encuentras con tres hijos de puta como esos y lo más fácil es que a la mañana siguiente alguien encuentre tu cadáver. Y no pienso permitir que ella forme parte de esa cifra.

Thor está saltando por la valla que da a la entrada. «Tendrás que esperar, chaval». Lloro al ver que no voy a por él.

—¿Tienes botiquín en tu casa?

Contesta sin mirarme, mantiene el chaleco cerrado sobre su cuerpo agarrándolo con ambas manos.

—Está bien, vamos pues.

Con la otra mano, saco el móvil y le mando un mensaje a Romeo, esta noche tendrá que cubrirme.

Cuando llegamos a la puerta de su casa, busco en su bolso las llaves, pero no las encuentro.

—Es posible que se hayan caído al suelo. ¿Tienes abierta la puerta trasera?

—No.

—No te preocupes, son fáciles de abrir.

Quizá ese dato no le dé mucha confianza ahora mismo y la ponga más nerviosa, cosa que no quiero.

Pasamos por el pasillo que separa nuestras casas, mientras Thor lo va recorriendo desde mi lado pero, al llegar la final de la valla, no se lo piensa y salta hacia la casa de Madison.

Ella da un respingo hacia atrás, apretándose más contra mis costillas.

—Tranquila, es solo un cachorro, no te hará nada.

Thor se acerca a nosotros, me huele y va hacia las piernas de Madison, las cuales olisquea y después busca sus manos para lamerlas.

—Está contento de verte.

Intento hacerle una broma para ver si logra sonreír, lleva mucho rato callada y empieza a preocuparme que tenga alguna lesión interna.

Si le digo que yo puedo hacerme cargo del coste médico sé que me dirá que no, es demasiado orgullosa para aceptarlo.

Con un simple movimiento consigo desbloquear la puerta que da a su salón, la ayudo a subir los tres escalones de desnivel y entramos.

Está todo a oscuras, pero conozco su casa como si fuera la mía.

—Quiero ducharme. Quiero quitarme esta sensación asquerosa que me cubre entera.

Me sorprende cuando por fin habla. Se separa de mí y camina hacia la pared, desde la cual enciende las luces de la cocina. Thor va detrás de ella y olisquea por la zona, hasta que llega a la puerta de entrada y se tumba ahí, vigilante como siempre.

Ahora que puedo verla con luz me doy cuenta del corte que tiene en la frente, sobre la ceja izquierda, y la sangre, ahora seca, que ha goteado de su nariz, aparte del polvo negro que se le ha pegado a la piel mientras ha estado tirada en el suelo.

No puedo evitar apretar la mandíbula al ver el estado en el que está y pensar en cómo podría estar ahora si no llego a pasar por allí justo en ese momento. Había quedado con X en la salida de la autopista y volviendo hacia casa he decidido pasar por su trabajo a ver si todavía podía entrar a cenar. También para verla a ella. Aunque lo que me ha dicho esta mañana me haya sentado como una patada en los mismos huevos.

Le aparto el pelo de la frente y miro bien la herida, ella se mantiene quieta, de pie, aguantando el tipo, aunque sé que está herida de mil maneras.

—No harán falta puntos, con un par de tiritas será suficiente. Y un buen antiséptico.

Me aparto un poco de ella para poder mirarla a los ojos, esos ojos negros que me hechizan cada vez que me mira de esa manera. Tiene la nariz moteada de pequeñas pecas; el origen africano de uno de sus padres está presente en sus preciosas facciones aunque su tono de piel sea más canela dorada que oscura.

Ella también me mira a los ojos con una expresión que no sé descifrar. Quizá quiera que me marche y la deje ducharse sola. Puede que no se atreva a decírmelo.

Así que seré yo quien lo diga.

—Bueno, creo que..., será mejor que me vaya a casa. Solo tienes que...

No me deja acabar. Empieza a negar con la cabeza, su cara demuestra la alarma y el miedo que le ha causado que le diga que me marchaba.

—No. No te marches, por favor. Quédate conmigo —me pide mientras coge con su pequeña y delicada mano la mía.

Joder, sentir su calor me da esperanza. Me da vida.

—Tengo miedo, no te vayas. Por favor.

—Shhh, tranquila. —Le acaricio la cara con la otra mano—. No voy a moverme de aquí a no ser que tú me eches. Voy a cerrar todas las puertas y Thor se encargará de la vigilancia. Pero, antes de ducharte, deberías tomarte ya un par de pastillas, esos golpes te van a doler.

Mientras yo me encargo de las puertas y de las ventanas, ella se toma las pastillas. Voy hacia arriba para cerrar las ventanas y poner en marcha el ventilador de techo que tiene en las dos habitaciones; si va a dormir con la ventana cerrada necesita algo que remueva el aire caliente que hay dentro de la casa.

Una vez estamos los dos arriba, ella se ha metido en el cuarto de baño y yo estoy sentado en una silla en su habitación esperando a que acabe. Después de curarle las heridas me iré al sofá.

Al cabo de diez minutos, y de escucharla llorar otros tantos, sale con el pelo negro mojado y echado sobre su hombro derecho. Se ha puesto una camiseta que

le queda cuatro tallas grande y le cubre casi hasta las rodillas.

«¡Joder, es la hostia de preciosa!».

Ahora que tiene la piel limpia, el golpe de la cara resalta bastante más.

Ya tengo listas las gasas, el antiséptico y un par de puntos de tirita. Menos mal que es madre y tiene de todo en el botiquín por si la niña se hace daño. Sé que Agnes está con la amiga que estuvo aquí la semana pasada para la fiesta de cumpleaños, he visto cómo esta mañana se ha ido con ella en el sedán de color gris que tiene.

Parece que está más tranquila, aunque tiene los ojos hinchados de llorar y por el miedo que siente.

—Siéntate, así podré curarte mejor —le indico señalando su cama.

Viene hacia ella y se sienta a los pies, delante de mí; por detrás de ella está la ventana desde la cual puedo ver la ventana de mi habitación.

Con cuidado, la cojo de la barbilla para inclinarle un poco la cabeza y que esta quede mejor iluminada para ver bien la profundidad del corte.

Le echo bastante suero para eliminar cualquier resto de polvo o tierra que pudiera quedar dentro y desinfecto la zona antes de colocarle los dos puntos de tirita.

En todo momento, mantiene los ojos cerrados, siento su respiración en la palma de mi mano. Parece que ya está más tranquila que antes, aunque sus pulsaciones siguen siendo más elevadas de lo normal.

—Bueno, esto ya está. —Me separo de ella, cojo los botes y las gasas sucias para tirarlas—. Descansa todo lo que puedas, yo estaré abajo en el sofá.

Sigue sentada en la cama, mirándome mientras le hablo; solo escucho mi voz, su respiración y el *zum, zum* del ventilador del techo. Me giro para salir de la habitación pero, antes de cruzar la puerta, su dulce voz suena de nuevo.

—Ezekiel, quédate aquí conmigo. Por favor.

Nunca mi nombre había sonado tan celestial.

Me doy la vuelta para mirarla. Sé que está muerta de miedo por lo que ha pasado pero no va a entrar nadie en su casa, menos aun estando yo aquí.

—Madi, en el sofá estaré bien, no tienes que temer nada.

—Pero yo aquí estaré mal. Si Agnes estuviera en casa me acostaría con ella, necesito del calor de otro cuerpo para sacar este frío glacial de mi interior.

Se ha puesto de pie enfrente de mí, me mira suplicante esperando mi respuesta. Puedo ver en sus ojos negros empañados que está a punto de llorar otra vez.

—Si eso es lo que quieres, está bien, me quedaré. Deja que vaya abajo a ponerle una olla con agua al perro y ahora mismo subo.

* * *

Los minutos que tarda Ezekiel en bajar a la cocina y ponerle agua al perro me parecen una eternidad. Tengo mucho frío, cosa nada normal porque este mes de junio está siendo uno de los más calurosos y con más humedad de los últimos años, así que lo normal sería que estuviera sudando como un pollo y no temblando como un flan.

Me meto en la cama y me tapo con las sábanas. Para cuando él sube, sigo muerta de frío. Y de miedo.

Entra en la habitación como si fuera un león enjaulado, no sabe cuál es la manera correcta de actuar sin que yo me vaya a sentir atacada o violenta. Después de lo borde que he sido con él desde que nos conocemos, ahora lo obligo a hacerme de niñera.

Se acerca a la cama y se sienta despacio en el lado que le he dejado libre. Lleva puesta la camiseta de algodón negra y los vaqueros; las botas se las acaba de quitar.

Se tumba despacio, colocando un brazo doblado sobre la almohada donde después reposa la cabeza. Yo sigo tumbada sobre mi espalda viendo cómo giran las aspas del ventilador, pero los malditos temblores no cesan.

—¿Quieres que apague la luz? —pregunta.

—Sí —susurro con un castañeteo de dientes.

La claridad de la noche entra por la ventana iluminando un poco el interior de la estancia.

—¿Tú también tienes frío? —Me extraña que no se haya quitado la ropa.

Me parece oír cómo ahoga una risa antes de contestar.

—No. Al contrario, tengo mucho calor.

De repente, otra vez, vuelven esas ganas irrefrenables de llorar. Lo que ha ocurrido esta noche me ha destrozado aunque, gracias a Ezekiel, no ha sido tan fatal como la primera vez, esto ha conseguido doblegarme y partirme. Llevaba mucho tiempo aguantando todo lo que me caía encima; toda la mierda del trabajo, algún mal rollo con algún cliente que se sobrepasa; la enfermedad de Agnes, tener que hacer peripecias con el dinero para poder vivir más o menos en paz. Pero, hoy, ya no aguanto más, necesito saber que no tengo por qué luchar contra todo con una sonrisa, que puedo sentirme débil, porque no soy de hierro, soy una mujer que lo único que tiene en la vida es a su preciosa hija de tres años. No quiero tener que jugar a ser Superwoman porque no lo soy; no puedo más.

Y lloro. Dejo salir todo lo que llevo aguantando, todas las lágrimas no derramadas con anterioridad salen ahora y Ezekiel se mueve en la cama para abrazarme. Me coloca sobre su pecho y mojo su camiseta con mis lágrimas, me acaricia la cabeza y la espalda, sin pedir explicaciones, sin exigir nada, tan solo me acompaña. Y yo se lo agradezco desde lo más hondo de mi corazón mientras escucho latir el suyo con fuerza.

No sé en qué momento de la noche me he quedado dormida, una pesadilla recurrente venía una y otra vez a por mí, llevándome de vuelta al interior de un coche donde me robaban mi dignidad, me utilizaban y me cortaban los muslos solo por su enfermo placer.

—Shhh, no pasa nada —susurra con voz ronca mi ángel guardián.

Su teléfono móvil ha sonado un par de veces pero lo ha silenciado y ha enviado un mensaje.

—Madison, ¿te importa si me quito algo de ropa? Entre el calor que hace y contigo sobre mi pecho, me estoy cociendo.

Medio despierta, medio dormida, le susurro que no, y me giro sobre mi lado izquierdo para dejarle espacio. Noto cómo se hunde el colchón con sus movimientos, coloca algo sobre la mesilla de noche y me parece escuchar también el sonido de la cremallera bajándose.

Al cabo de un momento vuelve a estar tumbado a mi lado, puedo sentir el calor que desprende su cuerpo, una de sus piernas roza tímidamente una de las

mías. Con el pie busco su contacto y, así, vuelvo a dormirme hasta que la luz del sol me despierta.

Debe ser muy temprano, apenas está amaneciendo, y cuando abro los ojos vuelve a caer esa pesada losa sobre mí, revivo todo lo ocurrido anoche, todo lo que estuvo a punto de pasar y no pasó gracias a Ezekiel.

Ezekiel.

En sueños, he tenido que moverme porque vuelvo a estar sobre su pecho desnudo. Estoy tan cómoda aquí, entre sus brazos. Aunque quizá le moleste que esté tan enredada en su cuerpo, tengo una de mis piernas entre las suyas y la camiseta se ha remangado en mi cintura.

Me muevo despacio, para no despertarlo en caso de que esté dormido; al separar la cara de su pecho no puedo evitar inspirar su olor, es algo picante y masculino que nunca antes había detectado en ningún otro hombre, aunque la verdad, hace muchos años que no dormía abrazada a ninguno.

Al abrir los ojos, veo que él ya los tiene abiertos y me está mirando. Esos ojos rasgados están algo más marcados justo cuando acaba de despertarse; es guapísimo. Su brazo sigue anclado en mi cintura, manteniéndome pegada a su cuerpo, asegurándose de que no voy a ir a ningún lugar.

Y en este momento en el que nuestros ojos se fijan en los del otro, en una distancia tan corta que respiramos el mismo aire, no puedo apartar la mirada de sus labios entreabiertos, del contraste que forman sus bonitos dientes blancos y el tono moreno de su piel. Puedo ver cómo traga saliva mientras su mirada también se pierde en mis labios y, antes de que pase algo para lo que no sé si estoy preparada, me giro veloz para levantarme e ir al lavabo.

Cuando vuelvo a la habitación, él ya está vestido y se está colocando la pistola en la parte trasera del pantalón.

—Buenos días. ¿Cómo te encuentras? —pregunta entretanto se ata los cordones de las botas.

—Como si me hubiera pasado un camión por encima, pero bien. Por lo menos no..., ya sabes. —No puedo hacer referencia clara a lo que podría haber pasado. No quiero que él sepa lo que me pasó y me vea como algo sucio, algo roto. Tengo que ser fuerte de nuevo.

Se levanta con mucha agilidad y camina los pocos pasos hacia mí. Lo miro nerviosa de nuevo por haberme mostrado tan débil y sensible ante él.

—Deja que le eche un vistazo a esa cara fea que tienes. —Al mirarlo, veo que sonrío de medio lado, enseñándome ese pequeño hoyuelo que se forma en su mejilla.

Sin darme otra opción, me coge de la barbilla con una mano mientras que con la otra, aparta un mechón de pelo de mi cara. Primero, vuelve a clavar su mirada en la mía, la pasa veloz sobre mis labios y vuelve a subir hacia la frente.

«¿Qué sentiría si sus labios cayeran con cuidado sobre los míos?».

—Bueno, no creo que quede cicatriz y, si fuera así, con hacerte flequillo estaría solucionado. —Revuelve con cariño mi pelo dejando que este caiga sobre mi cara. Consigue hacerme sonreír—. ¿Te duelen las costillas o algo interior? Deja que te mire a ver cómo lo tienes.

No lo pienso cuando lo hago, es escuchar su voz y saber que no hay nada malo en enseñarle el vientre, después de haber dormido con esta misma camiseta y en braguitas abrazada a él durante toda la noche. Me ha respetado como si fuera mi hermano.

Cuando levanto la camiseta para que pueda verme las costillas, su cara cambia de expresión y me asusto pensando que tengo un hematoma horrible. Pero no es eso lo que llama su atención.

—Madi, ¿qué son esas marcas blancas?

¡Mierda! Mis muslos. Los ha visto. Vuelvo a colocarme bien la camiseta, tirando de ella hacia mis rodillas y así poder tapar todas esas pequeñas marcas blancas que tengo repartidas por ambos muslos.

Me giro rápida, para apartarme de él, pero me coge del codo, manteniéndome a su lado.

—¿Quién te hizo eso? —Vuelve a preguntar mientras aprieta las mandíbulas.

—Nadie, Ezekiel. Ya está. Te agradezco que te preocupes pero ya está todo bien.

Le quito importancia a todo lo ocurrido, no puedo pretender que él sea mi perrito guardián, mi ángel protector.

—No, no está, Madison. ¡Joder! Puedes confiar en mí. ¿Qué más necesitas que haga?

Me encaro a él, mirándolo directamente a los ojos, aguantando mi pena y las ganas de llorar.

—Muchas gracias por lo que hiciste anoche, por quedarte conmigo pero ya está. Ya estoy mejor. Tengo que recoger todo esto y pensar en qué mentira voy a contarle a mi hija para que no se preocupe por mí cuando me vea la cara.

Sé que estoy nerviosa y que me muevo demasiado rápido para evitar mirarlo de nuevo. Me observa sorprendido por mi tono y por cómo me aparto de él.

—¿Me estás echando? —pregunta incrédulo.

—Bueno, supongo que tendrás otras cosas que hacer, quizá responder a las llamadas que has tenido durante esta noche, tu trabajo... ¡Joder, Ezekiel! No sé nada de ti, no tengo ni idea de a quién he metido esta noche en mi cama...

«Pero aun así confío en ti», me gustaría poder decírselo, sin embargo, me muerdo la lengua y me enveneno con mi propio veneno.

—Creo que está claro que no soy el que pretendía violarte después de darte una puta paliza. ¿O acaso lo dudas?

Se ha enfadado, puedo verlo en su mirada y en la tensión de sus músculos.

Intento no sonar tan borde antes de hablar de nuevo.

—No, claro que no. Pero ¿dónde nos llevaría esto? —pregunto moviendo las manos a nuestro alrededor.

—No lo sé, y así nunca lo sabremos. ¿Qué te han hecho para que desconfíes tanto?

Niego con la cabeza, no puedo hablarle de ese tema. No puedo ni quiero hacerlo.

—¿Quién eres? ¿A qué te dedicas? ¿Por qué vas armado?

Son algunas de las muchas preguntas que quiero hacerle.

La calma que había entre nosotros, la magia y la paz que he sentido esta noche estando abrazada a su cuerpo, se han evaporado para volver a quedar cubiertos por una nube de dudas y miedos.

De verdad que lucho contra ello, pero las compuertas vuelven a activarse para cerrarse alrededor de mi corazón.

—Me llamo Ezekiel Pardo, mi madre era mexicana, yo soy estadounidense. Tengo treinta y siete años. Voy armado igual que el ochenta por ciento de la

población de esta ciudad, porque en cualquier momento puede ser tu vida o la suya y, si puedo escoger, prefiero que no sea la mía.

—¿Te dedicas a algo ilegal? —Esta es la pregunta de la que sin duda necesito obtener respuesta. Tiene que tener alguna pega. Estoy segura.

—Madi... —Se acerca a mí de nuevo, coloca sus manos en mi cintura mientras sus ojos color miel me retienen anhelante—. No puedo darte más datos por ahora, solo te pido que confíes en mí.

Coloco mis manos sobre las suyas, puedo sentir la dureza de sus nudillos en las palmas de mis manos, la tensión que sus dedos hacen llegar a mi piel.

—Tengo una hija, Ezekiel, es lo más sagrado, lo único que tengo. El día que vaya a estar con un hombre, tiene que ser un buen hombre, un hombre legal, un hombre que me dé estabilidad y no que me la quite. No puedo arriesgar la vida de mi hija en esto. Ella es lo primero.

Asiente lentamente, retira sus manos de mi cintura para cogerme las manos y darme un último apretón mientras se inclina y me da un beso en la frente.

No puedo mantener los ojos abiertos por más tiempo. Y no quiero volver a llorar delante de él. Pero mentiría si negara que notar sus labios en mi piel me ha gustado.

—Tú ya tienes claro que no soy ese hombre. Será mejor que me vaya. En la mesilla te he dejado mi número de teléfono anotado. Estaré cerca, Madison, para lo que necesites. Incluso para quedarme con Agnes mientras trabajas, porque supongo que no vas a tomarte ni unos días de fiesta, ¿verdad?

Niego con la cabeza y unos segundos después Ezekiel sale de mi casa.

* * *

Después de salir de casa de Madison, he pasado por la mía un momento para ducharme y cambiarme de ropa. Hoy dejaré la moto aquí y me iré con la *pickup*, llevándome a Thor al taller. Es sábado, el taller está cerrado pero tenemos reunión.

Durante todo el trayecto no puedo dejar de pensar en la mirada asustada que tenía tanto anoche como esta mañana, sé que el motivo del miedo no era el mismo pero saber que no es capaz de confiar en mí, me duele, y maldita sea si lo

entiendo, porque no lo hago. No soy capaz de entender qué me pasa con esta mujer. No debería complicarme la vida, ni complicársela a ella; tiene razón, no soy un hombre para formar una familia, para empezar una relación y después, ¿qué? Pero si cree que me voy a separar sin más, está muy equivocada.

Cuando llego al taller me encuentro con la persiana del local a medio subir, algunos de los chicos ya deben estar dentro.

Kenny está en la pequeña cocina, preparándose un café.

—Ey, ¿qué pasa hermano? No tienes muy buena cara —dice al levantar la vista y mirarme.

—No he pegado ojo —contesto para no tener que darle más explicaciones.

—Sí, algo me ha contado Romeo sobre una vecina tuya que te trae ocupado últimamente.

«Joder con Romeo, no sabe mantener la boca cerrada».

—Hazme otro para mí, ¿quieres?

Romeo y Jeff entran a la vez, alborotando a Thor a su paso.

—Eh, perrito guapo. Grrr, grrr —gruñe Jeff tirando del juguete que el perro estaba mordiendo.

—Venga, dejémonos de tonterías que hay lío. Vamos a la mesa.

Entramos los cuatro a mi despacho, que no está para nada como la oficina donde se supone que Romeo debe tener la documentación del negocio legal en regla.

Cuando Kenny y Jeff están dentro, retengo un momento a Romeo para aclararle un par de puntos.

—Deja de ser tan bocazas con lo relativo a Madison. No es lo que tú crees.

—Tranquilo, hermano. Es toda tuya. —Levanta las manos en señal de rendición mientras muestra su perfecta dentadura blanca. El muy mamón piensa que estoy celoso.

—Vuelvo a repetirte que no es lo que estás pensando, ahora os lo explicaré.

—Pero ¿has pasado la noche con ella o no? Por eso estás cansado. No has parado en toda la noche, ¿eh?

—Eres un jodido bocazas. Venga, tira. —Le doy un empujón para que entre de una vez y podamos sentarnos a tratar los temas importantes.

Bajo la persiana y cierro la puerta del despacho antes de sentarme con mis hermanos. Aunque no somos de la misma sangre, daría mi vida por ellos, igual que ellos la darían por mí.

—Bueno, Romeo ya se ha adelantado explicándoos algo pero quiero aclarar algunas cosas. Anoche, después de verme con X y de entregarle el pedido, quise ir a cenar al restaurante donde trabaja mi vecina, Madison. Cuando llegué allí, el local ya estaba cerrado así que, aprovechando que estaba en la zona de los Siux, quise ir a hablar con su jefe, Frank. La otra noche, me comentó que habían tenido problemas con una nueva banda y quería informarme de los movimientos que tenía previstos para cazar a Bellagio.

—El muy cabrón se cubre bien las espaldas, estas últimas semanas está teniendo mucho cuidado con las cosas que hace mientras va de uniforme. Los Mayas sospechan de que uno de los suyos es el topo —comenta Kenny.

—Lo sé, por eso la otra noche cuando nos vio en el restaurante se le descompuso la cara de cerdo que tiene. No tiene nada contra mí ni contra Romeo que es lo que él querría para empapelarnos y volvernos a meter en chirona. Tenemos que ser más listos que él. Dentro de dos noches tendremos que hacer el porte y no podemos dejar que se nos escape ningún hilo. Jeff, tema GPS: lo quiero todo listo para esta noche. Hablad con los contactos, el dinero ya está en movimiento, así que eso no será un problema.

—Los Mayas y los Siux quieren su parte del pastel, cuanto antes se quiten a Bellagio del medio, mejor para todos —comenta Romeo —, ese mamón ha conseguido unirnos a todos por una buena causa: verlo perder la cabeza.

—Bellagio es cosa mía, tanto Frank como Cobo lo tienen claro, el día que ese desgraciado vaya a desaparecer me encargaré yo mismo de ello. Pero ha surgido un problema: anoche tres tipos atacaron a Madison

—¿Qué le han hecho? —Romeo salta de su silla inclinándose sobre la mesa con los puños apretados.

Tanto Jeff como Kenny esperan a que yo les dé alguna explicación más.

—¿Qué significa la tal Madison para ti? —pregunta Kenny.

—Está muy encoñado con ella —responde Romeo sin darme oportunidad de hablar.

—¡No me jodas, Romeo, aprende a cerrar la puta boca!

—¿Es así, hermano? —El que habla ahora es Jeff, con su voz de locutor de radio.

—No lo sé. No es la típica tía a la que le dices ven y lo hace. No es la típica mujer en nada. Sé que, bajo su aparente dureza, esconde algo, algún tipo le hizo daño antes y ahora es difícil acercarse a ella. Pero algo me dice que no la deje escapar. Anoche estaba muy asustada, cosa normal, me pidió que me quedara a pasar la noche en su casa, solo para hacerle compañía —aclaro —, y esta mañana ya había vuelto a levantar los muros de defensa.

—¿Le has contado a qué nos dedicamos? —pregunta Kenny.

—Todavía no. Primero quiero estar seguro de todo. No es que desconfíe de ella pero hay mucho en juego para soltárselo así, a la primera. En ese trabajo la tienen muy machacada y cobra una mierda. Sé que es una mujer inteligente, podría ofrecerle algo diferente, que cobrara más y le fuera bien para cuidar de su hija.

—Ah, ¿que ya viene con el pack? —Kenny es anti niños, o eso se cree él. A mí tampoco solían gustarme.

—Sí, tiene una hija de tres años. Y, o mucho me equivoco, o el que la hizo sufrir fue el padre de la niña.

—Susan quería un cambio, puede ir a trabajar con David, él no da abasto allí ahora que Daphne se ha ido a la otra casa, y ella está limpia de todo, podrían pasar por la parejita feliz y todo sería más creíble —comenta Romeo.

—Lo he pensado. —Hace días que Susan me dijo que prefería trabajar en otro sitio. Y poder tener a Madison trabajando aquí sería una tranquilidad que ahora mismo me gustaría tener.

—Dentro de dos días tenemos que hacer un viaje y no quiero prescindir de ninguno de vosotros para que os quedéis vigilando que no le pase nada.

Si no fuera tan testaruda, estoy seguro de que agradecería el ofrecimiento de trabajo y no dudaría en decir que sí. Pero siendo como es, mucho me temo que no aceptará así como así, aunque este trabajo sea mucho mejor que el que tiene.

—Hermano, ya sabes que la familia es lo primero. Si ella va a formar parte de tu vida, forma parte de la nuestra. La protegeremos como a uno más, a ella y a la niña. —Romeo y Jeff dan un golpe en la mesa dando su conformidad a lo que acaba de decir Kenny.

—Ahora solo falta convencerla a ella. No se fía ni de su sombra.

—Y luego está el otro pequeño detalle..., Romeo también escuchó cómo el muy gilipollas del agente le pedía una cita a Madison.

—¡No me jodas! ¿No lo estarás haciendo para joderlo a él? —Jeff parece cabreado con esa posibilidad.

—Ese agente es una de las mierdas más grandes que existen por aquí cerca, pero no. Si ella me escoge a mí, es porque verá que el buen agente de la ley está más podrido que la manzana del cuento. Ella quiere seguridad.

—Y tú puedes darle la mejor seguridad —me recuerda Jeff.

—Por una parte sí. Por otra, no. No hasta que ella lo sepa todo.

—Hermano, piénsalo y cuando lo tengas claro, nos lo dices y se lo dices a ella. Tendrás que ir allanando el camino para que empiece a confiar en ti. En nosotros. Entretanto voy a ir preparando todo para ponerle escuchas a nuestro amigo agente.

Dejo que cada uno de mis hermanos siga con su trabajo mientras yo me dedico a pensar en el mejor plan para poder acercarme a ella sin que vuelva a salir corriendo. Antes de meterla en esto, tengo que estar seguro, por completo, de que puedo confiar en ella. Hay muchas vidas en juego.

Una decisión equivocada

Alyssa acaba de marcharse de casa. Cuando ha venido a traer a Agnes y me ha visto la cara, lo primero que ha hecho ha sido marcar el número de teléfono de la policía para que pusiera una denuncia.

Como no he querido hacerlo, me ha dado la posibilidad de llamar a Zack, ¿quién mejor que él para ayudarme con esto? según ella. Es uno de los pocos policías en los que se puede confiar, quizá algo pesado en cuanto a invitarme a salir pero, quién sabe, tal vez debería darle una oportunidad.

—No es feo, parece un tipo honrado y tiene un trabajo legal, aunque muchos de sus compañeros estén de mierda hasta el cuello —decía Aly—. Él podría sacarte de ese trabajo, en la peor zona de la ciudad; sí, ya sé que no hay nada mejor, pero mira cómo te ves por perder un autobús. Si no llega a ser por ese vecino... Tienes que darle una oportunidad.

¿A quién? me pregunto yo. ¿Al policía que llevo meses rechazando, o al vecino del cual no sé nada pero que me atrae como no lo había hecho nadie, aunque yo lo niegue?

Quizá debería darle una oportunidad a Zack. Puede que así, si lo conociera un poco más, tal vez, despierte en mí algo parecido a lo que Ezekiel me provoca. Algo sobre lo que no le he hablado a nadie, mucho menos a Aly.

—Hola, ¿Zack? —Me retuerzo los dedos mientras miro por la ventana y veo a Agnes jugar con sus juguetes en el jardín.

—Madison, ¿qué tal? Te noto la voz algo nerviosa —«Vaya, qué observador. Esto no ha sido una buena idea».

—Pues la verdad es que te llamaba porque, bueno, anoche sufrí una agresión y quiero denunciar... —No me deja acabar de hablar.

—Tranquila. Ahora mismo voy para tu casa. Dime la dirección.
Le indico cómo llegar y cuelgo.

Aviso a la niña de que voy a subir a ponerme otros pantalones y eso hago, me quito el pantalón corto y me pongo unos vaqueros con roturas en las rodillas.

Al entrar en mi habitación recuerdo lo que he sentido esta noche cuando Ezekiel ha estado aquí conmigo, y no puedo controlar el impulso de agacharme y oler la parte de las sábanas donde su cuello ha estado en contacto. Y, para mi sorpresa, su olor sigue impregnado en ellas.

Fuera. Quito todas las sábanas y me las llevo para lavar.

Tengo que buscar seguridad para mí y para Agnes, no puedo permitir que me pase algo y que ella quede desamparada o vaya a parar a uno de esos centros de acogida del Gobierno y acabe como muchas otras criaturas. No quiero ni pensarlo.

Cuando salgo al patio para estar con mi mariposita entretanto esperamos a que llegue Zack, veo la cabeza de Thor saltando desde el otro lado de la valla, y justo en ese momento sale Ezekiel, sin camiseta, cargado con algunas herramientas que deja sobre un tablón colocado a modo de mesa.

Parece que se me para el corazón al verlo de nuevo, y desde una distancia tal que puedo admirar bien su escultural cuerpo. La virgen que lleva tatuada en un lateral cubre desde su vientre hasta parte de las costillas. Los músculos de sus pectorales y los abdominales se mueven mientras se agacha para coger listones de madera que va colocando sobre la mesa en la que ha dejado las herramientas.

—Mami, mira, es *Esekel* —grita Agnes yendo hacia la parte de la valla donde él se encuentra.

Ezekiel levanta la vista y sonrío a Agnes, que no se detiene ni cuando ve al enorme perro.

—Cuidado, nenita, no corras tanto...

—¿Quieres tocarlo? —le pregunta a la niña, el perro se acerca despacio, moviendo la cola de lado a lado.

—¿No será peligroso? —pregunto yo, acercándome a ellos.

—Lo único que puede pasarle es que le lama la cara, le encantan los niños —dice él sin apenas dirigirme la mirada.

Agnes no tarda en alargar la mano para acariciar la descomunal cabeza de Thor que, efectivamente, ha sacado su rosada y larga lengua para lamerle la mano y parte del brazo a la niña.

—¡Qué boca tan *graaande!* —dice ella asombrada mientras ríe—. Me hace cosquillitas.

Ezekiel observa la escena pero no dice nada, sigue preparando los listones de madera.

—¿Vas a empezar a subir la valla? Ahora que ya sabemos que no es peligroso... —Aunque su aspecto siga intimidando.

—Es mejor así, tendrás más..., intimidación.

Toma unas medidas con el metro y marca la longitud con un lápiz que tiene apoyado sobre la oreja.

Intimidación. Esa palabra saliendo de sus labios hace que piense en la intimidación que hemos compartido esta noche. Ahora sabe que soy vulnerable, que estoy indefensa.

—Mami se ha caído y se ha hecho pupa, ¿has visto *Esekel?*

Este sonrío a la niña antes de echarme un vistazo. Me parece ver tristeza en su severa mirada.

—Vaya. —Es su única respuesta.

—Mírala, *Esekel*, le duele la *cabesa*. Mami. deja que *Esekel* te mire la pupa.

Él levanta la mirada y me observa, sonriente, como si hubiera ganado una batalla.

—No hace falta, cariño... —empiezo a decir pero ella ya me ha cogido con su pequeña manita, acercándose a la valla para que esté cerca de nuestro vecino.

En cuanto él se acerca, ella vuelve para seguir sobando al perro.

El momento es muy incómodo, ver su piel bronceada reluciente por el sudor que la cubre, todos esos músculos duros y tatuados, y sus ojos. Tan dulces como la miel, ¿será por eso que tienen ese color? Aunque anoche vi una mirada muy diferente en ellos, una mirada oscura, llena de odio y brutalidad absoluta mientras encañonaba a aquel hombre que me estaba atacando.

Eleva una mano que lleva hasta mi mejilla para apartarme un mechón suelto y ver la herida que sabe de sobra en qué lado está, él mismo se encargó de limpiarla y de ponerle las tiritas.

En el instante en el que su piel toca la mía vuelve a ser notable ese cosquilleo que siento por todo el cuerpo cuando él me toca.

—Podemos empezar siendo amigos. Si se te infecta y quieres que me encargue de ella, otra vez, solo tienes que decirlo.

Cierro los ojos para embeberme de su olor, de su calor; con las yemas de los dedos me acaricia la cara. Siento cómo mis extremidades se hacen cada vez más ligeras y me relajo ante sus atentas caricias.

Un ladrido de Thor nos saca de este lapsus de tiempo y, cuando escucho la voz de Zack, comprendo el motivo por el que el perro ha ladrado y por el que Ezekiel ha retirado la mano que tenía en mi cara.

—Está bien eso de ser amigos —le digo en un susurro antes de apartarme e ir al encuentro de Zack.

—Buenos días —saluda, pero su mirada se centra solo en Ezekiel—. ¿Cómo estás, Madi?

¿Madi? Él nunca se ha tomado esas libertades ni me ha llamado Madi. Escucharlo de sus labios no suena igual de bien que..., nada. Tengo que pensar en mi hija, y mi hija no necesita un cuerpo musculado, tatuado, sudado y atractivo; necesita seguridad.

—Bien, gracias a Ezekiel, quedó en poca cosa pero...

El perro empieza a ladrar más fuerte con cada paso que Zack da hacia nosotros. Cuando ve a la niña y decide ir a saludarla, Thor se vuelve como loco y empieza a enseñar los dientes, asustándome.

—Será mejor que vayamos dentro —digo mientras le ofrezco la mano a Agnes para que me la coja y se aparte del perro, no entiendo por qué ha reaccionado así.

Con una orden de Ezekiel el can se calma y vuelve a sentarse aunque no le quita la vista de encima al agente Bellagio. Y Ezekiel no deja de mirarme a mí.

—Mami yo *quero* jugar en el jardín —pide la niña resistiéndose a entrar en la casa.

—Está bien. Pero ve con tus juguetes y deja trabajar a Ezekiel. Mami va dentro con este señor. Estaremos justo ahí en el sofá del salón, ¿de acuerdo?

—Claro, mami. —Salta de nuevo mientras va hacia donde ha dejado sus juguetes tirados por el suelo.

Me dirijo entonces hacia dentro de la casa. Zack se ha arreglado mucho para venir a verme, nunca lo había visto sin el uniforme y la verdad es que es muy

atractivo. La única pega sería que sigue teniendo ese porte de policía que no creo que pueda quitarse.

Al subir los tres escalones, noto que él está muy cerca de mí, tanto como para poner una mano en la parte baja de mi espalda; como si me costara trabajo subir los tres escalones de mi casa y necesitara de su ayuda para hacerlo.

—¿Desde cuándo vive aquí ese hombre? ¿Te ha dado algún problema?

Vaya, ¿por qué tendrá esa opinión tan mala sobre Ezekiel? Unas veces vuelven a recordarme que quizá ya se conozcan de antes.

—Al contrario, si no llega a ser por él, no sé qué hubiera sido de mí anoche.

Un gesto de contrariedad le afea la cara cuando le digo eso.

—Vaya, ¿él te salvó?

—Sí, pasaba por allí y llegó justo a tiempo para detener a esos hombres.

Parece que le disgusta que él sea el responsable de que no me hayan violado ni asesinado en mitad de un callejón oscuro.

—¿Os conocéis de antes? —por fin suelto la pregunta, no tengo ni idea si esta rivalidad se trata de algo más o es solo la natural tensión entre delincuente y policía.

—No. Tiene la típica cara de delincuente común. Pero preguntaré por ahí a ver qué información obtengo.

No creo que un delincuente tenga ninguna cara en concreto, más bien creo, y sé que es así, que hay lobos con piel de cordero que te atacan cuando menos lo esperas.

Mira atento la herida que tengo en la frente y alarga la mano para poder tocarla, pero de forma instintiva me echo hacia atrás evitando que llegue a rozarme. Me levanto como un resorte.

—Perdona, no quería asustarte, mujer.

—¿Quieres tomar un café o algo? —Su cercanía me pone nerviosa, como si mi cuerpo estuviera avisándome de que es mejor no acercarme demasiado.

Sorbe por la nariz mientras niega con la cabeza.

—Estoy bien así. Siéntate y háblame de esos tres, ¿pudiste verle la cara a alguno?

—Sí, pero no lo recuerdo muy bien..., fue todo demasiado rápido y estaba muy oscuro.

Se acerca a mí, rozando su rodilla con la mía y me coge de la mano, entrelazando nuestros dedos. Me gustaría retirarla pero quizá deba esperar a ver si la chispa surge o...

Una mirada extraña se refleja en sus ojos cuando inclina la cabeza hacia mí, invadiendo mi espacio personal, veo cómo su mirada se oscurece al desviarla al escote de mi camiseta.

Con el dedo pulgar va acariciándome la mano que sostiene con algo más de fuerza de la necesaria.

Miro al jardín y veo a Agnes jugar, feliz y segura dentro de nuestra pequeña casa, ¿por cuánto tiempo podré seguir manteniéndola segura y feliz?

—Madison, sabes que llevo mucho tiempo detrás de ti. Eres una mujer muy especial; yo podría cuidaros, a ti y a tu hijita, podrías vivir en un barrio mejor, con un buen colegio para la niña. Esto todavía no lo sabe nadie pero me estoy haciendo una casa en una urbanización con seguridad privada, allí nadie podría entrar en mitad de la noche para hacerte daño. Si fueras mi mujer, no tendrías que seguir trabajando en ese sitio.

Escucharlo decir todo eso de su boca hace que parezca tan fácil. Solo tendría que decir que sí, empezar a salir con él, casarme con él y ya está. Eso sería un seguro de vida para Agnes y para mí.

Pero, entonces, ¿por qué no puedo imaginarme estando con él? ¿Todos estos meses negándome a salir con él, a darle una oportunidad para ahora caer a sus pies porque unos malnacidos han intentado violarme?

—Lo sé..., yo también lo he estado pensando —me interrumpe sin dejarme hablar.

—¿Lo ves? Ya sabía yo que me mirabas diferente. Siempre lo he sabido, solo que has necesitado darte cuenta de lo que sientes por mí. Joder, que ganas tengo de llevarte del brazo a la cena de la comisaría. Nadie se atreverá a tocarte, jamás.

«Uy, uy, me parece que está dando pasos agigantados, yo no he dicho nada de eso». Un escalofrío me recorre la espalda.

—Espera, Zack. No vayas tan deprisa. Quizá podríamos empezar por una cena, y ya vamos viendo.

—Mira cómo juega, qué bonita es —dice con la mirada perdida en Agnes, haciendo caso omiso a lo que acabo de decirle.

Y justo cuando vuelve la cara, viene directo hacia mí, sin darme la oportunidad de reaccionar y poder apartarme. Su boca cae sobre mis labios cerrados y, no solo eso, sino que su lengua intenta entrar en mi boca, apretando sin ningún miramiento ni cortesía, y encima ese sabor a tabaco que me está dando náuseas. Me quedo paralizada los segundos que él tarda en ver que estoy inmóvil, y entonces se aparta de mí.

—Piénsalo, Madi. ¿Nos vemos esta noche, entonces? Si no tienes canguro para la niña, puedo conseguir a alguna chica que venga para estar con ella. Te recojo a las ocho.

Dicho esto, se pone en pie, colocándose bien los pantalones y algo más en la parte delantera de su entrepierna.

«¿En serio? ¿Se ha empalmado con ese beso que me ha robado y no le he devuelto?».

La cabeza me da vueltas, creo que esto ha sido una pésima idea.

—Qué bien podríamos estar los tres juntos... —dice en tono soñador.

«Madison, eres tonta. Este capullo se está aprovechando de tu momento de debilidad», grita la vocecilla de mi interior.

—Zack, no sé si es buena idea quedar esta noche, mañana tendría que ir a trabajar, y no me encuentro muy bien..., estoy algo mareada.

Y asqueada conmigo misma. No puedo vender mi cuerpo y mi corazón para estar con una persona que no amo —ni tan siquiera me atrae— pensando que, de esa manera, salvaré la vida de mi hija. Solo ha sido una puta casualidad y mala suerte que anoche esos tres hombres se cruzaran en mi camino. No todo el mundo es igual, no puedo derrumbarme así y entregarme ante el primero que se cruce en mi camino por miedo, no por amor.

Esto me ha hecho abrir los ojos de golpe. No ha erizado mi piel ni creado ninguna sensación que quiera volver a repetir con un hombre. Quizá se deba a lo que pasó anoche, a que estoy muy sensible y por ello me cause rechazo el contacto con un hombre. Pero es que justo cuando sucedió todo y pensé que, después de traerme a casa, Ezekiel se marcharía, sentí que me faltaba el aire. Anoche no me asustó tenerlo en mi cama, ni notar su contacto, porque él no buscaba nada sexual en ese momento conmigo; y, esta mañana, las ganas de besarlo tampoco me han causado rechazo, es más, me moría de ganas porque eso

pasara, pero he interrumpido el momento saliendo corriendo de su lado, apartándome porque creo que no es bueno para mí.

Zack vuelve a hacer algo que me descoloca y hace que mis alarmas salten disparadas al instante.

—Toma dinero, cógete el día de mañana por asuntos personales. Llama a Alfred y coméntaselo. —Deja caer un par de billetes sobre el sofá, y me siento como una puta en el mismo momento en el que sus dedos dejan caer el dinero.

Por aquí no paso. No puedo.

Me lo quedo mirando fijamente, después miro a Agnes y pienso que, aunque tenga que emigrar del país, aunque tenga que vender esta miseria de casa y alquilar una habitación, no voy a vender mi cuerpo ni a hacer algo de lo que me arrepentiría el resto de mi vida solo por pensar que así salvaría a mi hija porque, entonces, no solo me estaría condenando a mí, condenaría a las dos.

Tiene que haber otra manera.

Me agacho a coger los billetes y, con un tono muy solemne, llamo la atención del agente Bellagio.

—Zack, en serio, eres muy generoso, no puedo aceptarlo de ninguna manera. Lo cierto es que yo te he llamado por la agresión pero creo que lo dejaré estar. Tampoco podría identificarlos en una rueda de reconocimiento y, al final, solo han sido unos golpes, no llegaron a tocarme de forma..., íntima.

—¿No vamos a ir a cenar? —Arquea las cejas confuso. Ya veo que lo único que le interesa es ir a cenar conmigo, no mi integridad física ni mental después de la agresión.

—Lo siento, Zack, pero ahora mismo no tengo la cabeza para nada más, no puedo empezar una relación. Necesito tiempo para mí, para recuperarme de esto. —Le coloco el dinero en la mano—. Podemos ser amigos, ¿no? —«No hay posibilidad de nada más».

—Madison, preciosa, ya tengo muchos amigos, y amigas también, ya me entiendes. Soy un hombre muy activo y tengo una edad, me gustaría casarme pronto y formar una familia, no sé si podré esperar mucho, ya sabes a lo que me refiero.

Creo que en estos veinte minutos de conversación me ha mostrado mucho más de lo que pretendía o de lo que yo pudiera esperar.

—Siento haberte hecho pensar otra cosa, Zack pero, ahora mismo, no estoy preparada para tener una relación con nadie.

—¿Con tu vecino tampoco? Cuando he llegado he visto que había cierta complicidad entre vosotros, por la manera en la que te miraba la herida y en la que tú lo mirabas a él.

«¿Tantas cosas ha visto en cinco segundos?».

—Solo se estaba interesando por mi estado, al haberme traído él hasta casa y haberme curado las heridas... no es nada más.

—No es un buen tipo, Madison. Si ves algún movimiento extraño en su casa o escuchas algo raro, te agradeceré que me avises lo antes posible.

Por ahora, lo único raro aquí es la actitud del agente.

—Haré algunas preguntas por las calles a ver si alguien sabe algo de una agresión. Hay veces que es más fácil encontrarlos así que denunciando.

Saca un paquete de tabaco del bolsillo y se enciende un cigarro dentro de casa entretanto se dirige hacia la parte delantera. Ni siquiera se ha molestado en despedirse de la niña.

«¡Madison, eres tonta, tonta, tonta!», me regaño a mí misma en voz alta. A ver si así me entero mejor.

Alyssa va a tener ganas de arrancarle los huevos cuando le explique lo que acaba de pasar. Desde luego, algunas personas son solo lo que ves, no dan para más. Si llevo tanto tiempo sola, luchando y buscándome la vida, no es para caer ahora a los pies de un tío que no me produce ni frío ni calor. No, por más seguridad que pueda darme, jamás me haría feliz.

Zack será muy activo, como ha dicho él mismo pero, para calentar a una mujer como yo, haría falta taponarle la boca antes, durante y después. Esa verborrea prepotente y machista que tiene es un gélido afrodisíaco, creo que tiene el efecto contrario al que él pretende lograr.

Cuando salgo del salón y me siento en los escalones que llevan al jardín, veo que Agnes vuelve a estar al lado de la valla acariciando la cabeza de Thor mientras le enseña su peluche de unicornio favorito.

Ezekiel está concentrado cortando listones de madera, el ruido de la sierra eléctrica deja de sonar y levanta la cabeza para mirar hacia la valla. Lleva un

lápiz entre los labios. Y es ver esa imagen y pensar en cómo sería tenerlos alrededor de la boca.

* * *

Acabo de remojarme por cuarta vez en lo que llevo de día aquí poniendo los listones para la valla de madera. Hasta Thor sabe cuándo lo voy a mojar, se pone eufórico, si supiera hablar me diría: «¡Joder, cuánto has tardado!».

Hace un rato que Madison y la niña se fueron para dentro de casa, supongo que a comer porque hasta aquí ha llegado un poco de olor a comida casera que ha hecho que mi estómago rugiera.

Esta noche tengo que irme con los chicos, si todo va bien estaremos de vuelta mañana a primera hora de la mañana y me revienta saber que ella va a estar aquí sola o, lo que sería peor, en compañía del desgraciado de Bellagio.

Eso de que haya venido a su casa no me lo esperaba para nada. Quizá ella siente algo por él. Pero, entonces, no entiendo por qué anoche me pidió a mí que me quedara con ella y no lo llamó a él.

Aparto las maderas que no voy a utilizar y empiezo a recoger las herramientas.

Jeff me ha enviado un mensaje hace un rato avisando de que todo está listo y de que tiene algo importante que enseñarme.

Tenemos que comprobar que el camino es seguro, que los túneles siguen intactos y que el coche al otro lado de la frontera está donde acordamos. Y dentro de unos días, volveremos para hacer el trabajo.

Mientras ella no me lo impida, voy a ir aprovechando mi nuevo rango de amigo. Quiero estar tan cerca como me lo permita. Por el motivo obvio y para asegurarme de que no esconde nada con Bellagio. También he pensado en esa posibilidad. Pero la paliza que le dieron anoche no la aceptó para poder sonsacarme información, así que no sé por qué estoy tan paranoico.

A las nueve en punto estoy duchado y vistiéndome para ir al punto de reunión con los chicos, cuando al mirar por la ventana, veo a Madison saltando encima de su cama, intentando tocar algo del techo. Curioso, me acabo de subir los

pantalones para acercarme a la ventana y poder ver bien qué está haciendo la preciosa de mi vecina.

El ventilador de techo no funciona, y parece que lo único que se le ha ocurrido hacer es darle unos golpes con un destornillador para ver si vuelve a ponerse en marcha.

—¿Quieres que le eche un vistazo? —pregunto apoyado en el voladero de la ventana, a tan solo medio metro de la suya.

Lleva el pelo recogido en una coleta alta, con algunos mechones más cortos sueltos que le envuelven la cara. Mi cuerpo se ha activado al verla ahí con esa camiseta de tirantes y sin sujetador, mientras sus pechos suben y bajan con cada salto que ella da. Y esas piernas firmes, cubiertas tan solo por un pequeño pantaloncito de algodón.

Desde aquí, no puedo verle las pequeñas y múltiples marcas blancas que he descubierto esta mañana en sus muslos, sé que no eran estrías. He visto muchos tipos de heridas, de cortes, y esas marcas pertenecen a algún tipo de hoja afilada. Y si me quedaba alguna duda, ella misma la ha disipado en el mismo momento en el que le he preguntado y se ha tapado para que no pudiera verlas.

Me mira, consciente de que he estado viendo cómo saltaba sobre la cama.

—¿Puedes? Es decir..., no sé qué le pasa, se ha parado de repente y..., con este calor es imposible dormir sin el ventilador.

Veo cómo sus ojos me recorren el pecho desnudo, me gusta la manera que tiene de devorarme con la mirada, de una forma que parece discreta pero demoledora a la vez.

—Acabo de vestirme y ahora mismo voy.

Coge el destornillador con las dos manos unidas y sonrío abiertamente, me parece que es la primera vez que la veo sonreír así. Pero, al momento, le cambia la cara cuando pierde el equilibrio y está a punto de caerse de la cama.

Me mira de nuevo y puedo ver que se ha sonrojado.

—No te rías... —amenaza señalándome con el destornillador.

Me tapo la boca con una mano mientras aguanto una carcajada y niego con la cabeza.

Obligándome a moverme, cojo una camiseta negra limpia y me calzo. Coloco mi arma en su sitio y, cuando empiezo a bajar las escaleras, Thor me sigue muy

animado.

Pongo la alarma y salgo de casa. Antes de ir a la de Madison dejo la mochila en la *pickup* y a Thor también.

Para cuando empiezo a subir los escalones de su porche, la veo a través del cristal de la entrada, se está colocando bien el pelo. Dos segundos más tarde, abre la puerta.

Las dos pequeñas tiritas de color blanco que le coloqué siguen sobre la ceja izquierda.

—Hola —dice cogiéndose a la puerta y apartándose para dejarme entrar.

Está jodidamente preciosa. Preciosa y descalza, no sé por qué me afecta tanto verla descalza, pero la cuestión es que me pone mucho.

—Hola. Vamos a ver ese ventilador.

En ese mismo momento aparece Agnes, la pequeña de la casa, corriendo por el pasillo, cargada con un ejército de peluches, todos con forma de unicornio, de diferentes tamaños y colores.

—*Esekeeeel* —grita ella muy sonriente al verme.

—Hola, princesa. ¿Dónde vas con todos esos muñecos?

—A cenar. ¿Tú *tamén* vas a cenar con yo y mami? —Me coge de la mano y empieza a llevarme por el pasillo hacia la cocina.

—Mariposita, ha venido para arreglar el ventilador de la habitación. Ve a guardar todos los muñecos que enseguida vamos a cenar.

Muy obediente, empieza a hacer lo que su madre le ordena.

—Es igualita a ti —comento.

Ella se coloca las manos en la cintura y la mira sonriente.

—Sí, supongo que yo era igual de soñadora que ella cuando tenía su edad. Me encantaban los unicornios.

Empezamos a subir las escaleras, yo detrás de ella, cuando me doy cuenta de que se ha cambiado el pantalón y ahora lleva uno más largo que tapa esa zona marcada de sus muslos.

—¿Dónde tienes ese destornillador? —le pido.

Entramos en la habitación, iluminada por las dos lámparas que hay en las mesillas de noche.

—Aquí —dice, mientras me tiende la herramienta.

Al alargar la mano para cogerla, mis dedos tocan su piel sin querer, y esa corriente eléctrica vuelve a aparecer, haciendo que salten chispas entre nosotros.

Ella también es consciente de ese detalle porque retira la mano de inmediato y deja salir una exhalación corta e intensa.

Aparto la cama y cojo la silla que tiene con un montón de ropa doblada, la coloco con cuidado sobre la cama y me subo en la silla para llegar bien al ventilador.

—¿Qué quería el agente Bellagio? —dejo caer la pregunta y empiezo a destornillar la tapa que cubre el circuito eléctrico del ventilador averiado.

La pregunta la pone nerviosa, veo cómo se retuerce los dedos de las manos y se pasa la lengua por el labio inferior antes de contestar. Si sigo mirándola, soy capaz de caerme de la silla.

—¿Lo conoces de algo? —pregunta mirándome fijamente.

—De vista, es conocido por la zona.

—¿Ah, sí? ¿Se podría decir lo mismo de ti? —«Gatita curiosa».

—Depende de a quién le preguntes. Dime, ¿qué hacía él en tu casa? ¿Sois amigos?

Me mira raro cuando digo esa palabra, como si eso fuera algo imposible.

—¿Amigos? No. Pero... —titubea—, nada, bueno, cuando Alyssa, mi mejor amiga, ha venido a traer a Agnes esta mañana me ha recomendado que denunciara lo que pasó anoche. Y como tengo su teléfono personal, he pensado que sería buena idea hablarlo con él.

—¿Tienes cinta aislante?

—Sí.

Se gira en su busca y se acerca a mí de nuevo para dárme-la.

—Sujeta esto. —Le doy la tapa del circuito junto con los tres pequeños tornillos.

—No sois amigos pero tienes su número de teléfono personal. Podrías haber llamado a la comisaría más cercana.

Vuelve a pensar antes de contestar. No sé qué quiere ocultarme.

—Tengo su número porque él me lo ha dado en varias ocasiones. Suele patrullar por la zona del restaurante y vienen a pedir allí los cafés para llevar. Hace meses que lo veo casi a diario. Y por otro lado, he creído más prudente no

denunciar porque, primero, seguro que no sirve para nada, no los recuerdo. Y segundo, no quería que tú tuvieras problemas por haberles pegado.

Un cable se ha pelado un poco y se ha salido de la regleta. Vaya, ¿se preocupa por lo que pueda pasarme?

—Necesito que bajes el térmico para poder arreglarlo.

Sale de la habitación caminando con paso firme, moviendo ese espectacular culo redondo, con sus pies descalzos. En nada se va la luz y la oigo subir corriendo por las escaleras.

Saco la navaja que llevo en el bolsillo y preparo el cable para poder volver a meterlo en la regleta y que la conexión sea la correcta.

En menos de un minuto está listo.

—¿Entonces, no hay nada entre el agente y tú? —pregunto como si no me interesara.

—No lo que él quisiera —contesta ella mientras me devuelve los tornillos que cierran la tapa.

—¿Y qué es lo que él quiere?

Coloco el último tornillo y bajo de la silla, quedando justo frente a Madi, iluminada solo por la luz de las farolas que hay delante de nuestras casas. Percibo su nerviosismo por la manera en la que su acelerada respiración eleva su pecho.

Le devuelvo el destornillador. Y nuestras manos vuelven a tocarse, pero esta vez no las aparta.

—Lo contrario a lo que quiero yo —responde alargando nuestro contacto. Doy un paso hacia ella, y le acaricio con cuidado la zona del corte.

—¿Qué quieres, Madison? —Nuestros cuerpos están a punto de tocarse, desde aquí, puedo oler el aroma que desprende su pelo, huele a una mezcla de albaricoque y mandarina. Sus labios son como un melocotón maduro, esperando a que alguien se los coma.

Y por lo más sagrado, yo quiero ser ese alguien.

—La verdad —responde—. Solo la verdad.

Sé que me está pidiendo que le cuente a qué me dedico, sabe que el taller no es toda la verdad. Pronto podré decírselo, pero todavía no.

Ella se acerca unos centímetros más, sus pupilas están clavadas en mis labios, y mucho me tengo que equivocar para no afirmar que desea besarme tanto como yo a ella.

Mi móvil suena, debe ser Romeo, que estará impaciente porque empiece el ajetreo. Silencio la llamada y vuelvo a mirar a la preciosa mujer que tengo enfrente.

Paso los nudillos con suavidad por su cara, hasta llegar a la barbilla para, después, con la yema del dedo pulgar acariciarle el labio inferior con un roce tan liviano que dude si he sido yo el que la ha acariciado o ha sido el aire.

Ella cierra los ojos y apoya la cara en la palma de mi mano, y ya no lo puedo resistir más.

—Voy a besarte, Madison, si no quieres que lo haga, dímelo.

Un casi inaudible gemido escapa de sus labios entreabiertos a modo de única respuesta. Abre los ojos negros hechiceros y pestañea con la sensualidad de una diosa, una de sus manos sube hasta mi pecho consiguiendo que mi piel arda por donde sus dedos han pasado y, cogiendo la cadena de plata que llevo al cuello, tira de ella para hacerme bajar al encuentro de sus labios.

Nos miramos fijamente, no puedo dejar de mirarla entretanto recorro esos centímetros que separan su boca de la mía. Primero es mi frente la que se apoya en la suya, con sumo cuidado para no darle en la zona dañada, después es su pequeña nariz la que se eleva y juega con la mía cuando comparten el mismo aliento.

Hasta que, por fin, esa distancia que se me ha hecho eterna se reduce a la nada cuando noto la calidez y la tersura de sus labios en los míos.

Es tan solo un roce, una pequeña caricia, un baile sensual entre nuestros labios. Tengo que contener las ganas de morderla, de probarla entera recorriendo su boca con mi lengua.

¡Dios, esto es peor que una tortura!

Sonrío pegado a su boca mientras ella se lame los labios; puedo sentir el movimiento de su lengua y eso repercute de inmediato en mi entrepierna.

Necesito parar esto ahora mismo o no podré marcharme, y no quiero que lo nuestro empiece así, siendo algo rápido y bestia.

Le doy un beso en la punta de la nariz, ella cierra los ojos y suspira.

—Solo quiero la verdad. Y que no me hagas daño. —Es una súplica hecha desde el corazón. Puedo notar cómo vuelve a temblar su pequeño cuerpo contra el mío.

—No pienso mentirte. Pero por ahora tendrás que confiar en mí. Y jamás te haría daño. Antes me volaría la cabeza.

Sus brazos han rodeado mi cintura mientras mis manos enmarcan su cara. Si hace un mes me hubieran dicho que haría tal confesión a una mujer, me habría partido el pecho de la risa.

—¿Para qué la pistola?

—Para poder volver contigo. —No pienso dejar que nada me impida volver a verla.

—¿Vas a hacer algo ilegal? ¿Tienes que matar a alguien? —Tiembla de nuevo al preguntar esto último.

—Voy a hacer algo necesario. Y no, a no ser que alguien quiera matarme a mí.

Solloza y se aparta un poco, retirando la cara de mis manos pero cogiéndome una mano con la suya, entrelazando nuestros dedos.

—No sé lo que estoy haciendo. No sé quién eres..., no sé nada de ti.

—Yo tampoco sé nada de ti; igual que tú tienes secretos que no quieres o no puedes contarme, yo tengo que mantener en secreto lo que hago, pero te prometo que lo vas a saber todo. Aunque primero tienes que contestarme a algo.

—Pregunta. —Tan directa como siempre.

—¿Dejarás tu trabajo para venir a trabajar conmigo en el taller?

Abre los ojos como si acabara de pedirle que mate a alguien.

—No puedo depender de ti de esa manera. Necesito un trabajo, tengo que pagar mis facturas, ganar mi propio dinero.

—Tendrás tu trabajo, ganarás tu dinero, no te lo ofrezco para controlarte sino para mantenerte lo más segura posible, a ti y a Agnes. Estos días tengo que hacer un par de viajes, y necesito estar seguro de que, cuando vuelva, estarás aquí, segura y entera, esperando mi regreso, no tirada en una de las peores calles de la ciudad.

Se apoya contra la pared y me lleva con ella, encaja a la perfección en mi cuerpo. Coloco las manos en la pared, cerca de su cara y vuelvo a besarla. En

esta ocasión más intensamente, atravesando la barrera de sus dulces labios y entrando en su boca por primera vez.

Ella sale a mi encuentro, su lengua tiente a la mía y juntas empiezan a conocerse, mientras sus manos suben por mi vientre hasta mi pecho y allí me clava las uñas por encima de la camiseta.

Mi teléfono vuelve a sonar, sé que tengo que irme ya. Estarán preocupados porque no haya llegado al punto de encuentro. Muy a mi pesar finalizo nuestro primer beso con lengua y me separo de ella.

Cojo el móvil y le envío un mensaje con el número del teléfono satélite, con el que me puede encontrar esté dónde esté.

—Memorízalo y llámame para lo que sea, ¿ok? Si no contesto yo, no te preocupes, contestará Jeff, es uno de mis hermanos. Dile quién eres y lo que necesitas, y David vendrá enseguida a por vosotras. Llegado ese momento, no te vayas con nadie que no sea él. Pero no te preocupes, lo que pasó ayer no volverá a pasar.

—¿Cuándo volverás? —pregunta sin dejarme ir.

—Mañana por la mañana ya estaremos de vuelta. Sé que es demasiado pedir pero ¿me harías el favor de confiar en mí y no ir mañana a trabajar? Te prometo que el trabajo que tendrás será mucho mejor que ese restaurante en el que te están explotando.

—Ezekiel... —duda, y es normal. Lo que le estoy pidiendo desmorona todo lo que ella ha construido sola durante mucho tiempo.

—Madison, tengo que irme. Por favor, piénsalo y dime algo mañana.

—¿Cómo sabré que has llegado bien? —Está preocupada.

—¿Quieres que te espere en la ventana? —Sonrío para conseguir lo mismo en ella—. Así, cuando despiertes y abras los ojos me verás ahí asomado.

—¿Y si no puedo dormir por la noche? —Parece que le aterra esa posibilidad.

—¿Quieres que deje a Thor con vosotras? Estando él en casa nadie se atreverá a entrar. Y con sus ladridos te despertaría, dándote tiempo para llamarme.

—Está bien. Sí.

—Entonces, cuando llegue, vendré directo a veros. Ahora tengo que irme, Madison.

Escuchas

Diez años antes

Después de las sirenas, se oyeron las voces.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! ¡Las manos sobre la cabeza!

Llegaron justo cuando le estaba quitando el cuchillo al cuerpo muerto. Primero me dejé caer de rodillas, viendo cómo mi madre repetía mis movimientos.

Mientras lo hacía, vi cómo la peluca de mala calidad que llevaba para ocultar su calvicie se movió y el tono amarillento de su piel se hizo más intenso.

—Maldito cabrón, ha acuchillado al tipo.

Antes de que yo pudiera decir nada, mi madre habló.

—Él es inocente, he sido yo —confesó mi madre.

—¿Es eso cierto? —se preguntaron los agentes.

Mientras tenía la rodilla de uno de ellos clavada en mitad de la espalda intentando ponerme las esposas, levanté la cabeza para poder hablar mientras miraba a mi madre.

—No. He sido yo —dije clavándole la mirada, pidiéndole sin hablar que se callara.

Ella no podía ir a la cárcel. Se estaba muriendo, y no iba a permitir que muriera dentro de prisión.

En la actualidad

—¡Eh! Despierta, bello durmiente. —Romeo me da un golpe en el hombro y me saca de esta mierda de sueño.

—¿Estabas soñando con tu camarera? —pregunta en el tono socarrón de siempre.

—¿Por dónde estamos? —pregunto y miro por la ventana sin reconocer el lugar. La negrura de la noche no desvela nada.

—Faltan unos veinte kilómetros para llegar a la frontera.

—Charly ha enviado un *e-mail*, están preparados. Por lo visto, al otro lado está la cosa movidita estos días. Se han escapado dos tipos de una prisión y los demás han formado un motín —informa Jeff.

—Eso es una putada, porque la policía va a estar rondando las zonas cercanas a la frontera y vamos a tenerlo todo un poco más complicado que de costumbre.

—Bueno, por algo somos los más sigilosos, ¿no? —vacila Kenny—. Además, tengo ganas de probar los nuevos juguetes que nos han traído los Mayas.

—Vamos a ir con calma que hoy solo tenemos que dejar listo el camino para el próximo día, no quiero ninguna baja si no es necesario.

—Pues entonces que esos putos polis no se metan en nuestro camino. —Romeo tiene ganas de juerga.

—Pasaremos las primeras horas en casa de Lupita y, después, a la hora acordada, nos desplazaremos por separado hacia los túneles.

—Tengo ganas de comerme esas enchiladas deliciosas que prepara su hija. Bueno, y de comerme a su hija también tengo ganas.

—Romeo, tú de lo que tienes ganas es de que ella te coma a ti, no vengas ahora con remilgos.

Estallamos los cuatro en risas. El puto Romeo no va a dejar de pensar en sexo ni cuando se esté muriendo.

—En todo caso, si la hija de Lupita tiene que comerse algo, que sea a mí, que para eso somos familia lejana.

—Cuánto más primo, más me arrimo, ¿no, Jeff?

—Eso sería como canibalismo, no estaría bien —reflexiona Romeo.

Vaya mierda de noche me espera. Y encima, dentro de nada, dejaré de tener cobertura en el móvil y no podré recibir mensajes de Madison. Al cabo de una hora de haber salido de su casa me ha contestado al mensaje que le he enviado con el número del teléfono satélite, dándome las gracias.

Miro su foto de perfil en la aplicación de mensajería. Es un primer plano de su cara, donde se le pueden ver las pequeñas pecas que le cubren la nariz y la

parte alta de los pómulos. No son muchas, apenas seis o siete en cada lado pero, sin ellas, su cara no tendría el mismo aire angelical. Cosa que dista mucho de coincidir con la manera dura y distante que tiene de hablarme. Aunque ya no puede esconderme esa parte tierna y sensible que sé que tiene. Sus ojos están mirando hacia un lado, y las espesas pestañas negras definen bien el contorno de esos dos lagos negros.

—¿A quién has enviado a su puerta? —pregunta Romeo cuando se da cuenta de lo que estoy mirando.

—A David, le he dicho a ella que si necesitaba algo, él sería el que iría en su busca. Solo tiene que llamarme, pero dudo si, llegado el momento, será capaz de confiar en mí y hacer lo que le he pedido o, si por el contrario, volverá a llamar a ese puto policía.

—¡Mierda! —exclama Jeff, que va de copiloto mirando su ordenador en todo momento.

—¿Qué pasa? —pregunto yo desde la parte de atrás de la furgoneta.

—Tienes que ver esto, tío. Me lo acaba de pasar mi contacto en la comisaría.

—¿Se trata de Bellagio otra vez? —pregunto ya un poco aburrido del tema.

—Mira esto, Ez.

Me pasa el portátil y empiezo a leer el *e-mail* que ha recibido. Al final de todo, hay un audio sacado de las escuchas que tiene Bellagio en su coche patrulla.

—Hijo de la gran puta. Va a morir, lentamente.

* * *

Después de cenar, de acostar a Agnes y de convencerla de que Thor no podía dormir en su habitación, he cogido el teléfono y he visto el mensaje con ese número que me ha pasado antes Ezekiel.

Lo memorizo y le doy las gracias por todo lo que ha hecho en estas últimas veinticuatro horas. ¿Cómo es posible que esto haya cambiado así de rápido?

No dejo de pensar en la frase que me dijo ayer aquella mujer que se parecía tanto a mi madre: «Te mereces algo mejor».

Mejor. ¿Un trabajo mejor? ¿Una pareja mejor? ¿Una casa mejor? Dios sabe que yo no quiero riqueza, si ni tan siquiera juego a la lotería; también es cierto que no lo hago porque con esos dólares tengo para comprar comida pero, volviendo a lo de antes, yo solo necesito saber que voy a cobrar cada mes y que a mi hija no le va a faltar nada.

Son las diez de la noche y todavía no sé qué voy a hacer con respecto a Ezekiel y ese trabajo que me ha ofrecido. No me ha explicado nada más, tan solo que podría trabajar para él y que tendría mejor horario para poder cuidar a Agnes.

Necesito hablar con alguien sobre esto. Le envió un mensaje a Aly, sé que esta noche llegaba su marido y no quiero interrumpir su reencuentro.

Me contesta al momento diciendo que puede hablar por teléfono sin ningún problema. Así que la llamo.

—¿Cómo estás? —pregunta antes de ponerse a gritar a los niños que se metan en la cama y que no vuelvan a levantarse hasta mañana a la hora de desayunar.

—Bien. Cansada y un poco dolorida, pero bien. El relajante muscular que me tomé esta mañana me ha ido genial.

—En tu voz noto que ahora vas a decir «pero...».

—Ay, cómo me conoces. Lo de esta mañana con Zack ha sido la peor idea que he tenido jamás. El capullo ni tan siquiera se ha molestado en escuchar lo que tenía que decir sobre los atacantes. Solo ha tenido interés en ofrecerse como el salvador del universo, de mi vida y de la de Agnes...

—Hombre, bien podría ser si no fueras tan exquisita y te dejaras de tanto romanticismo —me interrumpe.

—No se trata de romanticismo, se trata de que me he visto cogida de su brazo y me ha dado repelús. Por no hablar de las arcadas que he sentido cuando ha decidido dejarse caer sobre mi boca y, no contento con eso, ha intentado meterme la lengua dentro. ¡Dios! Casi vomito.

—¿En serio? ¿Cuánto hace que este tipo no liga con una mujer? Creo que lleva tanto tiempo detrás de ti recibiendo tus calabazas que se le ha olvidado cómo conquistar a una mujer. Y con el cuerpazo que tiene... —Aly parece la mar de divertida con el tema. Ya verás cuando le cuente que hay más.

—No creo que se trate de eso. Después de aceptar ir con él a una posible cita, una cena sin importancia, ha empezado a divagar sobre una boda, una casa en las afueras...

—Pasa de él. No hubiera dicho nunca que sería tan flipado. Y la denuncia, ¿cómo ha quedado eso?

—Me ha dicho que investigaría por la calle..., no sé, tendrá sus informantes. Pero, la verdad, es que no recuerdo mucho sobre cómo eran esos tipos, estaba muy oscuro y yo muy asustada, de no ser por Ezekiel, ahora mismo me estarían haciendo la autopsia.

—Y ese vecino tuyo, ¿qué sabes de él? Pasaba por allí, te salvó y, ¿después qué? Esta mañana me he tenido que ir tan rápido de tu casa que no me has explicado nada más.

—Sacó su pistola y los encañonó. Dejó fuera de combate a dos de ellos en un segundo y después se encargó de que el tercero recordara bien el mensaje que tenía que darles.

—Bueno, que vaya armado no significa nada, Austin también tiene armas. Pero haces bien en no fiarte de él hasta que no lo conozcamos un poco más.

«¿Ha dicho conozcamos? Ya quiere darme el visto bueno».

—Ya, ya lo sé. Pero..., anoche cuando me traía a casa en su moto, mientras iba detrás de su espalda, sentí que él era..., más.

—Más. ¿Qué leches quieres decir con más? ¿Más guapo? Joder, el tío está un rato bueno, pero acuérdate de esas fiestas que se ha montado en casa, seguro que le van las orgías y no repite polvo con la misma tía jamás. Ese tipo de hombres huelen a peligro, a delincuencia.

—Mientras entraba en los aseos ayer por la noche para limpiar el desastre que habían formado en uno de los lavabos, me crucé con una mujer que se parecía muchísimo a mi madre. Y no solo eso, sino que me dijo unas palabras que mi madre siempre solía decirme cuando yo compaginaba estudios y trabajo, en esos días en los que sentía que nada tenía sentido, que no merecía la pena tanto sacrificio. Ella siempre me decía que merecía mucho más, que algo mejor me estaba esperando.

—Bueno, sigo sin entender qué tiene que ver eso con el tal Ezekiel — comenta esperando a que yo le aclare el rompecabezas.

—Anoche, cuando llegamos a casa, vino a curarme la herida.

—¿Por qué no te llevó al hospital? —pregunta.

—Porque yo le dije que no lo hiciera. No estaba tan mal como para tener que gastarme lo poco que tengo ahorrado yendo al médico. Ese dinero es para Agnes. ¿Me vas a dejar que siga explicándolo?

—Sííí... —Sabe que es uno de sus defectos, interrumpir cada pocas palabras a su interlocutor.

—Cuando ya lo hubo hecho y vi que llegaba el momento en el que se iba a marchar a su casa, sentí pavor. No quería quedarme sola, me temblaba todo el cuerpo, necesitaba el calor que desprendía él con su cercanía...

—¿Te acostaste con él? —grita de repente, interrumpiéndome de nuevo.

—¡Nooo! Déjame hablar y podré explicártelo todo y así tú podrás ir a tener esos momentos de pasión con Austin. Pobre hombre, lo compadezco... Cómo te decía, le pedí que se quedara, y él lo hizo. Y, no. Antes de que me interrumpas de nuevo, no hubo sexo y no se quedó esperando que lo hubiera. Es más, quería dormir en el sofá y yo le pedí que se quedara conmigo, en la cama. Aguantó mis lloros y mis lágrimas en silencio, manteniéndome cogida y anclada a su cuerpo mientras yo sentía que caía a la más profunda oscuridad, esa oscuridad en la que estuve metida hace unos años cuando no tuve la suerte de que nadie pasara por allí en el momento justo. Tú sabes lo que quiero decir.

—Por supuesto que sí, cariño. Es posible que sea un buen hombre con pintas de tipo malo. ¿Entonces, esta mañana por qué estabas sola en tu casa?

—Básicamente porque lo eché. Le dejé claro que no era la mujer desvalida que había traído a casa la noche anterior y que le agradecía lo que había hecho, pero que cuando fuera a tener pareja sería con un hombre que me diera estabilidad, no que me la quitara.

—¡Qué bruta eres cuando quieres! Así que el pobre vecino buenorro, te salva de ser apaleada y violada, y tú se lo agradeces volviendo a ser una borde con él. Podrías al menos darle una oportunidad para conoceros.

—Eso te iba a explicar cuando me has cortado de nuevo.

Escucho la voz de Austin llamando a Alyssa.

—Cariño, tengo que dejarte, date prisa en contarme el resto.

—El resumen rápido es que a media mañana hemos hablado de ser amigos; que hace una hora me ha salvado de morir de calor esta noche; que nos hemos besado y me ha ofrecido un trabajo mejor, más sueldo y más tiempo para estar con la niña.

—¿Me resumes la mejor parte? Eres una perra —Qué mujer, sabe cómo hacerme reír.

Tras escuchar unos golpes a través del auricular, es Austin el que me habla ahora.

—Madi, preciosa, ¿todo bien? ¿La niña y tú estáis bien? —pregunta elevando la voz para amortiguar las quejas de la loca de su mujer.

—Hola, Austin. Sí, estamos bien. ¿Tú qué tal?

Empiezo a reírme porque me temo que ya sé lo que va a decirme.

—Genial, me alegro de que estéis bien. Yo estoy mal. He llegado hoy después de tres semanas fuera, recorriendo las malditas carreteras de la zona sur, y todavía no he podido tener mi momento de calidad con mi mujer. Ya sabes a qué me refiero. Y la muy bruja no hace más que pasarme fotos del nuevo conjunto de lencería que se ha comprado..., y yo solo puedo pensar en arrancárselo para...

Río y corto la llamada.

Qué suerte tiene Alyssa de tener a Austin. Es un buen hombre, trabajador y buen padre, y por lo que ella me cuenta, un diez en la cama.

Justo cuando voy a levantarme, la enorme cabeza del perro de Ezekiel aparece a mi lado. Aunque ayer me recibiera a lametazos sigue impresionándome cuando lo veo tan cerca.

—Hola, muchacho. Hoy te han dejado conmigo, ¿eh?

Apoya el morro sobre mi rodilla y espera a que lo acaricie.

—Cuéntame algo sobre tu dueño. ¿Puedo fiarme de él? ¿Tiene muchas novias?

Tengo que pensar qué hacer.

Qué hacer con todo. Empezando por mi trabajo.

Si mañana no voy a ir a trabajar debería avisar ya al imbécil de Alfred, aunque primero lo hablaré con Olvido. Después de más de dos años juntas, no puedo irme sin decirle nada.

Cambios

Después de hablar con Olvido y con Alfred, que no se ha tomado muy en serio la noticia de que no voy a ir más a trabajar y que pasaré la próxima semana a cobrar todo lo que me debe, no he podido quedarme dormida. Supongo que, de forma inconsciente, me daba miedo estar aquí sola. Sobre todo, después de escuchar a través de la ventana de la cocina cómo mi vecina de enfrente aguantaba los golpes que le estaba dando su propio marido.

Cómo me gustaría poder ayudarla. Pero una vez llamé a la policía y ella negó todo, dijo que se había caído por las escaleras y que nadie debía meterse en su relación.

A veces me permito pensar en cómo sería mi vida si aquella mañana hubiera llegado a tiempo al primer día de trabajo. A la cantidad de personas que hubiera podido ayudar, ya fuera a escolarizar, a recibir alguna pequeña ayuda, a encontrar trabajo... Pero después abro los ojos y veo la realidad. Y la realidad es que he pasado toda la noche en vela, tumbada sobre mi cama, viendo cómo las aspas del ventilador que arregló Ezekiel seguían dando vueltas como si fuera una simple noche más.

Pero para mí no ha sido una noche más. Esta noche, he decidido que quiero más, que me lo merezco y, sobre todo, que Agnes, mi pequeña mariposita, se merece mucho más. No voy a rechazar sin probar primero la oportunidad que me ha brindado Ezekiel. Ya sea para unos meses o para unos años, quizá, aunque no sea el trabajo de mi vida, me sirva como trampolín para poder encontrar algo mejor que el sueldo y el horario de una camarera.

Una de las veces en las que he caído en un duermevela superficial me he despertado acariciando mis labios, mientras en mi mente tenía la sensación de que era Ezekiel quien los besaba justo en ese momento.

El calor que hace en el ambiente sumado al que su recuerdo genera en mi cuerpo tampoco han ayudado para que haya podido descansar lo más mínimo.

Y ahora que ya está amaneciendo, siento que el sueño me puede y necesito dormir aunque sea un par de horas antes de que se despierte Agnes y esa posibilidad se desvanezca por completo.

Llevo toda la noche atenta a cada pequeño ruido, sonidos que antes me pasaban desapercibidos y que esta noche me han impedido descansar por miedo a quedarme dormida y no saber si alguien entraba en casa.

Sé que Thor está en el descansillo de la entrada y que, según dijo Ezekiel, no dejaría entrar a nadie que no fuera él pero, por si acaso, tengo el teléfono en la mano, listo para darle a la tecla de llamada.

Giro sobre mí misma y, al quedar sobre mi costado, abro los ojos para mirar la hora que es, cuando me doy cuenta de que no estoy sola en la habitación. Ezekiel está sentado en la silla, al lado de mi cama. Observándome en la penumbra, y con Thor tumbado a sus pies.

La luz que entra por las ventanas todavía es demasiado ocre como para que sean más de las seis, el sol justo empieza a clarear el día.

Me apoyo sobre un codo mientras me incorporo para taparme las piernas con la sábana, sin dejar de mirarlo, divagando entre si lo que veo es verdad o mi propia imaginación está recreando un holograma de Ezekiel tan real, con tanta precisión, que me hace dudar de lo que estoy viendo.

—Ya estoy aquí —susurra—. Descansa, seguro que no has dormido nada.

Se ha inclinado hacia delante, con los codos apoyados sobre las rodillas. Está entre la cama y la ventana, por la que seguro entra un poco de brisa matutina.

—¿Desde cuándo estás ahí? —pregunto recostándome de nuevo.

—Más o menos hace una hora. Ahora duérmete.

—¿Tú no vas a dormir?

—No tengo sueño.

Tiene la voz más ronca que de costumbre, y su mirada afilada me dice que puedo estar tranquila teniéndolo a él ahí. Pero preferiría sentir su calor, abrazarme a él otra vez.

—¿Puedo pedirte un favor de amigo? —susurro esperanzada en que me diga que sí.

Asiente con la cabeza.

—No he podido dormir en toda la noche, ¿podrías..., tumbarte otra vez conmigo, aquí, a mi lado...?

Por el movimiento que veo que hacen los músculos de sus mandíbulas me hace pensar que no le hace especial ilusión volver a meterse conmigo en la cama, pero viene igualmente.

Rodea la cama, mientras yo me quedo en la misma posición para darle algo de intimidad por si quiere quitarse el pantalón y la camiseta..., y siendo sincera conmigo misma, espero que lo haga.

Le da una orden al perro y escucho cómo este sale de la habitación y baja las escaleras; mientras, en mi habitación, otros sonidos que ya escuché ayer vuelven a producirse antes de que el colchón ceda a su peso.

Me doy la vuelta para encontrarlo ahí tumbado, esperando a que yo me gire para mirarme con esos ojos color caramelo, que también dicen que tienen sueño aunque él diga lo contrario.

Estamos muy cerca el uno del otro, pero sin tocarnos.

—¿Tienes que ir a trabajar? —pregunta para saber si he aceptado o no su oferta.

—Al restaurante, nunca más.

El gesto de su cara se suaviza, mostrándome que está satisfecho con mi decisión.

—Pues ahora, duérmete.

Y parece que ha sido dicho y hecho, porque después de esas palabras no recuerdo nada más hasta que Agnes me ha saltado encima a las diez de la mañana.

—¡Mami, mami! ¿*Nonde* está Thor? —pregunta saltando en el lugar de la cama donde la última vez que abrí los ojos estaba Ezekiel tumbado.

—Buenos días, nenita. Pues supongo que se habrá ido a su casa con Ezekiel.

Pone cara de pena y se retira el pelo de los ojos con un gesto que quiere ser de mujercita mayor. Tiene los mofletes rojos y los ojos todavía algo cerrados pero se ha dado cuenta de que el perro no estaba. Cuando sea un poco más mayor no voy a poder ocultarle nada.

—¿Hoy no *vene* Debby? —«¡Mierda! No avisé a la canguro de que no haría falta que viniera hoy».

Salto rápida de la cama y cuando pongo los pies en el suelo, veo que hay una nota de Ezekiel en la silla en la que ha estado sentado cuando se ha colado en casa.

—Mami, ¿vas a hacer tortitas?

—Sí, mi cielo. Creo que todavía queda algo de sirope del que te gusta. Dame un momento para ir al baño y enseguida bajo, ¿sí?

—¡Vale, mami! —grita contenta y salta de la cama como si fuera un canguro en vez de una niña de tres años.

Cojo la nota y la leo, no sin antes frotarme los ojos. Tiene una bonita letra que entiendo sin problemas.

Buenos días, Madison.

Cuando he escuchado que Agnes se despertaba, he creído que era mejor irme antes de que ella me pillara en tu cama.

Mira por la ventana.

Sin soltar su nota, giro la cabeza y ahí está, de pie, apoyado en el marco de su ventana que está a tan solo un metro de la mía, sin camiseta, mostrándome su escultural cuerpo de cintura para arriba. Ese cuerpo al que he estado abrazada durante dos noches seguidas, ese cuerpo que me ha dado la paz necesaria para poder dormir.

—Buenos días, dormilona. ¿Sabes que estás preciosa recién levantada?

No sé si será por su cumplido, por la suave brisa que me ha destemplado o por él, pero el caso es que mis pezones han decidido endurecerse justo ahora, consiguiendo que Ezekiel desvíe la mirada de mi cara a esa parte de mi anatomía más llamativa.

En un intento de cubrirme, cruzo los brazos por encima de mi vientre, pero lo único que consigo es que estas dos todavía sean más visibles.

Así que, finalmente, decido contestarle antes de que piense que no quiero hablarle.

—Gracias por pensarlo. Y por lo demás.

Me siento en el alféizar de la ventana; si ambos estiráramos los brazos podríamos tocarnos las manos.

—¿Habéis desayunado?

Dudo que él desayune nada que contenga hidratos o grasas con semejante tableta de chocolate que tiene por vientre.

—Justo íbamos ahora. Agnes ha preguntado por Thor antes que por las tortitas, y eso que ella no se salta el desayuno así porque sí. Si te gustan las tortitas, quizás puedas venir a desayunar.

Mira hacia dentro de su casa antes de volver a mirarme y contestar.

—Primero tengo un par de cosas que hacer, pero podría ir después.

—¿A la hora de comer? —pregunto, y me arrepiento justo en ese momento. Lo que menos quiero es parecer ansiosa por estar con él. Pero tenemos que hablar sobre ese trabajo misterioso que he aceptado sin tener más detalles.

—A la hora de comer me parece perfecto. —Un par de pequeños hoyuelos aparecen en su cara cuando se fija en algo detrás de mí.

—Hola, *Esekel*. ¿Dónde está tu perrito? Esta noche ha dormido con mami y yo. —Mi pequeñaja se acerca a la ventana para saludar a nuestro vecino—. ¡Hala! Qué fuerte estás, *Esekel*...

—¡Agnes! Eso no se dice, nenita.

—Pero es verdad, mami. ¿Has visto qué fuerza tiene ahí, *nonde* el dibujo negro?

Él parece divertido cuando se mira el bíceps al que hace referencia Agnes; entretanto yo intento no reírme y no sonrojarme porque sí, mi hija tiene razón, y es justo lo que estaba pensando yo misma.

—Hace un segundo tu madre me estaba diciendo lo mismo, Agnes. —Lo fulmino con la mirada en cuanto dice eso y escucho su risa—. Y también me ha dicho que Thor y yo podemos ir a comer a vuestra casa, ¿te parece bien?

—¿Es verdad, mami? —pregunta ella llamando mi atención.

—Sí, mariposita, sí. Después de desayunar tú y yo montaremos la piscina y nos refrescaremos hasta que vengan.

—Vale, voy a vestirme. Hasta luego, *Esekel*.

Él y yo nos miramos, ambos sin poder aguantar la sonrisa por la gracia que desprende Agnes.

—Nos vemos después —le digo, poniéndome de pie, mientras él hace lo propio, apoyando las manos en el marco y marcando, más si cabe, su imponente musculatura.

Me doy la vuelta para ir de una vez a preparar el desayuno pero, antes de que haya podido dar tres pasos, su voz me llama. Me doy la vuelta lentamente, hasta que vuelvo a verlo a través de la ventana, dándole un bocado a una manzana.

—Eres jodidamente preciosa —dice en tono solemne.

No puedo evitar sonreír, al igual que hice el otro día cuando fui a echarle la bronca y él me llamó preciosa por primera vez.

—¿Los amigos llaman preciosas a sus amigas?

—Si ese amigo soy yo y la amiga preciosa eres tú, creo que sí. No hay ninguna ley que lo prohíba, y si la hubiera, la quebrantaría sin pensarlo.

Vuelve a tener esa mirada de chico malo y peligroso. Pero empiezo a ver los brillos de hombre bueno escondidos en la mirada de canalla.

* * *

Para cuando llego al taller, los chicos todavía no han llegado, seguro que siguen durmiendo.

He quedado aquí con Cobo, el cabecilla de los Mayas.

Tengo información que él quiere y eso le viene muy bien a nuestra organización, porque cuánto mejor sea la mercancía —en este caso, información—, mayor será la cantidad que percibimos a cambio.

Antes de que pueda sacar una cerveza de la nevera, llega Susan.

Ha venido a recoger sus cosas y uno de los chicos se encargará de llevarla a su nuevo destino. Se irá unos días de vacaciones.

—Buenos días, Ezekiel.

Entra contoneando sus caderas, envueltas por esa minúscula falda de cuadros escoceses en tonos rojos y verdes, y con unas botas de tacón de aguja que hacen que sus piernas sean algo más largas; la muchacha no mide más de metro cincuenta.

—Susan, ¿has podido arreglar tus temas pendientes?

—Sí, gracias por el dinero, Ezekiel. Mi sobrino está bien y pronto podré ir a verlo. Mi hermana está muy agradecida por tu ayuda.

—Tu hermana es una buena mujer, seguro que les irá todo bien.

—Así es. Y yo estoy feliz de poder perder de vista, aunque sea por un tiempo, la cara rancia de Kenny.

—Bueno, creo que eso os vendrá bien a ambos. ¿Quieres una? —Le ofrezco una cerveza. Creo que es la mujer con más aguante al alcohol que he conocido jamás.

—No, gracias. Prefiero recoger esto ya y marcharme antes de que él llegue.

—Estará durmiendo después de una larga noche de juerga, ya sabes.

No necesita más información, y mucho menos una que le deje claro que mi hermano sigue colado por ella hasta los huesos.

Compruebo el stock de piezas mientras espero a que llegue Cobo, que no tarda en hacerlo.

—Bienvenido a mi casa, colega. —Nos damos un apretón de manos, aunque su mirada esté fija en el culo de Susan.

—¿Vamos a tener compañía? —pregunta interesado.

—Creo que no, espero que te baste conmigo. Vamos dentro.

—Una lástima, seguro que tu culo no es como el suyo. —Hace un gesto con la cabeza hacia Susan.

—Cuando te marches, ¿podrás bajar la persiana? Estaremos en contacto.

Deja la caja de cartón en la que está metiendo algunas de sus cosas y se acerca a mí. Coloca sus manos sobre mis pectorales y, poniéndose de puntillas, me planta un beso demasiado cerca de la comisura de la boca, justo donde está la fina línea de vello que bordea mis labios.

Su perfume, demasiado fuerte para esta hora del día, me rodea y me siento algo asfixiado. Menos mal que se retira pronto.

—Tienes cara de cansado, Ez. Parece que necesitas un masaje. Búscate una buena compañía que te alivie el estrés.

Me guiña un ojo y vuelve a por sus cosas, antes de salir del taller.

Ahora sí, dispongo de un rato para poder tratar temas de negocios con Cobo.

—Bueno, ya veo que te has instalado bien. —Hace un gesto con las manos abarcando el lugar de reuniones de la banda —. Vamos a por eso que tienes para mí.

—Antes de nada, tengo que saber si en tu club hay alguien llamado Pete...

Amigos

Hace una hora que Agnes está esperando a que acabe de llenarse la pequeña piscina, esto va mucho más lento de lo que yo creía.

Son casi las doce y media y todavía no he pensado en qué hacer para comer. Aunque creo que será algo de carne a la barbacoa y una gran ensalada. A Agnes le encanta comer salchichas a la brasa. Dice que es lo mejor que se ha inventado jamás.

Unos patios más allá, también se oye jaleo de niños jugando en su piscina. Lo bueno de estos patios, y de vivir en la última casa esquinera, es que solo puede verme el vecino de al lado. Y Ezekiel ahora mismo no está.

Ayer avanzó gran parte de la valla y ahora tan solo quedan unos metros por levantar entre su patio y el mío.

—¡Venga, mami! ¡Quítate ya la ropa y vamos al agua!

Está histérica por meterse dentro y refrescarse.

Me quito el vestido de tirantes y lo dejo sobre una de las sillas, para quedarme en bikini; es de hace cuatro años, del último verano que fui a la playa con mamá, para eso he tenido suerte, no he engordado y puedo seguir utilizando la misma ropa.

Agnes dice que le gusta mucho porque su bikini también tiene el mismo color y, según ella, ahora parecemos hermanas.

—Despacio, ven. Dame la mano, no vaya a ser que te resbales al entrar.

Levantándola, la meto dentro del borde hinchable y el momento en el que sus pies empiezan a tocar el agua es extraordinario. De repente, se ha dejado ir para chapotear con todas sus fuerzas, mojando el vestido y las toallas que tenía preparadas para secarnos al salir.

La verdad es que con este calor asfixiante, este pequeño charquito hinchable nos va a resultar de lo más gratificante.

Ha metido en la pequeña piscina todo tipo de muñecos flotantes; menos mal que la he pillado a tiempo y solo ha metido uno de los peluches, y todo lo demás sí se puede mojar, aunque esto parezca una olla llena de tropezones.

—Vamos, mami, nada con yo... —Su sonrisa ocupa toda su pequeña carita, su pelo negro recogido en dos coletas ya está empapado y pegado a su piel.

—¿Nadar? Pero si no puedo ni tumbarme, mariposita. ¿Cómo voy a nadar?

—Vamos, mami, inténtalo. Mira, así como yo.

Me demuestra su capacidad nadadora mientras, poco a poco, voy sentándome y dejando que el agua me cubra hasta la cintura.

—Yo también quiero unas gafas de sol —pide fijándose en las mías.

—Creo que te irán mejor unas para nadar. ¿Qué te parece? Así podrás mirar por debajo del agua cuando quieras agacharte a recoger algo.

—¡Ay, sí! Quiero esas, mami.

Sonrío mientras ella sigue con sus juegos y yo intento que no se me moje el pelo, recogido en un moño mal hecho sobre mi cabeza.

El móvil empieza a sonar.

—Holaaa —saluda Alyssa desde el otro lado del teléfono.

—Hola para ti también. Te noto la voz algo más..., relajada, satisfecha..., ¿puede ser?

—Oh, nena. Me duele todo, este hombre cada vez que viene de un viaje me deja tres días sin poder andar como una persona. Ahora dice que quiere un tercer hijo...

—Bueno, es lo que siempre has soñado, ser un ama de casa ocupada en su hogar y sus tremendos hijos.

—Sí, pero es que me da pereza volver a empezar, ahora que ya no se hacen caca encima y no lloran durante toda la noche. Bueno, dejemos de hablar de mí, y cuenta por esa boquita lo que anoche no me explicaste. ¿Qué es eso de que te besaste con el motero peligroso?

Ya sabía yo que querría todos los detalles.

—Primero, déjame decirte que ya he hinchado y llenado la piscina que le regalé a Agnes por su cumpleaños y estamos las dos en remojo. Así que te explicaré solo lo que pueda...

—¡No, no! De eso nada. Sal de la piscina y ponte donde la niña no te escuche, quiero todos los detalles. O mejor, yo te voy diciendo y tú solo contestas sí o no.

—No, así no nos vamos a aclarar nunca, que tu imaginación vuela demasiado. Mejor luego te paso una nota de audio. Por cierto, me he despedido del restaurante. He aceptado la oferta de trabajo que me hizo Ezekiel. No podía rechazarla.

—¿Ya has hablado con él sobre ese tema? ¿No será una estrategia para tenerte controlada y a su disposición absoluta?

—No. O eso me ha dicho y yo lo he creído. Hemos quedado para comer y así lo hablaremos todo. Pero solo somos amigos.

—¿Amigos pero os besáis? Ya sé cómo va a acabar esto...

—No empieces a divagar con tus ocurrencias. Por ahora, solo vamos a ser amigos, pero es una amistad con posibilidad a algo más.

—Como cuando alquilas una casa con opción a compra.

Sonríó por su comentario.

—Sí, supongo que algo así. Tiene algo, Aly, no sé el qué, pero los acontecimientos de estos últimos días han sido demasiado fuertes como para no tenerlos en cuenta. Sabes que yo creo en las señales y en el destino, pues creo que él ha aparecido en nuestras vidas por algún motivo.

—Por no hablar de que te atrae carnal y sexualmente hablando.

—Ajá...

—Vamos, que la niña no se entera de nada. ¿Cómo está debajo de esa ropa negra y ese chaleco de cuero de motero? ¿Tiene algún tatuaje oculto?

—Agnes, cuidado con el borde, no saltes así que puedes perder el equilibrio. Aly, no puedo contestarte a eso ahora, pero sí.

—Está bien, está bien. Tendremos que quedar con los niños para poder charlar. O mejor si se quedan con Debby y así nos podemos tomar un par de cervezas tranquilamente.

—Durante la comida le preguntaré sobre todo el tema del trabajo, horario y demás. Así podemos organizar algo.

—Por no hablar que el cuatro de julio está cerca y es tu cumpleaños.

—Paso de celebraciones, ya lo sabes.

—¡Oh, vamos! No seas muermo, empieza a pensar en positivo de una vez, esta oportunidad no es casualidad, es un hecho. Si quieres ir poco a poco, hazlo, pero no lo dejes escapar si sientes todo eso que dices. Todo eso que no sentiste ni con aquel tipo que te enviaba flores cada semana.

—Cada semana durante un mes. Cuando ya decidí acostarme con él, se olvidó de mi dirección.

—Y mejor que así fuera, el tipo no supo darte ni un puto orgasmo. ¿O ya no te acuerdas de que te lo hizo en plan conejo?

Fue desastroso, sí. Fue con el segundo hombre que tuve sexo después de lo ocurrido hace casi cuatro años y, aunque yo no sentía nada especial por él, sí debo decir que el hecho de que me prestara atención durante tantos días seguidos, al final hizo que le diera una oportunidad. Había cierta atracción física, pero no tuve, en ningún momento, la conexión que parece haber cuando Ezekiel está cerca de mí.

—Si llego a saber que los conejos eran así..., no le hubiera invitado a venir.

—Por eso, no seas tonta. Conócelo, poco a poco, no vaya a resultar otra rana como *el conejo* o el agente Bellagio. Y, en cuanto lo cates, si no te gusta el resultado, patada y se acabó.

—¿Patada y se acabó? Cada día estás más loca.

Justo en el momento que termina la llamada me parece escuchar el escandaloso sonido de una moto, y eso activa todas mis alarmas. Ezekiel ha llegado ya y yo estoy aquí metida en la piscina, en bikini, por lo que estoy casi desnuda y él es demasiado observador.

—Cariño, mamá va a salir ya de la piscina. Creo que Ezekiel está llegando y vamos a preparar la comida.

—¿Puedo jugar un poquito más? Porfiii... —Junta ambas manos debajo de la barbilla, ladea la cabeza y me pone ojitos tiernos para conseguir lo que quiere.

—Mientras mami esté aquí fuera donde pueda verte, sí.

La salpico con la mano haciendo que el agua le caiga en la cabeza, mojándole esa parte que ya se le ha secado por el calor. Ella ríe feliz, y sé que así es como quiero que sea siempre. Feliz y despreocupada de los problemas de la vida de los adultos.

Me enrolló el cuerpo con la toalla, cuando los ladridos de Thor me sobresaltan. Al girarme hacia su patio, puedo ver que está saliendo por la puerta del salón y que su potente amo va junto a él; tiene algo en la mano que parece querer el can.

Va directo hacia la valla que separa nuestras casas. Camina con paso fuerte y seguro, moviendo los brazos con elegancia y masculinidad, sin quitarme la vista de encima. Y siento que me derrito cada segundo que pasa y su mirada no se aparta de mí.

—¿Puedo pasar? —pregunta desde la parte de valla que todavía no ha levantado. Me pide permiso ahora para entrar en el patio cuando esta madrugada se ha colado dentro de mi casa sin que yo haya podido ser consciente de nada.

—¿A partir de ahora vas a pedir permiso siempre antes de entrar?

Pasa por encima de los viejos listones de madera y cruza hacia mi patio. Me sorprende ver que va descalzo, y no con las pesadas botas estilo militar que suele llevar siempre. Cuando el sol le da en la cara se coloca las gafas que llevaba colgando en el cuello de la camiseta que se ciñe a su cuerpo.

Toco el nudo de la toalla que me cubre, nerviosa mientras él avanza con paso decidido hacia mí y el perro lo sigue de cerca, camina tranquilo con la lengua colgando hacia un lado.

Agnes sigue jugando, ajena al revoltijo de sentimientos que me está atacando ahora mismo.

—¿Estabas refrescándote? —pregunta en tono ronco.

—Sí, por fin he montado la piscina y Agnes y yo estábamos estrenándola. Si tienes algo más ligero que no sean esos pantalones vaqueros negros y quieres darte un baño...

Sonríe, divertido, sin duda por mi comentario.

—Quizá encuentre un bañador entre mis demás pantalones y ropa oscura. Hola, Agnes.

—Hola, *Esekel*. Yo no salgo, mami me deja estar más rato jugando.

—Muy bien, pequeña. Nosotros vamos a preparar la comida.

Mientras él se agacha para saludar a la niña, aprovecho el momento para girarme, quitarme la toalla y ponerme el vestido de tirantes que he dejado antes

en la silla. En los treinta segundos que tardo en hacerlo y darme la vuelta, Ezekiel ya está de pie justo detrás de mí, serio y observador como siempre.

—Bueno, he pensado hacer una ensalada y un poco de barbacoa. ¿Te apetece?

Da un paso más hacia mí, quedando tan cerca que nuestros cuerpos pueden tocarse, pero es su mano la que llega hasta mi hombro, y con dos dedos, coloca bien el tirante del vestido que se ha girado.

—Sí, me apetece.

¡Dios! Soy incapaz de mirar hacia otro lado que no sea su boca en movimiento, es como si esa fina perilla que la bordea estuviera ahí solo para centrar las miradas en sus labios, en la forma que tiene de moverlos al hablar y sonreír.

—Bien. ¿Puedes vigilar un momento a Agnes mientras entro a la cocina a por la carne? ¿Te apetece una cerveza?

—También me apetece.

Esos hoyuelos malvados vuelven a aparecer en su cara cuando vuelve a contestarme, dándole un énfasis especial a la palabra apetece. Tengo que tomar nota mental de no preguntarle más si le apetece algo.

—¿Les ha pasado algo a tus botas? —le pregunto al salir de la cocina con un par de botellines de cerveza.

—Me gusta ir descalzo cuando estoy en casa.

—¿No será porque con esas botas se te cuecen los pies y necesitas airearlos?

—Madison, he estado dos noches seguidas en tu cama, ¿no me estarás preguntando si me huelen los pies? Ya deberías saber la respuesta.

—Olvídalo. —De repente, me da vergüenza reconocer que he necesitado su presencia para dormir las dos noches pasadas.

Enciendo la barbacoa de gas y voy salpimentando dos filetes; menos mal que ahora estamos a la sombra, el calor de mediodía es capaz de derretirte.

—Por lo menos, has conseguido dormir. No te preocupes. No tengo problema en dormir contigo. —Vuelve a sonreír cuando lo miro y hace un gesto de brindis con su botellín.

—Los amigos no duermen juntos. O por lo menos yo no lo he hecho..., hasta ahora.

—Quizá porque yo soy un amigo..., especial.

—Quizá..., pero aún así, no puedo estar pendiente de que tú dejes de hacer tu vida para hacerme de niñera y acompañarme mientras duermo, tengo casi treinta y tres años, ¿sabes? No es normal.

Coloco los filetes y las salchichas sobre la parrilla.

—¿Y qué es normal en esta ciudad? ¿En este mundo?

—Que te atraquen, que te secuestren, pertenecer a alguna banda criminal..., ya sabes, ese tipo de cosas.

Da un trago a su bebida pero no responde.

—Sí, eso parece ser lo normal. Estamos tan acostumbrados a esto que parece que sea lo que debe pasar por norma general, cuando no debería ser así. Pero el mundo funciona de distinta manera a lo que nos gustaría a la mayoría de la población.

—Bueno, explícame algo sobre ese trabajo que he aceptado sin conocer.

—Tengo un taller mecánico, especializado en motos *custom*, aunque reparamos todo aquello por lo que nos vayan a pagar. Romeo es el encargado y yo soy su jefe.

—Vaya, así que tú eres el que manda. ¿No debes consultar con él mi contratación? —Cojo las pinzas de la carne y muevo un poco los filetes.

—No. Yo decido y él acata.

—Eso suena muy mal, ¿lo sabes, verdad? —Sonrío al mirarlo y quedarme un poco más prendada de su presencia.

Se acerca a mí y me quita las pinzas de la carne; me ha cogido la mano, separando mis dedos para que el utensilio cayera en su palma. Me recorre un escalofrío que me hace temblar.

—¿Tú también lo has sentido? —pregunta sin dejar de tocarme.

Mi respiración se acelera, separo los labios sin ser consciente de ello, quizá imaginando la posibilidad de que pueda besarme de nuevo, y asiento con la cabeza.

De manera radical cambia de tema y sigue explicándome cuáles serán mis tareas en el taller.

—Solo queremos que haya un poco de orden en el archivo y que alguien se encargue de responder al teléfono. ¿Crees que podrás hacerlo? —pregunta con la

mirada fija en el fuego de la barbacoa.

Yo miro a Agnes, que sigue jugando en la pequeña piscina.

—¿No tendré que hacer nada ilegal, verdad? —Me asusta pensar que vaya a ser así.

Él sigue volteando la carne cuando responde a mi pregunta.

—Madison, ¿crees que te haría hacer algo ilegal sin tú saberlo o en contra de tu voluntad?

—Mmmm, pues espero que no. Pero como apenas nos conocemos, no puedo opinar con conocimiento de causa.

—Eso lo vamos a ir arreglando.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo? Si puede saberse.

—Ahora que somos..., amigos —lo dice de una forma extraña, como si ni él mismo se lo creyese—, podemos pasar algunos ratos juntos, contándonos algunas cosas personales, detalles que nos ayuden a conocer al otro.

Bebo un sorbo de cerveza antes de contestar, necesito deshacer el nudo que tengo en la garganta para poder responder algo coherente.

—Me parece bien. Aparte, si vamos a trabajar juntos también tendremos oportunidad de vernos allí.

—Sí, y como resulta que también somos vecinos, y al parecer le has cogido el gusto a dormir conmigo...

Le doy un empujón cuando dice eso. Lo ha dicho en broma pero sé que me está poniendo a prueba.

—No te enfades, mujer. —Me coge de la mano antes de seguir hablando—. Supongo que mis intenciones han quedado claras, Madison. Sé que tú también sientes algo por mí, no me importa ir todo lo despacio que necesites. Solo espero que sepas que puedes contar conmigo para lo que quieras. Incluso si eso incluye dormir en la misma cama que tú, sin tener sexo.

—Eres un hombre, Ezekiel. Estoy segura de que no has pasado largas temporadas de tu vida sin tener sexo cuando te ha apetecido. Y mucho menos, durmiendo en la misma cama con una mujer y sin tocarla.

Se coloca más cerca de mí, mira un momento hacia Agnes, comprobando que la niña juega ajena a la poca distancia que separa nuestros cuerpos y, después, me acaricia la cara con la yema de los dedos.

—Creo que eso es mucho suponer, nena. No te preocupes antes de tiempo. De todas maneras, por las mañanas me gusta darme duchas frías, qué más da si ahora empiezan a tener otro motivo diferente para dármelas.

Abro la boca, no puedo creer que haya dicho eso.

—Estoy deseando besarte otra vez.

«Y yo», me gustaría gritar.

Voy a arder si este hombre sigue devorándome con la mirada e incendiándome con su contacto.

—Agnes suele dormir la siesta después de comer.

—Entonces, tendremos que esperar a que Agnes se duerma para poder seguir conociéndonos un poco más.

Una hora más tarde, cuando la niña ha acabado con todas las salchichas que había en su plato y en la bandeja también, porque unas cuantas se las ha dado a Thor que estaba estratégicamente colocado debajo de su silla; la he acompañado a su cama donde siempre duerme un rato después de comer. Se ha despedido de Ezekiel preguntándole si volvería a verlo para la cena.

Bajo las escaleras algo más nerviosa, sabiendo que Ezekiel está esperando. La comida ha transcurrido muy amena, la niña le ha pedido que deje a Thor en nuestra casa para que el perro se acostumbre a dormir con ella, a lo que Ezekiel me ha dejado a mí toda la responsabilidad en la respuesta.

Cuando entro en la cocina, él ya ha acabado de recoger toda la mesa, y está preparándose para fregar los platos.

—Déjame a mí. Tú has recogido. —Me paso el antebrazo por la frente para retirar el sudor.

—No. Tú has cocinado, yo limpio.

Ver a semejante hombre dentro de mi cocina, delante del fregadero preparado para limpiar los platos, es algo que no había visto nunca antes. Y me gusta lo que veo. Por su aspecto no diría que es de los que ayudan en casa.

—Podría acostumbrarme a esto, ¿sabes?

—Con algún cambio, pero estaría bien. —Sigue enjabonando con el estropajo los platos y cubiertos mientras los pasa al otro fregadero para aclararlos. Me coloco a su lado para ayudarlo.

—¿Qué cambios? —pregunto sin poder retenerme.

—Hombre, no estaría mal algo más de complicidad entre nosotros. —Me da un golpecito con su cadera, haciéndome sonreír.

La verdad es que no me importaría, pero prefiero no decírselo todavía.

—No te quejes, te he metido en mi cama de buenas a primeras.

Antes de que pueda apartarme, me salpica de espuma la cara, cayendo gran parte de esta sobre mi nariz.

—¡Eh! —me quejo, y me defiendo salpicándolo con agua limpia del aclarado de los platos. Sin querer le he mojado más de lo que pretendía, tiene la camiseta empapada.

Empiezo a reír y, poco a poco, me separo de él, aún con las manos empapadas. Veo en su mirada que mis actos tendrán consecuencias.

Se mira el torso empapado y vuelve a mirarme a mí, de esa manera felina y salvaje que hace que la sangre me hierva en zonas del cuerpo que hace mucho que no toca un hombre.

Mi pecho, sin sujetador debajo del vestido de tirantes pues me he quitado la parte de arriba del bikini antes de sentarnos a comer, empieza a subir y bajar. Mi propia respiración me está indicando que esto me afecta más de lo que preferiría mostrarle a él.

Niega con la cabeza, mientras con una mano tira de la parte trasera de la camiseta y se la quita de un tirón, dejándome ver los fascinantes movimientos que hacen sus músculos al contraerse cuando se mueve.

Yo sigo riendo, aunque la risa se me corta cuando empieza a caminar hacia mí y mi mirada se queda fija en el tatuaje que le cubre el lateral de las costillas.

—Me has empapado —advierte, dando un paso hacia mí.

Pienso en eso y mi mente grita que él no es el único que está empapado. Mis pezones erectos son buena muestra de ello, y él es consciente de ese detalle, porque su mirada se ha desviado a esa parte de mi anatomía. Puedo ver algunas gotas resbalando sobre su pecho. Quiero pasar la lengua por toda esa porción de piel morena, tatuada y musculosa. Es increíble la capacidad sobrenatural que tiene para conseguir que me quede enredada en su mirada, como si al dejar de hacerlo fuese a cometer un delito capital. Pero me obligo a ello y me giro y,

antes de que pueda salir corriendo hacia el salón, me coge por la cintura, levantándome en volandas, haciendo que se me escape un grito.

—¡No! No me hagas cosquillas, no lo soporto. Y despertaría a Agnes con mis gritos.

Me pega bien a su torso, lo noto en mi espalda, y su respiración en mi nuca. La temperatura, ya de por sí alta, acaba de subir unos veinte grados.

—Tendremos que dejar las cosquillas para otro momento —susurra contra mi oreja.

Entonces, me deja en el suelo y me da la vuelta para que quede de cara a él. Camina unos pasos hacia delante, sin quitar las manos de mi cintura, mientras me lleva hacia la pared de la despensa.

Por mi parte, no he sido consciente de en qué momento he colocado mis manos sobre sus antebrazos; ¿he dicho ya que son muy fuertes? Pues lo son, cubiertos por una fina capa de vello.

—No te voy a dejar caer —susurra justo delante mi boca.

El gesto de mi cara le informa de que no entiendo a qué se refiere, y él, cortés, no tarda en explicármelo.

—Por la fuerza con la que me clavas las uñas en los antebrazos...

—Oh, lo siento. —No me he dado cuenta de que lo estaba cogiendo con tantas ganas.

—Madi, creo que esto de ser solo tu amigo me va a costar la vida, pero lo intentaré todo el tiempo que tú quieras que sea solo tu amigo.

—Yo también me muero por besarte —jadeo diciéndole sin rodeos lo que anhelo en este momento.

Sus ojos rasgados no dejan de perforarme con la mirada oscura y caliente; llevo sus manos hacia mis caderas de nuevo y cierro los ojos, imaginado lo bien que me sentiría estando debajo de su cuerpo, mientras él se esfuerza por complacerme.

Sus dedos, fuertes y mucho más grandes que los míos, empiezan a clavarse en mi cintura. Arqueo la espalda en un movimiento involuntario, deseando sentirlo cada vez más cerca de mí.

Estoy perdiendo la cabeza, pero no puedo contenerme más.

Aprieta las mandíbulas mientras retira un poco la cabeza hacia atrás, para observarme ahí, entre su cuerpo y la pared, expectante, acalorada y casi suplicante. Mi cuerpo se ha desconectado de mi psique y mis caderas se mueven solas. Cierro los ojos y puedo ver, con claridad, el momento en el que Ezekiel consigue que llegue al orgasmo y mi imaginación vuela lejos de mí. Acaba de drogarme y ni tan siquiera me ha besado.

—Joder, nena.

Dicho esto, su boca cae sobre mi escote, sin llegar a la copa de mis pechos, mis necesitados pezones. Sus besos suben por mi cuello hasta llegar a mi oreja, para allí lamirme el lóbulo y hacerme sufrir un poco más.

Cada vez me cuesta más respirar, pero quiero que impida el paso de oxígeno tapándome la boca con la suya.

—Oh, Ezekiel... —jadeo contra su cuello. Mis manos ya se han descontrolado y están subiendo por su torso desnudo, llegando a sus duros pectorales y clavando allí mis uñas.

Mete una de sus piernas entre las mías, rozando con su muslo mi sexo. Y yo me posiciono de la mejor manera para poder frotarme contra él. Igual que una perra en celo, desbocada totalmente.

Me coge la cara con las dos manos y su mirada felina se queda fija en mis labios, entreabiertos e hinchados.

Poco a poco desciende sobre mi boca.

—Puedo notar cuán mojada estás a través de los pantalones. ¿Estás a punto, verdad?

En respuesta, me refriego más contra su rodilla, que ahora se ha colocado para darme el toque que me falta para poder explotar sobre él.

—¿Cuánto hace que no has estado con un hombre? —Su lengua juega con mis labios, sus manos siguen ancladas en mi cintura.

—Mmmm... —Estoy a puntito de empapar la parte baja del bikini. Cuelgo mis manos de su cuello y lo atraigo hacia mí—. Bésame ya, Ezekiel...

Y él obedece de inmediato. Su lengua se encuentra con la mía, al principio, va con cuidado pero, después, sus movimientos imitan los que yo estoy imaginando que su cuerpo podría estar haciendo, entrando y saliendo del mío,

así que acabo de volverme loca del todo montándolo desesperadamente, buscando el punto exacto de presión para conseguir liberarme.

Y lo encuentro. Mientras él ahoga mis gritos y el jadeo final con el que balbuceo su nombre.

No se mueve, sigue en la misma postura, apretando mi cuerpo contra la pared, con su pierna mojada entre las mías, y sosteniéndome como un ángel protector.

—Mi ángel de la pasión.

Me besa la cara con cariño entretanto yo intento recuperar la respiración; no recordaba que un orgasmo pudiera ser tan fuerte, y eso que no me ha penetrado.

—Lo siento —susurro cuando por fin puedo hablar y abro los ojos.

Roza su nariz delicadamente contra la mía, penetrándome con su oscura mirada; parece que el tono miel ha desaparecido por completo.

—Yo no. Gracias.

Sonrío sin entender lo que quiere decir, mientras mis manos empiezan a descender por sus hombros hacia su torso.

—Por confiar en..., tu amigo, para esto.

Le doy un pequeño golpe en el vientre, a cambio él me muestra esos hoyuelos que me vuelven loca.

Al mirar el camino por el que han pasado mis manos me doy cuenta de que le he marcado la piel.

—¡Oh, lo siento! Te he arañado.

El gesto de sus labios le resta importancia a mi preocupación.

—Estoy deseando que quieras clavarme las uñas otra vez, en el pecho, en la espalda... —Sonríe junto a mi boca—. Pero antes será mejor que me vaya a casa unos minutos para cambiarme los pantalones. ¿Estás bien?

—Más que bien —asiento con la cabeza.

—¿Te importa quedarte un rato sola?

—Es por las noches cuando no puedo dormir, de día me mantengo bien.

Asiente y me ayuda a incorporarme.

—En ese caso, cambiaré mis horarios para poder cuidarte.

Paso con cuidado la yema de los dedos sobre la virgen que lleva tatuada.

—¿Qué significa para ti? —Está hecho con una precisión fascinante—. Es precioso.

—Mis raíces. Mi protección. ¿Puedo preguntarte yo algo?

No sé por qué presiento que lo que va a preguntarme tiene que ver con las marcas blancas que vio en mi piel.

—Prueba. —Sonrío para aliviar mi casi negativa.

—¿El padre de Agnes..., está en tu vida? —Bueno, no es la pregunta que esperaba pero por lo menos es fácil de contestar sin tener que mentirle.

—No. No lo ha estado nunca. Agnes lleva mi apellido.

Parece satisfecho con la respuesta. Su móvil empieza a vibrar en silencio sobre la encimera.

—Contesta, yo..., tengo que ir a mi habitación, y supongo que tú tienes que ir a cambiarte... —¡Dios, qué vergüenza! Me he corrido en su pierna—. No permitas que vuelva a hacer algo así jamás.

Me mortifico a mí misma, pero es que estaba en un estado imposible de detener.

—No pienso impedírtelo, nena. Utilízame para lo que quieras. —Muestra sus manos en signo de rendición.

—Anda, contesta esa llamada y vete.

* * *

Le doy un beso en la frente antes de salir de su casa.

Esto ha cambiado cien por cien en un momento, y nadie sabe cuánto me alegro de que sea así.

No me he sentido de esta manera por una mujer jamás en la vida, ni cuando era un crío y pensaba que estaba enamorado cada semana de una chica diferente. Ni tan siquiera cuando, con dieciocho años, me enrollé con una tía que tenía unos treinta, y eso que yo era un crío y bebía los vientos por ella.

Pero Madison tiene algo con lo que me atrapó en el mismo momento en el que se le cayó la tarta de la fiesta de cumpleaños de Agnes al suelo. La llama de sus ojos, la fuerza innata que tiene, su energía me cautivan, y su pasión me desarma.

Ha sido tan receptiva, tan explosiva, que cuando he visto que estaba a punto de correrse sobre mi pierna he tenido que hacer acopio de todas mis fuerzas para no liberarme yo también. Estoy deseando saber cómo reacciona a mis caricias cuando por fin me permita tocarla como quiero hacerlo.

Le devuelvo la llamada a Jeff, hoy tenían que encargarse de hacer un par de cobros y de transferir el dinero a la cuenta correcta.

Tenemos que tenerlo preparado todo para cuando Charly nos avise. Anoche casi salimos mal de nuestra incursión en el país vecino. La puta revuelta y la fuga del preso han hecho que la policía, tanto a un lado de la frontera como al otro, esté más pendiente de cualquier movimiento. Dejamos la furgoneta preparada con todo lo necesario: gasolina y armas.

—Jeff, dime, ¿cómo ha ido todo?

—Bien, hermano. Pero una de las mujeres de la casa se ha puesto enferma. Será mejor que te acerques por allí. David no puede retenerla por más rato, tenemos que cambiarla de centro ya.

—Está bien, ahora hablaré con Drew a ver qué disponibilidad tienen en la casa del norte. Allí seguro que no la encuentra nadie. Hablo con él y me encargo de hablar con David.

—No la van a encontrar de todas maneras...

—Pero eso ella no lo sabe. Escucha una cosa, estos días que las noches están tranquilas, yo estaré operativo pero desde casa; si hay cualquier cambio, cualquier problema, me avisáis pero no estaré por la calle.

—¿Todo bien, Ez? —pregunta preocupado.

—Todo bien. Por cierto, Madison ha aceptado trabajar en el taller, así que espero que no os comportéis como unos putos salidos y la asustéis el primer día. A Romeo ya lo conoció el otro día en el restaurante, pero tendré que advertirla sobre Kenny, que no se espante cuando lo vea entrar con esa cara de asesino en serie que tiene siempre.

—¿Qué sabe?

—Por ahora nada. Y seguiremos así. Si hay algún cambio, os avisaré.

Subo a mi habitación y miro por la ventana cerrada hacia la ventana de Madison, es una puñetera suerte tenerla tan cerca. Me miro la rodilla izquierda, donde están los restos de su placer, y mi erección vuelve a apretarse contra los

pantalones. Antes de salir de casa necesito una ducha, una paja y cambiarme de ropa.

Besos que lo cambian todo

Son más de las ocho cuando puedo enviarle un mensaje a Madison; el viaje se ha complicado un poco, hemos tenido que sedar al paquete porque no estaba en condiciones de viajar en el estado nervioso en el que se encontraba.

Dejo la *pickup* en el taller y vuelvo a casa con la Harley. Antes de salir del taller, miro el móvil a ver si ya me ha contestado, pero todavía no me ha llegado nada de ella.

No me gusta que pase miedo ni que por el incidente del otro día tenga ese pavor a dormir sola, nuestro barrio no es el polígono industrial en el que se encontraba cuando aquellos hijos de puta la atacaron. Aunque, en este caso, la habrían atacado en cualquier parte que quedara cerca del trabajo, ya sabían lo que hacían...

Veinte minutos más tarde, cuando estoy llegando al final de la calle sin salida en la que vivimos, veo que hay dos coches de policía aparcados justo delante de la casa de Madi.

«¡Mierda! También hay una ambulancia».

Acelero para llegar lo antes posible, sé que solo voy a adelantar unos segundos, pero la presión de saber si ellas dos están bien me asusta.

En un rápido movimiento aparco justo delante de mi porche. Me quito el casco, que dejo sobre la moto sin importarme que cuando vuelva siga ahí o no. No quito la vista hacia la casa de Madi, en la entrada hay un policía hablando con ella. Espero que no sea el hijo de puta de Bellagio.

Ella mira en mi dirección mientras con un pañuelo se limpia las lágrimas de la cara. Cuando me estoy acercando a su puerta, uno de los policías me da el alto.

—¿Dónde crees que vas? —pregunta el *tontolaba*.

—Vivo aquí al lado. —Hago un gesto con el pulgar hacia atrás señalando mi casa—. Voy a ver a mi vecina.

—Identifícate.

Tiene ganas de tocar las pelotas el puto crío recién graduado.

Cojo la cartera que llevo en el bolsillo trasero del pantalón y le muestro mi carnet de conducir.

—¿Satisfecho?

Mientras él hace las comprobaciones que considera oportunas, me doy cuenta de que el meollo no está en casa de Madison sino en la de enfrente. Se están llevando a un tipo detenido, el muy gilipollas se estaba resistiendo a que lo esposaran.

—¿Limpio? —Escucho que dice el agente de la ley novato, mientras me observa de arriba abajo, como si no pudiera creer que en mi ficha policial no haya nada que me reste puntos.

Me deja pasar justo cuando su compañero baja los escalones del porche de Madison; me cruzo con él y me fijo bien en su número de placa, tengo buena memoria para los números y después haré las gestiones necesarias para saber quiénes son.

Madi sigue con la puerta entreabierta, esperando a que yo llegue.

Tiene los ojos rojos.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado? —Alargo una mano para acariciarle la cara.

Entro y cierra la puerta, justo después se deja caer sobre mi pecho y la envuelvo en un abrazo. Parece que es lo que necesita. Apoyo la cabeza sobre su coronilla entretanto inspiro el olor de su pelo.

—El muy cabrón casi la mata. —Está llorando.

Le acaricio el pelo y la espalda, intentando consolarla.

—¿Quién? ¿El tipo al que se han llevado?

—Sí. No era la primera vez que la escuchaba gritar cuando no aguantaba más sus palizas. Estaba preparando la cena y desde la ventana de la cocina he visto cómo la pegaba un puñetazo y la tiraba al suelo, iba tan borracho que no se ha enterado de que la ha dejado inconsciente con el primer golpe, porque seguía diciéndole que le preparara ropa limpia para irse. Primero han discutido fuertemente, por eso la he escuchado; están estabilizándola en la ambulancia.

—Ya está. Esperemos que en el hospital se recupere y él se pudra una larga temporada en prisión.

Maldito cabrón hijo de puta.

—¿Dónde está la niña? —Me extraña que no esté por aquí.

—Está con Debby en su habitación. —Poco a poco se va calmando—. Ha venido a verla y a cobrar las horas que le debo.

—¿Estás más tranquila? Vamos al salón y así no verás nada más desde aquí.

—No era la primera vez que lo hacía. Una vez, quise hablar con ella, decirle que hay lugares en los que pueden ayudarla, que denunciara, pero ella me dijo que me metiera en mis asuntos, que su marido era un buen hombre. Pero yo he visto cómo la agarraba del pelo y la pegaba en más de una ocasión.

Pobre Madison, ha intentado ayudar pero no lo ha conseguido, espero que no se sienta culpable de lo que ha pasado, porque no es su culpa, en absoluto.

—Es un gesto muy noble por tu parte, pero si ella no quería la ayuda, no podías obligarla.

Se aparta de mí para mirarme a los ojos, su cara demuestra la rabia y la impotencia que siente.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Quedarme de brazos cruzados mientras él la maltrataba? Yo no soy así, no puedo con esas barbaridades, con esas injusticias ni muchas otras.

Me deja helado con su vehemencia, con la fiereza que defiende a los más débiles y su intención de ayudarlos.

—No, claro que no. Solo digo que, a veces, no se dejan ayudar y tienes que esperar a que pidan ayuda.

Vamos hacia el salón y decido que pediré unas pizzas, así no tendremos que estar en la cocina, evitando que Madison esté todo el rato recordando lo que ha pasado esta noche justo enfrente de su casa.

Una vez más tranquila, sentados ya en el sofá, le pregunto sobre la conversación con la policía.

—¿Qué querían saber?

—Lo que yo había visto y si estaba dispuesta a ir a un juicio para testificar en su contra.

Mierda.

—¿Y qué les has dicho?

—Que ese hombre no merecía seguir respirando si su mujer moría por su culpa, que testificaría sin dudar.

—Eso está bien.

—Madi, ¿podemos bajar? —Esa debe ser la niñera.

Ella se gira en el sofá para contestarle hacia la escalera.

—Sí, Debby.

—Venga, recomponete, que la niña no te vea llorar. —Le doy un apretón cariñoso en la rodilla—. Además te pones muy fea cuando lloras.

Mierda, está demasiado sensible y no ha pillado la broma.

—¿En serio?

Joder, quiero besarla de nuevo, tiene los labios rojos, se los ha estado mordiendo por los nervios. Le cojo la cara con una mano y me acerco más de lo que debería, teniendo en cuenta que Agnes y su canguro van a bajar y podrían vernos. Pero seré rápido.

—No. Eres la mujer más preciosa que he visto jamás. Y buena.

Y, justo cuando nuestros labios se rozan una milésima de segundo, aparece la niña. Y nos pilla.

—*Esekeeeel...*, mami, ¿*Esekel* es tu novio? —pregunta ella mostrando mucha efusividad con esos ojitos que se ven grandes en su redonda cara.

Yo me giro y miro hacia otro lado, aguantando la risa, y espero a que le conteste ella que es su madre.

—No, cariño. Me estaba diciendo...

—Te estaba dando un beso, mami..., lo he visto. —Se planta delante de nosotros mientras su canguro, Debby, se queda apoyada en una de las sillas, observando toda la escena.

—Sí, bueno, es que somos amigos y él..., estaba comprobando que la herida ya no me duele.

—¡Aaah! Un beso de cura..., mami también me lo da a mí cuando me hago pupa —explica ella.

Para tener tan solo tres años habla muy bien.

—¿Os apetece cenar unas pizzas? —pregunto para cambiar de tema.

—Agnes es intolerante al gluten, ¿recuerdas? —menciona Madi.

—En la pizzería de la calle Smith hacen unas especiales sin gluten. Las pediré ahí.

—¿Hacen reparto en nuestro barrio? —pregunta Madi sorprendida.

—Ahora lo verás.

Me levanto y voy hacia la cocina, no enciendo la luz y así, mientras hablo por teléfono, puedo observar sin ser visto lo que sigue pasando en la casa de enfrente. La policía la ha acordonado como si en realidad fueran a buscar pistas de algo. Me contestan al segundo tono.

Pido las pizzas y vuelvo hacia el salón con las chicas.

—Sí, vienen. El responsable es un colega, no pasa nada por saltarse dos calles y venir hasta aquí, lo único es que tardarán cincuenta minutos en traerlas, van a tope de faena.

—¿Podemos jugar Debby y yo un rato más? —pregunta Agnes.

—Bueno, en realidad, yo debería irme ya..., me está esperando JD, también vamos a ir a cenar.

Madi se levanta para hablar con ella, van hacia la entrada y Madison coge su bolso del perchero. Tiene la cara contraída por algo.

—Solo tengo veinte dólares. Esta semana tengo que pasar por el restaurante a cobrar y ya te pagaré el resto.

Dudo entre si hacer lo que estoy pensando o no decir nada, pero no quiero que Madi dependa de que el capullo de su exjefe le pague todo lo que le debe, principalmente porque no creo que lo haga de forma voluntaria.

—Debby, ¿cuánto es el total? —pregunto sin rodeos para sorpresa de ambas.

—Son ochenta dólares —contesta la cría sonriente viendo que va a salir a cenar con su novio llevando los ochenta pavos.

—No, Ezekiel. No hace falta. —Intenta que no saque el dinero de mi bolsillo.

—Es un adelanto de tu sueldo, no te estoy regalando nada. ¿Te parece mejor así? —La reto con la mirada. Ella, que no se lo acaba de creer, y bien que hace, cruza los brazos sobre su pecho, elevando estos que están encerrados en ese fino vestido estampado con pequeñas flores. Sin sujetador.

—Un adelanto. Está bien. —Concede finalmente.

Le doy el dinero a Debby, que cuenta los billetes cuando los tiene en la mano. Chica lista.

—Hay cien. —Me tiende el billete que sobra.

—Quédatelo. Mañana, es posible que Madison necesite que te quedes con Agnes hasta las tres.

—¿Hasta las tres? —pregunta la preciosa morena de ojos negros sin entender ese horario.

—Sí. Si no tienes inconveniente, tu horario será de nueve a tres de la tarde.

—¿Por las tardes no tendré que ir a trabajar? —Parece que algo no le cuadra.

—No. Ya te dije que tendrías más tiempo para estar con Agnes.

—Pero, aun así, tendré que contar el tiempo de desplazamiento en bus de la ida y la vuelta...

—Madi, vivo aquí al lado. Yo podría llevarte y traerte cada día.

Abre los ojos como si no pudiese creerlo.

—Debby, mañana a las ocho y cuarenta aquí. Y dile a JD que se comporte.

La niña, que debe tener quince o dieciséis años me mira de arriba abajo alucinada.

—Sí, señor. Gracias, Madi. —Le da un beso en la mejilla antes de salir corriendo hacia la calle.

—Arreglado, voy a pasar por casa para traer a Thor, ¿te parece bien?

—Eeeh..., sí, claro. Pero..., una pregunta. —La observo y mientras espero a que me pregunte eso que parece inquietarla, una de sus largas pestañas se ha caído y reposa sobre su pómulo, no puedo evitar chuparme la yema del dedo índice y recogerla, para asombro de Madi, que pierde el habla durante unos segundos.

—Dime, ¿qué ibas a preguntarme? —Le muestro el dedo con su pestaña—. Pide un deseo y sopla.

Enarca una ceja y esa sonrisa que tanto me gusta empieza a aparecer en su precioso rostro.

—Vamos. —La apremio.

Cierra los ojos, como si estuviera concentrándose en algo, cuando coge mi mano y la lleva hacia sus labios, los cuales frunce dejando salir el aire desde su interior. Esa imagen es demasiado erótica incluso para mí. Cuando la pestaña sale volando, ella me da un beso en la punta del dedo.

—Joder, Madison... —me quejo, queriendo besarla hasta hacerla gritar mi nombre de nuevo.

Me sonrío y me guiña un ojo.

—Es solo un adelanto de tu sueldo..., de amigo —repite la frase, algo cambiada, que le he dicho yo hace tan solo unos minutos para que aceptara el dinero.

—Amigos —repito—. Antes de eso, ¿qué querías saber?

Parece recordar.

—Ah, sí. Si solo voy a trabajar por las mañanas, no creo que el sueldo sea...

—Vas a cobrar dos mil dólares.

—¿Dos mil dólares? Si es más del doble de lo que cobraba como camarera haciendo más de cincuenta horas a la semana...

—Bueno, me gusta que el personal esté contento y pagamos bien.

Vuelvo hacia el salón para salir por el patio hacia mi casa y volver con Thor.

—Ezekiel..., eso no está bien. Dos mil dólares es demasiado.

Me giro para observarla una vez más.

—Tú eres demasiado.

Le guiño un ojo a Agnes al pasar por su lado y ella me devuelve el guiño.

* * *

—Por fin se ha quedado dormida. Al final, tendré que comprarle un cachorrito si sigue así de encariñada con tu perro.

Salgo de la cocina y voy hacia el sofá donde él acaba de sentarse. Dejo la suficiente distancia entre los dos, supongo que para prevenir que mi cuerpo vuelva a entrar en combustión si noto su presencia. Una distancia de amigo. Creo que esta noche es mejor intentar dormir sola.

—Si le gusta Thor, no creo que le guste otro perro. Puede estar aquí algunas horas al día y puede verlo en mi casa cuando quiera.

—Pero tampoco podemos tener a tu perro siempre en casa, tú tienes tu vida, tus horarios..., no puedes estar las veinticuatro horas del día pendiente de nosotras. Seguro que pronto vuelvo a la normalidad y consigo descansar como antes. Creo que esta noche probaré a dormir sola.

La estancia, iluminada por la luz del televisor que ninguno de los dos está mirando, no crea una atmósfera muy de amigos, precisamente. Ese juego de luces y sombras lo hace más peligroso y atractivo, y no sé cuál de las dos cosas me atrae más.

—Está bien. Si es lo que quieres. Yo estaré en casa. Si sientes miedo siempre puedes llamarme desde la ventana.

Hace un gesto para levantarse pero me muevo rápida, colocándole una mano sobre el muslo para que vuelva a sentarse.

—No te vayas todavía, podemos charlar un rato.

Mira mi mano sobre su pierna y vuelve a sentarse, después, me sorprende cogiéndola y tirando de ella para que quede justo a su lado. Recojo ambas piernas y me siento encima de ellas, apoyando un codo sobre el respaldo del sofá; él también se ha girado de manera que estamos cara a cara.

—Empezamos por algo sencillo. ¿Fecha de cumpleaños? —pregunto.

—Dieciocho de noviembre.

—¿De qué año? —sonrío.

—Del ochenta.

—Buena cosecha —asiente con la cabeza.

—¿Y la tuya?

—Cuatro de julio.

Hace un gesto de sorpresa con la cara.

—Eso es dentro de dos semanas.

—Me alegra saber que sabes en qué día vives.

Sonríe y me da un golpecito en el brazo para desestabilizarme y que la mano que aguantaba mi cabeza se mueva.

—¡Ay! —Le devuelvo el golpe en el brazo. Pero es imposible moverlo, está duro como una roca de granito.

—Si hubieras podido escoger, ¿a qué te habrías dedicado?

Buena pregunta.

—Estoy licenciada. Iba a trabajar de asistente social, siempre he querido ayudar a las personas, saber que podía ser útil de alguna manera ayudando a los demás. Durante unos meses, estuve yendo a un centro de día para personas sin

hogar pero, después, mi madre enfermó y ya no tenía tiempo para nada más que no fuera trabajar, estudiar y cuidarla a ella.

Sus ojos se contraen por un momento, dejándome ver una expresión que no sé cómo identificar. Pero lo que sí he visto ha sido sorpresa. Quizá él pensara que era una pobre chica sin estudios.

—¿Y por qué no buscas trabajo en ese campo?

—Mujer, mestiza, madre soltera... Mi tren pasó hace mucho y no pude subirme en él. Quizá en el norte funcione de otra manera, de donde yo vengo y aquí donde estamos, las mujeres como yo no podemos optar a mucho más.

Veo cómo se tensan los músculos de su mandíbula y aprieta los labios haciendo una mueca que incita a besarlos.

—Has dicho que te gusta ayudar..., ¿a qué te refieres?

—Una de las dos cosas por las que me daba pena dejar el trabajo del restaurante es porque, desde hace dos años, un par de meses después de empezar a trabajar allí, siempre al final de mi turno, me las apañaba para sacar yo los cubos de basura. En ellos, había guardado, previamente bien envuelta, la comida que sobraba del restaurante, para dársela a algunas personas sin techo que me esperaban fuera.

»Primero fue uno, Genaro, después vino con otro más, y así hasta cinco. El cabrón de mi jefe me lo tenía prohibido de forma expresa pero yo no podía tirar toda esa comida, sabiendo que esta se podía comer y que hay gente que no tiene nada que llevarse a la boca.

En ese momento se acerca un poco más y aparta un mechón suelto de mi pelo, colocándolo detrás de mi oreja. Su mano no se retira de inmediato, sino que mantiene el contacto con mi cara, acariciándome el cuello.

—Eres perfecta —susurra.

—¿Perfecta? —Pienso en las marcas de mis muslos, en lo que pasó. Y no puedo evitar pensar que si él supiera eso, si supiera en qué circunstancias se creó Agnes, no querría saber nada de mí, me rechazaría. Se lo explicaré en algún momento, pero no todavía—. No lo soy, para nada.

Su móvil vibra y retira la mano que tenía en mi cara para cogerlo y deslizar un dedo sobre la pantalla y ver el mensaje.

Quizá lo esté reclamando alguna de las mujeres que estuvo en la fiesta de su casa. Quizá era él el que estaba desnudándose mientras una mujer estaba arrodillada frente a él.

Y parece que me estoy poniendo celosa por algo que no sé y que no debería importarme.

Lee el mensaje y vuelve a dejar el teléfono sobre la mesa auxiliar.

—Y tú, si no tuvieras el taller de motos, ¿a qué te dedicarías? —Pienso en la otra dedicación que tiene y que yo desconozco y no sé si quiero saber aquí y ahora a qué se dedica. Sé que conmigo es bueno, ¿podría estar con él sin saber nada más? No. Sé que si me doy, lo haré de forma exclusiva y total y espero que la persona que esté a mi lado me corresponda de la misma manera.

—Bueno, mi infancia no fue muy brillante, crecí sin un padre, mi madre era prostituta, digamos que no tenía a nadie que se preocupara de mis estudios, ni de mi alimentación..., de nada en general. Pero recuerdo que siempre me habían gustado las motos. Cuando veía una pasar, giraba la cabeza hasta que la perdía de vista al final de la calle.

—¿Vivías aquí mismo? —Me sorprende. Si llegó aquí hace tres semanas.

—Sí. Esa es la casa donde me crié, aunque la mayor parte del tiempo lo pasé en la calle.

—Vaya, yo llevo tres años aquí, y la casa siempre había estado abandonada. ¿Dónde estuviste este tiempo? —No entiendo que teniendo una casa la tuviera así de abandonada. Podrían haberla ocupado.

—Viajando.

Asiento con la cabeza. Veo que no va a decirme dónde. Lo que vuelve a traerme a la memoria la posibilidad de que haya estado en la cárcel. Si es así, quiero saberlo. Espero que confíe en mí para decírmelo.

—Ezekiel, quiero preguntarte algo y me gustaría que fueras lo más sincero posible.

—Lo seré.

—¿Alguna vez has estado..., en la cárcel? ¿Preso?

No tarda en responder.

—Sí. Como habrás podido deducir, en un barrio como este, sin control paterno alguno, llegó un momento en el que las compañías no fueron las más

adecuadas.

—¿Cuánto tiempo? —Dependiendo de la condena podría hacerme una idea del posible delito.

—Cuatro años.

—Cuatro años es mucho tiempo para unos delitos de crío. ¿Fue por algo más grave?

Espero que no fuera por asesinato.

—No. Y ya has preguntado bastante, ahora me toca a mí —asiento con la cabeza, ya me ha respondido a más de lo que creía—. ¿Qué te pasó en los muslos? He visto que te cubres esa zona del cuerpo cuando hay personas delante.

—Bueno, es la parte alta de los muslos, no creo que deba ir enseñándola.

—No, claro que no. Me refiero a que el otro día, después de dormir juntos no te importó levantarte la camiseta y enseñarme el vientre pero cuando te pregunté por las marcas, te cerraste en banda.

Sabía que llegaría este momento.

—No te lo tomes a mal pero no quiero hablar de eso.

—Madi, esto tiene que funcionar en ambos sentidos, yo soy sincero contigo y tú lo eres conmigo.

—No quiero que me juzgues.

—No voy a juzgarte, no soy nadie para hacerlo. Me gustas tal y como eres.

—Quizá dejara de gustarte entonces.

Se inclina hacia mí, hasta quedar justo delante de mi cara. Su nariz roza la punta de la mía, mientras su mirada me atrapa y su cercanía me quema. Percibo su olor, ese que emana de su cuerpo, no pertenece a ninguna colonia, es su propia esencia masculina y me droga con ella.

—No creo que haya nada que haga que dejes de gustarme. Nada.

Su voz ronca me eriza la piel, y su seguridad me da esperanza. Algo en mi mente repite la frase de mi madre, la que me recordó aquella mujer el otro día: «Te mereces algo mejor, te mereces mucho más».

Ladeo la cabeza, dándole acceso a mi boca, quizá pueda darle un beso de buenas noches antes de que se vaya a casa. Tal vez así pueda dormirme pensando en sus besos y no necesite que vuelva a pasar la noche conmigo hasta que no sea capaz de dar un paso más y hacerlo con él.

Siento sus labios casi tocándome, saco la lengua y lamo los suyos muy despacio, saboreándolo, como si fuera mi helado preferido en toda la Tierra.

Entonces, lleva sus manos hasta mi cintura y me clava los dedos en la carne. Después me eleva y me sienta a horcajadas sobre sus piernas, unos centímetros más arriba y estaré sobre su sexo.

El beso se vuelve desesperado, mis manos divagan entre su pecho, sus hombros y su cuello. Enredo los dedos en la cadena de plata que siempre lleva colgando y tiro de ella para acercarlo más a mí, para que sus pectorales impacten contra mis pechos. Puedo sentir en la punta de los pezones endurecidos su calor.

No puedo controlarme y empiezo a emitir esos sonidos involuntarios mientras nuestras lenguas pelean por hacerse con el control de la otra, por ver quién entra más en la boca del otro y conoce lugares nuevos. Entonces, una de sus manos se aleja de mi cintura donde permanecían masajeando esa zona pero sin descender hacia mi culo, y enrolla mi coleta en ella, tirando hacia atrás, para besarme más y mejor.

Por mi parte, mis dedos se mueren por fundirse con su piel, no puedo dejar de tocar cada centímetro de su cuerpo que no está cubierto de ropa, lo que lo reduce al cuello, cara y brazos.

—Madi... —Jadea contra mi boca—. Me vuelves loco con esos ruiditos. Eres tan receptiva.

Le cojo la cara con ambas manos y me separo un poco de él, observándolo e inhalando su aroma.

—Esto de ser amigos se nos va de las manos, ¿no crees? —pregunta muy serio.

—Quizá deberíamos parar.

—Solo son besos, ¿no? —responde él.

—Sí, besos de buenas noches. Creo que eso sí podemos hacerlo sin saltarnos las normas de amistad.

Nos volvemos a acercar, ambos a la vez, depositando pequeños besos en los labios del otro, en la comisura de la boca, me hace cosquillas con la barbita. La trazo con los dedos, bordeando sus preciosos labios, hasta que él, muy rápidamente, saca los dientes y me da un mordisquito en el dedo, juguetón.

—Será mejor que vuelva a casa.

Me muevo sobre él y el impacto contra algo duro, grande y caliente, me hace soltar un jadeo. Él sonrío y, en ese momento, lleva sus manos hasta mis nalgas, las aprieta y me mantiene justo en ese lugar.

—Sé que hace mucho que no estás con un hombre, y yo quiero ser ese hombre que rompa la racha de sequía. Cuando estés preparada solo tienes que hacérmelo saber.

«¡Diossss, me voy a derretir!».

—¿Cómo sabes que hace mucho...?

—Lo sé, y esta tarde me lo has aclarado del todo.

—La culpa es tuya.

—¿Mía? —pregunta haciéndose el sorprendido.

No puedo evitar balancearme un poco sobre ese bulto de su entrepierna, las braguitas y el vestido remangado no son suficiente barrera entre su cuerpo y el mío. Y me muero de ganas.

—Sí, por estar tan duro y buenorro.

—Pues aquí seguiré, siendo tu vecino, amigo, duro y buenorro. Y ahora, si dejas de acosarme, me iré a casa. Tengo que darme otra ducha.

No puedo retener la risa, así que la dejo salir. Él también se ríe, me tiende sobre el sofá y se queda entre mis piernas. Yo no las cierro, no me importa que esté ahí, inclinado sobre mí, a punto de besarme.

Después de ese beso, se levanta y me ayuda a levantarme a mí también.

—Solo tienes que llamarme, al teléfono o por la ventana, y vendré en cinco segundos.

—¿Saltarás la valla y allanarás mi casa? Podría denunciarte por eso.

Estamos de pie, el uno enfrente del otro, sin tocarnos pero sin perdernos de vista.

—Eso haré, y con el agravante de nocturnidad.

—Hasta mañana, Ezekiel.

—Hasta mañana, Madison.

Los chicos

Llevo dos horas metida en la cama, sudando y muerta de calor, y eso que después de marcharse Ezekiel me he dado una ducha para refrescarme un poco.

Hace un rato que la luz de su habitación está apagada, no puedo dejar de pensar que él está justo ahí y yo aquí, sola y paranoica con cada sonido que se oye, con cada sirena lejana que pasa por la carretera principal. Paranoica y cachonda a partes iguales.

He probado a contar ovejas, contar desde cien a cero, imaginarme que estoy en un lugar apacible y tranquilo, pero todos los pensamientos acaban con una mano que me cubre la boca y me ahoga. Con alguien que me agarra de los tobillos y me obliga a abrir las piernas.

Me he tapado con la sábana hasta la barbilla porque me da miedo cerrar los ojos, que entre alguien y me pille desnuda, aunque esté vestida solo con una camiseta de tirantes y las braguitas, y soy muy consciente de que las sábanas no son a prueba de cuchillos ni de ningún arma. El aire que mueve el ventilador del techo no es suficiente para refrescarme. Ojalá fuera otoño ya.

Doy veinte vueltas más en la cama hasta que, por fin, me decido a enviarle un mensaje a Ezekiel. Es muy probable que esté dormido. No quiero despertarlo, mañana él también tiene que trabajar y son casi las dos de la madrugada. Pero es que estoy muerta de miedo. Le doy a enviar el mensaje escrito con tan solo una palabra: ¿vienes?

Tiene el doble *check* pero no están azules, así que el mensaje se ha entregado pero él no lo ha abierto. Debe estar dormido profundamente.

Antes de que me dé tiempo a pensar en alguna forma dolorosa en la que puedan atacarme, escucho cómo se cierra la puerta de mi habitación.

—¿Estás jugando al escondite debajo de las sábanas?

Su voz susurrante. Mi ángel protector ya está aquí.

Me destapo la cabeza y veo cómo se deshace de la camiseta negra y la deja en la silla que está a su lado de la cama.

Vaya, eso suena como si él ya tuviera un lado en esta cama. Y por más que me sorprenda, parece que así es. Sobre la mesilla ha dejado su móvil y la pistola que suele acompañarlo allí donde va.

Lleva un pantalón corto de deporte, que es lo único que se deja puesto al apartar la sábana y destaparme a mí de paso.

—Te vas a derretir tapada hasta la cabeza.

¡Oh sí! Por lo menos ahora siento el aire circular sobre mi piel y, aunque no es mucho, es mejor que estar sudando debajo de las sábanas.

—Gracias por venir. Llevo dos horas dando vueltas, no quería molestarte más...

—Shhh, ven aquí anda.

Se ha tumbado boca arriba, colocando un brazo debajo de su cabeza y el otro levantado mientras espera que me coloque sobre su pecho.

La tinta de su tatuaje es lo más visible con esta penumbra. Espero que su virgen también me proteja a mí.

Me abrazo a él pasando un brazo sobre su vientre, vigilando dónde coloco la mano; no quiero que tenga que darse una ducha de agua fría en mitad de la noche. Y, enseguida, él pasa su brazo sobre mis hombros y me aprieta bien contra su cuerpo.

—Me gusta cómo hueles. —Inspiro sobre su piel. Este olor me calma. Es una extraña mezcla que puede darme paz, como ahora, o ponerme taquicárdica como esta tarde.

—Soy tu amigo y huelo bien. Ahora a dormir.

Me da un pellizco en la cintura, con lo que consigue que suba más sobre su pecho. En un movimiento espontáneo y natural, coloco una pierna entre las suyas.

—Eres mi más mejor amigo.

—Eso espero. —Me besa en la coronilla—.¿Cómo lo hacemos por la mañana? ¿Agnes se despertará?

—No se ha despertado nunca antes que yo. Y si eso pasara, creo que solo se enfadaría porque tú duermes conmigo pero Thor no duerme con ella.

—¿Quién ha dicho que no? Está tumbado en la puerta de su habitación.
¡Dioss!, creo que empiezo a querer a este hombre.
Y así, sin más, me duermo antes de darme cuenta de ello.

El despertador ha sonado demasiado pronto para mi gusto, pero no era el mío, era el de Ezekiel.

Abro los ojos y veo que ocupo casi toda la cama mientras que él está en un rinconcito donde no entiendo cómo cabe su pedazo de cuerpo. Me coloco bien y le dejo algo de espacio para que pueda darse la vuelta y levantarse, pero para mi sorpresa, se acerca y me da un beso en la frente.

—Buenos días —susurra contra mis labios. Estoy segura de que si frunzo los labios podré tocar los suyos. Abro los ojos y lo veo con las primeras luces del día.

—Voy a correr un rato con Thor. Me ducho y vengo a recogerte.

—¿Desayunamos juntos?

—¿Aquí? —pregunta, entretanto coloca bien el maldito tirante de la camiseta, tengo un pecho casi al descubierto. Mierda, no quiero que piense que lo estoy provocando.

—Sí, yo lo preparo.

Asiente con la cabeza y se gira para levantarse pero, antes de que lo haga, le planto un beso en los labios.

—Buenos días.

—Que sepas que durante la ducha fría de esta mañana pensaré en ti.

Sonrío y cierro los ojos un poco más, para no ver cómo se marcha.

Dos horas más tarde

—¿Cómo son tus compañeros? ¿Quién va a enseñarme las tareas que tengo que hacer? ¿Alguien lo hacía hasta ahora?

—Tranquila, no pienses tanto. Cuando llegemos ya vamos haciendo poco a poco.

—Estoy nerviosa.

Me coloco bien el casco que Ezekiel me ha obligado a ponerme.

—Haces bien en estarlo.

Voy sentada detrás de él, cogida a su cintura y con mi cuerpo pegado a su espalda.

Deja ir una mano del manillar para acariciarme una pierna.

En unos minutos, llegamos a un barrio con viejos edificios apartados y unas calles llenas de negocios, casi todos de venta de coches y, en una de esas calles, está el taller de Ezekiel.

Aparca justo delante de una persiana bajada. Tiene un enorme grafiti, es un dibujo de su moto Harley, pero en el dibujo el tono de azul es más eléctrico que el de verdad.

—¿Ez Custom's? —pregunto mientras me desabrocho el casco.

La moto se inclina hacia un lado cuando coloca la pata de cabra y espera a que me baje yo primera. Me apoyo sobre sus anchos hombros para poder bajar.

—Sí. Ez, de Ezekiel.

Saca un puñado de llaves y empieza a abrir cerrojos y candados, después, desconecta la alarma con un mando a distancia y esta indica que ha sido desactivada emitiendo un doble *pip*.

Entramos y acciona las luces colgantes que chasquean al encenderse. Es un taller en toda regla: piezas de coche o moto, no sabría asegurarlo; restos de grasa por el suelo, aunque parece anterior porque no mancha; carros de herramientas, me sorprende ver que todas están relucientes, limpias y colocadas en su lugar; y tres motos medio desmontadas.

—Bueno, como puedes ver esto es el taller, allí está la cabina de pintura; las máquinas para el torneado están en aquel rincón. Cuidado, ven.

Me coge de la mano con total naturalidad y me lleva hacia el fondo, donde hay dos puertas.

—Este será tu lugar de trabajo.

—¡Madre mía! —exclamo tapándome la boca.

—Sí, lo sé, está muy desordenado. Romeo no ha estado demasiado por el archivo y Susan..., Susan no hacía nada.

—¿Quién es Susan? —pregunto y paso al desalmado despacho.

—Nos echaba una mano pero no era lo suyo.

—¿Y yo debo organizar todo esto? No lo he hecho nunca. Si no se ve ni dónde está el teléfono.

Me giro para mirarlo, creo que esto me supera. El trabajo del restaurante era pesado y cansado, pero sabía perfectamente lo que tenía que hacer. En cambio aquí, no tengo ni idea de por dónde comenzar.

—Eh. —Viene hacia mí y coloca sus manos en mi cintura, acercándose a él—. Poco a poco, no te preocupes. Lo importante es que ya no tienes que trabajar allí, y aquí no estarás sola nunca, ni tendrás que coger ningún autobús de madrugada.

Con mis manos cubro las suyas, me pierdo en su mirada, hoy parece que el chocolate de sus ojos se ha fundido con un poco de miel y brilla más. Estamos muy cerca el uno del otro, él se inclina para besarme cuando una risotada resuena detrás de Ezekiel.

—Ya está aquí la parejita. —Esa voz me suena.

Ezekiel niega con la cabeza mientras sigue mirándome.

—Madison, supongo que recordarás a Romeo.

Asomo la cabeza por el lateral del cuerpo de Ezekiel, que parece que no tiene intención de moverse, y saludo a su amigo.

—Hola, Romeo.

Entonces, Ezekiel se gira y, cogiéndome otra vez de la mano, entrelazando nuestros dedos, me lleva fuera del despacho, pasando al lado de su amigo. El extraño y llamativo efecto que tienen sus ojos hace que me quede mirando más de lo que pretendía; tiene uno de color azul y otro, verde. Y es muy guapo. Acabo de recordar que, al final, no pude darle su recado a Lilly.

Sonrío al pasar por su lado mientras Ezekiel tira de mí hacia la otra puerta.

—Este es nuestro despacho, aquí nos reunimos con proveedores, amigos, clientes...

Algo en su mirada me dice que no me está contando todo, pero no quiero interrumpir y preguntarle nada más.

—Vaya, este sí lo tenéis más recogido... —Es una observación, no una queja. El despacho en cuestión no tiene ninguna otra ventana, en el centro hay una gran mesa de madera y al fondo hay un cuadro que llama mi atención.

—¿Es auténtico? —Parece un Picasso, es precioso.

—¿Tú qué dirías? —Se coloca detrás de mí, puedo sentir su cercanía aunque no me esté tocando.

—No lo sé, no entiendo mucho de arte como para distinguir una falsificación de un original.

Ocupa casi toda la pared del fondo, si es bueno, debe ser carísimo para estar aquí escondido en este taller.

Salimos y vamos hacia otra puerta que esconde una pequeña cocina, con una gran nevera llena de cervezas y una fuente de agua. Por lo menos hay cafetera, podré hacerme un café a media mañana.

Volvemos al que será mi pequeño despacho abarrotado de papeles y cajas a los que se supone que debo poner orden.

—Podemos empezar por separar y organizar, después ya archivaremos — comenta Ezekiel y le cierra la puerta en los morros a Romeo—. Dentro de un rato vendrán Jeff y Kenny. No te tomes como algo personal que Kenny no te hable mucho, no suele hacerlo con nadie.

Veo un colgador y dejo mi bolso mientras asiento a lo que acaba de decirme. Me siento en la desvencijada silla y miro la montaña de papeles que hay sobre la mesa.

—Bueno, si he podido lidiar con Alfred, los comentarios ordinarios de algunos clientes, las peleas entre bandas..., supongo que podré con esto.

—Estoy convencido de que sí. Venga, te voy enseñando los diferentes tipos de documentos y así los vas diferenciando.

Y eso hacemos durante las siguientes horas. Ya casi es la una cuando suena mi móvil, un mensaje.

Cojo el bolso para sacar el teléfono, creyendo que puede ser un mensaje de Debby, le he dejado la comida preparada, pero igual tiene alguna duda sobre algo.

Pero, para mi sorpresa, el mensaje no es de Debby, sino de Zack.

«¿Este hombre no va a darse por vencido nunca? Ya le dije el otro día que lo nuestro no podría ser». Por lo visto ha pasado por el restaurante y al no verme se ha preocupado. Y no se le ha ocurrido otra cosa que entrar a preguntarle al imbécil de Rodrigo, que está en el turno de mañanas, a lo que este le ha dicho que he dejado el trabajo.

Mi cara debe de ser un poema y de los buenos, porque Ezekiel me pregunta si me ocurre algo.

—Nada, todo bien.

Deslizo el dedo sobre la pantalla para ocultar el mensaje y pasar de él. Esta tarde, si me apetece, le contestaré.

Ezekiel se ha mantenido muy en plan amigo. Me refiero a que no nos hemos tocado más que algún simple roce ocasional, el cual ha provocado erizar mi piel pero he conseguido mantenerlo en silencio, por así decirlo.

Al cabo de un rato se escuchan unas voces, de hombres, potentes y cabreadas.

—¿Dónde está Ez? —pregunta uno.

—Está en el despacho..., en ese no, imbécil, en el otro. —Y dicho esto se abre la puerta de sopetón.

—Rápido, ven —le dice un hombre a Ezekiel. Solo he podido ver su barba y el enorme agujero que tiene en el lóbulo de la oreja con un pendiente dilatador.

—Voy. —Después de repasarme entera con la vista, ese hombre sale del despacho y Ezekiel se levanta—. Este es Kenny.

Lo dice como si con eso ya fuera toda la explicación que necesito. Y la verdad es que no quiero saber nada más del tal Kenny, me ha dado muy mal rollo.

El teléfono suena por primera vez durante toda la mañana, justo ahora que no sé qué decir. Me asomo por la puerta a ver si Romeo está por ahí arreglando alguna moto, pero no, por lo visto están los tres dentro del otro despacho.

—Hola. —Es lo primero que me sale al descolgar.

—Tú no eres Susan. —Es la única respuesta que me dan.

—No, no soy Susan. ¿En qué puedo ayudarte?

—¿Está Ez? —Vaya, otra que también lo llama Ez. Deben de ser amigos. Mi mente me grita que es mi amigo, igual tiene más *amigas* como yo por ahí.

—Ahora mismo está reunido, si quieres que...

No me deja acabar. Cuelga y me quedo escuchando el horrible *pip* del tono.

—Vale, pues hasta luego.

¿Qué le costará a la gente ser un poquito educada? No creo que sea mucho pedir.

Me acerco a la puerta del despacho de Ezekiel y dudo si decirle ya lo de esa llamada o esperar, cuando escucho algo de la conversación, justo antes de que se abra la puerta, y da la sensación de que hubiera estado escuchando a propósito.

—Hay que ir a buscarla ya. Es peligroso que ande suelta por ahí.

La puerta se abre y el tal Kenny casi me tira al suelo con el ímpetu que lleva. Menos mal que para en seco justo antes de toparse conmigo.

—Hola..., eh..., acaba de llamar alguien preguntando por Ezekiel... — Señalo el teléfono inalámbrico que llevo en la mano.

En ese momento Ezekiel acaba de abrir la puerta y pasa por al lado de la mole que es Kenny.

—Kenny, ella es Madison.

Su única respuesta es un leve movimiento de cabeza, antes de que me fulmine con la mirada y me aparte para pasar.

—Ahora salgo —le dice Ezekiel—. Ven.

Me coge del brazo y me lleva hacia mi despacho.

—¿Te ha dicho quién era?

Está más serio que de costumbre, incluso diría que cabreado.

—No, era una voz de mujer, y ha preguntado por Ez, así que supongo que debe ser íntima.

Mierda, dentro de mi cabeza no sonaba tan mal. Él arquea una ceja y camina hacia mí, haciéndome retroceder hasta que mis piernas topan con la mesa y me siento sobre ella, manteniendo los pies en el suelo. Entonces Ezekiel coloca sus manos a cada lado de mis muslos, inclinándose hacia mí, acercando su cara a la mía, mirándome fijamente.

—¿Íntima?

—Eso me ha parecido. Al llamarte por el diminutivo de tu nombre, he pensado que...

—Ha pasado algo y tengo que irme. ¿Estarás bien?

—Supongo que sí —susurro mientras su cara cada vez está más cerca de la mía.

—Romeo te llevará a casa. Intentará ligar contigo, siempre lo hace, va en su naturaleza. Pero no es mal tío. Confío cien por cien en él. Así que si tienes que mandarlo a la mierda, hazlo. No pasa nada.

—¿Puedo saber qué ha pasado?

Niega con la cabeza sin dejar de mirarme.

—Entonces, no es que un cliente haya tenido un problema con su moto y tengas que ir a repararla ni nada por el estilo, ¿no?

Vuelve a negar, cada vez más cerca de mí, ya puedo sentir su respiración sobre mi boca. Sus ojos brillan de una manera especial esta mañana.

—Es sobre tu otra..., ocupación —no lo pregunto, porque ya sé la respuesta.

—Confía en mí, nena.

Dicho esto, recorre los dos centímetros escasos que faltaban para que nuestros labios se tocan, y me besa, o me derrite, no estoy segura.

—Romeo te dará su número. Si tienes cualquier problema una vez estés en casa y yo no contesto, puedes pedirle lo que sea.

—¿Hasta que duerma en mi cama si tú no llegas a tiempo y no consigo dormir? —Ladea la cabeza y me come con los ojos.

—A eso ya llegaré.

—Ten cuidado, Ez.

Con una mano me coge el cuello mientras me acaricia justo debajo de la oreja, en esa zona tan suave y erógena.

—Llámame Ezekiel, me gusta cómo suena cuando sale de tu boca.

—Ezekiel, bésame.

Esta vez lo hace con más fuerza, quizá ninguno de los besos que nos hemos dado hasta ahora ha sido tan vehemente y animal. Y me encanta. No sé cuánto más aguantaré sin pedirle que me tire sobre la mesa y me haga gritar su nombre.

* * *

—¿Cómo cojones ha podido escaparse?

—Se peleó con su compañera de cuarto y la dejó dormir en el sofá. Decía que ahí se sentía mejor que estando cerca de la otra.

—Joder, ahora a ver dónde la encontramos. Nos quedan dos horas de camino.

—Drew lleva desde esta mañana buscándola por los alrededores, lo más probable es que se haya perdido por el bosque.

—¿Y las trampas?

—No creo que haya caído en ninguna, si no la escucharíamos gritar.

—Está bien, mantenme informado. Kenny y yo vamos de camino.

Cuelgo la llamada y aprieto el teléfono con tanta fuerza que estoy a punto de partirlo.

—¿No puedes acelerar un poco más? —me quejo de la forma de conducir de Kenny.

—¿Quieres que nos detengan en un control y que tardemos seis horas en llegar? ¿Tan ansioso estás por volver con ella? Romeo tenía razón, estás encoñado, aunque después de haberla visto puedo entenderlo.

—Vete a la mierda. ¿No llevarás nada en la camioneta?

—Tenía que ir a hacerle una visita a Faster, así que sí, llevo algo más que la pipa.

—No me jodas, esperemos no encontrarnos con ningún control. ¿Cuánto debe?

—Diez mil —contesta Kenny.

—¿Alguien más?

—Jeff tiene localizado el escondite de un par de comisarios. Tenemos pensado ir a hacerles una visita el sábado.

—¿Son los que han permitido las palizas?

—Sí. El puto Jeff, no hay cámara que se le resista, ni sistema informático que no pueda hackear. Sobre tu amigo Bellagio ¿qué sabemos? ¿Le has dicho algo a ella?

—No. Todavía no. No quiero que se asuste más. Es incapaz de dormir sola.

—Joder, qué suerte tienes, cabrón.

—No me he acostado con ella.

—¿Dónde te quedas, en una silla? Venga ya. —No me cree.

—¿Tú crees que voy a dormir en una silla? —Qué poco me conoce.

—¿Me estás diciendo que pasas la noche con esa pedazo de mujer en su cama y no te la has tirado? Sé que eres selectivo, pero yo no aguantaría al lado de una mujer como ella sin tocarla.

—Nos estamos conociendo. —A ver si se piensa que es por falta de ganas que todavía no lo hemos hecho.

Rompe a reír, lo cual provoca que le dé un puñetazo en las costillas, y eso hace que él dé un volantazo con el que casi nos salimos de la carretera.

—Ezekiel, reconócelo, hermano. No tenéis quince años precisamente para ir tan despacio.

—Deja de reírte. Tampoco tienes tú quince años para actuar como lo has hecho con Susan porque te ha dejado después de que os hayáis acostado cinco veces. Ya sabes cómo es. No iba a durar mucho más con un hombre.

—No tengo nada que decirle, por eso no le hablo.

—Bueno, pues yo estoy dándole a Madison el espacio que necesita...

—Pero si duermes en su cama —me corta.

—Duermo en su cama pero, por algún motivo, prefiere ir despacio, pues iremos al ritmo que ella quiera. Es posible que a mí me revienten los huevos pero es lo que hay. Sé que le ha pasado algo más que el susto del otro día. He visto a demasiadas mujeres como para no saber que su mirada encierra algo que no quiere contarme todavía.

Acostumbrándome

Ezekiel llegó el lunes por la noche, justo cuando empezaba a quedarme dormida en el sofá. No quise preocuparme, pero mi cabecita no dejaba de darle vueltas a lo que fuera que se había tenido que ir a hacer con tanta prisa. No sé si tuvo o no que ver con la llamada de aquella mujer que preguntó por él, porque todo ocurrió en el mismo momento.

Romeo es tal cual me advirtió Ezekiel, intenta ligar aun sabiendo que entre Ezekiel y yo hay algo. Aunque en el taller procuramos mantener las distancias, llegamos juntos cada día, él me lleva a casa entre las dos y las tres, no tengo un horario fijo. Cuando aparca la moto delante de su casa, me ayuda a bajar, me desabrocha el casco, entreteniéndose de más en tocar mi cuello, como si no encontrara el cierre, mientras me taladra con la mirada buscando algo que no sé si dejarle ver.

Por mi parte, también estoy más atenta a todo lo que hace o dice. Ayer vinieron unos tipos con muy mala pinta, cuando yo salía de la cocina con un té frío me repasaron de arriba abajo con total descaro, haciéndome sentir solo un trozo de carne. Justo en ese momento, Ezekiel salía del despacho y, al notar mi incomodidad, me colocó una mano en la cintura y me dio la vuelta para decirme algo sobre una transferencia que debía hacerle a un proveedor.

Sé que ese gesto les dejó claro a aquellos hombres que estamos juntos, aunque no sea en la totalidad de la expresión. Pero sería estúpido negar que entre nosotros dos pasa algo más que unos besos. También el hecho de que le preguntaran si soy su chica y él dijera que sí deja bastante claro lo que empieza a haber entre nosotros.

En el taller, Romeo suele encargarse de reparar o crear alguna parte exclusiva para alguna de las motos impresionantes que suelen traer, y del trato directo con los clientes —la gran mayoría hombres— aunque también han venido bastantes chicas con sus motos. Ezekiel acostumbra a ir a la parte de atrás, donde tiene

desmontado un Chevrolet Camaro del 69 que, por lo visto, es su pasión y en lo que dedica la mayor parte del tiempo que pasa en el taller.

Esta semana hemos repetido la rutina de las últimas noches: él viene cuando Agnes ya está dormida, entra con mucho sigilo por la puerta corredera del patio y me sorprende si estoy en la cocina, o esperándolo en el sofá. Buscamos una peli chorra para no verla entretanto hablamos de todo y sobre nada.

Anoche, incluso, se ofreció a enseñarme algunos movimientos de defensa personal para que me pueda defender si vuelven a atacarme. También me dijo que podría quedarme la *pickup* para no tener que ir en transporte público, pero desde que tuve un accidente en coche me da miedo conducir. Solo lo haría en caso de urgencia extrema.

Todavía no hemos tocado temas demasiado personales: ni familias, ni traumas, ni ese tema que no quiere contarme sobre lo que hace. Sé que es algo peligroso, si no no iría armado, pero también me huelo que es algo malo por el hecho de que no quiere decirme de qué se trata.

Hoy ya estamos a viernes, hace una semana del ataque en el callejón mientras volvía a casa después de mi turno de catorce horas en el cafetería. No he vuelto a tener pesadillas con esos tres hombres, siempre y cuando Ezekiel esté a mi lado por las noches. Su cuerpo ha resultado ser un relajante muy excitante. Me ayuda a dormir pero tengo sueños eróticos con él.

Así que hoy, que Agnes no ha dormido la siesta y se ha quedado frita en el sofá justo después de cenar a las siete y media, la he metido en su camita y he pensado que podría disfrutar de un baño relajante con masaje liberador incluido. Todavía faltan unas tres horas hasta que llegue Ezekiel, y Thor está, como siempre, en la puerta de la habitación de Agnes; no se despegaba de la niña. La verdad es que se han cogido un enorme cariño mutuo.

Pero, justo cuando voy a subir las escaleras, suena el timbre de casa. Me acerco hacia la puerta pensando que puede ser Alyssa, hemos quedado que pasaría a verme y me extraña que todavía no haya venido.

Abro sin preguntar y, para mi sorpresa y decepción, no es Aly, sino el agente Bellagio.

—Hola, Zack. —«¿Qué querrá?». Viene vestido de uniforme y el coche patrulla está aparcado sobre la acera, entre mi casa y la de Ezekiel, cuando esta no es su zona de patrullaje.

—Madison. ¿Todo bien? —pregunta en tono serio y un poco borde. Estira el cuello intentando ver el interior de la casa. Mantengo la puerta entornada, apoyada en ella.

—Sí, gracias, todo perfecto.

—Te he llamado varias veces y no has contestado ni a mis llamadas ni a mis mensajes. Tampoco has ido a trabajar a la cafetería. Me han dicho que has dejado el trabajo.

Cuando voy a responder a su interrogatorio, una mano se posa al final de mi espalda, sobresaltándome.

Ezekiel abre un poco la puerta apareciendo detrás de mí. Lo miro asombrada, no porque esté dentro de casa, sino porque no he escuchado la moto y no sabía que ya había llegado. Entonces, él me abraza pasándome un brazo sobre los hombros y me atrae hacia su cuerpo para, después, darme un beso en la sien.

—Agente —saluda él muy tranquilo, demasiado tranquilo—. Como comprenderá, después del ataque que sufrió la otra noche, ha cambiado de trabajo, esa zona es muy peligrosa.

Zack tiene los labios apretados y cara de animal contagiado de rabia.

—¿Y tú eres...? —pregunta Bellagio intentando disimular que no está apretando los dientes.

—Su novio.

«¡Zas, en toda la boca!».

—Por cierto, ¿sabe algo de los atacantes que hirieron a Madison?

—Eso es información confidencial. Si hubiera cualquier detención al respecto, la señorita sería informada oficialmente.

—¿Oficialmente? ¿Vendrías tú a darle la notificación o la recibiría por correo?; lo cual sería lo habitual.

La tensión se puede cortar con un cuchillo. Estos dos se están retando y no entiendo qué se traen entre manos.

—Gracias por preocuparte, Zack. Pero ya ves que estoy bien. Ahora trabajo en una zona más segura de la ciudad.

—Ya sabes dónde encontrarme si tienes algún problema. Nunca se sabe por dónde puede salir un asesino.

Su acusación velada hacia Ezekiel me pone de mala leche. Si tuviera algo en su contra, no habría venido a hablar conmigo, habrían ido a detener a Ezekiel. Cierro la puerta y me apoyo en ella. Pensaba que Ezekiel se acercaría a mí, que me besaría como hace siempre cuando llega, pero no. Se ha dado la vuelta con los puños apretados.

—Ezekiel, ¿qué ha sido eso?

Voy hacia la cocina, donde está cogiendo una cerveza de la nevera. La abre y me mira como si no entendiera qué le estoy preguntando.

—¿Lo has llamado tú?

Flipo.

—¡¿Qué?! Por supuesto que no.

—¿Entonces qué hacía aquí?

—Ha estado enviándome mensajes esta semana, llamándome y he pasado de contestarle. Con todos los cambios de estos últimos días no he encontrado el momento para contestarle.

—Quiero que te mantengas alejada de él. —Se apoya en la encimera, cogiendo con una mano el frío material y dejando sus nudillos blancos de la fuerza que hace apretando.

Me acerco a él, hasta ahora, no lo había visto nunca tan protector y de tan mala leche. Me planto delante de él y le coloco las manos en el pecho. Separa las piernas para que pueda colocarme entre ellas y me pega a su cuerpo, dejando por fin de apretar mi pobre encimera.

—Eh..., ¿qué pasa? Es solo un pesado que lleva meses intentando algo conmigo, pero no es mi tipo. Para nada. Me da igual qué uniforme lleve puesto. Últimamente, me gusta un hombre con pintas de motero, macarra y peligroso.

Puedo notar debajo de mis dedos cómo contrae los pectorales mientras lo acaricio. Pero no se agacha para besarme. Parece mentira que en tan solo una semana ya eche de menos sus besos si no me los da. Los valoro mucho porque es todo lo que tenemos por ahora.

—No estoy de broma, Madison. Es peligroso.

Me sorprende, pero cojo la cadena de plata que bordea su pecho y tiro de ella para que se incline y así poder besarlo.

Puede que Ezekiel se preocupe por lo que le dije hace días antes de que me diera cuenta de cómo es realmente, cuando le dije que no necesitaba a un hombre como él. Puede que sienta celos de un policía.

—No estés celoso. No me interesa en absoluto. Solo quiero estar contigo.

Bebe un trago largo de cerveza antes de contestar con una mueca en la cara.

—Madison, no estoy celoso de ese hijo de puta. Debería haberle pegado un tiro en mitad de su bonita cara... —Me separo de él, asustada por lo que acaba de decir.

Me voy hacia el sofá, dejándolo solo en la cocina. De repente, la tarde ha refrescado, y el calor que tenía hasta hace unos minutos se ha evaporado.

No pasa ni un minuto hasta que él viene hacia mí.

—Ezekiel, ¿eres un asesino? Dime la verdad —le pregunto antes de que se siente a mi lado.

—Madison, ¿qué es lo que quieres saber realmente? —Me fulmina con la mirada.

Me pongo de pie, no sé bien para qué, pero lo hago. Él camina hacia mí, despacio, prudente, supongo que no sabe cómo voy a reaccionar.

—Quiero saber si has matado a alguien. Así de simple.

—No. Pero eso no impide que tenga ganas de matarlo a él.

—No me gustan los hombres celosos. Y si estás actuando así porque él ha intentado algo conmigo y me besó el sábado...

—¿Te besó el sábado? Vaya... —Su cara se contrae—. Pero no, no actúo así por celos. Lo único que quiero es protegerte.

Se detiene y no sigue avanzando hacia mí.

—¿Tú sabes algo que yo no sé? ¿Por qué tienes que protegerme de él? Es un policía.

—Sí, es un puto policía. ¿Crees que son todos unas buenas personas que protegen y sirven a los ciudadanos?

—Por supuesto que no. Ya sé que aquí la policía y los políticos son, en su mayoría, corruptos.

—Pues deja de cuestionar todo lo que te digo y confía en mí.

—Yo quiero confiar en ti. Llevo confiando ciegamente en ti una semana. No sé qué tienes pero sé que eres bueno para mí. No te tengo miedo, me da igual que pongas esa cara seria de criminal peligroso. Sé que los chicos y tú os dedicáis a algo y no queréis que yo lo sepa. Solo te pido que si lo que haces, puede arrastrarme a mí también y hacer que mi hija sufra, te vayas ahora mismo.

La mera idea de pensar que pueda irse y perderlo me duele. Y no es solo por el miedo que tengo a que nos pueda pasar algo, es porque se ha vuelto importante y necesario para mí. Hay algo más fuerte que todo esto que me impulsa a estar con él. Es la energía limpia y pura que siento cuando estamos juntos, el aura clara que emite su presencia.

—Perdí a mi madre tras años de lucha contra una enfermedad. Después, mi vida no ha sido un camino de rosas y la sociedad tampoco ayuda mucho a que puedas confiar en la gente. Estoy harta de ir siempre con el escudo puesto, intentando analizar a todos los que conozco, intentando saber si son dignos de confianza o van a apuñalarme cuando menos me lo espere. Confío en ti, Ezekiel. Si me dices que no eres un asesino, te creo.

Las palabras se quedan sin sentido cuando viene a por mí y me estrecha entre sus brazos, fuertemente. Me toca, me besa, me busca.

Se enrolla mi pelo en la mano y tira de este para inclinar mi cabeza y así poder mirarme bien antes de besarme. Me encanta que no sea tan delicado conmigo, estoy deseando sentir toda su pasión.

Durante unos largos segundos solo nos miramos, yo estoy deseando que deje de contenerse, toda esta tensión tiene que ser liberada de alguna manera, y no se me ocurre nada mejor.

Paso mis manos por su cuello para atraerlo hacia mí y poder besarlo a mis anchas. Cuando por fin nuestros labios se tocan, saltan chispas, literalmente.

—Oh, Ezekiel. —Jadeo.

Me levanta y yo aprovecho para enrollar las piernas en su cintura, notando cuan duro y preparado está para mí. Así que empiezo a balancearme entretanto nos lleva hasta el sofá, ahoga un gemido cuando se sienta y mis caderas se descontrolan sobre su cuerpo. Me coge ambas manos con una de las suyas y las lleva hacia mi espalda, manteniéndome atada mientras me devora con la mirada.

Su boca viene directa hacia mis pechos, una vez más sin sujetador, atrapa un pezón erecto con el único inconveniente de que el vestido sigue tapando esa zona.

Yo sigo jadeando, mojándome y anhelando que, por fin, me haga suya. Aparta el trozo de tela y se introduce el sensible pezón en la boca, ahora sí, puedo sentir su húmeda y caliente lengua sobre mi piel.

Torrentes de energía desbocada bajan desde esa zona hasta mi sexo que palpita con antelación.

—Apártame las bragas y bájate la cremallera de los pantalones.

Y no es una sugerencia, es lo que quiero que haga ya.

—Te quiero en la cama, con luz. Cuando entre en ti por primera vez quiero verte y adorarte entera. Quiero lamer cada centímetro de tu piel y ver cómo abres los ojos cuando te la meta hasta el fondo.

¡Oh, joder! Esa voz ronca me hace estremecer. Estoy a punto de volver a mancharle los pantalones, y ha tenido que sacar el tema de mis cortes.

—Sin luz —le pido.

Me muerde el pezón mientras estira de él.

—Con luz, Madison. No tengo nada que ocultarte.

—Vamos, yo también noto lo dura que la tienes, vamos a hacerlo aquí, ahora, rápido...

—No quiero ser uno más al que te has tirado una noche en el sofá, uno más al que, después, poner de patitas a la calle en cuanto me corra.

Y se acabó el calentón. Me suelta las manos inmediatamente, así que aprovecho para ponerme bien la ropa y levantarme de sus piernas.

—No eres eso para mí. Y lo sabes. Ninguno de esos hombres conoció a Agnes, ni durmió en mi cama ninguna noche.

—Yo también quiero follarte, ¿sabes? —Se levanta y se coloca bien la entrepierna, debe de dolerle bastante—. Y quiero todo lo demás, no solo la parte que tú quieres darme.

—¡Joder, Ezekiel! Yo quiero dártelo todo, pero no así. No dejas de insistir, y yo no quiero que sepas lo que pasó. Porque después ya no querrás nada de mí. Nada.

Las lágrimas de rabia empiezan a rodar por mis mejillas. El recuerdo del chico con el que salía cuando me violaron regresa con fuerza a mi mente: «No podré follarte nunca más sabiendo que te han hecho eso». Y me dejó. Se fue sin más, no le importó nada, ni el daño físico ni mucho menos el daño mental que sentía. Él solo pensó que su perfecta polla no podría estar donde otros dos la habían metido a la fuerza.

—Eh, no te pongas así. Siento si te he presionado demasiado. Joder, es que creo que estamos bien, más que bien, eres muy especial para mí y no puedo entender que nos comamos la boca a cada rato que tenemos, que te corras sobre mi pierna con el más mínimo roce, que duermas todas las putas noches abrazada a mi cuerpo y te niegues a estar conmigo sin esconderte. Sé que me deseas, Madison, ¿por qué no me dejas quererte como quiero hacerlo? ¿Qué te pasó para que me bloques así?

Me doy la vuelta, está detrás de mí, pasándose una mano por la cabeza, aguantando la rabia que le noto en la voz.

Encima me pide perdón. Soy yo la que se comporta como una estúpida, y él, que ha hecho por mí en una semana más que nadie en toda mi vida, me pide perdón por querer demostrarme abiertamente lo que siente por mí, por querer, como ha dicho él, adorarme sin prisas, sin rechazar ninguna parte de mi cuerpo...

—Pero es que cuando te lo diga, ya no querrás nada de mí... —Sigo llorando cada vez con más fuerza.

Me abraza y me zarandea un poco, no pretende hacerme daño sino hacerme reaccionar.

—Dime qué te pasó. ¡Dímelo para que pueda cargarme a quien te hizo daño!

—Me violaron. —Sale a bocajarro—. Hace casi cuatro años, me violaron, y no contentos con eso, me cortaron con un cuchillo, me marcaron igual que a una res, solo por el mero hecho de hacerme sangrar. Dijo..., dijo que como ya no era virgen me haría sangrar de todas formas, quería sentir mi sangre mientras me...

—Vale ya. Ven aquí.

Me abraza tan fuerte, tan protector, que casi siento que nuestros cuerpos se funden en uno solo. Me besa sin parar, la cabeza, la frente, la cara, los labios,

todo. Ahora mismo me parece que peso cien kilos menos, he soltado todo lo que llevaba reteniendo tanto tiempo que, ahora, no sé qué va a pasar.

Su olor ha cambiado, debe estar desprendiendo serotonina a borbotones porque su contacto vuelve a hacer que me sienta mejor después de haberle contado lo peor que me ha pasado en la vida.

Mientras me abraza, acabo de volcar lo único que no le he contado todavía.

—Agnes se formó en esa agresión. No pude ir a abortar, ni a denunciar..., tardé semanas en salir de casa. Mi madre había muerto hacía un mes y yo..., yo... —Me derrumbo de nuevo entre sus brazos.

—Shhh, no digas nada más. O sí, di todo lo que necesites decir. Nada de lo que digas va a hacer que deje de querer estar contigo, de ser el amigo que te da besos y te acompaña por las noches cuando tienes miedo. Ni tampoco de ser el hombre que quiere hacerte el amor hasta que grites su nombre de puro placer. Quiero ser todos los hombres para ti. Quiero ser todo lo que necesites.

Sus manos se han colocado a cada lado de mi cara, me acaricia y me calienta con su mirada de miel, dulce y letal a la vez.

—Llévame a la cama —le pido.

A él le he mostrado antes mi desnudo emocional que el físico y siento que, ahora, ya estoy preparada para unir nuestros cuerpos.

Me coge en brazos; yo le rodeo el cuello y apoyo la cabeza en su pecho, escucho los desbocados latidos de su corazón. Sube las escaleras cargando conmigo como si no pesara nada, pasando por encima de Thor que sigue en la puerta de Agnes.

Una vez dentro de mi habitación, me deja con cuidado sobre la cama, mientras él se dirige a correr las finas cortinas de las dos ventanas. La tenue luz de las farolas entra por ellas, pero sé que no se conformará con esa pequeña claridad, querrá tener luz para poder admirar cada parte de mi cuerpo.

Con el mando a distancia, pongo en marcha el ventilador del techo y espero a que él se acerque de nuevo a mí.

Nuestra primera vez

Corro las cortinas y vuelvo hacia la cama. Está de rodillas sobre ella, justo en el borde del lado en el que yo suelo dormir.

Voy hacia ella pero, antes de eso, enciendo la luz de las dos lámparas auxiliares que tiene en las mesillas de noche. Quiero verla bien, siento que cada poro de su piel es mío. Y no puedo acostarme con ella sin revelar algo yo también.

Me pongo delante de ella y le retiro el pelo suelto de la cara.

—Mi condena fue por asesinato. —Su cara se contrae y va a interrumpirme antes de dejarme acabar—. Una mañana, llegué a casa de mi madre, hacía tiempo que yo no vivía con ella, había vuelto hacía dos meses porque me dijo que se estaba muriendo...

—Ezekiel... —Le planto un dedo en los labios.

—Déjame seguir. Cuando estaba llegando a la entrada escuché un disparo, corrí hacia el interior y me encontré con un hombre tirado en el suelo, mi madre tenía las manos manchadas de su sangre, le había clavado un cuchillo en el hígado. Por suerte, el tiro que él dio no la alcanzó, aunque, de todas formas, no tardó mucho en morir.

—Pero, entonces, ¿por qué entraste tú en prisión?

—No podía dejar que mi madre pasara sus últimos días entre rejas, sin medicación. Me declaré culpable.

—¿Y te creyeron? ¿No hicieron ningún cotejo de las armas? Si tus huellas...

—Mis huellas estaban en el cuchillo porque yo lo cogí para incriminarme. Me juzgaron rápido y, más rápido aún, entré en prisión.

—Pero, aun así, no me cuadra..., tan solo cuatro años de condena por asesinato...

—Un sargento de la policía, uno de los únicos legales que he conocido, era cliente de mi madre, siempre creí que estaba enamorado de ella y, al final, me lo

demostró. Era el que más venía por casa, incluso hubo un tiempo en el que pensé que era mi padre; intentó sacarla de ese mundo, pero ella no fue tan lista como para irse con él. Fue el único que rebuscó hasta que consiguió que un juez reabriera el caso y revisara las pruebas. Cuatro años.

—Oh, Dios mío... —Se tapa la boca con las manos.

—Ahora que ya nos hemos declarado los dos, solo me faltará explicarte una cosa, pero eso lo dejo para mañana. Si es que todavía quieres...

Después de todo lo que nos hemos contado, no sé si querrá seguir con lo que teníamos pensado.

Pero me lo aclara en cuanto lleva sus manos al bajo de mi camiseta y empieza a subirlo para desnudarme. Me inclino y le facilito la tarea.

Tiene los ojos rojos de haber llorado y, por desgracia, ya la he visto llorar antes como para saber que cuando lo hace sus labios son en extremo suaves.

Observo con detenimiento cada movimiento lento, aunque un poco torpe, que hace. Está nerviosa. Yo también, pero sé controlar mis nervios para que eso no se note.

«Mis pezones también se han puesto duros, nena».

Desliza su ardiente mirada desde mi cara, bajando por mi pecho y mi vientre, cuando recorre con una uña el camino de vello negro que va desde debajo de mi ombligo hasta mi sexo; pero se detiene en el botón del pantalón para desabrocharlo. Antes de que siga, saco la pistola y la dejo sobre la mesilla, junto a mi móvil.

Ver sus pequeñas manos rondando por esa zona de mi cuerpo hace que me la imagine de muchas maneras. Consigue desabrochar los pantalones y los empuja para que caigan al suelo. De dos patadas me quito las botas y salgo de los pantalones.

Cuando creo que no se va a atrever a quitarme los calzoncillos, me sorprende acariciándome la polla sobre la tela que los cubre. Si repite ese movimiento, no aguantaré todo lo que me gustaría. Sin pensarlo más, la libera de su reclusión y yo acabo el trabajo por ella. Principalmente, porque me muero por quitarle el vestidito y las bragas y pasearme por su cuerpo de canela hasta que no tenga fuerzas.

La cara de ella cuando ve mi erección es adorable. Y me pone a mil.

—Me toca —digo antes de que ella me roce y no pueda acabar.

Muy despacio, empiezo a subir el vestido, ella levanta los brazos y ladea la cabeza para que pueda sacárselo. Su larga y negra melena le cae sobre un hombro y oculta de mi vista su pecho.

Su piel canela está algo más clara en la zona que tapa el bikini cuando toma el sol pero, aun así, sigue siendo un precioso tono moreno.

Descansa los brazos a los costados, llevando las manos a la cinturilla de las braguitas de color verde esmeralda.

—Quiero hacerlo yo —le pido.

La cojo de la barbilla y la beso. Sus manos no tardan en subir hasta mi cuello y colgarse de él. Menos tardo yo en tumbarla sobre las sábanas blancas, despacio, con cuidado, sin prisas. Sostengo mi peso en las rodillas y en los brazos, mientras estoy sobre ella pero sin tocarla, solo besándola.

Ella, deseosa, separa las piernas y las enrolla en mi cintura para acercarme a su cuerpo, apretando con los pies en mi culo para hacerme descender sobre su cuerpo; tiene tantas ganas como yo de que esto suceda. No puedo evitar sonreír y ella, tan preciosa como una diosa, me devuelve la sonrisa entretanto me acaricia el pecho, coge mi cadena y vuelve a devorarme la boca sin prisas al hacerme tocar sus labios de pasión.

Poco a poco, voy descendiendo por su cuerpo, no sin antes darle la atención que se merecen sus pechos, sus pezones son de chocolate con leche. Lo más delicioso que he probado jamás. Arquea la espalda y se ofrece, toda, como yo la quiero, y sigue emitiendo esos dulces sonidos que me devuelven a la vida.

Siguiendo por su vientre, le llega el turno a su ombligo, el cual lamo, beso y muerdo. Me encanta esa pequeña redondez de su vientre, la hace dulce, real, mujer. De repente sus manos van hacia mi cabeza, empujándola hacia abajo, combinando los movimientos de su cadera descontrolada.

Paso la lengua sobre su piel y soplo después, consiguiendo el efecto que busco; volverla la loca. Los sonidos que emite desde lo más hondo de su pecho hacen que la sangre corra por mis venas como la pólvora.

Antes de quitarle la única pieza de ropa que le queda puesta, marco con la nariz el centro de su sexo, inhalando por primera vez el dulce aroma que desprende.

—Ezekiel... —suplica con la voz ronca de deseo.

—Shhh. —Le planto un beso en el centro de su sexo caliente y húmedo, tremendamente húmedo. Ella ahoga un grito mordiendo uno de sus puños.

Subo la mirada hacia su cara, refulge iluminada. Ella es luz, brilla y me ciega con su sola presencia.

Beso cada porción de piel marcada, cada una de las diminutas marcas blancas que rodean la zona de su ingle. Después, bajo besando toda la pierna hasta el dedo gordo del pie, pasando los dientes por el empeine, lentamente, haciéndola temblar.

Regalo los mismos besos a la otra pierna, al tiempo que, con una mano, empiezo a bajarle las braguitas. Ella me ayuda levantando el culo, sé que está deseando que llegue a su centro.

Y, cuando subo hacia su sexo, no puedo demorar más esta tortura aunque quisiera; separo sus piernas, ya abiertas, y paso la lengua lamiendo toda su humedad. Estoy a punto de correrme solo con notar su gusto salado en la boca.

—Eres lo más exquisito que he probado jamás, Madison.

—Oooh, Ez..., eziel... —tartamudea.

* * *

¡Oh, Dios! Voy a perder la cordura con este hombre. Si no muerdo algo voy a gritar tan fuerte que despertaré a toda la población de la Costa Oeste.

Me colma de besos, entra y sale con su lengua del centro de mi sexo, dilatándolo y preparándome para acogerlo. Hace mucho tiempo que nadie lo hace pero, ahora mismo, es como si fuera la primera vez que lo hago.

La ilusión, la felicidad que siento, la complicidad... Nuestras miradas han estado conectadas en todo momento, sonriéndonos, haciéndolo bonito y especial.

Siento que estoy a punto de explotar cuando tiro de sus orejas hacia arriba. Lo único que consigo es que separe la cara de mi cuerpo para añadir un dedo a la ecuación.

Y, así, no tardo mucho en explotar en su mano, en impregnarlo de mi esencia mientras jadeo su nombre, una y otra vez, conteniendo el grito con ayuda de su boca, que me cubre y me besa, dándome a probar mi propio sabor.

Mientras, él se coloca sobre mí, con la máxima delicadeza, que le agradezco, pero que no necesito, y voy recuperando el aliento.

—Hazlo ya, no soporto esperar más.

Coge un condón del bolsillo del pantalón, lo saca de su envoltorio y lo desliza, demasiado lento en mi opinión, por su impresionante erección.

Junta nuestras manos, entrelazando los dedos y las lleva sobre mi cabeza. Por allí abajo, la cosa está lista y en posición para entrar directamente, noto la presión de su erección en mi centro y mis caderas van por vía libre. Le rodeo la cintura, empujándolo con los talones hacia mí.

—Mi Madison... —Y así, matándome con su lentitud, entra en mí.

—Oooh, Ezekiel... —Sacudo la cabeza de lado a lado, dejando que mi cuerpo se acostumbre a su invasión.

Son tan solo unos segundos los que se mantiene quieto para darme ese tiempo para envolverlo y acogerlo. Después, empieza la dulce tortura. Sabe a la perfección lo que quiero y me lo da. Suave al principio y salvaje al final. Generoso y maravilloso. Entra hasta el fondo, gira las caderas y consigue hacerme perder la cordura. Hasta que ambos nos fundimos en uno solo, su cuerpo resbalando sobre el mío, llevándose todo lo malo y dejándome llena de luz. Y amor.

Durante todo el tiempo ha estado atento a mí, a mis gestos, mis sonidos, he sido incapaz de retenerlos; las señales involuntarias que le enviaba mi cuerpo, ha sabido leer el mapa oculto con el tacto de sus manos. Y después del momento cumbre, me ha llenado de besos la cara, el cuello, los hombros. No ha quedado un centímetro de mi piel sin que él la haya tocado, besado, adorado.

Y yo, sintiéndome desnuda ante él en todos los sentidos, no solo en el aspecto físico, dejo escapar unas lágrimas.

—Eh, nena, ¿qué te pasa? ¿Te he hecho daño? Joder, he sido muy bruto, lo siento. —Se eleva sobre mí, separando nuestros vientres y me observa, preocupado por mi bienestar.

—No, no te vayas. —Le rodeo el cuello con los brazos para atraerlo hacia mí —. Ha sido maravilloso, tú has sido maravilloso.

—Entonces, ¿por qué lloras, preciosa?

Me encojo de hombros, no creo que sepa explicarle con palabras cómo me siento ahora mismo. Cómo me he sentido al tenerlo dentro de mí, sobre mí, rodeándome con su cuerpo, he sentido que conectábamos mucho más allá que la barrera física de nuestra piel.

Entonces, me sorprende explicándome cómo se siente él.

—¿Puedo explicarte algo sin que pienses que soy un moñas? —asiento con la cabeza y le sonrío entretanto algunas lágrimas siguen deslizándose por mis mejillas—. ¿Tú también has sentido ese torrente, esa fuerza de energía? Ha sido como si nos eleváramos y flotáramos sobre la cama mientras seguía moviéndome dentro de ti. Nunca me había sentido así.

De repente, mi móvil empieza a sonar, es el tono de llamada que tengo asignado para las llamadas de Alyssa. Ezekiel se desliza fuera de mí y me acerca el teléfono, que ha roto el momento romántico de manera estrepitosa. Me coloco un cojín debajo de la cabeza antes de contestar la llamada. Entretanto, Ezekiel va hacia el lavabo de mi habitación, mostrándome por primera vez toda su perfecta desnudez. Me muero por deslizar la lengua por todos los músculos de su espalda y palpar ese culazo con mis manos.

—Hola, Aly. ¿Qué tal? —Mi voz suena un poco extraña hasta para mí misma.

—Lo siento mucho, Madi. Se me ha ido el santo al cielo y no he pensado en que habíamos quedado esta tarde, pero si no te va mal me paso ahora...

Sigo escuchando todo lo que me dice mi mejor amiga, cuando Ezekiel vuelve del lavabo con una toalla en la mano. Se recuesta a mi lado y me observa mientras sigo atendiendo la llamada.

Me separa las piernas con delicadeza para, acto seguido, hacer algo que me deja sin habla. Desliza con cuidado la toalla húmeda por mi sexo, limpiándome, consiguiendo que otra ráfaga de pasión se desate por mis venas. Sonríe al ver cómo tiemblan mis piernas.

—Madi, ¿sigues ahí? —pregunta Alyssa al ver que no contesto a lo que sea que me ha preguntado cuando yo estaba por el cielo flotando.

—Eh... Sí, perdona, Aly.

—¡Eh, eh, eh! ¿Qué está pasando aquí? ¿Estás acompañada? ¿Está Ezekiel contigo? —medio grita.

—Aly, la verdad es que apenas puedo hablar..., pero sí. A las dos preguntas, la misma respuesta.

—¡Oh, Madison! ¡Al fin! ¿Qué tal es en la cama? Con esas pintas de salvaje seguro que es como tener un terremoto entre las piernas.

—Ajá... —Intento aguantar la risa cuando él vuelve a tumbarse a mi lado, rozándome la pierna con su barra dura y preparada, Alyssa sigue divagando sobre lo bueno que es Ezekiel en la cama.

Por una vez, me apetece dejarla sin habla, así que tapo un momento el micrófono del teléfono mientras le pregunto a Ezekiel:

—¿Puedes decirle que ahora mismo no puedo hablar, que estoy muy ocupada? —Él me mira extrañado por mi proposición, pero ríe cuando le digo que es mi mejor amiga.

Le paso el teléfono y lo dejo hablando con Alyssa.

—Hola, ahora mismo Madison no puede ponerse, está muy, muy ocupada... Eso es. Mejor habláis mañana. Igualmente.

Cuando habla con ese tono de voz susurrante y profundo, creo que no hay mujer que se resista a su encanto salvaje.

Está recostado sobre el cabezal metálico de mi cama, el color blanco de este hace que su cuerpo moreno y tatuado resalte entre tanta claridad. Frunce los labios aguantando una risa ante el tono de estupor que tiene que tener Aly ahora mismo.

Para cuando me devuelve el teléfono, estoy riéndome a más no poder, como hacía mucho tiempo no me pasaba.

Dejo el teléfono de nuevo sobre la mesilla y vuelvo a tumbarme sobre mi espalda, al lado de Ezekiel. Él, apoya la cabeza sobre su mano y se inclina hacia mí.

—Me ha dicho que mañana por la mañana vendrá. Pero creo que es mejor que le digas que venga un poco más tarde.

Lo miro con curiosidad, no sé por qué querrá que venga más tarde.

Vuelve a estar serio, seductor, irresistible, cuando con un dedo acaricia uno de mis pezones, antes de dejarse caer a por él y lamerlo.

Cuando se tumba de nuevo, me coloco sobre él. La visión desde aquí arriba es..., sin dudas, fascinante. Apoyando las manos sobre sus duros pectorales, me

inclino para colocarme en posición y así facilitar que vuelva a introducirse en mí después de ponerle un condón lo más rápido posible. Bajo las manos, pasando las uñas por su piel y voy descendiendo sobre su erección poco a poco, disfrutando de este momento.

Su mirada arrasa cada centímetro de mi piel que recorre lentamente, felina y oscura, haciéndome sentir segura, deseable..., mujer.

Mientras me balanceo sobre él, se sienta, estando ahora cara a cara. Me retira el pelo hacia la espalda y enrolla mi melena en su mano, inclinándome la cabeza para después lamirme el cuello entretanto sigue moviéndose deliciosamente lento dentro de mí.

Sospechas

Sobre las ocho de la mañana, después de darnos los buenos días con algo más que un beso, Ezekiel se ha tenido que ir. Todavía sigo oliendo su aroma en las sábanas, rememorando cada beso, cada gemido, cada latido que he sentido esta noche con él, con una sonrisa estúpida en la cara.

En un par de horas estará aquí, cuando Agnes ya esté despierta y lista para ir a comprar. Apenas tengo nada en la nevera y también quiero pasar por el restaurante a cobrar lo que Alfred me debe. Ezekiel se ofreció a llevarme, así no tengo que volver por allí sola y en autobús, algo que me da pavor.

Una vez duchada, bajo a la cocina para ir preparando el desayuno y, mientras me tomo un café, decido enviarle un mensaje a Aly, pero justo cuando lo voy a escribir, ella me envía uno a mí, autoinvitándose a comer este mediodía para conocer a Ezekiel, vendrá con los niños y con Austin. No creo que a Ezekiel le importe, porque anoche ya dejé caer que, conociendo a Alyssa, no tardaría en hacerle un tercer grado para darle su visto bueno.

Tomándome la taza de café, de pie frente a la ventana de la cocina, veo la cinta del control policial que dejaron el otro día cuando se llevaron a mi vecina en una ambulancia y a su marido detenido en el coche patrulla. No sé nada de ella, ni su nombre, ni cuántos años tiene, aunque puedo ver que es algo mayor que yo, debe rondar los cuarenta.

Deberíamos preocuparnos más por conocer a las personas que tenemos cerca en nuestro día a día. En caso de emergencia, sabrías qué nombre gritar, a quién acudir y no te sentirías sola e invisible aun estando rodeada de gente. Espero de corazón que no tenga nada grave, que se mejore y envíe a la mierda al maltratador de su marido.

Acabo el último sorbo y lavo la taza. Le preparo el desayuno a la niña antes de subir a despertarla, pero primero dejaré puesta la lavadora y así, cuando vengamos de comprar, podré tenderla.

Hoy el cielo me parece más azul; las pequeñas nubes, más blancas; hasta las flores de los pequeños tiestos que tengo por el patio parecen tener colores más vivos y brillantes, ¿tendrá algo que ver la paz interior que siento después de haberle explicado a Ezekiel lo que me pasó? ¿Será, también, por la conexión que tuvimos después de hablar? Sea por el motivo que sea, la verdad es que hoy me siento rabiosamente feliz.

Esa felicidad se multiplica por mil al despertar a mi mariposita, al ver el brillo de sus ojos, al inspirar hasta no poder más el dulce olor que desprende su piel justo después de despertarse, al sentir la caricia de su pequeña mano sobre mi cara. Y al escuchar su voz. Ese es el mejor sonido de todos.

—Buenos días, mi niña. ¿Qué tal ha dormido mi mariposita?

Se estira antes de volver a hacerse un ovillo como un pequeño erizo.

—Muy bien, mami.

Poco a poco, se va espabilando y, después de vestirla y peinarla, consigo que baje a desayunar. Para cuando llega Ezekiel a buscarnos, estamos casi listas.

Digo casi, porque Agnes ha querido cambiarse de ropa al saber que íbamos a ir con él de paseo.

—Cariño, no estoy segura de que Thor pueda venir con nosotros, los perros no suelen ir a hacer la compra.

—Bueno, yo le pregunto a *Esekel*... —replica ella cruzando sus pequeños bracitos sobre su pecho, dispuesta a salirse con la suya.

Me parece gracioso que llame al timbre de casa en lugar de cruzar la valla desde su patio al mío como suele hacer cada noche cuando se cuele para dormir conmigo. Antes de abrirle, compruebo mi aspecto en el espejo, mis mejillas siguen mostrando un brillo especial esta mañana. ¿Serán los demás capaces de ver ese sutil cambio en mí?

Abro la puerta y ahí está él. Tan imponente como de costumbre; con las manos metidas en los bolsillos delanteros de los pantalones, dejando los pulgares por fuera; vestido con unos vaqueros desgastados, ajustados a sus musculosas piernas y con una de sus muchas camisetas negras, de esas que le quedan ceñidas a sus trabajados bíceps y pectorales, quedando algo más suelta en su cintura. Unas gafas de sol impiden que pueda ver su rasgada y felina mirada.

—Buenos días —saluda mientras entorno la puerta y me acerco a él.

Da dos pasos hacia mí y me envuelve la cara con ambas manos, para darme un rápido beso.

—La ducha de esta mañana también ha sido pensando en ti —susurra contra mis labios.

—Que tengas la necesidad de tocarte después de haber pasado la noche haciendo el amor conmigo no sé si es algo bueno o malo...

—Nena, llevaba durmiendo contigo muchas noches sin poder tocarte, voy a necesitar muchos momentos más para saciarme de ti, y ni así creo que sea capaz de apartar las manos de tu precioso cuerpo.

Sus manos bajan hasta mis nalgas, las cuales aprieta, acercando más nuestros cuerpos. Pero en ese momento una vocecita suena detrás de mí.

—¡Esekeel, vamos a ir de paseo contigo! —exclama Agnes ignorando las manos de este hombre en mi culo. Doy un respingo hacia atrás, separándome de él, que enseguida se acerca a saludar a la niña.

—Eso es, preciosa. ¿Estás contenta? —pregunta, a lo que mi hija responde abrazándose a sus piernas con todas sus fuerzas.

—¿Thor podrá venir también?

—¿Qué te parece si lo dejamos vigilando la casa y después salimos a pasearlo juntos?

—*Tato* hecho. —Da por buena su oferta.

Después de que Ezekiel me preguntara dónde suelo ir a hacer la compra, me ha llevado a un supermercado que tiene productos con muy buenas ofertas. Resulta que yo creía que donde compraba ya era económico y nada más lejos de la realidad.

Mientras vamos paseando por los pasillos abarrotados de productos de la gran superficie, Agnes va sentada en el asiento para niños del carro de la compra, Ezekiel lo empuja y va cargándolo de todo lo que yo decido no comprar porque no puedo permitirme hacer una compra tan grande.

—Ezekiel, no traigo tanto dinero para llevarme toda esta comida.

—¿Y? —pregunta, como si con eso no fuera suficiente.

—Pues que dejes de llenar el carrito con todo lo que señala la niña. —Cojo la segunda caja de chocolates para dejarla en su sitio, cuando él me agarra de la mano y vuelve a meter el producto donde estaba.

—Madi, en serio, con tu nuevo sueldo no tendrás que sufrir para hacer la compra. Aprovecha y compra todos los productos que le van bien a Agnes, sé que en esa pequeña tienda a la que sueles ir no hay productos para celíacos.

Pasamos por todos los departamentos de la gran superficie: carnicería, pescadería y frutería, de la cual cojo varias piezas de fruta fresca para la niña, pomelos para hacer zumo, es temporada de fresas así que me llevo una caja de un kilo.

—Me encantan las fresas —comenta él con una mirada pícaro.

—¿También quieres nata? —le pregunto, imaginándome algunos juegos para gastar el bote juntos. Niega con la cabeza fulminándome con su mirada.

—Prefiero el chocolate caliente.

Anotaré ese dato en mi memoria. Antes de pagar tendremos que pasar de nuevo por el pasillo del chocolate.

—¿Sabes que no te imaginaba comprando? Se te ve muy doméstico.

—Nunca me habían acusado de nada igual. —Sonríe de medio lado, marcándose en sus mejillas esos hoyuelos que hacen que mi corazón se salte un par de latidos.

—Vamos, no te hagas el tonto, no niegues que no te has dado cuenta de cómo te miran todas esas mujeres que van por ahí solas arrastrando sus carritos sin ninguna motivación. —Me separo del carro un momento para coger unos zumos y botellas de leche.

—Tampoco has visto tú cómo te miran ellas a ti.

Lo cierto es que no, he estado demasiado ocupada evitando pisar las babas que han ido soltando las demás.

Tardamos un rato más en acabar de pagar y empaquetar toda la barbaridad de comida que Ezekiel y Agnes han ido metiendo en el carrito de la compra. Para cuando está todo colocado en la parte trasera de la *pickup* son casi las once de la mañana y todavía me queda pasar por el restaurante a cobrar lo que me deben.

—Estoy algo nerviosa, no voy allí desde..., el último día —comento sin decir de forma clara el motivo, Agnes está sentada en un alzador para niños, entre Ezekiel y yo, y no quiero que se entere de lo que pasó, por nada del mundo.

Pasar otra vez por la calle que lleva hasta el aparcamiento, calle que recorrí dos veces en busca del autobús y después de regreso hacia las calles oscuras y solitarias del polígono, hace que mi corazón se acelere y un extraño sudor empiece a mojarme las palmas de las manos. No creía que fuera a afectarme de esta manera.

Miro a Ezekiel, tan seguro de sí mismo, fuerte, sabe que nadie va a acosarlo por ir solo de noche, ni tan siquiera se molestarían en intentar atacarlo, porque va armado y porque es un hombre. Él no tiene miedo de volver solo a casa, o de pasar por unas calles oscuras y solitarias. Nosotras sí, nosotras las mujeres, siempre debemos trazar un recorrido seguro en nuestra mente para saber cuál es la manera más segura, más tranquila, en la que haya menos posibilidades de que puedan salir uno, dos o varios malnacidos de una esquina e intentar robarte, atacarte, violarte..., o matarte.

—¿Madison, va todo bien? —Su voz calmada me devuelve al presente.

—Sí. Sí, sí, todo bien. Estaba pensando en cuántas horas me debe.

Asiente con la cabeza y me observa a través de los cristales polarizados de las gafas de sol en los que me veo reflejada. Para hacer poco tiempo que lo conozco, creo que no se ha creído mi vana excusa.

Aparca justo delante de la gran cristalera desde la que se ven la gran mayoría de mesas del restaurante. Lilly está detrás preparando la jarra de café, y mi querida Olvido está sirviendo platos en una de las mesas. El imbécil de Alfred está sentado, con el asqueroso puro colgando de sus mugrientos labios, está tonteando con una chica, supongo que será la nueva a la que ha contratado para sustituirme.

—En seguida vuelvo. —Acaricio el pelo negro de mi mariposita mientras ella sigue jugando con su peluche favorito y baila al ritmo de la música. Miro a Ezekiel, está con una mano apoyada en el volante, marcando bíceps y tatuaje con esa postura.

Bajo de la camioneta y, cuando ya la he bordeado y estoy yendo hacia la puerta de entrada, la voz de Ezekiel suena detrás de mí.

—Cuidado con el sol, no vayas a derretirte, bombón.

No puedo evitar girarme y reírme, niego con la cabeza sin poder creerme que haya dicho eso. Le saco la lengua y sigo caminado. La verdad es que hoy hace

un calor horroroso y asfixiante. Las sandalias planas no son de gran ayuda para evitar que el fuego que sale del asfalto me caliente sobremanera la planta de los pies.

Las campanillas de la entrada suenan cuando abro la puerta y Olvido es la primera en verme.

Va hacia la barra, deja la bandeja y viene hacia mí para darme un gran abrazo.

—Oh, cariño mío. ¿Cómo va todo? ¿Estás bien? —Me observa enterita, desde los pelos de la cabeza hasta las uñas de los pies pintadas de color rojo.

Nos cogemos de las manos y asiento, sonriente y feliz de verla.

—Va genial, Olvi. En serio, estoy muy feliz con el cambio.

Su cara se contrae y parece que está a punto de caerse alguna lágrima cuando sus manos aprietan muy fuerte las mías.

—Oh, Madison. ¿Estás completamente segura que esa es la opción correcta? Esto era malo pero, por lo menos no estabas..., ya sabes... —La verdad es que no sé a qué se refiere.

—No, Olvi, no sé a qué te refieres. Estoy bien. Estamos bien las dos. En mi nuevo trabajo...

—Madison, no tienes que mentirme. Sé muy bien a qué se dedica ese hombre con el que te has ido. Sé que necesitas el dinero pero..., con ese hombre, un traficante de drogas, Madison...

—Venga, déjate de charlas, Olvido, y sirve las mesas. —El gilipollas de Alfred, hace su aparición en el peor momento.

«¿Qué es eso que dice Olvido sobre que estoy con un traficante de drogas?».

Alfred se mete en el despacho, supongo que para buscar mi cheque.

Olvi se va hacia la cocina y me deja con la palabra en la boca. Me acerco hasta la barra, a la espera de que ella vuelva a salir y me aclare eso que ha dicho, pero es Lilly la que sale a mi encuentro.

—¿Qué tal, Madi? —Se muestra tan sonriente como siempre.

—¿Tú sabes qué le pasa a Olvido? —Su cara se contrae con una fea mueca.

—Ayer por la noche vino el agente Bellagio... Olvido le preguntó por ti y él dijo que te habían atracado por ser la nueva putita de un camello. Por supuesto, no me molesté ni en contestarle porque te conozco y sé que no eres tan tonta

como para liarte con un traficante de drogas y mucho menos, asesino. Este tío debe de estar desquiciado porque no le das una oportunidad.

—Pero Olvido sí le creyó... —digo con pesar.

—Se preocupa por ti. No entiende que hayas encontrado un trabajo así, a la primera de cambio y que hayas dejado este tan a la ligera. Como ves, Alfred ya se encargó de explicar una parte también.

—Sí y de modificarla a su antojo. Me atacaron tres hombres y, si no llega a ser por Ezekiel que pasaba por allí, estoy segura de que lo menos grave que me habría pasado sería que se hubiesen turnado para violarme.

La rabia me taladra la cabeza, el corazón me palpita con fuerza y los nervios de antes se hacen más incontrolables.

¿Y si Bellagio tiene razón? ¿Y si Ezekiel es en realidad un traficante y alguna banda rival quiso hacerme daño para atacarlo a él? No, eso es absurdo. Entre Ezekiel y yo no había nada hasta esa noche, cuando me salvó y le pedí, le rogué, que se quedara en casa conmigo, que no me dejara sola.

Y esa vocecita irritante en mi cabeza vuelve a decirme que, vale, que en esa parte sobre las bandas rivales no tendrá razón pero que el tema de que pueda ser un traficante es más que probable. Gana dinero, tiene horarios raros, a veces desaparece por la noche, armado, se reúnen en el taller con gente extraña y con unas pintas muy, muy sospechosas.

Intento hablar de nuevo con Olvido pero el comedor está lleno y no dan abasto para atender a todo el mundo.

—Lilly, hazme el favor de decirle a Olvido de mi parte que no se crea ni una sola palabra de lo que le digan Alfred o Bellagio. Y tú, tampoco.

—Nena, no te preocupes por mí. Sabes que te deseo lo mejor. ¿Es él, verdad? —Señala la *pickup* donde están esperándome Ezekiel y Agnes.

—Sí. Por ahora nos estamos conociendo. —No puedo evitar sonreír.

—Ya. Tu cara muestra la felicidad que sientes al estar conociendo a ese tiparraco buenorro. ¡Qué suerte tienes! Ojalá encontrara yo un macarra con pintas de empotrador como el tuyo.

—¡Oh, vamos, Lilly! —Su lenguaje me hace reír aunque no por eso me calma el nivel de nerviosismo —. Por cierto, Romeo me dijo que se pasaría por aquí a verte...

—Lo sé. Vino hace una semana, yo no estaba y dejó su número apuntado en una servilleta, pero no sé si llamarlo o esperar a que él vuelva a venir.

—No lo llames. Ya volverá si le interesa. —En cuanto le diga que la he visto, seguro que viene a la menor oportunidad.

Alfred sale del despacho con un sobre en la mano, me lo entrega sin más preámbulos y me despide con la mano.

—Si no vas a consumir nada, más vale que te largues de aquí, no quiero que me distraigas al personal.

—Veo que sigues tan gilipollas como siempre... ¡Ay! ¿He dicho gilipollas? Lo siento, quería decir hijo de puta.

Lo dejo plantado en mitad del paso y me despido de Lilly y Olvido. Al darle un beso, le digo que la llamaré más tarde para poder quedar y explicarle con detalle el cambio que ha dado mi vida.

De vuelta al fresco interior de la furgoneta y ya de camino a casa, me da por abrir el sobre blanco manchado de restos de comida y, al sacar el cheque, veo que me ha pagado tan solo la mitad del dinero que me debe.

—Maldito... —Retengo la palabrota porque está la niña a mi lado—. Me falta la mitad del dinero.

—No te preocupes por el dinero.

—Por supuesto que me preocupo por el dinero. Me hace mucha falta y he trabajado hasta el último centavo de ese sueldo de mierda para que ahora, encima, no me pague todo lo que me debe.

Le doy un beso en la cabeza a Agnes, disculpándome por la palabra malsonante que acabo de decir.

—Hablamos más tarde.

Y, más tarde, después de que me haya ayudado a descargar y almacenar todo lo que hemos comprado, mientras Agnes ve un capítulo de sus dibujos favoritos, hablamos en la cocina.

Observarlo moverse por mi pequeña cocina, con total soltura, como si lo llevara haciendo toda la vida, me ha gustado y asustado a partes iguales. ¿Y si ahora que me gusta, me entero de que es un traficante? Me explicó sus problemas, lo que le pasó cuando tenía veinticuatro años, cómo se entregó para

salvar a su madre de prisión. No puede ser que ahora se dedique a distribuir drogas.

—Nena, ¿qué te pasa? Llevas muy rara desde que has salido de la cafetería. ¿Es por el dinero?

Me apoyo en la encimera, dispuesta a preguntarle a bocajarro lo que me está atormentando. ¿Por qué Bellagio le diría algo así a Olvido?

Se acerca hasta mí, coloca sus manos en mi cintura y se apoya en mi cuerpo, encajando a la perfección. Espera a que yo hable primero y, como ni siquiera lo estoy mirando, me coge de la barbilla con dos de sus dedos, inclinándose la cabeza para que lo mire directamente a los ojos.

No puede ser un mal hombre, no sé por qué lo sé, pero lo sé. Algo me lo dice, en mi interior, algo me dice que puedo confiar en él. Que él es mi *más*.

—¿Me lo vas a decir o tengo que torturarte a polvos para que me lo digas? — Me inclina la cabeza y desliza su nariz desde mi cuello hasta mis labios, para acabar cogiendo entre sus dientes mi labio inferior y tirar de él suavemente.

Cierro los ojos antes de dejar salir lo que lleva rondando en mi cabeza desde hace más de una hora.

—¿Eres un traficante?

—¿Traficante?

—Drogas. ¿Traficas con drogas?

Sin separarse de mí, coge una de las fresas que están sobre la encimera, muerde la punta de una, sosteniéndola por las pequeñas hojas verdes del tallo, y lleva hacia mi boca el resto de la fruta. La desliza sobre mis labios, como si me los estuviera pintando con ella.

—¿Qué te hace pensar eso? — Su mirada está fija en mi boca.

Muerdo la fresa, dejando solo un pequeño trozo antes de morderle las yemas de los dedos.

—Que sueles contestarme con otra pregunta.

—¿Y eso me incrimina?

—¿Lo ves?

—Tú también acabas de hacerlo.

Deja el tallo de la fresa sobre la encimera y coge otra, con la que repite los mismos movimientos de antes. Pero ahora me la da a mí primero. La muerdo,

metiéndomela en la boca casi toda de un bocado; al empezar a masticar, el jugo que había quedado en mis labios empieza a deslizarse por la comisura de mi boca y, antes de que me dé tiempo a sacar la lengua y recoger las gotas, él acaricia la zona con un dedo, retirando el líquido. Lleva el dedo hasta mis labios. No me lo pienso dos veces antes de meterlo en mi boca y succionarlo.

Su mirada se oscurece al momento, la mía se nubla, mientras mis pulsaciones se desbocan como si acabara de correr media maratón.

Cuando me mira así, durante esos segundos, es como si el mundo se parara; no hay más sonidos, ni calor, ni necesito el aire para respirar.

—No, Madison. No me he drogado en mi vida. Y no trafico con drogas. ¿Alguna acusación más? ¿Tengo que llamar a mi abogado?

Sé que me dice la verdad. Lo creo. No hay duda.

—Creo que ya está bien por hoy.

—Hubiera preferido tener que torturarte a polvos.

—Quizá más tarde. —Le guiño un ojo, estoy jugando con fuego.

Coloco las manos en sus pectorales duros como granito y empujo para apartarlo de mí. Él retrocede por propia voluntad. Ni de broma solo con mi fuerza voy a ser capaz de moverlo si él no se deja.

Cojo las fresas y le pongo una bien grande y jugosa entre los labios. La atrapa con sus dientes blancos y la deja ahí colgando mientras meto las demás en la nevera.

Cuando cierro la puerta, me atrapa entre esta y su cuerpo, colocando los brazos a mi alrededor. Le ha quitado el tallo verde a la fruta y me ofrece la otra mitad.

—La dama y el vagabundo —bromeo antes de morder la fruta que me ofrece con su boca.

Después de masticarla, nos comemos con la vista y el ambiente se carga entre nosotros, la escena me sugiere un cambio de título, ya que ni yo soy una dama ni él es un vagabundo.

—Quizá deberían hacernos un cuento. Tendremos que pensar en un título.

Su teléfono suena, él contesta y sale hacia el patio, yo empiezo a preparar la comida; en poco más de una hora llegarán Alyssa y su familia y quiero tenerlo todo listo.

Menos mal que para cuando llegan ya hay sombra en esa parte del patio y podemos comer sin derretirnos por el sol.

Presentación oficial

Una vez hechas las presentaciones, Alyssa me arrincona en la cocina entretanto Ezekiel y Austin preparan la barbacoa y charlan de sus cosas —sobre todo de motos, coches y deporte— y ella me interroga a mí.

—Bueno, ya puedes explicarme cómo es que hace nada odiabas a tu nuevo vecino y ahora te lo estás tirando.

Dejo el cuchillo de las verduras en el fregadero y me vuelvo hacia mi mejor amiga.

Le explico todo, detalle a detalle, desde la noche de la agresión, pasando por lo dulce, cariñoso y paciente que ha sido todas las noches en las que tan solo nos dábamos unos cuantos besos y él dormía a mi lado, con dolor de huevos, y yo dudaba entre pedirle que me hiciera gritar su nombre o, simplemente, que me sostuviera mientras lloraba de miedo.

—Vale. Lo entiendo. ¿Y el trabajo, te gusta?

—Sí, no es nada del otro mundo. Preparo los albaranes, facturas, contesto las llamadas de teléfono. Su socio, Romeo, es muy buen tío. Tienen pintas de moteros fuera de la ley pero, en realidad, creo que son unos panolis... —Esto último no me lo creo ni yo.

—Madi, ¿has visto cómo camina, cómo se mueve, con qué seguridad, la manera en cómo te mira? Yo diría que es muchas cosas pero panoli no está en la lista.

—Ya lo sé. Escúchame bien, se dedican a algo más, no quiero que esto salga de aquí, ni siquiera Austin debe saberlo.

—¡Lo sabía! —como siempre, me corta antes de que pueda explicarle nada.

—Déjame acabar de hablar. No me preguntes cómo lo sé, la cuestión es que lo sé, no me miente. No me ha explicado qué es eso otro que hace pero no debe ser nada malo.

—Confías en él ciegamente. Espero que merezca la pena. Si más no, espero que en la cama sea lo que aparenta, un tigre salvaje, y si se acaba, por lo menos te quedes satisfecha durante unos años, por si vuelves a cerrarte a tener relaciones de nuevo.

—Yo no me he cerrado. La cuestión es que no aparecía un hombre con el que quisiera acostarme y después mandarlo a paseo.

Aparto del fuego la sartén con las cebollas y los pimientos, y destapo la olla con las verduras que ya está hirviendo.

Diez minutos más bajo el intenso interrogatorio de Alyssa y, por fin, nos sentamos todos a comer.

—Niños, haced el favor de comer como personas, no como dos monos salvajes —avisa Aly a sus hijos.

Los niños, incluida Agnes, empiezan a imitar los sonidos y movimientos de los adorables monitos, hasta que Joaquín hace caer a su hermano de la silla y este empieza a patear a su hermano para vengarse.

—¡Eh! Ya está bien, parad ahora mismo —empieza a avisarlos Austin.

Ezekiel está sentado enfrente de mí, al lado de Austin, y Aly está a mi lado, los tres peques están a mi izquierda. Al levantar la vista veo que él me está mirando, mientras se lleva el tenedor con un trozo de carne y una zanahoria diminuta a la boca, y sonrío disimuladamente.

¿Le gustarán los niños? ¿Estará acostumbrado a comer con tres personitas que se dedican a tirarse comida en lugar de metérsela en la boca? Por su sonrisa parece que está disfrutando tanto como ellos.

—Bueno, Ezekiel, cuéntanos, ¿a qué te dedicas? —Aly no pierde el tiempo, no hemos llegado ni a los postres y ya está al ataque. Estoy segura de que a Austin no se le ha ocurrido interrogarlo como sé que va a hacer su mujer ahora mismo.

—Mami, ya no quiero más —interrumpe Sam.

—Déjalos que vayan a refrescarse un rato, anda —dice Austin mirando a su mujer.

—Siempre haces lo mismo, cuando estás en casa los dejas hacer todo lo que les da la gana y después, las semanas que te pasas de viaje por el país con tu

camión, soy yo la que tiene que sufrir las consecuencias de tu permisividad con ellos.

Ya se ha cabreado. La muy bruja, ha estado todo el rato cosiéndome a preguntas sobre Ezekiel, pero no me ha explicado nada sobre la discusión que intuyo que han tenido ellos.

—No es permisividad, solo quiero comer tranquilo por una vez. ¿Me vas a dejar o vas a ser peor tú que los niños?

Ezekiel y yo nos miramos, yo estoy acostumbrada a que ellos discutan de vez en cuando, son como adolescentes, después de la gran rabieta, llega la sonora reconciliación.

—Bueno, voy a por el postre.

—Te ayudo. —Se ofrece enseguida Ezekiel levantándose detrás de mí y ayudándome a recoger los platos sucios.

—Agnes, cariño, ve a bañarte con ellos. Ahora os llevaré unos helados.

—Gracias, Madison. Ahora tú los envías a la piscina y encima les ofreces el postre.

—¡Eh! A mí no me hables en ese tono, discute con tu marido si quieres, pero deja a los niños jugar. Si se lo han comido casi todo... Venga va, no seas gruñona.

—Ezekiel, ¿tú cómo lo ves? —Alyssa busca un aliado en la disputa.

Mi guapo motero sigue recogiendo platos y sonrío de medio lado, mostrándome ese pequeño hoyuelo que tengo ganas de besar. Y de lamer.

—Yo prefiero recoger los platos y limpiarlos si hace falta, pero no pienso posicionarme en una disputa marital.

«Chico listo».

Le doy un pequeño empujón a Alyssa antes de salir detrás de Ezekiel hacia la cocina.

Dejamos todo sobre la encimera y saco los helados del congelador. Sus manos rodean mi cintura desde atrás, enredando mi pelo con su nariz, siento cómo inspira el olor de mi melena.

—¿Sabes que cada vez que te inclinas, este vestido tan corto deja a la vista tu maravilloso culo? —Lo coge y lo amasa.

Me recreo en su tacto, deseando que sea de noche y volvamos a estar los dos solos en la cama, para poder seguir disfrutando de eso tan bueno que me dio anoche.

—No seas mentiroso. Me llega a medio muslo, es imposible que se me vean las nalgas.

—La verdad es que no, pero yo me las imagino, y las veo con tanta claridad que me parece mentira que no sea una imagen real.

Antes de que podamos separarnos y ser conscientes de la presencia de alguien más, Alyssa aparece en escena en mitad de la cocina y nos pilla magreándonos. Hace sonar una falsa tos irritativa.

—Vaya, vaya. La parejita feliz se ha venido a la cocina para meterse mano. Esta noche me llevaré a Agnes a dormir a casa —espeta Aly sin más.

Ezequiel retira sus manos de mi cuerpo y yo pongo cara de póker, sostengo la tarrina de helado con más esfuerzo del habitual.

—Aly, no hace falta. Creo que la que necesita un revolcón reconciliador esta noche eres tú.

Ella no deja de mirarnos a Ezequiel y a mí. Poco a poco, se endereza, separando su cadera de la encimera y caminando con los brazos cruzados sobre su pecho.

Se acerca a Ezequiel y le clava su larga y roja uña en mitad del pecho. Él se queda anclado en el suelo, sin retroceder lo más mínimo mientras observa el dedo índice de mi amiga.

—Si le haces daño a mi mejor amiga, tendrás que vértelas conmigo. ¿Lo entiendes? Ella no tiene ningún arma, pero yo ya he disparado antes y no me temblaría el pulso si tengo que protegerlas, a las dos.

Pongo los ojos en blanco ante su actuación magistral. ¡Dios, se merece un Oscar por sus actuaciones! Que tiemble Meryl Streep si algún cazatalentos ve alguna vez a Alyssa Bradley actuando.

—Alyssa, ¿crees que estaría aquí comiendo con vosotros, que sois lo más cercano a una familia que tiene Madison, si quisiera hacerle daño? Me basto con mis manos para protegerla, no te preocupes, si alguna vez le pasara algo por mi culpa, te dejaría dispararme con mi propia arma.

—Venga, dejad ya de hablar de gilipollices. —Esto se ha puesto demasiado serio y no me gusta—. Aly, a veces te pasas de dramática.

—Volviendo a lo que os decía, ya le he dicho a la niña que hoy se viene a casa de tía Aly a dormir. Así que no me lloves la contraria, que bastante tengo ya con que lo haga mi amado Austin. Os irá bien disfrutar de una noche a solas sin tener que salir corriendo de madrugada para que la niña no os pille.

Ezekiel me quita el helado de las manos y se lo lleva, junto con los platos de postre y las cucharillas. Antes de apartarse de mi lado, me da un beso en la sien. Después, se detiene justo delante de Aly para decirle algo bajito que no llevo a entender.

Cuando él sale de la cocina, ella tiene una estúpida sonrisa en el rostro y se gira teatralmente, no podría ser de otra manera, para observar cómo camina Ezekiel y hacer el gesto de limpiarse la baba de la boca con un movimiento exagerado de su mano.

—Me gusta. Está buenísimo.

Vuelvo a poner los ojos en blanco antes de coger los botellines de cerveza frescos y salir detrás de Ezekiel.

—Pues entonces, no sé a qué viene tanto rollo sobre mi protección, disparos y peleas varias. Va a pensar que eres una gamberra barriobajera.

—¿Acaso no lo soy? —se jacta ella, y acabamos riendo las dos.

Dos horas más tarde, estoy cerrando la puerta de casa después de saludar con la mano, hasta que la pierdo de vista, a mi niña, que se marcha a dormir a casa de sus tíos Austin y Alyssa.

Ezekiel vuelve con el saco de comida de Thor, el perro se va a quedar en casa con nosotros. Le pone el pienso en un cuenco que ha colocado en un rincón de la cocina, junto a un bebedero enorme.

—Vamos a dar un paseo.

Viene hacia mí y me coge de las manos, llevándome hacia el salón.

—Tengo que cambiarme. Enseguida...

—No, así vas perfecta.

Me coge de la barbilla y se acerca a mí pero sin llegar a besarme. Nos dedicamos una intensa mirada el uno al otro. El color caramelo de sus ojos me recuerda al toffee de los helados, es tan cálido y tan líquido que me cuesta

apartar la mirada de su cara. Su mirada expresa algo que no consigo adivinar. Fuerza, vitalidad, un toque de dulzura y otro de algo que se me resiste.

Salimos de mi casa y pasamos por la suya. Entra un momento en ella y sale con dos cascos, el suyo y otro para mí.

—¿Vamos a ir en la moto? ¿Muy lejos? —pregunto entretanto desliza el elástico que sostiene mi melena recogida en una coleta y deja que mi pelo caiga en una cascada hacia mi espalda. Me coloca el casco y se asegura de que el cierre quede bien fijado. Después da un pequeño toque en la parte de la arriba.

—¡Au! —Le devuelvo el golpe en las costillas, aunque lo único que consigo es notar una pequeña punzada de dolor en los nudillos.

Una vez subidos en su impresionante moto, me abrazo a su cintura, quedando mi pecho sobre su espalda y mi cabeza apoyada en su hombro.

Me encanta verlo desde aquí, mientras la brisa de la tarde nos envuelve, ver su perfil masculino, su piel perfectamente rasurada menos en la pequeña barba que delimita su mentón y alrededor de sus labios. Ver su oreja, el lóbulo que anoche tuve que morder varias veces para no despertar a la niña con mis gemidos mientras me hacía el amor, primero suave y después con menos miramientos. Sentirlo así fue maravilloso, actuó sin reservas, sin temer hacerme daño por lo que acababa de contarle; me tocó y se introdujo en mí con ternura pero no con lástima ni asco, dos sensaciones que tenía miedo que un hombre sintiera sabiendo lo que me había pasado.

Como casi siempre que vamos en la moto, reposa el brazo izquierdo sobre mi pierna y me acaricia con la mano. El vuelo de la falda del vestido queda controlado porque he metido la tela debajo de mi culo cuando me he sentado.

Al ver que empezamos a abandonar la ciudad por la autopista que la bordea, mi curiosidad empieza a preguntarse adónde me querrá llevar. Los edificios de la gran ciudad se alejan cada vez más, y nuestro barrio hace rato ya que dejó de verse. Me pregunto cómo será la gente que tiene la suerte de vivir en un lugar seguro.

Al oeste se ve el sol, todavía bastante alto en el cielo como para calentarnos entretanto vamos adelantando a camiones y demás vehículos. Su manera de conducir, que no es para nada arriesgada ni peligrosa, hace que me relaje y sienta que casi estoy flotando.

—¿Dónde vamos? —le pregunto, poniendo mis labios justo en su oreja para no tener que elevar demasiado la voz por encima del sonido del viento. Aprovecho para olerlo, huele a jabón, a limpio, a Ezekiel. Y me encanta.

—Enseguida lo verás.

Unos veinte minutos más tarde, ha cogido un desvío hacia una zona poco urbanizada, adentrándose en la colina que separa los dos estados. Hace casi una hora que salimos de casa, y hace un buen rato que apenas nos hemos cruzado con ningún otro coche. Después de varios giros, llegamos a la cima de la colina y desde allí, descendemos por un camino asfaltado que no parece muy transitado.

Metó las manos por dentro de su camiseta y le acaricio de forma distraída el marcado vientre, jugando con el camino de vello negro que baja hacia su entrepierna.

—¿Tienes cosquillas? —le pregunto al notar que endurece más los abdominales.

—Será mejor que no quieras saberlo mientras estoy conduciendo.

Poco después, llegamos a una finca con un gran muro de piedra que imposibilita la vista del interior. Aunque es muy grande está muy escondida y casi invisible hasta que no llegas al muro.

Del manajo de llaves que lleva colgando de un mosquetón en el pantalón, acciona un mando a distancia y la puerta central empieza a deslizarse hacia un lado.

—¿Quién vive aquí?

—Ahora lo verás.

Una vez dentro de la propiedad, veo dos construcciones en la zona principal. En un lateral hay una extensión de terreno labrado, una especie de huerto con árboles frutales y hortalizas. ¿Vivirán aquí sus abuelos? No creo, me dijo que no tenía familia, aparte de los chicos que son como sus hermanos por la estrecha relación que tienen.

Algunos arces y abedules le dan sombra a la entrada de la casa más grande, en la que justo delante hay aparcada una camioneta que me resulta familiar.

En ese momento, justo cuando está aparcando la moto al lado de esa camioneta y de otro vehículo de color negro, grande y con todos los cristales

tintados, la puerta se abre y aparece Romeo acompañado de otro hombre que debe tener más o menos su edad.

Es un tipo alto y fuerte, aunque no tan alto como Romeo ni tan fuerte como Ezekiel. Lleva la cabeza rapada casi al cero y tiene el ceño algo fruncido. Cierran la puerta y vienen hacia nosotros, mientras yo me bajo de la moto y espero a que Ezekiel haga lo mismo. Cuando se pone de pie, me quita el casco de las manos, no hacía más que darle vueltas, de repente, algo en el ambiente me ha inquietado y me cuesta tener las manos quietas.

«Que no sea un traficante, ni un asesino, por favor», repito un par de veces.

Coloca una de sus manos en la parte baja de mi espalda y nos acercamos a los dos hombres, Romeo y el otro tipo que me pone algo nerviosa.

La verdad

Bueno, no creo que encuentre otro momento mejor que el que hemos tenido esta tarde para traerla aquí con calma y explicarle la verdad. Cuando Alyssa se puso a acribillarme a preguntas y después se ofreció a quedarse con Agnes, sentí que tenía que ser hoy cuando trajera a Madison aquí.

—Ven, te presentaré a David.

La cojo de la mano, entrelazando nuestros dedos, después de dejar los cascos sobre el asiento de la moto, y nos acercamos a ellos.

—Madison, ¿qué tal, preciosa? —la saluda Romeo acercándose a ella y dándole un beso en la mejilla. Si fuera otro, le arrancaría la cabeza.

—David, te presento a Madison. Mi Madison.

Romeo pilla mi sarcasmo, levanta las manos y se aleja de mi chica. Ella sonrío y le tiende una mano a David para saludarlo. Él la rechaza y se acerca para darle otro beso en la misma mejilla.

—Debes ser importante para que Ezekiel te traiga aquí. Bienvenida a la familia, Madison.

Espero que ella no se asuste y reaccione de la manera que más miedo me da. Llevo muchos días dándole vueltas a cómo decirle a qué me dedico, a qué nos dedicamos los chicos y yo, sin que ella vaya a querer salir corriendo, dejándome tirado como una colilla y con la duda de su lealtad. Y creo que ha llegado el momento de decírselo al fin.

Sé que Jeff está a punto de salir por la puerta con siete personas y es algo que a Madison le va a sorprender. Así que, mientras David y Romeo van a preparar el vehículo, la cojo de la mano y vamos hacia la puerta de la casa.

Al abrir, veo que hay varias maletas preparadas cerca de la puerta y dos de los niños están tomando un vaso de zumo en la cocina. Sus madres están hablando con Jeff y Michelle. Una de ellas está embarazada y no le queda mucho

para dar a luz. Las saludo y miran con desconfianza a Madison, que tampoco es que esté muy tranquila con lo que está viendo dentro de la casa.

—¿Quiénes son estas mujeres? ¿Y esos niños? —susurra sin soltarme la mano.

—Ven, quiero presentarte a Michelle y después te lo explicaré todo.

Caminamos, esquivando algunos de los juguetes que hay tirados por el suelo. Estos niños han metido hasta la bici en el salón, dejando marcas de barro por todo el suelo de madera.

—Ezequiel. Qué gusto verte. Hace semanas que no coincidimos. —Michelle se acerca a mí y nos damos un pequeño abrazo. Con la otra mano sigo manteniendo a Madison cogida, con nuestros dedos entrelazados.

—Michelle, quiero presentarte a Madison.

Ambas se miran, Madison es la primera en extender su mano y Michelle se la estrecha con un buen apretón.

—Encantada de conocerte, Madison. Me temo que hoy no podré quedarme para conocernos mejor, seguro que nos vemos en otro momento.

Jeff y Madi se saludan, mientras Michelle recoge su maletín. María, Berta y Ana se acercan a nosotros.

—Señor Ezequiel, le hemos preparado un postre. Cómase lo antes de que David o Romeo lo vean, si no no quedarán ni las migas —comenta Ana, la más bajita.

—Muchas gracias por todo, Ezequiel. Rezaré por usted.

Una a una se acercan para darme un beso, no sin antes mirar a Madison de arriba abajo de forma curiosa.

Berta aprovecha el abrazo para comentarme algo al oído.

—Es bien guapa su novia, Ezequiel.

Asiento y me despido de ellas. Los niños salen sin decir nada y oigo a David rechistar por algo que acaba de aspirar en las alfombrillas de la furgoneta. Nos quedamos los dos solos en el interior de la casa.

Su mirada pasa desde la sorpresa, por algo de miedo, confusión y sospecha.

—¿Quiénes son esas personas, Ezequiel? —Me suelta la mano y pone los brazos en jarras, lo cual hace que sus pechos se marquen más en el sencillo vestido que lleva puesto. Lleva un sujetador rojo, a juego con el color de las uñas

de sus pequeños pies, y tengo ganas de descubrir si las bragas hacen juego con la parte de arriba de su ropa interior.

—¿Quieres tomar algo? —le ofrezco mientras me acerco a la cocina.

—No, quiero que me expliques de quién es esta casa y dónde van Romeo y Jeff con tres mujeres y cuatro niños.

Vuelvo hacia ella con la jarra de agua y un vaso, seguramente necesitará beber cuando se lo cuente.

—Madi, todas tus sospechas sobre a qué más me dedico y qué es lo que hacemos... verás, en esta casa acogemos a personas, por norma general a mujeres y sus hijos, que están en un punto muy complicado de sus vidas.

Asiente con la cabeza pero sigue esperando más explicaciones.

—Damos cobijo a inmigrantes ilegales. En su país, son maltratadas por sus maridos, familia, obligadas a prostituirse, amenazadas de muerte si no hacen lo que les dicen.

Su cara empieza a cambiar, sus preciosos ojos negros cada vez están más abiertos y, con una de sus manos, temblorosa, tapa la boca, que le cuesta mantener cerrada por la sorpresa que acabo de revelarles. Con la otra mano, se apoya en una de las sillas que tiene al lado, parece que va a caerse.

—Hay un entramado de túneles bajo la frontera. Nosotros nos encargamos de pasar al otro lado, donde parte de nuestra pequeña organización se encarga de darles cobijo a las que son capaces de ir a solicitar la ayuda. Muchas casi mueren antes de conseguir llegar hasta las casas de acogida.

—¿A las que son capaces? —pregunta con un hilo de voz.

—Siéntate. —Le doy la mano que ella acepta y se sienta.

—Sí, no todas consiguen escapar de sus pesadillas, de sus agresores. Saben de la existencia de las diferentes casas de acogida, pero no todas son capaces de echar a correr, desaparecer en un descuido de sus agresores y pedir ayuda. Las casas son como pisos francos, muy pocas personas saben dónde están. En las calles, tenemos informadores, personas infiltradas atentas a los diferentes casos de agresión o maltrato. Siempre se actúa de la manera más discreta posible, no podemos permitirnos que un marido despechado se entere de dónde las cobijamos.

—¿Y las traéis aquí? —Le cuesta hablar.

Me siento enfrente de ella, nuestras rodillas se tocan.

—Primero pasan un par de meses en las casas de acogida en el lado sur de la frontera. Después, las traemos aquí para que puedan prepararse y empezar una nueva vida lejos de sus maltratadores. Esa sería la parte menos legal de lo que hago. No trafico con drogas, Madison, transporto a personas de un país a otro, por debajo de la tierra, en túneles, me juego la vida y la libertad para...—No me deja acabar.

—Para salvar sus vidas. —Las lágrimas que estaba reteniendo consiguen deslizarse por sus mejillas, mientras va atando cabos y haciéndose una idea de todo lo que acabo de revelar.

Estoy nervioso, esperando su reacción, no puede ser que acabe de explicarle todo esto y no exprese de ninguna manera qué le parece lo que hago. Y, justo en ese momento, me deja más perplejo ella a mí que yo a ella.

—¿Cómo puedo ayudar? —Se echa hacia delante, apoyando las manos en mis rodillas, buscándome con los ojos. Esperando que le diga algo.

Le cojo las manos y me las llevo hacia los labios, beso cada uno de sus nudillos, despacio, acariciándola con adoración y ternura.

—Madi, desde el primer momento en el que me fijé en ti supe que eras especial por algún motivo, pero también sé que tienes a Agnes y que ella es lo primero. No quiero que te involucres en algo que pueda...

Su expresión es una mezcla de rabia controlada, ira e incredulidad.

—¿Que no quieres que me involucre?! ¿Cómo crees que me voy a quedar de brazos cruzados sabiendo lo que haces cuando te vas por las noches o desapareces durante horas por el día? Si hay algo que yo pueda hacer para ayudar a esas personas, quiero hacerlo, Ezekiel.

Su mirada destila energía, fuerza y sus actos confirman que no voy a poder mantenerla alejada de esto ahora que ya le he dicho lo que hacemos. No aceptará quedarse al margen.

—Explícame, ¿recibís alguna ayuda del Gobierno? ¿Cómo se subvenciona todo esto? —Mueve la cabeza y pasea la vista por nuestro alrededor. Está ansiosa por saberlo todo. Esos ojos negros son mi perdición.

Y, con lo inteligente que es, ha ido a preguntarme justo lo que sabía que preguntaría.

—Hay ciertas organizaciones que ayudan a personas desamparadas, centros de día, comedores sociales, pero todos ellos suelen estar llenos —asiente con la cabeza—, sé que lo sabes porque tú misma te has encargado de darle comida a personas sin hogar. Aquí, las pocas ayudas que hay por parte del Gobierno son para los ciudadanos legales. Los inmigrantes ilegales no reciben nada.

—Pero entonces, ¿cómo lo hacéis?

—Bueno, digamos que hay cosas valiosas que nosotros tenemos y otra gente quiere. —Arquea una de sus perfectas cejas y me fulmina con la mirada.

—Ezequiel, quieres hacer el favor de explicarme las cosas sin tantas vueltas, ¿o es que voy a tener que adivinarlo?

—Sí, nena, tienes razón. Es solo que quizá esa parte tampoco se ciña al cien por cien a las leyes actuales..., y prefiero que me sigas viendo como a un príncipe encantador antes que como a un forajido. —Le acaricio la cara y ella se apoya en la palma de mi mano aguantando una sonrisa que tira de la comisura de sus labios—. Vendemos información.

—Información —repite, no lo pregunta.

—Sí. Jeff es nuestro *hacker* informático, es el rey de la tecnología. Kenny es la mano dura, se encarga de cobrar el dinero, cuando tenemos que ir a saldar cuentas con alguien al que le interesa que no se sepan sus aficiones, digamos, poco conservadoras.

—¿Drogas, prostitución...?

—Sí, y un largo etcétera.

—¿Los sobornáis?

—Si quieres llamarlo así. Madi, sé que sabes que esta ciudad está podrida, que la gran mayoría de agentes que juraron proteger y servir al pueblo, son criminales; que los políticos que juegan con nuestras vidas son peores aún; pues multiplícalo por mil, nena. Y quizá así, te acerques a la cifra exacta de personas de las que no te puedes fiar. Empezando por el hijo de puta de Bellagio.

Me tiembla la mano cuando recuerdo que la culpa de lo que le pasó a Madison hace días fue de ese maldito cabrón.

—Lo sé. Sé que no podemos fiarnos de nadie pero, algo se me escapa, nunca hubiera dicho que Bellagio tenía mal fondo. Parece que lleva grabado a fuego en la piel lo de ser policía.

No quiero explicarle nada que no necesita saber, pero tiene que entender que no debe acercarse a él bajo ningún concepto.

—Madison, escúchame bien. No debes fiarte de él, en absoluto, ¿me oyes? No son celos, ni una gilipollez por mi parte. Te lo digo en serio, ese tipo es peligroso y no quiero que se acerque ni a Agnes ni a ti.

Tiembla y su mirada vuelve a humedecerse.

—¿Sabes? La mañana del sábado, después de que me salvaras, cuando él vino a casa, estaba pensando en aceptar salir con él. —Nota mi rigidez momentánea—. Sí, llevaba muchos meses detrás de mí. Yo creía que era otro tío más de los que venían a la cafetería, pero poco a poco empecé a verlo como un posible candidato para tener algo serio.

Me cuesta mantenerme quieto mientras la escucho hablar así de ese malnacido.

—Cuando estuvo en casa, apenas le importó lo que me había pasado hacía tan solo unas horas en aquel callejón del que tú me sacaste. Solo se preocupó en hacerme ver lo mal que estamos Agnes y yo, y lo bien que podríamos estar con él. En su casa nueva. Casándome con él.

—Joder, no creo que pueda seguir aguantando que me expliques todo lo que tenía pensado hacer contigo el cabrón de Bellagio.

—¡Déjame acabar! —Levanto las manos en señal de rendición y la dejo seguir explicándome, entretanto me la como con los ojos—. Lo vi claro en ese momento, no podía entregarme a él por lo que me había pasado la noche anterior, con el recuerdo siempre presente de lo que me ocurrió hace cuatro años, con el miedo de que pudiera volver a ocurrir. No podía venderme a él sin sentir por él lo que siento estando contigo.

La atraigo hacia mí, la siento sobre mis piernas y la envuelvo con mis brazos todo lo fuerte que puedo. Sus muslos de canela me rodean, mientras sus manos me acarician la nuca.

—Me alegro de que te decidieras por el motero macarra y no por el agente de la ley que paga a pandilleros para que asusten a una mujer y, después, ir de salvador.

Merece saberlo, no quiero que pueda sentir algún tipo de remordimiento y acabar hablando con él como si nada. Abre los ojos como platos, encajando lo

que acabo de revelarle. Así que decido contarle todo lo referente a la noche de la agresión.

—Bellagio fue el encargado de hacer que aquellos tres tipos se cruzaran en tu camino aquella noche, si no llega a ser en ese callejón hubiera sido en otro. Pero el final hubiera sido el mismo si yo no llego a pasar por allí.

Sus ojos reflejan rabia, odio, miedo.

—Oh, Dios mío. Sabe dónde vivimos, puede venir a por nosotras cuando le dé la gana. ¿Por qué haría algo así?

—Porque le gustas y sabía que no ibas a caer en sus brazos tan fácilmente. Asustándote, poniéndote en peligro a ti y a Agnes, pensaba que aceptarías su oferta de seguridad a cambio de sexo, porque, ten por seguro, que lo único que lo movía a acercarse a ti era poder meterse entre tus piernas. Ahora que ya te has decidido por mí y sabe que estamos juntos, no creo que se atreva a volver a aparecer en tu vida. No sabe a qué nos dedicamos, aunque está intentando averiguarlo, sin mucho éxito. Por eso, hace años que montamos el taller. Tu sueldo y lo que ahí se genera es todo legal. Pero para, como bien dices, mantener esta pequeña infraestructura, necesitamos un capital que no se consigue arreglando motos.

—¡Vaya hijo de puta! Sí que tenías razón, sí. Ni multiplicando por mil lo malo que yo pensaba que podría ser alguien, me he acercado a lo malo que ha sido esa persona que creía conocer, aunque solo fuera un poco.

Cogiéndola por la nuca, la acerco a mi boca y la beso. Intento no devorarla de un solo beso pero lo cierto es que me resulta jodidamente difícil. Poco a poco, nos separamos lo justo para poder respirar. Verla sonreír después de besarnos es algo que me vuelve loco, me fascina ver la naturalidad en sus actos, en sus palabras y pensamientos. Ver que es feliz con muy poco y pese a lo mal que lo ha pasado en la vida.

—Cuéntamelo todo. O todo lo que creas que puedo o debo saber. ¿Adónde iban ahora esas mujeres y los niños?

—A seiscientos kilómetros de aquí hay otra casa parecida a esta. Allí tienen una pequeña fábrica donde pueden ofrecerles trabajo y ellas ser autosuficientes económicamente, suele ser algo a lo que no están acostumbradas. Al no tener documentación legal, no pueden acceder a sanidad, educación y demás, así que

contamos con los servicios de personas muy involucradas con nuestra causa, como por ejemplo Michelle. Es doctora. Ella se encarga de visitarlas justo cuando las hemos traído del otro lado de la frontera y de cualquier emergencia que surja. Cuando llegan aquí ya están más tranquilas, no es como cuando entran en las casas de acogida que hay al sur de la frontera, allí es una atención de choque. Muchas arrastran problemas psicológicos durante años, y algunos físicos, también. Para los primeros tratamos de ayudarlas con la asistencia de una psicóloga, aunque a veces pesan más que los segundos.

»Los dos meses que suelen pasar allí sirven, entre otras cosas, para que venzan la tentación de volver a lo de siempre. Se podría decir que están tan acostumbradas a estar sometidas, controladas y vigiladas que, al principio les cuesta dejar de lado esa vida, por muy dura que sea. Es lo único que han conocido y, lógicamente, no podemos traerlas aquí si ellas no están cien por cien seguras de dejar atrás toda su vida y empezar de nuevo. Se han dado casos en los que alguna ha querido ir a despedirse del marido o de la familia que la estaba maltratando y después la han seguido, desvelando la ubicación de la casa. Si aquí el tema está jodido, allí es mucho peor.

—¿Pero allí no pueden ir a denunciar? Están en su país, ¿nadie las escucha?

—Sí, algunas veces sí, dependiendo del pueblo o ciudad del cual vengan, tienen la suerte de tener a alguna asociación que intenta ayudarlas, pero cuando el agresor en cuestión está dispuesto a quitarle la vida, una simple orden de alejamiento no sirve para nada.

—Entiendo. Y una vez las traéis aquí, ¿qué hacen en esta casa?

—Aprenden el idioma, que es muy importante, se hacen cargo del cuidado de la casa, de los niños. Aprenden a manejar las máquinas de coser y ganan su dinero. Se sienten seguras y eso es lo primordial para dar el siguiente paso.

—¿Que es ...?

—La vida independiente por sí mismas. Nos aseguramos de que tengan trabajo, les facilitamos documentación y asistencia en todo lo necesario.

—¿Por parte de Jeff?

Asiento.

—Y por parte de gente influyente que tiene mucho poder, y también mucho que esconder y callar.

—¿Por qué no me has explicado antes todo esto? —Sus pequeñas manos me acarician el cuello y las orejas.

—Madi, eres la primera mujer con la que tengo algo serio, a la primera que traigo a esta casa o que tan siquiera le explico lo que hacemos los chicos y yo. Como bien sabes, durante el tiempo que estuve en prisión no tuve ninguna relación, por el motivo obvio, y una vez fuera, me costó habituarme a todo el exterior otra vez. Después estuve un tiempo viviendo en México, tenía un contrato de trabajo allí facilitado por nuestro contacto en el otro país.

—Todo esto me parece una gran tarea, ayudar a todas esas mujeres y sus hijos pero ¿qué te impulsó a hacer algo así?

Bueno, creo que ya puedo acabar de explicarle lo único que le queda por saber.

—Mi madre conoció a mi padre a los quince años. Por lo visto, al hermano de mi madre le gustaba mucho jugar al póker pero no tenía la suerte de su lado, ni dinero con el que pagar sus deudas. Así que, para que no lo mataran, ofreció como pago a su única hermana, huérfana desde que tenía diez años. Mi tío murió de todas formas unos meses después. Mi padre, por llamarlo de alguna manera, ni siquiera tuvo que casarse con ella, la tenía alejada de toda la vecindad, recluida en una choza de mierda, donde la violaba cada vez que se le antojaba. Ya me dirás lo que podía hacer una cría de quince años contra un hombre que le doblaba la edad. Además, él ya estaba casado y tenía otros hijos.

»Mi madre tuvo tres abortos antes de conseguir que un embarazo llegara al final y que la criatura naciera viva. El hijo de puta que me engendró la maltrataba a diario. Después de que naciera mi hermana la dejó más o menos tranquila durante unos meses, pero después volvió a la carga, hasta que le ofreció un trato. Si ella le proporcionaba dinero para pagar su comida y la de su hija, dejaría de pegarle y de abusar de ella. Pero, a cambio, la obligó a prostituirse desde los dieciocho años hasta los veintidós. Y mi madre siguió aguantando hasta que volvió a quedarse embarazada de mí. Podría decir que esta es la peor parte de todo lo que podría contarte, pero lo cierto es que hay casos peores que el de mi madre, aunque ahora mismo no puedes creerlo.

—Oh, Ezekiel. No sé qué decirte. Me había preparado para cosas malas, para ver la peor cara de la vida y aun así intentar ayudar a las personas, pero hay tanta

bestialidad en tu historia...

Se enrolla en mi cuello apoyando la cabeza en mi pecho, sé que lo hace para que no pueda ver las lágrimas que están resbalando por su mejilla, lágrimas que están mojando la parte de mi camiseta que está en contacto con su piel.

Ella también ha conocido la maldad por parte de la mano de un mal hombre. Ella también se quedó embarazada tras una violación. Pero dentro de su corazón sigue habiendo amor, sigue habiendo paz y bondad, ha luchado por su hija, todo lo que ha hecho desde que le pasó aquello ha sido para salir adelante y mantener a salvo a su hija. Y eso es algo que admiraré siempre.

—Tú también has conocido esa brutalidad, pero no has dejado que eso te doblegue y te haga ser mala persona. Mucha gente lo pasa mal pero después se dejan arrastrar por un ritmo de vida que lo único que les trae son más desgracias, como mi madre. Desde que te conozco, he podido ver que todo lo que has hecho ha sido pensando en el bienestar de tu hija. Ella ha sido el salvavidas que te ha mantenido a flote.

Se pone de pie, yo hago lo mismo. Parece que ahora sí necesita beber algo, porque ha cogido mi botellín de cerveza y ha dado un buen trago.

—Ven, quiero enseñarte algo. —Le rodeo los hombros con mi brazo y ella pasa el suyo por mi cintura.

Mientras salimos de la casa hacia el terreno de la propiedad, vuelve a hablar, aunque al principio parece hacerlo más para sí misma que con intención de hablar conmigo.

—¿Y si yo no hubiera sido capaz de salir adelante como lo he hecho? ¿Y si hubiese caído en las drogas o hubiera decidido que el único camino posible para sacar adelante a mi hija era la prostitución, ser la mula de algún traficante...? Es muy fácil caer en esa vorágine cuando ya no tienes nada que perder. Cuando sientes que tu vida no vale nada, que no tienes nada y que nadie te va a echar de menos. Y la sociedad en la que vivimos tampoco es de mucha ayuda.

Me paro en seco, haciendo que ella tropiece por mi brusquedad.

—Madison, es normal que pienses eso después de lo que acabo de explicarte. Pero, por el motivo que sea, tú conseguiste no caer en ese mundo. No caíste ante la falsa idea de que ese tipo de vida es más fácil, ante la esperanza de las falsas

promesas de amor que algún capullo arrogante te haya podido hacer. Te has valido por ti misma, has luchado por ti y por tu hija.

—Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en todas esas mujeres que no han tenido la misma suerte que yo. Todas esas mujeres que se han sentido anuladas y amenazadas, cayendo de rodillas sin poder hacer nada por evitarlo. Soy afortunada. Y por eso mismo quiero poder ayudar a todas las que sea posible, a las que no hayan tenido la misma suerte que yo.

«¡Dios! Gracias por poner a esta mujer en mi camino». La miro, admirando cada porción de su pequeño cuerpo, de su inteligente mente pero, sobre todo, adorando cada latido de su corazón grande y generoso. Los dos hemos pasado por un camino jodido, pero parece que encontrarnos era nuestro destino.

La cojo de la mano y seguimos caminando. Tenemos que darnos prisa o no llegaremos a tiempo de ver lo que quiero enseñarle.

Detrás de la casa principal hay una pequeña construcción donde solemos alojarnos los chicos y yo cuando pasamos aquí alguna temporada. También hay una habitación preparada para hacer de quirófano, cargada de medicamentos y material médico hasta los topes, por si alguna vez Michelle tiene que utilizarlo con alguno de nosotros o con alguna de las mujeres. Por ahora, prefiero no enseñárselo a Madi, no quiero que se asuste más. El único que tiene habitación permanente en la casa de alojamiento es David, haya o no algún *lote* en la casa. Y Susan también pasará a formar parte de la plantilla de la casa. Los demás vamos y venimos.

Llegamos hasta la pequeña construcción de piedra y madera. Es una pequeña casa con dos habitaciones, aparte de la medicalizada, una estancia principal compuesta por un salón y cocina que forman un solo espacio abierto, y un baño completo.

—Aquí he pasado algunas temporadas. Antes de mudarme de nuevo a la casa de mi madre, vivía aquí.

Madison desliza un dedo sobre la repisa de la chimenea. La mira y se sacude el polvo que se ha quedado adherido a su piel. Gira sobre sí misma y observa la pequeña estancia.

—¿Y bajabas cada día al taller desde aquí? Hay casi una hora de trayecto.

La observo moverse por la habitación, mirando los escasos muebles y los pocos efectos personales que hay: una rapadora de pelo, espuma de afeitarse. Ninguna foto, ni cuadro ni nada de decoración. Tampoco va hacia la única puerta que está cerrada con llave.

—Hoy hemos venido dando un paseo porque sé que no te gusta que corra. Pero cuando voy solo tardo algo más de media hora.

Eleva una de sus perfectas cejas, negra y depilada, mientras vuelve a dar una vuelta sobre sus pies.

—Parece que no ha vivido nadie aquí desde hace mucho tiempo.

—Lo cierto es que Jeff ha dormido aquí alguna noche pero, por lo general, está vacío. Te lo enseño para que sepas que, si en algún momento quieres dejar tu casa y venirte aquí con Agnes, no tienes más que decirlo.

—¿Por qué iba a querer algo así? ¿Tú crees necesario que tenga que estar aquí? —pregunta un poco asustada.

—Mientras yo esté contigo, no. Pero habrá algunas noches en las que no voy a poder estar cerca de ti y tú no vas a poder acompañarme. Noches en las que preferiría teneros aquí seguros, a ti y a la niña. Estaría mucho más tranquilo sabiendo que no estáis solas en casa.

—No me gustaría tener que separar a Agnes de su habitación y de sus cosas pero, si es necesario, lo podemos arreglar y decirle que es una fiesta de pijamas, que lo vea como algo especial. Es pequeña pero se da cuenta de más cosas de las que te imaginas. ¿Cuándo tenéis que ir a buscar a más mujeres?

—La noche antes de tu cumpleaños.

—El tres de julio. Falta una semana.

—Sí. Hasta entonces en la casa solo estará David. Si quieres, podemos venir y poner la cabaña a tu gusto. Está claro que le falta el toque hogareño que le dais las mujeres. Aunque bueno, si entras en mi casa...

«Tampoco es que allí haya mucha más decoración de lo que hay aquí. Nada de recuerdos familiares, ni fotos. Bueno, solo una foto, pero está muy bien guardada».

—Nunca me has invitado a entrar. Quizá podríamos dormir en tu casa esta noche aprovechando que no está Agnes... Por lo menos la tendrás limpia,

¿verdad? —Arruga la nariz ante la posibilidad de encontrarse una casa comida de mierda.

—Nena, soy un hombre muy limpio. —Le doy un pellizco en el culo cuando ella pasa delante de mí para salir. Salta y la falda se revuelve entre sus muslos. Ríe y ese sonido es la música perfecta para mis oídos.

—Venga, vámonos que se está haciendo tarde y quiero enseñarte una cosa antes de llevarte a cenar.

—¿Esta va a ser nuestra primera cita?

Vaya, pues sí. Lo cierto es que no hemos tenido una cita en condiciones nunca.

—Eso parece, nena. ¿Me darás algo de postre? —Le rodeo la cintura con un brazo, atrayéndola hacia mí y, con la otra mano, la cojo por el cuello mientras la beso.

¿Qué me haces?

Salimos de la casa, Ezekiel espera hasta que la puerta de la propiedad se haya cerrado por completo antes de acelerar en la subida hacia el camino asfaltado, consiguiendo que mi cuerpo impacte contra el suyo, aplastando mis tetas en su musculosa espalda. Me hace reír y también consigue que un sentimiento, que hace muchos años que no sentía, se instale en mi pecho y recorra cada centímetro de mi sistema nervioso, haciéndome temblar.

Las copas de los árboles tapan el cielo pero, a través de las ramas, puedo ver los tonos amarillos, rosas y azulados que colorean el cielo y el contraste con los tonos verdosos de la vegetación consigue una paleta de colores preciosa.

En cuanto salimos, pasa las dos primeras curvas más cerradas, acelera y vamos más rápido de lo que hemos ido antes. Me abraza fuerte a su cintura y acerco mi boca a su oreja para que me escuche.

—¿Por qué tanta prisa?

—Si no acelero un poco te vas a perder lo que he querido enseñarte al traerte aquí.

—Pensaba que habíamos venido para que conociera a lo que te dedicas.

—Eso también.

Cierro los ojos mientras sigo abrazada a su cintura, intentando no pensar demasiado en la velocidad con la que nos estamos moviendo por la carretera.

Unos minutos después desacelera y oigo cómo el ruido de las rodadas de los neumáticos cambia, ahora el terreno vuelve a ser arenoso y con gravilla.

Apaga el motor de la moto y se incorpora, haciendo que yo tenga que moverme y separarme de su cuerpo. Lo primero que pienso es en cabrearme porque ha corrido demasiado, con tantas curvas como tiene esta carretera, pero cuando abro los ojos no puedo hablar.

—Venga, no te enfades conmigo. Estas vistas bien merecían que fuéramos un poco más rápidos para que pudieras verlas. ¿O no?

Sigo maravillada con el espectáculo que tengo delante.

El sol está en el horizonte, poniéndose en la lejanía. Refulgando su poderoso color anaranjado contra los tonos apagados del desierto que quedará en total oscuridad en cuanto la bola de fuego acabe de desaparecer, por completo, en unos minutos.

Estamos en la parte más alta de la montaña, aparcados en un pequeño acantilado natural, un saliente de la carretera desde el cual poder ver las maravillas que la madre naturaleza es capaz crear.

—No hay cuadro que pueda igualar la belleza de este momento.

—Ni cámara de móvil capaz de captar la gama de colores que desprende el cielo. —Me hace reír con su comentario. Justo estaba pensando lo mismo.

Saca su teléfono móvil del bolsillo del pantalón.

—Pero de todas formas quiero hacerte una foto con ese fondo. Estaba deseando traerte para que pudieras verlo. Algo me dijo que te gustaría.

Me bajo de la moto, rodeándole el cuello con un brazo. Me acerco a su boca para besarlo, después me pongo delante de la moto, subiéndome al muro de piedra que bordea el precipicio. Cierro los ojos y dejo que la brisa me acaricie el cuerpo. Inhalo todos los olores de la naturaleza que nos rodea: pino, glicinas, esas pequeñas flores lilas que puedo ver desde aquí encaramadas a los troncos de los árboles.

Aquí no llega la contaminación lumínica que existe en las ciudades ni llegan los sonidos estridentes de las ambulancias, las sirenas, los atracos, los gritos de socorro, los llantos.

Aquí y ahora solo existe este momento, el sol poniéndose exclusivamente para nosotros, la brisa agitando mi vestido, pero no me importa, ya me he desnudado ante él de la manera más sincera y absoluta anoche, antes de que hiciéramos el amor por primera vez y le contara todo lo malo que me ha pasado en la vida. No podía desnudarme y entregarme de forma total sin despojarme primero de mis cargas, de mis miedos y de mis inseguridades. Él no es un polvo de una noche. No sabía que tenía la necesidad de volver a sentirme amada, cuidada, querida, hasta que él ha aparecido en mi vida, ofreciendo cariño, amor, comprensión, pasión.

Sus manos cercan mi cintura mientras apoya mi cuerpo en el suyo. Al estar subida sobre el muro, mi cuerpo queda más alto que el suyo, haciendo que su cabeza quede a la altura de mi espalda, la cual está besando mientras me pide que tenga cuidado y me baje.

—¿Te dan miedo las alturas? —pregunto incrédula.

—Preferiría no verte subida a estos cuatro peñascos sabiendo como sé que delante de ti no hay nada más que una caída libre de más de trescientos metros de altura.

—Me gusta lo que siento estando aquí. La libertad. La sencillez. Me gustaría ser un pájaro y poder echar un pequeño vuelo, saber lo que se siente cuando abres las alas y la fuerza del viento es la que te mantiene en suspensión.

Los tonos rosados y naranjas cada vez se van haciendo más amplios, el azul celeste va dando paso a un azul marino, y los últimos rayos del sol brillan despidiéndose del día que ya quiere acabar. El sonido de las cigarras lejanas resuenan entre el follaje de la montaña.

Me carga en sus brazos, bajándome muy despacio del muro en el que estaba subida. Me desliza sobre su cuerpo antes de que mis pies vuelvan a tocar el suelo.

—Gracias. —Enlazo mis manos en su nuca. El aire agita mi cabello revolviéndolo de un lado a otro.

De nuevo, vuelvo a ser más bajita que él, teniendo que inclinar mucho la cabeza como para poder seguir mirándolo a los ojos.

—¿Nos podemos quedar aquí un rato? —le pido. Se está tan bien en este pequeño rincón del mundo, la temperatura es muy agradable. Necesito un poco de esta paz para poder procesar con calma todo lo que me ha contado. Para poder disfrutar de este momento y de él, y mañana ya pensaremos en cómo puedo ser de ayuda en su organización.

Asiente con la cabeza y su mirada se hace más líquida, más primitiva y sensual.

—Lo que tú quieras, nena.

Se apoya en el asiento de la moto, con las piernas separadas, lo justo para que yo pueda colocarme entre ellas. Sus manos suben entretenidas por mis piernas acariciando mis muslos, mientras mis dedos juegan con el nacimiento de su pelo

en la nuca. Nuestras miradas están conectadas, parece que quiera leerme la mente, saber qué y cómo me siento después de las revelaciones que me ha hecho.

—¿Estás asustada? —Su voz suena más ronca que hace un momento.

Sus dedos llegan hasta mis nalgas, las cuales acaricia con descaro, para que no haya duda de que el que me está tocando es él y no la suave brisa agitando mi vestido. Mis pechos quedan a la altura de su cara, y mis pezones traicioneros se erizan ante su mirada, pero se mantiene apoyado en la moto, con la espalda recta, tocándome solo con las manos.

—¿Asustada? No. Ahora mismo, no. Puede que dentro de una semana me muera de miedo cuando tengas que irte. Pero ahora mismo solo puedo pensar en que algo, una fuerza, una energía poderosa de la naturaleza, hizo que se cruzaran tu camino y el mío, y soy feliz por ello.

Me inclino lo justo para acercar mi cara a la suya, para que nuestras narices se rocen y huelan la piel del otro con obsesión y necesidad.

—Dentro de una semana tampoco tendrás que tener miedo, preciosa Madison. Siempre vuelvo y siempre voy a volver si cuando llegue a casa te tengo a ti como premio. Mía.

—Mío —digo rozando sus labios.

Su agarre cada vez se hace más fuerte, mientras el sol sigue poniéndose frente a nosotros, iluminando nuestros besos y nuestras caricias. El momento es tan perfecto que no pienso en que pueda pasar nadie por la vieja carretera cuando le pido que se siente en el asiento de la *custom* y yo me siento de espaldas al manillar, a horcajadas sobre él, río y él se ocupa de mantener el equilibrio, aunque esté puesta la pata de cabra de la moto.

—¿En qué estás pensando, nena? —pregunta con un brillo especial en los ojos. Creo que ya se intuye algo de lo que estoy pensando.

Pasa las manos bajo mis muslos y me atrae hacia él, colocándose sobre su centro, quedando mis piernas colgadas sobre las suyas. Después, sus manos van hacia mi cintura, clavando los dedos a ambos lados mientras aprieta la mandíbula esperando mi próximo paso.

Deslizo una de mis manos bajo la camiseta que cubre la tersa y dura piel de su vientre, deslizando las uñas hacia el tatuaje que decora el dorsal y las

costillas. Sigo subiendo hasta uno de sus pezones, el cual se endurece bajo mi contacto. Me satisface saber que no solo son los míos los que reaccionan a su tacto o a su cercanía.

Sonrío levemente, dejando escapar un leve gemido cuando una de sus manos, grande y callosa, va hacia uno de mis pechos y lo acaricia con la palma, sintiendo la dureza de mi pezón. Devolviéndome el mismo trato que yo le estoy ofreciendo.

Puedo sentir cómo va poniéndose duro debajo de mí, y me arqueo hacia su cuerpo, apretando hacia abajo para sentirlo de forma más intensa a través de los vaqueros que lleva puestos y mis finas braguitas de encaje.

—No hace ni doce horas que he estado dentro de ti pero las ganas de volver a tocarte y volver a escuchar tus jadeos y la forma en la que dices mi nombre cuanto te corres, me impiden pensar con claridad.

Me reclino sobre el depósito de gasolina, dejándole vía libre a que pueda recorrer mi cuerpo con sus ojos y sus manos.

—Por aquí no va a pasar nadie, Madison. Si empiezo no voy a poder parar hasta que el eco de tus gritos resuene en toda la montaña.

—¿Tan escandalosa soy? —Me sonrojo. Anoche sentí algo muy especial, joder, es muy bueno en la cama, el mejor orgasmo de mi vida lo tuve anoche con él. Y sí, me di cuenta de que no podía mantener la boca cerrada, pero no fui consciente de ser tan escandalosa.

—Jodida y deliciosamente escandalosa. Todos esos ruiditos que haces consiguen que la sangre de mis venas bombee tan rápido y tan fuerte que el corazón parece que me va a explotar de placer.

Hago más presión sobre su dura y marcada erección cuando él desliza los tirantes de mi vestido por mis hombros, junto con los tirantes del sujetador. Baja ambas copas, dejando los dos pechos expuestos a su mirada, a la brisa de la última hora de la tarde y al contacto de sus manos.

Y al de su lengua, dura, caliente e implacable.

Se inclina sobre mí, se mete un pezón en la boca mientras con dos dedos va jugando y preparando al otro.

Yo empiezo a gemir, incapaz de controlar todo lo que me hace sentir, dejo caer la cabeza hacia atrás, el pelo se me revuelve cuando el aire sopla en nuestra

dirección, y empiezo a jadear más fuerte a cada lametazo que me da.

—Eso es. Esos son los sonidos a los que me refería. Aquí no hay peligro de que despiertes a nadie, solo pueden escucharte los pájaros y animales de la montaña, nena.

De repente la necesidad me apremia, la urgencia de sentirlo, de dejar que me sienta, de calmar esa llama que ruge en mi interior se hace casi incontrolable. Su voz es el detonante de mi locura, de la pasión que siento por y para él cuando lo tengo cerca.

Desliza una de sus manos entre mis pechos y va bajando por mi vientre hasta mi sexo.

Levanta la poca tela del vestido que sigue cubriéndome las piernas y gruñe al verme las braguitas, rojas y de encaje, que dejan muy poco a la imaginación.

Con el pulgar llega hasta mi clítoris, el cual masajea en círculos, con la mirada fija en mis ojos. Me cuesta mantenerlos abiertos.

Ojos cerrados y boca abierta, como si me fuera a dar un caramelo. Y sí, eso es justo lo que quiero, el caramelo líquido de sus ojos, y todo lo demás que sé que tiene para mí.

Es una locura pensar que voy a tener sexo en mitad de la montaña, en este precioso acantilado, sobre una moto. Pero, joder, es aquí y ahora. Es lo que ambos queremos, es la necesidad que nos quema las manos.

—¿En serio lo vamos a hacer aquí? —pregunto sonriente entretanto le desabrocho el botón del pantalón y llego a tocarlo, enfundado todavía en los calzoncillos, aunque no por mucho tiempo.

—Has empezado tú. —Retira las manos de mi cuerpo para sacársela del pantalón—. Rodéame con las piernas y cógete de mis hombros—. Su sonrisa es más contagiosa que la mía.

Hago lo que me pide, mientras me relamo incapaz de mantener la boca cerrada. Antes de que pueda darme cuenta del movimiento, está desplazando la tela de mis bragas hacia un lado, cogiendo su erección desde la base para apuntar hacia mi centro y hacerme descender sobre él.

—¡Oooh! ¡Joder! —gimo ante la intrusión de su cuerpo dentro del mío. Sentirlo en mi piel, sin látex de por medio es..., en exceso maravilloso.

Bajo de una embestida, él me mantiene quieta ahí, sujetando mis caderas con sus manos, ejerciendo la presión justa, dejando que mi cuerpo se adapte a su grosor, a su dureza. Nuestras narices se tocan, nuestros labios se buscan para que nuestras lenguas se encuentren en un dulce baile.

Me lame, lo lamo. Me lame más, lo lamo con ansia.

—Móntame, Madison —ruge desde lo más hondo de su pecho, cogiéndome de la nuca para acercarme a su boca—. Sentir tu calor y tu humedad sobre mi polla va a hacer que explote antes de lo que me gustaría. ¿Puedo correrme dentro, nena?

Empiezo a subir y bajar, lentamente, disfrutando de todas las sensaciones que despierta su cuerpo en el mío, mezcladas con todo lo que nos rodea.

Solo soy capaz de emitir un leve sonido, algo parecido a un *ajá*.

—Tomo la píldora.

Aunque no haya tenido más que alguna relación esporádica, muy esporádica, desde que nació Agnes empecé a tomar la píldora. Si alguna vez volvía a ser madre, sería porque así lo habría decidido yo misma.

Lo hacemos, deliciosamente lento, jodidamente perfecto. Aquí, en medio de la naturaleza, montados sobre su moto, con él manteniendo el equilibrio, viendo cómo la noche nos envuelve. Hace tanto que no desvíó la mirada de sus ojos que no soy capaz de recordar el momento en el que el sol ha dejado paso a la luna y esta nos ha hechizado con su embrujo.

Cuando me canso de llevar el ritmo, él se ocupa de continuar implacable hasta conseguir que nos liberemos juntos, casi al mismo momento, levantándose y deslizándose a pulso con sus brazos de acero.

Llegado el momento, enredo los dedos en la cadena de plata que cuelga de su cuello, sintiendo su aliento sobre mi piel, y me dejo ir gritando su nombre entrecortadamente.

—Ez..., ekiel. —Jadeo, aferrándome a él, siendo consciente de cómo él aspira y lame la porción de piel que hay en mi cuello, debajo de mi oreja, donde mi pulso palpita desbocado y errático.

Nos quedamos unos minutos así. Recuperando la respiración, volviendo a la realidad, escuchando el leve piar de algunos pájaros, el canto constante de las cigarras, arrojados ya por el manto de la noche. La horrible ciudad que nos ha

unido no tiene poder aquí, ella se ve allí, a lo lejos, medio iluminada en unas zonas y de forma excesiva en otras.

Me acaricia la cara, el cuello, el cabello. Recorre mi mandíbula y mis labios con pequeños besos.

—Y yo que quería llevarte a cenar a un sitio especial —dice en un tono de voz que suena casi arrepentido.

—Siento haber roto tus planes. —Sonrío ante mi mentirijilla—. Quizá podamos cenar algo rapidito e irnos a casa.

—Eso suena de puta madre.

Me coge la cara con una mano y me mantiene así, mientras me observa en la penumbra que nos cubre.

—¿Qué me haces, Madison? —Su tono de voz es casi reverencial, incluso podría decir que hay un deje de miedo en su pregunta.

Al final, acabamos cenando en mi casa, unos tacos que hemos comprado una vez de vuelta en la ciudad.

—¿Estás segura de que no quieres dormir esta noche en mi casa, con el aire acondicionado? —pregunta sentado en el sofá, con las piernas abiertas de esa forma tan masculina, como si tuviera algo entre ellas que le impidiera cerrarlas. Aunque lo cierto es que sí tiene algo que le impide cerrarlas, pero no hasta ese punto.

Los brazos los tiene estirados sobre el respaldo del sofá. Después de cenar nos hemos duchado, primero él y después yo. Si nos llegamos a meter juntos habría pasado lo inevitable, y todavía seguiríamos en la ducha. Aunque no descarto nada. La noche es nuestra y mi pequeña está cuidada y feliz en casa de mi mejor amiga, Alyssa.

—Es que en casa tengo todo lo necesario, tu nevera está vacía.

—Y limpia —me recuerda. Antes hemos entrado en su casa y la verdad es que está mejor de lo que me esperaba para un hombre que vive solo, pero apenas tenía de nada de lo necesario.

—Entonces, no te quejes cuando la semana que viene haga que vengan a instalar un aire acondicionado. Aquí y en las habitaciones.

Me siento a su lado, y me atrae hacia su cuerpo.

—Ni se te ocurra. Eso cuesta una fortuna. Quizá me piense si poner uno aquí en el salón.

Al recostarme sobre su torso desnudo, tampoco es que yo vaya mucho más tapada que él, apenas una camiseta de tirantes y unas braguitas limpias, me aparta el pelo sobre un hombro y me olfatea como si fuera un animal salvaje.

—Me vuelve loco tu olor —susurra contra mi oreja, lamiéndola cuando acaba de hablar.

Y ahí es cuando sé que el guapo de Chris Pratt y la peli que habíamos puesto para ver, *Passengers*, va a ser una de las que tendremos que volver a poner, ya que ahora se va a quedar sin ser vista.

Ella ya lo sabe

Me despierto de madrugada, agitada con una sensación extraña en el pecho. Ha sido un mal sueño pero ha hecho que me levante como un resorte, con la respiración agitada e intranquila.

Thor está echado a los pies de la puerta de mi habitación, pero su dueño no está donde estaba la última vez que lo vi hace unas horas, a mi lado en la cama. El animal ha levantado la cabeza al escuchar mi brusco movimiento, pero ha vuelto a dormirse de inmediato.

La luz de las farolas entra por las cortinas, que se mueven con la brisa fresca que tenemos esta noche, y hace que no tenga que encender la lámpara de mi mesilla para ver por dónde piso mientras me levanto en busca de Ezekiel.

No hay luz en mi cuarto de baño pero, al pasar por delante de la puerta, miro por si él estuviera dentro con la luz apagada. Pero no está.

Tengo la boca seca, decido bajar a la cocina para coger una botella de agua fresca de la nevera y de paso ver si Ezekiel está ahí abajo.

Paso por encima del enorme perro al salir de mi dormitorio y me encamino hacia las escaleras, llamándolo sin elevar mucho la voz. Quizá él también se ha despertado y ha bajado a por algo de beber.

—¿Ezekiel? —lo llamo al llegar abajo.

Y cuando me giro para ir hacia la cocina aparece detrás de mí. Me abraza y me pega a su cuerpo, haciéndome sentir cuánto se alegra de verme.

—No podía dormir y no quería despertarte —me informa en un susurro, como si pudiera despertar a alguien si habla más alto.

Caminamos juntos hacia la cocina, él detrás de mí, abrazándome.

—Me he despertado por un mal sueño y tenía sed... —le explico yo.

Se separa de mí para que pueda abrir la nevera, que chirría al despegarse la goma de la puerta del resto del electrodoméstico. Cojo una botella de zumo de naranja y bebo a morro, apenas queda y lo voy a terminar.

El frío que sale del interior refresca la sensación de calor que me produce el cuerpo desnudo de Ezekiel, ahora mismo iluminado por la luz amarillenta del interior de la nevera.

Después de hacer el amor, justo antes de caer rendida, no me he molestado en vestirme ni con unas bragas, así que aquí estamos los dos desnudos, descalzos y solos en casa.

Me limpio los labios con la lengua sin dejar de mirarlo, perdida en sus ojos, esos ojos que recorren cada uno de mis movimientos. Me fijo en su potente erección y levanto una ceja interrogativa.

—¿Te alegras de verme? —pregunto con una sonrisa.

Él sigue serio y controlado, solo lo delata el leve temblor que veo en esa zona de su cuerpo que ahora mismo está apuntando hacia su vientre como el mástil de una bandera.

Me quita la botella vacía de las manos y la deja sobre la encimera, para después cerrar la puerta de la nevera de un golpe al empotrarme contra ella, colocando sus manos a ambos lados de mi cara.

—Te diría que lo siento pero lo cierto es que no me sacio de ti —susurra contra el hueco de mi cuello y asciende hacia mi cara, en busca de mi boca—, no quería despertarte porque sé que estabas cansada, pero parece ser que esta tiene otros planes —comenta mientras desliza su mano arriba y abajo sobre su polla.

Con la otra mano busca en ese rincón caliente entre mis piernas, para deslizar un dedo entre mis labios y encontrarme húmeda y preparada.

—Y al parecer a ti te pasa lo mismo —susurra con la voz todavía más ronca.

—¿Cómo hemos aguantado tanto sin tocarnos? —pregunto sin entender cómo hemos sido capaces de dormir en la misma cama durante días y no hacer el amor.

—Se han roto las cadenas al tocarte la primera vez, nena. Mi cuerpo reclama al tuyo y no lo voy a dejar escapar. —Introduce un dedo dentro de mí, arrancándome un gemido ahogado.

Y así pasamos las horas hasta que llega la mañana, tocándonos y rayando el agotamiento pero sin poder dejar de hacerlo. Descansamos un par de horas y otra vez me despierta, o lo despierto, porque sí, mi cuerpo también se enciende

incandescente al notar su respiración cerca de mí. También lo he despertado yo metiendo mi cabeza entre sus piernas, lamiéndolo con nocturnidad y alevosía.

Sobre las ocho se ha ido a pasear con Thor, ha vuelto una hora después, desnudándose de nuevo y colocándose detrás de mí para hacer la cucharita.

Ahora, que ya son las doce y hemos desayunado hace nada, hemos salido a dar un paseo después de que él atendiera las llamadas de *trabajo*.

Jeff y David han llegado al nuevo destino de las mujeres y están emprendiendo el camino de vuelta.

Me ha explicado que suelen hacer los transportes de noche, ya que es menos probable encontrarse con controles policiales, y también hay menos circulación.

Vamos al taller en la moto y allí cambiamos de vehículo para irnos en su *pickup* a casa de Alyssa para buscar a Agnes. Le envío un mensaje al móvil diciéndole que no nos quedaremos a comer. Ezekiel quiere llevarnos a un restaurante.

He estado dándole vueltas a lo que Agnes puede estar pensando sobre esta situación. Sé que le cae bien Ezekiel, de hecho, sé que le cae muy bien, y que adora a Thor. No sé cómo pero lo cierto es que ya se la ganó a ella antes de ganarme a mí. Aunque supongo que traerle una tarta de chuches a una niña hace que le caigas bien al momento.

—¿En qué piensas, preciosa? —pregunta él, colocando su gran mano sobre mi rodilla descubierta.

Me giro para observar su perfil, tan atento a la carretera cuando conduce. Me encanta ver lo fuerte de su mandíbula, la musculatura de su cuello y recrear en mi imaginación sus hombros y su pecho igual de varoniles.

—Estaba pensando en Agnes. En que quizá se pregunte cómo es que ahora pasamos tanto tiempo juntos durante el día.

Hace un gesto significativo con las cejas.

—No solo pasamos tiempo juntos durante el día... —Sus dedos se clavan en mi piel, y su sonrisa de medio lado hace su aparición estelar.

—Pero eso ella no lo sabe —le recuerdo—. Jamás me ha visto con un hombre, nunca. Para ella siempre hemos sido ella y yo. Bueno, para ella y para mí, porque así ha sido siempre.

Me escucha, pero en ese momento da un volantazo hacia la izquierda haciendo que impacte sobre su cuerpo.

—Había un socavón —aclara por la brusquedad.

Tiene ambas manos en el volante, mantiene el brazo estirado lo que hace que sus bíceps, tríceps y antebrazos queden perfectamente marcados y visibles, cosa que me hace pensar en cómo los acariciaba anoche, cómo reseguía cada una de sus venas marcadas mientras él jugaba con sus dedos dentro de mi cuerpo.

—¿Y tú? ¿Qué piensas tú, Madison?

Miro hacia la carretera, el movimiento disperso de otros coches, los árboles que pasan al lado de mi ventana como si fueran marcha atrás.

«¿Qué piensas, Madison?».

—Pienso que me gusta estar contigo. Pienso que...

—Me quieres —espeta como si nada, muy seguro de sí mismo.

Me giro para mirarlo, sabiendo que él va a seguir mirando hacia la carretera.

«¿Él se ha dado cuenta de que puedo quererlo?».

«¿Se cree que vamos a hablar de sentimientos mientras ni siquiera puede mirarme a la cara?».

No digo nada, pero él no se da por vencido.

—Yo pienso en eso.

«¿Perdona?».

—Pienso en que te quiero. Te quiero conmigo, te quiero segura, quiero conocer cada rincón de tu cuerpo y de tu mente. Quiero estar aquí para ti, siempre.

El calor que me recorre de repente hace que mi lengua viperina se derrita y no sea capaz de articular palabra. En otro tiempo lo hubiera enviado a paseo; no me habría creído ni una sola de las palabras de falso amor de un hombre.

Pero él no es un hombre cualquiera. Es él. Mi *más*.

—¿No vas a decirme nada? —Desvía la mirada de la carretera hacia mi cara, sus ojos se achinan y espera mi respuesta.

—Creo que si vamos a hablar de sentimientos tendríamos que estar en un lugar tranquilo y poder mirarnos a la cara mientras lo hacemos.

Me parece que no es lo que esperaba escuchar porque su semblante se vuelve más serio que de costumbre y no vuelve a tocarme hasta que no soy yo la que se

desplaza por el sillón de la camioneta, acercándome a él, metiéndome debajo de su brazo derecho para abrazarme a su pecho.

—Yo no pienso en eso. Pero no lo hago porque lo siento. Lo siento desde que tus labios me tocaron por primera vez. Desde antes de que me tocaran, de hecho. Siento que te has metido bajo mi piel, muy adentro, mucho más que la tinta de los tatuajes en tu cuerpo. Tan adentro que me da miedo.

Su abrazo se vuelve más intenso, no he sido consciente de cuándo he cerrado los ojos y he dejado que hablara mi corazón.

—Yo lo siento desde que te vi tirada en el suelo muerta de miedo y sangrando, fue como si me perforaran un pulmón; lo siento cada vez que respiras cerca de mí. Cada vez que tu cuerpo roza el mío. En cada uno de los besos que nos hemos dado desde que te di el primero. Y todo eso se expandió por mi cuerpo como un Big Bang hace dos días, arrasando con todos los átomos y células cuando por fin entré en tu cuerpo. Y me encanta ser el primer hombre que tu hija ve contigo. Porque quiero ser el único.

Separo un poco la cabeza de su abrazo, esperando ver algo en su rostro que me indique que ese arranque de seguridad tan alfa ha sido una especie de broma para restarle pasión a las cosas tan bonitas que acaba de decirme. Pero no lo encuentro por ninguna parte.

Y, siendo sincera conmigo misma, me gusta que lo tenga tan claro, porque si me he abierto por completo a él no ha sido pensando en que esto va a durar un suspiro. La verdad es que no he pensando en nada, pero ha sido porque mi corazón me ha ido indicando el camino a seguir. Y ese camino me ha llevado hasta él.

—¿De qué tienes miedo? —Me da un beso en la cabeza y me aprieta contra su cuerpo. Parece que quiera evitar que salte del vehículo en marcha. Y no pienso moverme de este santuario que es su cuerpo.

Ya estamos casi llegando al barrio de Alyssa.

—Madi... —Espera mi respuesta.

—¿A que se acabe?

—Joder, nena. ¿Acabamos de empezar y ya tienes ese miedo? No hay nada capaz de separarme de ti. ¿Me oyes? Nada.

Eso me hace pensar en que sí hay algo capaz de separarnos, una sola cosa. Y el resultado es eterno.

—Sí, hay una cosa capaz de separarnos...—Sabe a qué me estoy refiriendo.

—Pero no va a ser ahora. Pasaré cuando los dos seamos viejitos, es ley de vida.

Sigo sin decir nada más, hasta que le indico las siguientes calles que tiene que recorrer para llegar a casa de Aly.

—Madison, no te he contado todo esto para que ahora estés cagada de miedo por ello.

—No tengo miedo de lo que haces —estallo hablando más fuerte de lo que pretendía—. Lo que me asusta es que a ti te pase algo mientras lo haces. En otro país. Lejos de mí.

Su brazo se vuelve más posesivo, ni siquiera permite que el aire se instale a nuestro alrededor, me siento parte de él y lo siento parte de mí.

—Nena, estamos hechos el uno para el otro. Mi vida no tiene sentido si tú no estás en ella. Me pasé meses sin tocar a una mujer cuando estuve en prisión. Años en los que las relaciones eran muy esporádicas. Nunca eché de menos a ninguna mujer en concreto, ni siquiera a mi madre cuando yo era pequeño y ella estaba demasiado ocupada como para darme algo de su tiempo. Pero eso no me pasa contigo. Desde la noche en que Thor saltó la valla y yo crucé tras él, se rompió la barrera que había en mi interior, y la culpa de eso solo la tienes tú.

«Vaya. Me ha revelado cosas de las cuales no habíamos hablado antes».

—¿Tuviste sexo dentro de prisión? ¿Con una mujer?

Siento que se remueve incómodo debajo de mí.

—Casi hemos llegado, gira ahí. La casa de color azul pastel.

—¿En serio quieres saberlo, Madison?

«¿En serio quiero saber que tuvo sexo con otras mujeres? ¿Escuchar de sus labios implacables que le ha dado el placer que me da a mí a otras mujeres?».

No. No quiero saberlo ni escucharlo. Lo sé, no soy ninguna cría estúpida. Pero no quiero que esa imagen se recree en mi mente.

—No. No quiero.

—¿De todo lo que te he dicho solo te causa sorpresa esa parte?

—No. Pero no quieras hacerme creer que mientras no estabas en prisión no has follado cada vez que has tenido oportunidad.

No sé de dónde sale ahora este cabreo, pero la verdad es que ha salido de mí y parece que no tiene intención de marcharse.

Aparca delante de la bonita casa de mi mejor amiga. Sé que ella y los niños seguramente estén en el jardín trasero entretanto su marido está cortando el césped. La vida ideal en la casa ideal. ¡Bah!

—Mírame —exige.

Me he cruzado de brazos y miro hacia adelante, como si fuéramos a seguir con el viaje.

—Madison. —Veo cómo se pasa la mano por la cabeza y por la cara en un movimiento nervioso—. Madi, joder, ¿a qué viene esto ahora? ¿Te he abierto mi puto corazón y tú quieres saber cuan larga es la lista de tías a las que me he follado? Desde el momento en que me dijiste que has tenido sexo con dos tipos después del nacimiento de Agnes, he tenido que reprimir el pensamiento asesino de buscarlos y cortarles las pelotas. Lo mismo que querría hacer con los que imagino que te tocaron antes de... Pero me limito a desechar esa idea de mi cabeza porque yo todavía no estaba en tu vida. Me da igual lo que pasara antes. ¡Joder! Me encantaría tener una puta máquina del tiempo, encontrarte cuando yo tenía veinticuatro años. Tú acabarías tus estudios, tendrías un buen trabajo. Ya viviríamos juntos, yo no iría a casa de mi madre de nuevo y no entraría en la cárcel. A ti no te habrían atacado...

En ese momento veo salir a Aly por la puerta blanca de su casa, los niños corren delante de ella, Agnes la primera, comiéndose una piruleta.

Y entonces lo veo todo claro.

—Y ella no existiría. Tú no serías como eres, ni yo sería como soy. Porque todo lo que nos ha pasado antes de conocernos nos ha hecho ser como somos ahora.

Me coge de la mano y enreda sus dedos con los míos, se la lleva hacia su boca para besarme cada nudillo, lamiendo de forma suave cada uno tras el beso.

—¿Estamos bien? —pregunta con su mirada más calmada pendiente de la mía.

—Estamos bien —afirmo.

Baja de la camioneta y yo hago lo mismo, deslizándome por el sillón y saliendo detrás de él por la misma puerta.

Y por si tenía alguna duda de lo bien que le cae Ezekiel a mi hija, se disuelve al momento cuando, en vez de venir corriendo hacia mí después de más de veinticuatro horas sin vernos, va corriendo hacia Ezekiel, el cual se agacha para cogerla en volandas y lanzarla hacia arriba por encima de su cabeza, para acto seguido recogerla al vuelo en sus castigadores pero cariñosos brazos.

Ella ríe, enrolla sus pequeños y regordetes brazos en su cuello mientras le acerca la cara para darle un beso en la mejilla. En esa mejilla morena y de piel dura en la cual se dibuja ese hoyuelo que me trastorna.

Me acerco a ellos, con una sonrisa increíble en mi rostro. Parece que las cosas se vuelven fáciles, que todo rueda en la dirección correcta, que estamos consiguiendo lo bueno que nos tenía preparado la vida. Una sonrisa que dice que soy feliz. Y ella también.

Y, por alguna razón, este hombre oscuro y delincuente declarado, está aquí iluminando parte del camino a seguir. Para ser parte de nuestras vidas. Porque que haga cosas ilegales ante los ojos de la ley no significa que su interior no sea la carta magna de todas las leyes.

—¿Dónde está Thor? —pregunta con su dulce vocecita, mi pequeña mariposa.

—Hola, mi amor. —Le acaricio la cara, está esperando que Ezekiel le conteste.

—Se ha quedado en casa, Agnes. Vamos a ir a un sitio al que él no puede venir, pero esta tarde iremos juntos a pasearlo, ¿te parece bien?

—¡Shiii! —grita ella—. Hola, mami.

Echa sus manitas hacia mí y Ezekiel me la pasa, se cuelga a mi cuello como un koala perezoso y me la como a besos.

—Mmmm... —Inspiro su olor, el mejor olor del mundo—. ¿Cómo ha pasado la noche mi princesa?

—De maravilla —contesta Aly desde mi lado—. Ezekiel, me alegro de verte. Se acerca a él y le da un beso en la mejilla.

Bruja. Está aprovechando para sobarle los brazos mientras lo saluda. Lo veo en el brillo malicioso de su mirada cuando me mira después de darle el beso.

Dejo a Agnes en el suelo, y sigue lamiendo la piruleta.

—¿Queréis pasar? —ofrece Aly.

—Será mejor que nos marchemos ya. Quiero llevarlas a comer a un restaurante donde hacen el mejor filete que he probado en mi vida.

—¿Tendrá patatas fritas? —pregunta mi niña, apartándose un pelo que se le ha quedado enganchado al caramelo pegajoso.

—Muchas patatas —declara Ezekiel.

—Adióóós, chicos —empieza a despedirse de Joaquín y Sam, que están dándole patadas a una pelota.

—Muchas gracias por quedarte con ella.

Alyssa y yo nos damos un achuchón.

—Ya sabes que es un placer, aunque seguro que no tanto como pasar la noche con Ez.

—¡Alyssa! —Señalo a la niña, que está frente a nosotros, enterándose de todo.

Ezekiel ríe por lo bajo, veo que se lleva una mano a la espalda y doy por hecho que está colocando bien su arma antes de volver a subir a la camioneta. Con esas gafas de sol no puedo ver su mirada, pero sé que se está partiendo la caja con todo esto. Ayer lo amenaza y hoy alaba sus dotes sexuales. Así es Alyssa.

—Saluda a Austin de mi parte —comenta Ezekiel.

—Así lo haré.

—Y dale un beso de mi parte —le digo yo—. Adiós, niños.

De vuelta a la *pickup* Ezekiel le pregunta a Agnes si quiere ir en el asiento delantero, entre nosotros dos. La niña nos deja con la boca abierta.

—No, *prefero* ir aquí atrás. Así podré ver si os dais un beso.

Lo miro a él, que la lleva de la mano, él me mira a mí y ambos la miramos a ella.

Ezekiel abre la puerta trasera y la sienta sobre el elevador infantil.

—¿Qué, mami? Tía Aly me ha dicho que *Esekel* es tu novio, y que si os vigilo veré cómo os dais algún beso. Me gusta tu novio, mami. —Y justo después de decir eso y dejarnos con la boca abierta, me guiña un ojo y el otro pestañea, incapaz de mantenerse abierto totalmente.

«¡La madre que la parió! Se va a enterar mi querida amiga, voy a tener que cortarle la lengua esa tan larga que tiene».

Ezekiel aguanta la sonrisa, lo veo en su cara y en cómo arruga los labios intentando que estos no se desternillen de la risa. Le pasa el cinturón de seguridad por delante a la niña y la ancla al asiento.

—*Esekel*, ¿a ti te gusta ser el novio de mi mami?

Dios, y todo esto en un solo día.

Cuando le contesta lo hace hablándole al oído, susurrando, como si pretendiera que yo no me enterara de su respuesta.

Y lo consigue, porque no me entero de nada. Tan solo veo cómo la niña asiente y se tapa la boquita al reírse, mientras su flequillo negro se balancea con el movimiento de su cabeza.

—Eh, eso no se vale. Mami tiene que saberlo.

Ezekiel niega con la cabeza, le da un beso en la frente y cierra la puerta. Ahora solo estamos nosotros dos en la acera, Aly y los niños ya entraron en casa.

Se levanta las gafas hacia la cabeza para que pueda verle los ojos.

—Te quiero, Madison. Te lo digo mirándote a los ojos.

«¡Y qué ojos! ¡Por favor!».

El dulce caramelo que los cubre se ha disuelto y me derrite a mí de paso, entonces me coge la barbilla con dos dedos y se acerca para darme un pequeño beso sin dejar de regalarme su ardiente mirada.

Ezekiel nos lleva a un restaurante en las afueras, yo no sabía ni que existía, y efectivamente, me como el mejor filete que he probado jamás.

Agnes disfruta viendo cómo un grupo de música *country* toca en directo desde un pequeño escenario. Yo no dejo de mirarla a ella, me encanta verla con sus mofletitos rellenos, feliz y moviéndose al ritmo de la música.

Ezekiel no deja de mirarme a mí. Lo sé porque cada vez que desvío la mirada, la suya está fija en mi cara.

De repente, Agnes parece recordar alguna cosa importante porque se traga de inmediato la comida y bebe de su vaso de refresco sorbiendo por la pajita antes de hablar.

—Ayer Joaquín se tiró un *peo* que pesa.

—¿Un *peo* que pesa? —pregunto yo sin dar crédito a lo que acaba de decir mi hija.

Ezekiel tose y casi escupe lo que tiene en la boca intentando controlar la risa.

—Sí. Se hizo caca encima.

Y así, hablando de las mierdas de la vida, nos reímos los tres como si no hubiera un mañana, resonando nuestras risas por encima de la música. Pareciendo una familia feliz, comiendo un domingo cualquiera de verano.

En deuda

—Esekel, ahora que eres el novio de mami, ¿no puedes quedarte aquí con nosotras? Así Thor podría dormir conmigo y tú, con mami.

La bruja de Aly ha sabido liarla pero bien. Ahora todo va a ir a pasos agigantados, o eso me temo. Que no digo que sea malo, pero no quiero que ella se abrume por todo esto. Quizá necesite su espacio en ciertos momentos.

La miro, esperando que ella le conteste a su hija, pero lo único que hace es mirarme a mí, con esa mirada cargada de complicidad, dejando claro que la niña me ha preguntado a mí y que ella no tiene inconveniente en que duerma en su cama cada noche. Es más, sé que no puedo conciliar el sueño si no estoy junto a ella.

—Además, si vives aquí al lado. Porfiii... —suplica la pequeñaja juntando sus manitas.

—Si a tu madre le parece bien... —concedo, pero dejo la última palabra a Madison.

Ella se levanta de la mesa y empieza a recoger los platos sucios de la cena. El pliegue del vestido se le ha quedado arrugado entre los muslos y deja entrever sus magníficas nalgas de color canela.

—Supongo que sí. Ahora que somos..., novios... —Parece que le cuesta admitirlo, aunque el brillo de sus ojos delata cuánto le gusta que lo nuestro tenga nombre—. Sería mucho más práctico.

«¿Práctico?».

«Sí, será la hostia de práctico no tener que entrar en su casa después de que se duerma la niña ni tener que salir de su cama antes de que amanezca. Podré despertarme con ella enredada en mi cuerpo, gimiendo y revolviéndose debajo de mí mientras le doy los buenos días. Hostia puta, eso sería lo más práctico del mundo».

—Entonces, trato hecho.

Agnes salta loca de contenta, se da media vuelta y va hacia la entrada donde Thor está echado.

—Venga, levanta, no seas vago, Thor. Vas a dormir conmigo, ¿no estás contento? —pregunta poniendo sus bracitos en jarras; es una mini Madison, mandona y peleona.

El perro obedece y empieza a caminar a su lado, lentamente, manteniendo el mismo paso que la niña.

Madison no para quieta, de aquí para allá, recoge la mesa y se dispone a limpiar los cacharros sucios de la cena. Sé que está nerviosa y busca algo que hacer para calmarse, no me ha dejado ayudarla en nada.

—Ezekiel..., si crees que no...

Me coloco detrás de ella, acariciándole la oreja mientras miro por la ventana que tenemos delante. En la calle ya está todo oscuro, solo la escasa iluminación pública alumbra el trozo de césped reseco que hay delante de su casa y los coches aparcados en la otra parte de la calle.

—Shhh —susurro después de morderle el jugoso lóbulo de la oreja—, ya lo hemos hablado. Y tú misma dices que será más práctico. —Recorro con las manos su vientre llegando hasta sus pechos—. No tendré que irme antes de poder hacerte el amor por la mañana.

Ella sigue limpiando los cacharros, con el agua resbalando por sus manos y los antebrazos.

—No intentes venderme tus dotes sexuales que, por otro lado, me encantan. —Sigo abrazado a ella entretanto habla y friega—. Pero ¿cómo lo vamos a hacer? ¿Qué pasa con mi trabajo? ¿Qué va a cambiar ahora que ya lo sé?

—Madison, todo va a seguir siendo como hasta ahora, la principal diferencia será que podré dormir tranquilo al tenerte a mi lado, en la misma cama y la misma casa. Y que, ahora, tú sabes qué es lo que hacemos los chicos y yo. Pero tu trabajo va seguir siendo el mismo. El taller sigue funcionando, tu sueldo sale de ahí. Los demás temas, no tienes por qué saberlos.

Deja la olla limpia en el escurridor, deshaciéndose de mi abrazo y girándose entre ellos al poner yo las manos en el fregadero, manteniéndola rodeada por mi cuerpo.

—¿Por qué estás más tranquilo si estás conmigo? ¿Es necesario que nos protejas estando aquí en casa?

Su cuello largo y suave me llama a gritos, así que dejo caer mi boca sobre su piel para inspirar su dulce aroma y regarle el camino de pequeños besos, hasta que llego a su boca.

—Ahora que te he encontrado no me gustaría perderte. No creo que haga falta que te diga el índice de agresiones que se comenten a diario. Así que, me da igual que estés en casa, que este barrio sea más tranquilo que otros, si puedo evitar que estéis solas, lo haré. Por tu tranquilidad, pero sobre todo por la mía propia.

No se resiste a mis besos y me deja que le devore la boca lentamente. Empieza a jadear cuando hago el abrazo más estrecho y la distancia que separaba su cuerpo del mío se hace inexistente.

Le paso un brazo por detrás de las rodillas y la cargo contra mi pecho, llevándola hacia el sofá.

—Vamos a ver una película. Supongo que Agnes no está dormida aún y cuando nos metamos en la cama no voy a poder apartar las manos de tu cuerpo.

La dejo caer de golpe sobre el sofá y se le escapa una exclamación de contrariedad pero se ríe. La cara se le ilumina y esa luz llega hasta el fondo de mi jodido corazón.

Sobre las once, después de habernos recreado el uno en el otro tranquilamente, con Madison sobre mi pecho, dormida plácidamente, suena mi teléfono que está en la mesilla.

Me extraña recibir su llamada, pero me deshago de Madison con todo el cuidado del mundo para que no se despierte. El leve zumbido del ventilador no evita que el susurro que sale de sus labios llegue hasta mis oídos. Ha dicho mi nombre como si estuviera diciendo algo sagrado. Se gira hacia el otro lado y me deja ver la increíble extensión de piel perfecta que es su espalda, hasta sus redondas y firmes nalgas. Estaba tan exhausta que no ha querido ni ponerse una camiseta.

La llamada ha finalizado, pero salgo de la habitación para ir hasta el comedor en la planta baja y así poder hablar con Cobo.

—Ez, ¿qué pasa, tío? —contesta con su voz de perro habitual. El tabaco acabará con él si no lo hace antes una bala.

—Todo bien por aquí, dime.

—Al hijoputa de Pete lo hemos estado vigilando. Efectivamente, es el topo que estaba chivateándole todo al puto policía. Ese tío está metido en algo más grande de lo que nosotros pensamos, Ez.

—Sí, lo suponía. Jeff ha conseguido descubrir un par de cuentas a su nombre en el extranjero y las cantidades son demasiado suculentas, ya no para un simple policía, sino para un puto policía corrupto. Ese dinero no lo ha podido sacar solo de intervenir a favor de alguna de las bandas. ¿Qué vas a hacer con tu muchacho?

Me gustaría arrancarle la cabeza con mis propias manos, pero sé que Cobo no me lo va a permitir. Le ha faltado al respeto y ha roto la confianza que le tenía. Él es el que gestiona la ley dentro de su banda y será él quien decida qué castigo merece ese chivato, aunque el castigo por ser una rata suele ser siempre el mismo.

—Por ahora, le he puesto vigilancia. Jeff me ha vendido un puto aparato por un ojo de la cara, y se lo he dado como un regalo. Un jodido reloj de oro en el que le ha instalado un dispositivo de seguimiento y audio. Me entero de todo, incluso de cómo se corre antes de tiempo en cuanto una puta le pone la mano encima.

Ríe cínico mientras exhala el humo de un cigarro que debe estar fumándose. Jeff es un puto genio.

—Una cosa más. Estoy con alguien.

Es un loco cabrón pero nuestra amistad está sellada y sé que puedo confiar en él. Hasta para mantener seguras a Madison y Agnes cuando yo no pueda al hacer algún viaje a por otro *lote*.

—¿La morenaza del taller? Qué jodido cabrón con suerte eres. —Ríe de nuevo, sé que se alegra. En la cárcel pasamos unos años juntos.

—Yo voy a ser su sombra. La tengo conmigo en todo momento, y en casa están seguras, ella y su hija. Pero para cuando baje a por *lotes* quiero tener la tranquilidad de que van a estar seguras en todo momento.

—Yo mismo iré a vigilarlas, *mano*. No tienes que preocuparte.

—No quiero que ella note nada. Solo quiero saber que están seguras cuando yo no puedo estar con ella.

—Ella es la mujer a la que atacaron Pete y sus colegas, ¿cierto? Cuando acabe esto, y nos quitemos del medio al puto Bellagio, podrás hacer con él lo que quieras, *mano*.

—No esperaba menos de ti. Pero me conformo con Bellagio. Se lo prometí a Jax. Tú puedes hacer lo que quieras con el chivato de Pete. ¿Estás seguro de todos tus hombres?

—Totalmente. Solo uno sabe lo de Pete, no quiero que lo maten antes de tiempo. Imagínate cómo se pondrían los demás si se enteran de que entre los nuestros hay un topo. No llegaría ni al desayuno. Pásate mañana por el club y charlamos de todo este tema de Bellagio.

Finalizo la llamada y paso por la cocina a por una botella de agua antes de subir a la cama con Madison. «¡Joder, qué calor hace en esta casa! De mañana no pasa que instalemos unos aparatos de aire acondicionado. Ya puede decir ella lo que quiera. Ahora que estamos juntos no va a tener que preocuparse de ciertas cosas que, hasta la fecha, la venían preocupando».

Al pasar por delante de la habitación de la pequeña Agnes me fijo en Thor, está tumbado a los pies de la cama de la niña, es increíble el instinto de protección que tiene, sobre todo con la cría. Tengo claro que si alguien intentara acercarse a ella, le arrancaría la cabeza de un bocado.

Ya en la habitación de Madison, me la encuentro tumbada sobre su espalda, con la sábana blanca enrollada entre sus piernas, mostrándose tal y como llegó a este mundo, deliciosa y desnuda. Tiene los brazos doblados por encima de la cabeza, sobre la almohada, los labios jugosos algo separados, relajada y satisfecha. Vestigios del cavernícola que aún conservo en mi ADN salen a la luz cuando me siento pleno al saber que yo soy el causante de ese brillo en su piel y de esa saciedad.

Mi cuerpo reacciona de nuevo en cuanto me acuesto a su lado y el suyo parece enterarse de mi presencia, ya que se le arrugan los pezones bajo mi atenta mirada. Y no puedo, por más que quiera, evitar despertarla, colocarme sobre ella e iniciar un nuevo ascenso hasta el cielo recorriendo con los dedos y la lengua cada centímetro de su tersa piel.

* * *

Una vez ha llegado Debby, que se ha sorprendido al ver a Ezekiel dentro de mi cocina tomándose un café, he ido al salón a buscar mi bolso para irnos a trabajar. Al volver hacia la cocina, Ezekiel estaba diciéndole algo a la canguro, pero no me he enterado el qué. Puede que algo sobre Thor, aunque ella parece tan acostumbrada al perro como mi hija.

Es lunes, yo estoy ansiosa por saber más, por saber qué podré hacer para ayudar cuando la casa de la montaña vuelva a llenarse de mujeres y puede que con sus hijos también. No hemos hablado nada sobre eso y me impaciento por saber más y más.

Como siempre, Ezekiel apoya su brazo en mi pierna mientras vamos en la moto, tranquilamente, sorteando el tráfico de la zona a primera hora de la mañana.

Cada vez que paramos en un semáforo se crea un poco de espectáculo. El rugido del motor de la *custom* es demasiado llamativo como para no girarse a mirar de dónde procede tal estruendo, sobre todo cuando acelera. Por más despacio que quiera ir, los golpes de gas hacen que el tubo de escape petardee.

Metó las manos por debajo de su camiseta y me entretengo acariciando sus abdominales y el camino de vello negro que baja hasta su entrepierna, me gusta jugar con esos pelitos de forma distraída mientras inspiro el olor que desprende su espalda.

Lleva una de sus manos hacia la mía y la aprieta con fuerza.

—Me estás acosando —me acusa.

Deslizo la mano más hacia abajo palpando, por encima del pantalón, la zona ahora adormecida.

—Denúnciame —replico.

Sonrío pegada a su cuerpo, no me importa el calor del ambiente, nuestras temperaturas se fusionan, se vuelven una y no siento agobio alguno por ello.

Coge mi mano y se la lleva hacia su boca, besándome cada dedo con la fuerza suficiente como para que sienta en mi piel esos bonitos labios que tanto me gusta besar.

Cuando el semáforo se pone verde, deja mi mano en su vientre y lleva la suya hasta el manillar de la moto, acelerando para volver a ponernos en movimiento.

En poco más de veinte minutos llegamos al taller. Algunos de los establecimientos que hay alrededor todavía no han abierto y Romeo parece ser que tampoco ha llegado aún, ya que la persiana que da acceso al taller sigue bajada.

Aparca justo delante. Me bajo de la moto y voy desatándome el casco, acercándome a la puerta mientras él hace lo propio y empieza levantar la persiana con el grafiti dibujado que da acceso al taller.

Al entrar, enciendo las luces y voy directa hacia mi pequeño despacho. Parece mentira el cambio que ha dado esto desde que yo estoy aquí trabajando. Antes, no había orden por ningún sitio, y todavía me quedan papeles que ordenar, clasificar y archivar, pero seguro que esta semana me pongo al día.

Romeo y Ezekiel se ríen de mí, dicen que soy demasiado ordenada y que jamás en estos tres años han tenido el despacho tan recogido. Enciendo el ordenador y espero que el dichoso sistema operativo quiera despertarse y así poder abrir el programa de gestión.

Repaso la lista de facturas que dejé sobre la mesa el viernes antes de irme a casa. Hoy toca preparar cheques para realizar algunos pagos. No sé por qué no lo hacen por transferencia, sería todo mucho más ágil y rápido.

Ezekiel sale de la pequeña cocina y viene hacia mi mesa con dos tazas en las manos. Me ha preparado un té, sabe que me gusta tomarme uno un rato después de desayunar y, para que no esté tan caliente, lo prepara con tiempo para que así el agua pierda algo de temperatura.

Enciende el aparato de aire acondicionado y sonrío por algo que no llego a captar.

Se sienta sobre la mesa mientras me observa moverme guardando carpetas en el armario archivador que antes estaba lleno de piezas grasientas de coches y motos. Me peleo con una de las cajas de archivo definitivo que se ha quedado atascada entre otras, estoy de puntillas con el brazo estirado hacia arriba, empujando la maldita caja que no quiere entrar.

Su roce me sobresalta, acaba de colocarse detrás de mí, encajando mi cuerpo en el suyo, recorre mis muslos con las yemas de los dedos y lleva una de sus

juguetonas manos hacia mi vientre, para después ir bajando hacia mis braguitas.

Suelto un jadeo y sonrío cuando apoya la boca sobre mi hombro descubierto y me muerde.

—Esto va a ser muy difícil. No me puedo contener —susurra contra mi piel, raspándome un poco la zona con su barba de unos días.

Me dejo hacer, creo que yo tengo la misma dolencia. A mis manos les cuesta mantenerse alejadas de su cuerpo.

—Quizá no ha sido buena idea venir a trabajar contigo... —Jadeo.

—Es posible que te despida y te retenga prisionera en mi cama durante tu horario laboral.

—Ambos sabemos que eso no puede ser.

—Porque tú no quieres... —se queja.

Oímos unos pasos y, antes de poder separaros, la voz divertida de Romeo llega hasta nosotros.

—Ezequiel, tío, si la veo desnuda no podrás echarme a mí la culpa.

No se aparta de mí, al contrario, lleva las manos hasta el borde del vestido y tira hacia abajo, intentando cubrir cuanta más piel mejor. Sé que es imposible que Romeo me vea, estoy encajonada entre el cuerpo de Ezequiel y la estantería.

—Buenos días, Romeo —saludo aguantándome la risa.

—Buenos putos días, Romeo. Sal y cierra la puerta —replica Ezequiel apretando los dientes.

—Buenos días, preciosa. —En lugar de escuchar su voz más lejana, la escucho mucho más cerca, como si hubiera entrado en mi despacho y se hubiera sentado en una de las sillas.

Me revuelvo entre el cuerpo de acero caliente que es Ezequiel y me doy la vuelta para ver, tal y como sospechaba, a Romeo sentado en la silla, bebiéndose un café.

—¿Cómo fue el viaje? —pregunto mientras Ezequiel emite un gruñido detrás de mí al tiempo que retira las manos de mi cuerpo.

—Bien, rápido y efectivo. Ahora tenemos una semana para preparar la casa de nuevo.

Me siento en la silla, Ezequiel se queda detrás de mí, apoyado en la estantería con los brazos cruzados sobre el pecho.

Romeo va vestido todo de negro, cosa que hace que la extraña combinación de color de sus ojos resalte más su exótica belleza.

—¿A qué hora has quedado con Cobo? —le pregunta Romeo a Ezekiel, estirando las piernas sobre mi mesa y cruzando un pie sobre el otro.

—A las doce. ¿Podrás llevar a Madison a su casa? —Se acerca a él y le da un manotazo en los pies, cosa que provoca que las piernas de Romeo caigan de inmediato al suelo y se le derrame encima parte del café.

—¡Serás capullo! —exclama este al caerle encima el líquido caliente.

Se levanta como un resorte y se quita la camiseta de un tirón, dejando al descubierto su esculpido pecho y una tableta casi tan increíble como la de Ezekiel.

Como el que no quiere la cosa, se acaricia el pecho en un acto inocente, buscando alguna rojez producida por la temperatura de la bebida. Parece contento con el resultado cuando eleva hacia mí su brillante mirada y me sonrío de medio lado y me guiña un ojo.

Niego con la cabeza, riéndome por lo tonto que es.

—¿Quién te puso el nombre? —pregunto y muevo el ratón sobre la alfombrilla para que la pantalla cobre vida.

—Mi padre. O mi madre. Ahora mismo no lo recuerdo. Pero lo que sí sé es quién lo gritaba anoche...

—Madison no tiene porqué conocer tus guarradas —interviene Ezekiel mientras le da una colleja.

—¡Au! —se queja Romeo, palpando esa zona y riéndose.

—Quizá le gustaría saber que su amiga Lilly se lo pasó muy bien anoche...

«Lilly, no hemos vuelto a hablar desde que fui a cobrar, y apenas tuvimos tiempo».

—¡Ah! Tengo que quedar con ella. ¿Así que has estado yendo a la cafetería para acosarla hasta que te ha dicho que sí?

—No. Bueno, he estado yendo a cenar casi cada día... —Sonrío de nuevo.

—Ponte una jodida camiseta y ve a reparar algo.

Ezekiel se acerca a mí, rodea la mesa y encierra mi cara entre sus manos, mirándome intensamente, antes de plantarme un beso en los labios.

—Me voy al taller. Si necesitas algo, ven a buscarme cuando quieras. Dentro de un par de horas me tengo que ir y antes quiero dejar listo un carburador.

—Bueno, yo también me voy a currar... —nos hace saber Romeo conforme va saliendo de mi despacho.

Ninguno de los dos le contesta ni le presta más atención.

—Tranquilo, yo lo tengo todo controlado. Tengo que pedir estas piezas, el otro día no hubo manera de hablar con el proveedor, espero que hoy haya más suerte.

La mañana pasa volando entre llamadas a distintos proveedores para localizar una pieza que, por lo visto, es difícil de conseguir y, por eso, le vamos a cobrar un pastón al dueño de la moto en cuestión.

Antes de que pueda levantar la vista de la pantalla del ordenador, Ezekiel entra en el despacho, secándose las manos con un trozo de papel. Me fijo en sus dedos, ahora con la piel algo manchada de restos de grasa negra, por haber estado trabajando con el motor del Mustang.

—Nena, me voy. Romeo te llevará a casa. Si necesitas comprar algo, díselo y, de camino a casa, paráis a comprar lo que sea.

Me levanto para abrazarlo y me atrae hacia su cuerpo, rodeándome con sus enormes brazos. Giro la cara y le beso el bíceps que tiene tatuado.

—Muy bien, nene. —Sonríe, dejando salir ese hoyuelo travieso.

—Esta noche vamos a utilizar el chocolate que compramos el sábado.

—¿Ah, sí? En ese caso estoy deseando que llegue la noche. Ten cuidado, macarra mío.

—Lo tendré, nena. Siempre lo tengo.

Nos damos un beso que empieza a durar más de lo que después somos capaces de detener pero lo finaliza y me planta uno suave en la punta de la nariz. Mi pequeño despacho vuelve a parecer más grande cuando Ezekiel sale de él.

Me fascina verlo caminar, ver su espalda de hombros anchos y fina cintura, con todos esos músculos marcados en su camiseta, los pantalones vaqueros ceñidos a su culo de infarto y a esos muslos bien trabajados y definidos.

* * *

—¿Rusos? —Me cuesta procesar lo que acaba de decirme Cobo.

—Estamos casi seguros de que sí. Que Jeff se ponga a trabajar con mi hombre a ver qué sacan. Por ahora estamos haciendo circular el rumor por las calles, ese Bellagio está más protegido de lo que pensábamos.

Llevo horas con Cobo y sus hombres, hemos salido a comer a uno de los restaurantes que tiene, y me ha puesto al día con sus investigaciones sobre el problema que tenemos en común.

Bellagio, que en principio no es más que un simple agente, está resultando ser un grano de tamaño considerable en el culo .

Los negocios de Cobo no son asunto mío, yo no intercedo en ellos y él no intercede en los míos. Sabe a qué nos dedicamos y conoce la existencia de los túneles que utilizamos pero nuestra amistad no viene de nuestra agrupación empresarial sino porque mientras estábamos en prisión yo recibí la puñalada que casi me costó la vida, evitándosela a él. Desde ese día, está en deuda conmigo y cuando nuestros caminos se cruzan, nos ayudamos mutuamente.

Otra cosa que nos une son las ganas de hacer desaparecer del mundo a Bellagio. Al parecer, el bueno del agente no solo está traficando con otras bandas contrarias a Cobo, facilitándoles el acceso a cantidades ingentes de droga confiscada a otras bandas, sino que ahora parece que está en nómina de una banda de mafiosos rusos que se dedican a la trata de mujeres, entre otras muchas actividades.

Por lo que puedo imaginar, Bellagio tiene la mosca detrás de la oreja en cuanto a nosotros; sobre lo que hacen Cobo y sus hombres no tiene ninguna duda —no sería la primera vez que lo detienen— pero contra mí, no tiene nada, no tenemos drogas, no llevamos encima armas que sean ilegales y me ganó la vida de forma honrada con mi taller. Pero el muy hijo de puta está al acecho desde que me sacaron de prisión y mi expediente quedó limpio. Mi ficha policial desapareció para compensar el error que habían cometido cuando no se molestaron en investigar si el asesino era yo. Para cuando todo se arregló, ya era demasiado tarde para ir a por mi madre. Llevaba muerta casi el mismo tiempo que yo me pasé en la cárcel.

Después de conseguir sacarme de la cárcel, Phil apareció muerto colgado en un puente, a las dos semanas. Nunca pude darle las gracias personalmente.

—¿Cuándo tienes que volver a bajar? —pregunta mientras le da una calada a su cigarro puro. Cuando llegue a casa tendré que ducharme antes de acercarme a Madison, sé que le asquea sobremanera este olor. A mí tampoco es que me atraiga demasiado.

—El sábado. Ya está todo listo. Nuestro contacto nos ha dicho que está todo mucho más calmado al otro lado de la frontera. Ya encontraron al preso fugado y la zona vuelve a estar tan bien protegida como siempre.

Sonríe por mi ironía. Sabe que nuestro acceso subterráneo a través de las montañas es muy difícil de rastrear y de localizar, gracias a la zona casi desértica. Tan solo debemos evitar que nadie nos descubra cuando accedemos y salimos de los túneles. Y esa parte está controlada gracias a la propiedad de Lupita, nuestro contacto en el sur.

—Bueno colega, ya me has entretenido suficiente por hoy.

Me levanto de la mesa, los platos ya hace rato que dejaron paso a los vasos de cristal grueso donde nos hemos tomado algunos lingotazos.

—Ez, ¿cómo llevas el Mustang? ¿Todavía sigues intentando arreglar esa vieja chatarra?

—Eh, por ahí sí que no paso. Mi Mustang es sagrado, cabrón.

Se levanta riendo con esa sonrisa tan fea que tiene. Parece una comadreja.

—Me parece que ahora tienes otro juguetito mejor con el que entretenerte. A ninguna mujer le gusta que la toquen con las manos llenas de grasa.

Recuerdo el momento de antes en el despacho con Madison, justo acababa de lavarme las manos para quitarme los restos de grasa de motor, pero esa jodida mierda negra se mete entre las uñas y es difícil quitarla por completo, pero a ella no le ha causado ningún asco dejar que mis manos vagaran por su cuerpo.

Levanto una ceja en su dirección, sin decirle nada más pero dejando claro todo lo que quiero decir. Mi relación con Madison no es de una noche de folleto loco con una mujer cualquiera y no está abierto a discusión ni a comentarios.

Dos de sus matones me acompañan a la puerta, me devuelven mi arma y salgo al cobijo del sol de última hora de la tarde. Hemos estado aquí dentro más de cinco horas. Hay que ver lo que le gusta hablar al cabrón de Cobo.

Me pongo el casco mientras paso la pierna por encima de la moto, subiéndome en ella. La calle está desierta, menos por un todoterreno negro y de

cristales tintados que está a mitad de la calle.

Arranco el motor y espero esa sensación de aceleramiento, lo que siempre noto cuando la gasolina entra en los cilindros y los pistones suben y bajan, la comprimen haciendo explotar algo en mi interior. Y es justo en ese momento en el que me doy cuenta de que hace días que ya no siento eso al llevar la moto entre mis piernas, al sentir su fuerza. Ahora, el motivo que me acelera, me impulsa y me calienta la sangre que recorre mis venas, está a media hora de aquí, posiblemente en la cocina, preparando la cena, jugando con su pequeña muñeca y esperando a que yo llegue para regalarme esas sonrisas, esas miradas que me hacen explotar.

De un golpe de gas acelero, no sin antes haber mirado hacia un lado y al otro antes de meterme entre el escaso tráfico de la zona.

Voy pensando en ella; en todo lo que ha cambiado desde que la conozco y se metió debajo de mi piel más profundamente que la tinta de mis tatuajes; —como dijo ella— y en cómo he sentido algo que no había sentido jamás por una mujer, por ninguna. Pienso también en el deseo incontenible de tocarla, de mantenerla segura, de hacerla gemir, jadear y gritar mi nombre, de inhalar el aroma embriagador que desprende su piel: es el mejor olor del día. Pienso en lo bien que vamos a dormir hoy después de bañarnos y de hacerla retorcerse de placer debajo de mi cuerpo porque, al llegar a casa, se habrá encontrado con los aparatos de aire acondicionado instalados y con la vivienda fresca. Eso me hace pensar en que es muy probable que se haya cabreado al ver que me he encargado de ello y, si esa tiene que ser nuestra primera discusión, estoy deseando llegar para poder reconciliarnos una y otra vez durante toda la noche.

Me paro en el semáforo de una calle que estaría solitaria si no fuera por mí y por el coche cuyos faros están deslumbrándome a través del pequeño retrovisor de la moto.

Mi cuerpo ha reaccionado a tanto pensamiento de Madison, no puedo pensar en ella sin empalmarme. Sería como pedirle a alguien que lleva mucho tiempo aguantando la respiración debajo del agua que, al emerger a la superficie, sus pulmones no reclamaran el aire de inmediato con una gran bocanada.

Justo en ese momento, el golpe de una roca gigante me aplasta, arrastrándome por el suelo metros, quizá kilómetros, después del impacto inicial.

Maldigo y grito por el dolor que siento en la pierna, se ha quedado atrapada debajo de los más de cien kilos de la moto, y el calor del motor empieza a quemarme la piel atravesando el pantalón.

La cabeza me ha rebotado en el suelo, intento incorporarme inútilmente, el todoterreno sigue empujándome hacia el final de la calle despejada y no puedo hacer nada más que intentar coger mi pistola y prepararme para lo que pueda pasar. Pero es imposible, no puedo llevar la mano hasta la parte trasera de los pantalones para coger mi arma.

De repente, me estampo contra un muro, el coche frena y todo lo demás pasa tan rápido que apenas soy consciente de nada.

Un hombre con un pasamontañas se asoma por la ventana del copiloto y veo cómo me apunta con su arma, consigo retorcerme en el último momento pero el impacto de la bala se clava en mi vientre, casi de inmediato; la velocidad del proyectil es demasiado para cualquier hombre.

Un extraño sentimiento se apodera de mí.

Ella.

Madison.

¿Habrán alguien con ellas? ¿Vigilando por su seguridad?

Mierda, no habrá nadie con ellas.

Solo Thor.

El calor de mi cuerpo empieza a brotar hacia fuera, la sangre me está abandonado. Sangre que debo mantener dentro de mi cuerpo para volver con Madison y decirle cuánto me alegro de haberla encontrado. Toda mi vida la he estado esperando y no pienso dejar que se me escape de entre los dedos de una forma tan miserable.

Mientras la oscuridad empieza a cernirse sobre mí, escucho gritos, algo que me parecen disparos y ruedas chirriando sobre el asfalto gastado por el que acabo de ser arrastrado.

Alguien se acerca a mí. Cobo.

—Avisa a Romeo. Madison corre peligro.

Y ya no tengo fuerza para decir ni hacer nada más.

Whisky

Agnes ya está cenando. Miro el reloj una vez más, veo que son más de las nueve y no hay ni rastro de Ezekiel. Me pregunto varias veces si le habrá pasado algo. Un extraño escalofrío me ha recorrido el cuerpo hace un par de horas y no ha sido por el agradable aire acondicionado que han instalado mientras yo estaba trabajando, no. Ha sido otro tipo de sensación, como un presentimiento que no había sentido nunca antes.

—¿Cuándo va a venir *Esekel*, mami? —pregunta mi pequeña mariposita, llevándose una cucharada más de crema de verdura a la boca.

Miro por la ventana de la cocina antes de contestarle. Se ven las luces de los faros de un coche. Pienso en la posibilidad de que venga con la *pickup* en lugar de con la moto pero no; enseguida me doy cuenta de que es el vecino octogenario de la última casa, con su vieja y destartada camioneta. Quizá podría decirle a Ezekiel que le haga un presupuesto para repararla entera. Una buena mano de chapa y pintura no le vendría nada mal.

Me seco las manos en un trapo y me giro hacia la niña.

—No creo que tarde, mi amor. Venga, acábate la crema y te daré el postre.

Le he preparado un plato de fresas, ahora le pondré un poco de nata, haciendo una pequeña montañita en el centro, como a ella le gustan.

De repente, Thor, que está sentado a los pies de la niña, se levanta, como si estuviera escuchando algo que yo no puedo oír.

Antes de que pueda retirarle el plato vacío de la cena a la niña, al perro se le encrespa parte superior del lomo y gruñe dirigiéndose hacia el salón.

¡Ay, Dios mío! ¿Habrá alguien ahí? Agnes llama a Thor para que no se vaya de su lado, pero no dejo que la niña se levante de la mesa.

Intentando mantener la calma con todas mis energías, cojo el cuchillo más grande que tengo en la cocina y busco mi teléfono móvil. Y me cago en todo cuando recuerdo que está en la mesita al lado del sofá, cargando la batería.

—No te muevas de aquí —le digo a la niña cuando salgo de la cocina siguiendo los pasos del perro.

Sus gruñidos no hacen más que alterarme y ponerme más nerviosa mientras me repito una y otra vez a mí misma que no será nada, que quizá haya entrado un ratón en la casa y eso haya puesto en alerta al perro.

La luz del salón está apagada, solo se ilumina con la claridad que emite el televisor en silencio, las noticias hablan de un atraco a un banco ocurrido esta mañana.

Thor va directo hacia las puertas correderas que dan al patio trasero, cuando la silueta de un hombre alto y fuerte aparece en la penumbra del exterior.

—¡Ay, no!

Cojo el teléfono y marco el número de Ezekiel, pero antes de que pueda dar ni un tono, el hombre del exterior está abriendo la puerta y entrando en mi salón.

Corro hacia la cocina, lo último que he visto ha sido al perro correr hacia la puerta que se estaba abriendo.

—Agnes, corre, corre, corre... —le digo y la cojo por debajo de los brazos, elevándola hacia mi pecho, pensando solo en escapar de aquí por la puerta delantera y ponerme a gritar para que algún vecino pueda escucharme y ayudarnos.

Pero, antes de que pueda salir de la cocina, Thor aparece poniéndose en medio y obstaculizando el único paso de huida que tenemos mi hija y yo.

—¿Qué pasa, mami? —repite ella al ver que no le contesto.

La sostengo apoyada en mi cadera con un brazo, mientras que en la mano derecha empuño con fuerza el cuchillo.

Levanto el brazo con todas las intenciones de salir de aquí con mi hija sin un solo rasguño cuando, ese hombre se planta delante de mí dejándome más fría que el hielo.

—Madison, baja eso, por Dios. ¡Si te haces daño, me matará!

—¡¿Romeo?! ¡¿Qué estás haciendo?!

No me puedo creer que sea él. ¿Por qué ha entrado en mi casa de esta manera?

—Tenemos que irnos, rápido.

Me coge del brazo y me quita el enorme cuchillo de las manos, por lo visto, no he opuesto demasiada resistencia porque ha conseguido sacarlo de entre mis dedos con una facilidad pasmosa.

—¿Irnos? ¿Adónde? ¿Dónde está Ezekiel?

Su gesto se contrae un poco pero puedo ver que no vacila con la determinación de su mirada.

Clava sus dedos en mi brazo haciéndome algo de daño.

—Madison, no hay tiempo, coge algo de ropa para ti y para la niña y vámonos.

Parece percatarse en ese momento de que Agnes lo está mirando un poco asustada, cuando se agacha y pone su cara a la altura de la de la niña, sonriéndole con esa sonrisa que, seguro, enloquece a la mayoría de mujeres y, por extraño que parezca, la niña se relaja y le sonrío.

—Hola, preciosa. Tenemos que irnos, ¿quieres coger algunas muñecas para jugar?

—Vale. ¿Thor viene con nosotros? —Ella siempre preocupada por el perro.

Empiezo a negar con la cabeza mientras él vuelve a mirarme a mí y su gesto vuelve a ponerse serio de nuevo.

—No pienso moverme de aquí hasta que no venga Ezekiel.

—Madi, preciosa, deja que la niña suba a por sus cosas.

Acompaña sus palabras con un gesto muy significativo, dándome a entender de forma clara que tiene que decirme algo y que es mejor que la niña no se entere de ello.

Vemos cómo mi hija empieza a subir las escaleras, con el perro caminando tranquilo a su lado. Thor está relajado con la presencia de Romeo aquí. Lo miro interrogante a los ojos, esos ojos de diferente color, buscando en ellos las respuestas que aún no me ha dado.

Mi cuerpo se estremece por el miedo que siento al ver algo parecido al dolor en los ojos del mejor amigo de Ezekiel.

—Madi, no quiero que te asustes...

No puedo controlar más los nervios y la angustia que me recorren entera.

—Dime dónde cojones está Ezekiel. Oh, Dios mío... —La verdad que veo en sus ojos me dice que si Ezekiel no ha venido, solo puede haber un motivo para

ello—. Le ha pasado algo, ¿verdad?

El miedo me inunda como un torrente desbocado y me fallan las fuerzas para mantenerme en pie. Me apoyo contra el marco de la puerta y Romeo vacila antes de ponerme un brazo en la cintura y sujetarme.

—Está en la casa. Lo están operando.

¡¿Que qué?!

—¿En la casa? ¿Que lo están operando en la casa? —Mi cerebro no da para más. El presentimiento de que algo malo había pasado se agarra con fuerza a mi cuello y me lo estruja, impidiendo que el aire apenas pueda pasar y llegar hasta mis pulmones cada vez más vacíos.

—En la casa hay algo parecido a un quirófano. Michelle está con él. No te preocupes.

Con una rabia incontrolable me deshago de su abrazo, empujándolo en el pecho para apartarlo de mí y poder mirarle de nuevo a la cara.

Su fuerza hace acto de presencia y me coge de ambos brazos, zarandeándome para que me calme y escuche lo que tiene que decirme.

—Deja de perder el tiempo y vámonos, en la furgoneta te lo acabo de explicar. Si no estás allí cuando despierte de la anestesia, me cortará las pelotas y se las comerá para desayunar.

Parpadeo intentando entender lo que me está diciendo.

—¿Él te ha pedido que vengas a por mí?

—Lo último que dijo antes de perder el conocimiento fue tu nombre. Venga, espabila, coge cuatro cosas necesarias, ya vendremos a por más. Ahora tenemos que irnos.

Otro pensamiento inquietante cae sobre mí como un jarro de agua fría. No solo tiene prisa por llevarme a la casa para estar allí cuando despierte Ezekiel. Hay otro motivo por el que nos tenemos que ir con tanta velocidad.

Aquí no estamos seguras.

En cinco minutos, he preparado una mochila con algo de ropa mía y de Agnes, ella ha metido algunos de sus unicornios en una bolsa y Romeo se ha encargado de cerrar la casa a cal y canto.

Una vez subidos en la furgoneta, con Agnes sentada en el asiento trasero junto con su inseparable Thor, nos ponemos en marcha, dejando atrás mi casa, el

barrio, la ciudad, la autopista, la carretera y toda mi paz y seguridad.

Cuando pasamos por el desvío que lleva al acantilado donde Ezekiel y yo hicimos el amor hace tan solo dos noches, no puedo controlar más el llanto y dejo brotar las lágrimas.

Romeo, que no ha dicho nada en todo el camino, sigue conduciendo por la oscuridad, rápido pero seguro en sus movimientos, concentrado en lo que está haciendo. Durante mucho rato ha comprobado que nadie nos siguiera.

Su teléfono ha sonado un par de veces, el nombre de Lilly aparecía en la pantalla, pero ha rechazado las llamadas sin más.

A esta hora de la noche apenas hemos encontrado tráfico, así que estamos llegando a la casa de la montaña en algo más de media hora. La puerta corredera de la entrada se abre y veo la construcción principal, donde están aparcados dos coches.

Antes de que la furgoneta en la que vamos se detenga, me deshago del cinturón de seguridad e intento abrir la puerta.

—Madison, sé que quieres verlo pero, por favor, si tienes un solo rasguño, me matará. Te agradecería que no atentes contra tu propia integridad.

Lo miro y asiento lentamente, ya estamos aquí, un minuto más y estaré con él.

Aparca y la puerta de la casa se abre. Aparecen David y Kenny. Romeo apaga el motor de la camioneta y me coge de la mano antes de dejarme bajar.

—Madison, estate tranquila. —Sus ojos hacen un movimiento señalando la parte trasera de la furgoneta, donde mi hija está dormida abrazada a su peluche preferido.

—¿Está muy mal? Dime la verdad —sollozo.

—Está algo magullado, como si lo hubieran masticado y escupido. —El gesto de mi cara hace que reaccione a su vocabulario—. Solo quería restarle importancia. Es duro como un roble. Ya lo verás.

Asiente y me suelta la mano, así que me giro hacia la puerta donde Kenny ya está esperándome.

—Madison —asiente con la cabeza. Él es el menos hablador de todos. Su aspecto me intimida un poco, pero sé que Ezekiel confía en él sin ningún tipo de reticencia.

—¿Dónde está? ¿Puede alguien explicarme qué le ha pasado?

Miro a los tres hombres que están frente a mí. Romeo se ha puesto a mi lado y mantiene una mano en mi espalda, infundiéndome algo de seguridad.

—Está en la habitación. —David señala con la cabeza hacia la construcción de piedra más pequeña que Ezekiel me enseñó el otro día.

Me giro para ir hacia allí pero la mano de Romeo se ocupa de detenerme.

—No, Madi. Tenemos que esperar a que Michelle nos avise de que ha acabado.

Cierro los ojos, echando la cabeza hacia atrás mientras dejo escapar un grito de frustración.

—Decidme de una maldita vez qué le ha pasado..., por favor. —Me dejo caer al suelo, flexionando las rodillas y metiendo la cabeza entre estas, masajéandome el pelo a punto de tirar de él para calmar el dolor que siento en el centro del pecho.

Kenny se inclina hacia mí y me habla, con esa voz grave y dura que lo caracteriza.

—Un todoterreno ha impactado contra él y la moto...

¡Oh! ¿Ha sido un accidente de tráfico?

—¿Y por qué lo habéis traído aquí? ¿Por qué no está en un hospital?

No entiendo nada.

El *zum zum* de las cigarras se mete dentro de mi trastocada cabeza y me pone más nerviosa aun si cabe.

—Vamos dentro. Cogeré a Agnes y la acostaré en una de las camas. — Romeo me ayuda a levantarme.

—Vamos, Madison, preciosa. Está en buenas manos.

David tira la colilla del cigarro que se estaba fumando y la apaga de un pisotón. Viene hacia mí y me rodea la cintura.

—Vamos dentro. Podrás tomarte algo para calmar esos nervios.

Veo pasar a Romeo con Agnes en los brazos, dormida y abrazada a su unicornio. Thor baja detrás, me mira y va hacia Romeo, siempre detrás de la niña.

Dejo que me lleven dentro. Apenas soy consciente de cómo llego al interior, de cómo acompaño a mi pequeña mariposita a la habitación donde Romeo la

coloca con sumo cuidado en el centro de una gran cama.

—Deberías descansar un rato. Creo que tienen para un par de horas más.

Las lágrimas siguen surcando mi cara, esperando ansiosa a que alguien en este puto sitio me diga qué es lo que tiene Ezekiel.

—¿Se va a morir? —Me duele el pecho solo de imaginarlo.

—Por supuesto que no. Madi, tiene una pierna mal y un tiro en el vientre. — Ahogo un grito poniendo ambas manos delante de mi boca—. Si hubiera sido dos centímetros más a la derecha, no lo cuenta. Pero no ha sido así. Michelle está capacitada para hacer lo que está haciendo. Ezekiel se encargó de ponerla en nómina, y no es la primera vez que nos cose a alguno de nosotros.

Me abrazo a él, mi cara impacta contra su pecho y sus brazos me acunan con ternura.

—Shhh. Shhh. No llores, preciosa. Cuando despierte se dará cuenta y se sentirá como una mierda.

—Eso espero. Que se sienta tan mal como me siento yo ahora —rechisto y vuelvo a hipar por el llanto.

—Supongo que, por cosas así, es por lo que ha caído rendido a tus pies. Venga, deja de preocuparte, ha salido de cosas peores.

Me da un beso en la cabeza y espera a que yo me sienta segura como para dejarlo ir sin temor a caerme de bruces al suelo.

La habitación está muy cerca de la cocina y Agnes no suele despertarse nunca en mitad del sueño, así que decido dejar la puerta entreabierta e ir a sentarme en el sofá con Romeo y los demás, a la espera de que Michelle me deje entrar a verlo.

Kenny está sentado en un sillón, mirando algo en un ordenador, habla por teléfono con alguien que deduzco que será Jeff.

David me acerca un vaso con un líquido dorado, *whisky* y, aunque en situaciones normales no lo aceptaría, hoy necesito un trago de algo fuerte que me ayude a adormecer un poco todo este manojo de nervios que es mi cuerpo ahora mismo.

Me acerco a la pila de la cocina, abro el grifo y me refresco la cara y el cuello con el agua fresca. Me recojo el pelo en un moño alto y me agarro con fuerza a la encimera mientras dejo caer la cabeza y cierro los ojos.

Está todo en silencio. Solo escucho el teclear de Kenny en el ordenador. David y Romeo están afuera hablando entre ellos o por teléfono.

Kenny recibe una llamada y contesta con ese tono imperativo y de malhumor que lo caracteriza.

—Dime.

Asiente a lo que le dicen y aprieta las mandíbulas, me parece escuchar el roce de sus muelas desde aquí, por su expresión no parece que sean buenas noticias.

Me acerco al sofá y me dejo caer, doblando las piernas y sentándome sobre ellas, haciéndome un ovillo lo más recogido posible, lo que sea con tal de quitarme este frío que me acompaña desde hace más de una hora.

—¿Sabéis quién ha sido? —pregunto cuando finaliza la llamada.

—Ha sido un accidente de coche —contesta sin mirarme, atento a la pantalla del ordenador.

—Romeo me ha dicho...

—Joder con Romeo... —exclama él pero sin darme una respuesta.

—¿Por qué no queréis decírmelo? —susurro ya sin fuerzas. El lingotazo de *whisky* me ha relajado mucho.

Deja el ordenador a un lado y fija en mí su mirada verde iracunda. Me da un poco de miedo estar aquí con él sin que Romeo esté presente.

—Él te quiere segura. Y así es como vamos a manteneros a ti y a tu hija. No vamos a contarte nada que te ponga más nerviosa. —Tuerce el gesto—. Aunque ya veo que Romeo es incapaz de mantener la boca cerrada.

—Me pongo más nerviosa si no me decís nada sobre lo que le ha pasado.

—No. Te pondrás más nerviosa con cualquier dato que te demos. Hasta que no puedas entrar a verlo no te calmarás, hasta que no veas con tus propios ojos que está mal pero que se va a poner bien. Nosotros ya estamos ocupándonos de todo. Así que trata de relajarte lo máximo que puedas porque la noche va a ser larga.

Asiento lentamente, sin dejar de mirarlo.

—¿No te caigo bien, verdad? —no puedo evitar preguntarle. Ezekiel ya me ha advertido que Kenny es así con todo el mundo, es un hombre cerrado, taciturno y peligroso, pero no entiendo por qué en estos momentos tiene que hablarme de una forma tan fría.

Retiene algo que podría ser una sonrisa, pero se queda en una mueca fea que enturbia su mirada amenazadora.

—Madison, tú has preguntado. No voy a engañarte para que pienses que te lo vas a encontrar tan fresco como una rosa. Tiene quemaduras en una pierna y la herida en el vientre pero no voy a explicarte nada más de cómo o quién se lo ha hecho. Créeme, no tengo nada en tu contra. Me alegro de que Ezekiel te haya encontrado. Llevaba mucho tiempo siendo un lobo solitario. Y los lobos necesitan tener su propia manada.

Ese comentario me descoloca, no sé cómo tomármelo, y un dolor de cabeza incipiente empieza a amenazarme quitándome la poca capacidad que tengo ahora mismo de pensar con claridad.

No hablo con nadie más en las tres horas que pasamos aquí, esperando. Me he quedado un poco dormida acurrucada en el sofá y cuando me he despertado tenía una manta cubriéndome el cuerpo.

La puerta se abre lentamente y entran David y dos mujeres que no reconozco. Van vestidas con uniformes blancos y llevan un maletín cada una. Y la tercera en entrar es Michelle.

Solo la he visto una vez pero algo en su cara cansada me indica que todo ha ido bien.

Me levanto, sin dejar de mirarla. No quiero que se vaya sin explicarme qué tiene Ezekiel. Ella deja el maletín en el suelo junto a las otras dos mujeres y se acerca a mí.

—Madison, me alegro de verte. —Sonríe ligeramente.

—Ezekiel. ¿Cómo está? —Me acerco a ella deseosa de tener, por fin, alguna respuesta.

Coloca una de sus manos en mi hombro antes de hablarme.

—Está bien. Fuerte como un toro. Había orificio de entrada y de salida, la bala no ha tocado ningún órgano vital, pero ya sabes que la sangre es muy escandalosa. —Sonríe otra vez como para restarle importancia al hecho de estar diciéndome que le han agujereado el vientre de un balazo a mi novio—. Le hemos curado las heridas de la pierna derecha y ahora la tiene vendada. Se quejará.

—¿Por el dolor? —pregunto.

—También, pero más por el picor y el calor que le producirá el vendaje. Mañana le haremos las primeras curas. Tendrá que mantener reposo, cosa que será difícil conseguir en él, pero seguro que a ti te hace más caso que a cualquiera de nosotros. Ven, te acompañaré a verlo.

No sé hasta qué punto sabe esta mujer de las actividades de Ezekiel y los chicos, aunque creo que debe saberlo todo o casi todo, así que evito preguntarle nada más sobre quién le ha hecho eso.

Salimos a la oscuridad de la noche, solo se ve iluminado la zona del porche donde está la puerta y por la que sale la claridad de las luces del interior de la casa. El camino hacia la casa pequeña está a oscuras y, en una noche sin luna como esta, es difícil ver por donde estás caminando si no conoces bien el terreno.

—Yo dormiré aquí esta noche. Así que no te preocupes. Estará a punto de despertarse de la anestesia, comprobaré qué tal sigue y os dejaré solos. No ha parado de decir tu nombre hasta que la medicación le ha hecho efecto.

Ahora que han pasado unos segundos en plena oscuridad, mis ojos se han acostumbrado y puedo distinguir la sonrisa blanca de la doctora cuando se gira para mirarme.

No puedo dejar de pensar que cuando él estaba repitiendo mi nombre, yo he sentido ese escalofrío esta tarde; una reacción física de mi cuerpo que me avisaba de algo. Algo malo.

Abre la puerta de madera y pasamos al interior de la casa que vi hace tan solo dos días. Esta vez, me fijo en la puerta que hay a la derecha, el sábado no reparé en ella, por la cual sale una tenue luz y se escucha un *bip bip*, un monitor enchufado al cuerpo de mi motero peligroso favorito.

En efecto, parece una habitación de hospital, el olor a antiséptico inunda mis fosas nasales, hay una camilla, aparatos médicos y cajas con medicamentos, gasas, vendas, inyectables y demás.

Kenny y Romeo están a su lado en la cama. Me coloco a los pies de esta, sin atreverme a mirarlo directamente. Escuchar los latidos de su corazón en ese horrible aparato no me tranquiliza.

Pero un repentino movimiento de sus pies hace que eleve la mirada hacia él.

—Se está despertando —comenta Michelle, mirando el gotero que Ezekiel tiene puesto en el brazo—. No tiene fiebre y sus pulsaciones son fuertes. Está jugando al escondite con nosotros y no quiere abrir los ojos. —Sé que ha intentado hacer una broma.

Los dos hombres lo miran pero no demuestran nada con sus gestos. La única que no puede controlarse soy yo. Ellos ya deben estar acostumbrados a estas situaciones, yo no. Y verlo a él ahí..., dormido, tapado con una sábana blanca, con el pecho descubierto, creando ese contraste entre su perfecta piel morena y el blanco mortecino de la tela que le cubre parte del cuerpo, me recuerda que, por más fuerte que sean sus músculos, por más resistencia física que tenga, una bala no tiene rival.

—¿Madison? —Su voz es apenas un susurro rasposo. Hasta que no deslizo la mirada hacia su cara no me doy cuenta de que está parpadeando y de que sus labios se mueven de forma lenta.

Un profundo suspiro escapa de mi pecho antes de reaccionar y acercarme a él. Romeo se retira y me deja ponerme a su lado, llevo con cuidado mi mano temblorosa hacia la suya, abre y cierra los dedos de forma espasmódica. No sé si es normal o está reclamando mi contacto.

Al tocarnos deja de abrir la mano, encierra mi pequeña mano entre sus dedos y me retiene ahí, fuerte y seguro.

—Ya os podéis ir, nenazas. —Sin apenas abrir los ojos, tuerce el gesto de su cara después del insulto cariñoso que le regala a sus colegas.

—Bueno, parece que el muchachote se ha despertado bien. ¿Cómo te encuentras, Ez? —pregunta Michelle desde el otro lado de la cama.

—Quiero beber algo. Que no sea agua ni suero. —Kenny y Romeo estallan en risas y Michelle, siendo más discreta, ríe su gracia pero le niega el deseo.

—De eso nada, muchacho. Nada de beber hasta mañana. —Michelle vuelve su cabeza de rizos negros hacia mí y me explica que puedo mojarle los labios con una gasa empapada en agua pero que nada de caer en sus redes de macho caprichoso—. Intentará convencerte para que le des algo más. No lo hagas. No le estarías haciendo ningún bien. Bueno, los chicos y yo nos vamos a la casa.

Entonces pienso en Agnes, ¿y si hoy se despierta antes de hora y se asusta al no verme con ella y no saber dónde está?

—¿Y mi hija?

—No te preocupes, yo dormiré en su misma habitación —aclara Michelle—. En cuanto se despierte te aviso, no se asustará si tiene a Thor al lado.

Me cuesta creerlo pero es así, mi niña valiente no se sorprenderá de no estar en casa, si el enorme perro está junto a ella cuando despierte, no temerá nada.

—¿Habéis hablado con Cobo? —Tose por el esfuerzo que le produce hablar con la garganta y la boca secas—. ¿Habéis localizado el coche?

—Eres tan pesado como tu chica, deja de preguntar y descansa esta noche. Mañana te mantendremos informado de lo que descubramos esta noche. — Kenny no solo me calla la boca a mí, parece que tampoco tiene intención de explicarle nada a Ezekiel.

Romeo le da un apretón en el brazo y se gira sin decirle nada. Pero Ezekiel le habla antes de que salga de la habitación.

—Romeo, gracias por traerla, hermano. —La mano de Ezekiel se cierra con más fuerza sobre la mía.

—Lo que sea, hermano. Ya lo sabes —contesta Romeo volviendo hacia la cama. Coge un butacón y lo acerca a mi lado para que pueda sentarme al lado de la cama de mi novio convaleciente.

—Bueno, parejita, aquí os dejo. Madison, ese pulsador de ahí va directo a un busca que siempre llevo encima, si notas que tiene fiebre o que se queja de algo, apriétalo y vendré enseguida. Y no te preocupes por la niña, está en buenas manos.

Ya conoce a Romeo, está con Thor y yo estoy a quince segundos de ella; puedo quedarme tranquila aquí, pendiente de Ezekiel.

—Gracias, Michelle. —Ella sonrío y asiente con una mirada cómplice puesta en la unión de mi mano, que casi no se ve, envuelta como está por la mano de Ezekiel.

—Madison, te traeré algo de comer para ti. Lo dejaré en la mesa del salón — me informa Romeo—. Ahora que sabes que está bien, supongo que te habrá vuelto el apetito.

No he querido comer nada desde que llegamos, no había cenado esperando a que llegara Ezekiel y después ha pasado todo lo demás.

—No tengo hambre, pero gracias, Romeo.

—Tienes que comer —replica Ezekiel—. Tráele la comida, hermano. Se la comerá después.

«¿Vaya, ahora parece que la que necesita cuidados soy yo?».

—Perdona, pero aquí el único enfermo que necesita cuidados eres tú —le digo en un susurro, inclinándome hacia adelante, acercándome a él.

—Dame un beso ya y déjate de discutir conmigo. —Tira de mí hasta desequilibrarme.

—¡Ezekiel! Casi me caigo encima de ti, ¿qué quieres, que te haga daño? — Me da miedo tocar alguna parte de su cuerpo masticado y escupido, tal y como lo ha puntualizado antes Romeo. No quiero ver cómo están su abdomen ni su pierna debajo de esa sábana blanca.

Sus ojos se abren al completo y se clavan en mi mirada. El caramelo líquido al que me tiene acostumbrada brilla de manera distinta y me reclama pidiéndome que deje de discutir.

—Nena, me estaba muriendo aquí sin ti, solo quiero sentir tus labios sobre los míos.

Romeo y Michelle salen y cierran la puerta de la habitación medicalizada.

Al ser consciente de su presencia, de su estado, de sus ojos atormentados, me desmorono de nuevo y empiezo a llorar. Sin emitir ningún sonido, solo dejando que las lágrimas resbalen por mis mejillas, acumulándose en mi barbilla y goteando después sobre el brazo de Ezekiel.

—Nena, estoy bien —su voz dice lo contrario—. Ven aquí, acerca tu cara a la mía y dame un beso con esos labios de fresa que tienes.

Me hace reír la forma de expresarse que está utilizando encontrándose en el estado en el que está.

—La anestesia te hace hablar de una forma muy graciosa —digo acercándome a su cara. Observo cada poro de su piel, cada pestaña negra que enmarca esos ojos de caramelo que tanto adoro. Soy muy prudente al mirar anhelante sus labios, porque él mira los míos como si llevara una eternidad sin verlos y sé que eso provocará que quiera besarme; me acerco a ellos hasta casi rozarlos.

Medio sonrío y ese hoyuelo solitario aparece en su mejilla. Nuestras narices se rozan, mientras mantenemos la mirada fija en los ojos del otro.

—Me tenías muerta de miedo —confieso en un susurro.

—Ven aquí, mi reina. Se necesita algo más que una bala para alejarme de ti.

Sin remedio, nuestros labios se encuentran. Es un roce suave, sencillo, cargado de amor pero también de miedo.

Gruñe, no sé si de dolor o de satisfacción, porque posa una de sus manos en mi cabeza y me retiene ahí para él.

—Por cierto, estoy enfadada contigo. No quería que te gastaras ese dinero en aparatos de aire acondicionado y menos para una casa tan vieja.

Parece recordar algo, pestañea y vuelve a centrar la mirada en mi cara antes de hablar.

—Estaba pensando en ti. En tu posible cabreo y en la agradable reconciliación que habríamos tenido esta noche.

No sé qué decirle. Parece que la conexión que sentimos va mucho más allá de algo meramente físico.

—Yo también estaba pensando en ti. En nosotros.

—En las fresas, el chocolate y el bote de nata.

Justo al decir esa frase hace un gesto de dolor. Me asusto y me separo de él pensando que he podido hacerle daño sin querer.

—¿Qué te pasa? ¿Estás bien? —Miro su cuerpo cubierto por la sábana, a excepción de su pecho y cabeza que están visibles, y veo que un bulto considerable empieza a empujar la tela blanca hacia arriba, creando una tienda de campaña.

Lleva una de sus manos hacia su entrepierna y acomoda el bulto que se ha formado ahí.

—Uff, si me empalmo me duele todo —se queja, sonrío apretando los dientes, pero su ceño fruncido no me engaña. Sé que le duele.

—Será mejor que no hablemos más sobre esas cosas que te provocan... — Sonrío yo también por primera vez en esta larga noche.

—Madison, no me hace falta pensar en recorrer tu cuerpo cubierto de chocolate, solo con tu nombre ya me pongo así. —Señala la parte de su cuerpo que ha multiplicado su tamaño.

Se escucha la puerta principal, unos pasos y, unos segundos después, dos golpecitos en la puerta de la habitación hacen que me gire hacia allí para ver

quién será. Aparece Romeo, con una bandeja en la mano.

—Ya tienes aquí la cena.

—Gracias. —Sale sin más y volvemos a estar solos Ezekiel y yo.

—Ve a cenar. Estoy bien —me asegura sin soltarme la mano. Se la lleva hacia la boca y me besa cada nudillo, después le da la vuelta y me abre la palma, para besar el centro repetidas veces.

—Es mejor que te deje descansar. Como en el salón y enseguida vuelvo. No te vayas a mover de aquí. —Lo señalo con el dedo índice en un gesto de advertencia.

—Aquí estaré cuando vuelvas.

La verdad es que no me apetecía mucho comer pero este estofado está tan delicioso que no paro hasta acabármelo todo. Incluso he rebañado el plato con el pan y me he bebido todo el zumo de manzana que había en la botella. Veo que también han traído una cesta de frutas.

Utilizo la pila que hay para limpiar el plato y los cubiertos que he utilizado. Al girarme, me fijo de nuevo en toda la estancia, el otro día cuando entré apenas me fijé bien en nada, estaba alterada por todo lo que acababa de desvelarme Ezekiel y al entrar aquí no me reparé en nada más que en lo superficial.

Me acerco hacia una de las puertas que hay en la pared del fondo, es una habitación con una gran cama de matrimonio y una más pequeña al lado. Hay una cómoda y un armario con las puertas algo abiertas, dentro solo hay un par de mantas, ropa de cama y toallas. Un televisor de pantalla plana es lo único que adorna una de las paredes.

Salgo y voy hacia la otra estancia, es el cuarto de baño que ya sabía que había pero aún no lo había visto. Tiene una ducha con un grifo de lluvia, las paredes alicatadas con bonitas baldosas, parece que se ha reformado no hace mucho. En la otra puerta hay una habitación individual.

De vuelta a la cocina comedor voy hacia la habitación en la que se encuentra Ezekiel.

Al entrar, me lo encuentro dormido. El sonido del monitor que tiene a su lado, el cual marca con una líneas verdes los latidos de su corazón, me recuerdan que está a salvo; el gotero le está suministrando algo para el dolor y otra bolsa que cuelga es un suero, algo que me ha quedado claro que no le apetecía para

nada. Si yo, que no suelo beber algo tan fuerte como el *whisky*, hoy he necesitado tomarme una copa, es normal y comprensible que él, que lo han arrollado mientras iba en su moto y también le han disparado, quisiera beber algo más fuerte que un vaso de agua.

Al fondo de la habitación hay una camilla, separada de la zona donde él está durmiendo por una cortina verde que cuelga desde el techo a un metro del suelo. Ahí debe de ser donde Michelle lo ha operado.

Me acerco intentando hacer el menor ruido posible. Me descalzo, dejando las sandalias a los pies de su cama, y me siento en el mullido sillón de acompañante que está cerca de su lado derecho.

Todavía no he visto el desastre que le han hecho a su cuerpo, sé que tiene mal una pierna y la herida de la bala, pero seguro que algún que otro moratón habrá.

Tiene los brazos extendidos, con las palmas de las manos abiertas, sin hacer fuerza, está profundamente dormido y relajado. Parece que es consciente de que lo estoy mirando porque se mueve, girándose un poco sobre su lado izquierdo pero sin llegar a darse la vuelta por completo.

La sábana se enreda entre sus piernas y se le baja un poco más, mostrándome su vientre hasta el ombligo enmarcado en esos duros abdominales que tiene. El fino camino de vello negro, con el que me gusta jugar cuando vamos en la moto —el que baja hasta su entrepierna—, está a punto de ser visible, así que decido colocarle bien la sábana para que tampoco me afecte de más ver su cuerpo de infarto.

Al levantar el borde de la tela veo que lleva puestos unos calzoncillos blancos y sé al momento que alguien ha tenido que dejárselos, porque toda la ropa interior que le he visto hasta ahora siempre ha sido negra.

También veo el pequeño vendaje cuadrado que tiene pegado a su piel. Es un trozo pequeño pero saber que debajo de eso tiene una herida de bala, vuelve a ponerme sensible y le coloco la sábana por encima para evitar verla más. Aunque solo sea por ahora, sería muy ingenua si pensara que mañana habrá desaparecido y que no voy a tener que verla nunca más.

Yo me encargaré de curarlo. Lo hice con las heridas en la piel que se le formaron a mi madre al final de su larga y dura enfermedad. Verlo a él ahí postrado, aunque no esté en un hospital, me revuelve muchas cosas por dentro.

La enfermedad de mi madre y todos aquellos días cuidando de ella vuelven a mi mente como si hubiera sido ayer y no hace cuatro años.

—¿Cómo van las cosas con ese chico? —pregunta mientras le cambio el vendaje.

—Bien, mamá. Creo que más que bien. ¿Sabes?, mi compañera del turno de tarde me dijo que el otro día lo vio entrando en una joyería.

Ella eleva mucho las cejas despobladas, apenas le queda pelo en el cuerpo pero su sonrisa sigue siendo igual de brillante y bonita.

—Sí, mamá. La semana que viene hará ocho meses que salimos. Creo que se va a declarar.

—¡Oh, hija mía! No sabes lo feliz que me hace escucharte decir eso. La verdad es que al principio no lo veía muy claro, había algo en él que me hacía sospechar, pero si tú eres feliz, yo soy feliz.

Los médicos nos han dicho que no le falta mucho para llegar al final. Y ojalá ella pueda verme vestida de blanco, caminando hacia el altar. Ojalá él me lo pida pronto y pueda regalarle ese momento a mi madre.

Pero ese día que tanto esperaba no llegó nunca. Una semana después, me llamaron para hacerme la entrevista para la cual me había estado preparando durante mucho tiempo, alternaba las clases con el trabajo y el cuidado de mi madre. Hasta que al final tuve que pedir fiesta las últimas semanas para poder estar con ella a tiempo completo.

Después, me ofrecieron el trabajo. Tenía más de un mes para incorporarme porque todavía estaban terminando las obras del despacho. Mi madre murió dos días después de saber que había conseguido el puesto. Pero se quedó con las ganas de ver el anillo en mi anular izquierdo. Sus últimas palabras fueron que merecía algo mejor. No lo dijo refiriéndose a él claramente, pero lo dijo en general, y yo me quedé con eso. Era algo que solía decirme.

Justo un mes después, cuando tenía que empezar el primer día de trabajo..., cambió mi vida.

Y esa misma vida cambió cuando nació mi hija, y volvió a cambiar cuando me dijeron que tenía una malformación en el corazón pero que se curaba con cirugía.

Cambió de nuevo cuando conocí a Ezekiel.

Así es la vida, nunca se mantiene igual. Siempre gira, cambia, avanza, te arrastra y no puedes quedarte en el mismo lugar, *ella* no te deja. Siempre hay algo que pasa en el momento más inesperado, el menos idóneo y *¡zas!*, lo que antes era blanco, ahora es negro, y tienes que superarlo. Cruzar el río y seguir tu camino aprendiendo a nadar —a bucear incluso— porque, si no lo haces, la corriente tan poderosa de esas aguas —a veces cristalinas, otras turbias— te arrastra y te sumerge, llevándote a las profundidades, a la oscuridad. Y cuanto más oscuro se vuelve todo, más cuesta ver la luz del sol.

Poco a poco, los ojos se me van cerrando, son las dos de la madrugada, recojo las piernas debajo de mi culo y me acurruco lo mejor que puedo en el sillón. No me cuesta mucho caer inconsciente en la marea de un sueño agitado y revuelto.

La técnica

Algo hace que abra los ojos de repente, asustada. Dejo salir el aire que contenían mis pulmones y me encuentro con la mirada más caliente y, a la vez, igual de tierna que pueda observar.

Ezekiel.

—¿Qué haces levantado?! —Quiero levantarme yo también pero su enorme cuerpo inclinado hacia el mío me lo impide.

Estaba apartándome el pelo de la cara y al notar su contacto me he despertado de ese mal sueño.

Me dedica una mirada cargada de promesas. Sin apenas decir nada, como las primeras veces que nos vimos, su mirada quería decir todo lo que su boca callaba.

Me coge de la mano y me ayuda a levantarme.

—Tenía que mear y no iba a hacerlo dentro de esa cosa de plástico. Ven conmigo.

—Ezekiel, podrías haberte hecho daño. Y yo estaba aquí tan tranquila sin darme cuenta de nada.

Me rodea con el brazo del que no tiene colgando los goteros y busca mi boca al instante, sin darme opción a decir que no o a mantenerme apartada de su cuerpo por miedo a hacerle daño.

Su lengua lame mis labios, buscando que lo deje entrar y, como no podría ser de otra manera, lo consigue. La boca le sabe a menta fresca, se ha lavado los dientes.

El beso se vuelve más calmado y me dice algo antes de dejarme sin aliento.

—Vente a la cama conmigo. En esa puta silla no puedes dormir.

Encierro la cara en el hueco de su pecho desnudo y aspiro el olor a su piel. Siento los latidos profundos y firmes de su vivo corazón. Paso los brazos con

cuidado hacia su espalda y lo abrazo, evitando la zona del vientre que tiene vendada.

—La cama es para ti. Yo estoy bien ahí.

No sé qué hora es, no entra luz por las rendijas de las contraventanas, con la iluminación escasa de esta habitación no veo ningún reloj y tampoco quiero moverme de su abrazo para ir a coger mi teléfono móvil, que está en la mesilla del otro lado de la habitación. Se está tan bien cobijada en su cuerpo.

—No, la cama es para los dos. Yo no estoy bien si tu cuerpo no toca el mío. Quítate la ropa y métete en la cama.

En contra de mi voluntad, separo la cara de su piel para mirarlo a la cara, asombrada por lo que me ha dicho.

—¿No pensarás que vamos a tener sexo estando cómo estás?

Eleva una de sus perfectas cejas y tuerce un poco la boca hacia un lado.

—Nada me gustaría más. Pero no, nena, ahora no. Aunque me encantaría...

Desliza su dedo pulgar por mis labios, empiezo a sentir lo duro que se ha puesto apretando contra mi vientre. Su calor me invade y me calienta a mí también. No me fío de hacerle daño, así que, reprimiendo también mis ganas, no solo las tuyas, le digo que no.

—Pero lo de que te metas en la cama no es negociable.

Sus dedos empiezan a subir el bajo del vestido para sacármelo por la cabeza.

—Sin sujetador —dice, entretanto con una mano coge uno de mis pechos y lo envuelve, para después estirar del pezón erecto entre sus dedos pulgar e índice.

En casa suelo estar siempre descalza y sin sujetador, no soporto llevar todo el día esa prenda tan incómoda. Y con las prisas de lo acontecido, no pensé en nada que no fuera llegar hasta él y ver que estaba de una pieza.

—Ezekiel, puede entrar alguien y verme desnuda... —Paseo las palmas de mis manos por sus pectorales, subiendo hacia sus hombros y su cuello.

—Hasta las nueve no vendrá nadie, a no ser que me dé fiebre. Pero el calor que yo tengo solo me lo puedes quitar tú. No puedo dormirme así.

Su fuerza y su determinación hacen que mi mente se quede tonta, en blanco. Bueno no, en blanco no, mi pensamiento se queda en Ezekiel. En toda su maldita presencia y en la manera en la que lleva mi mano hacia la barra dura y caliente que se está clavando en mi vientre.

Y sé que no me va a dejar aunque yo le recomiende que es mejor esperar a mañana, porque si él se encuentra con fuerzas suficientes para que yo pueda calmar esa necesidad, no me va a dejar ganar en esta batalla perdida.

Su mirada me confirma lo que estoy pensando y empiezo a actuar.

—Túmbate. —Le aprieto el pecho para que retroceda y se deje caer en la cama.

Con la mano izquierda, en la que lleva puesta la vía por la que le entran el suero y el calmante, mueve el palo metálico del que están colgadas las bolsas de medicamento.

Ahora puedo ver el vendaje de su pierna derecha, al darse la vuelta, veo también el apósito que tapa el agujero que sé que tiene.

No sin esfuerzo se tumba y, al ver su cara de dolor, mi determinación a cumplir su deseo se resquebraja por momentos.

—Ezequiel, no creo que sea buena idea que...

La verdad es que en la cama hay sitio para los dos, pero yo preferiría dejarle a él todo el espacio por si dormida me muevo y le doy un golpe causándole más daño del que ya tiene.

Niega con la cabeza y señala, arrogante, el bulto que está a punto de reventar los calzoncillos.

Vestida apenas con unas braguitas negras, me subo a la cama, colocándome a cuatro patas entre sus piernas. Me acerco a su boca para darle un beso corto y descender por su cuerpo, besando cada palmo de su piel.

Su mano descansa en mi cabeza, enredando mi pelo. Acaba de deshacerse del elástico que recogía mi melena y ahora esta me encierra la cara. Cuando llego a la zona del vientre, me desplazo hacia ese lugar para darle un par de besitos.

Nuestras miradas se conectan y me sonrío con amor. En mi cuello ya puedo sentir el calor que desprende su cuerpo listo y preparado, ansioso por relajarse. Me encantaría montarme sobre él y cabalgarlo hasta quedar desfallecidos, pero tanto movimiento no será bueno para su recuperación, eso tendrá que esperar. Le daré mis atenciones de otra manera igual de placentera.

Me bajo de la cama, dejándolo asombrado por mi reacción.

—Ahora mismo vuelvo —aseguro, y le planto un beso en mitad del pecho, lugar donde, debajo, palpita su corazón.

Voy a la cocina y preparo lo que necesito. Abro un par de cajones hasta encontrar lo que estoy buscando. Cojo la pieza de fruta y la observo; sí, creo que servirá.

Corto ambos extremos y lo preparo haciéndole un agujero en el centro, menos mal que es bastante grande. Me tiemblan las manos solo de pensar en lo que voy a hacerle.

Vuelvo a la habitación, no sin antes cerciorarme de que la puerta de la entrada está cerrada con el pestillo.

Al entrar en la habitación en penumbra, me lo encuentro tal cual lo he dejado, tumbado y empalmado a más no poder. Tiene que dolerle mucho.

Escondo lo que llevo en las manos dejándolo sobre las sábanas al final de la cama y cojo una camiseta para acercarme a él.

—¿Qué hacías? —pregunta con la voz ronca de deseo.

—Ahora lo sentirás —no digo ver, porque no va a ver nada.

Le planto un beso en los labios al mismo tiempo que enrolló la camiseta para cubrirle después los ojos y así impedir que vea nada.

—Madison... —Me hace temblar solo con su voz.

—Shhh, mi amor. Te voy a quitar ese dolor —susurro contra su piel, cerca de su oreja.

Anudo la tela a un lado de su cabeza para que no le moleste al estar apoyado en la almohada y vuelvo a colocarme entre sus piernas. Sin perder más tiempo, y con mucho cuidado, le bajo los calzoncillos y se los quito, evitando tocar el vendaje que le cubre desde el tobillo hasta la rodilla.

Está gloriosamente duro, caliente y preparado. Al rodearla con mi mano y descender hacia su base puedo ver el brillo de la gota anticipada que está esperándome.

De rodillas, sentada sobre mis nalgas, me inclino hacia él, lamiendo el jugoso glande y profundizando poco a poco hacia un descenso placentero. Estoy a punto de entrar en combustión.

Se revuelve debajo de mí, arquea la pelvis y suelta un gruñido por lo que intuyo que es dolor lo que ha sentido al hacer ese movimiento.

Subo, sacándolo de la humedad de mi boca y le soplo en la punta de forma suave, consiguiendo que vuelva a temblar. Ahora viene lo que, espero, lo vuelva

loco de pasión.

Cojo el pomelo con una mano y con la otra su erección, deslizando la fruta hacia su base y lo mantengo ahí firmemente, para acto seguido, volver a meterme la punta jugosa en la boca. Él se queda muy quieto, sin saber qué estoy haciendo.

—Madison... —es lo único que consigue decir, con un sonido que escapa de lo más hondo de su pecho.

Con la mano izquierda voy girando el pomelo a la misma vez que lo subo y lo bajo por su eje, y con la boca voy absorbiendo todo lo demás hasta su punta palpitante.

Los sonidos que hace a continuación no tienen nombre, solo sé que me incita a no parar nunca, a querer derretirlo cual chocolate y el control que intenta ejercer su mano posesiva sobre mi cabeza, enredando sus dedos en mi pelo, hacen que mis movimientos, al principio lentos y pausados pero firmes y seguros, se vuelvan más rápidos, más descontrolados.

Siento en la lengua el calor que empieza a escapar de su poder.

—Hooostia puta, Madison..., ¿qué me estás haciendo? —gime—. Estoy a punto de correrme, nena...

Y eso es justo lo que quiero, que se corra, que acabe en mi boca como las veces que yo he estallado en su cara mientras él venera mi cuerpo.

Ahora es su momento, y solo yo puedo llevarme el premio de sentir los temblores de su cuerpo, de las caricias de sus manos en mi piel, mientras deshago su firme erección con la boca y con las manos.

—Madison... ¡Diosss! —Sus manos aprietan mi cabeza, haciéndome descender por él hasta que mis labios se topan con el pomelo y se descarga en lo más profundo de mi boca.

El placer ha hecho que vuelva a elevar las caderas hacia mí de forma intensa y profunda, espero que no se haya hecho daño.

Me limpio y tiro el pomelo, antes de tumbarme a su lado, exhausta yo también. Estamos sudando, complacidos pero acalorados.

Con una mano le deslizo mi camiseta que le ha hecho de venda en los ojos, y lo que me encuentro hace que mi cuerpo arda de nuevo.

—Eres mi reina, mi diosa. —Busca mi boca para besarme, y tengo que ser yo la que se mueva para así evitar que se monte sobre mí, porque eso es lo que sus ojos me están diciendo, que quiere devolverme el regalo.

—¿Te ha gustado? —pregunto. Es la primera vez que hago la famosa técnica del pomelo y espero que para él haya sido tan especial como lo ha sido para mí.

—Ha sido la mejor *polvomamada* de mi vida. La sensación es..., joder, ¿cómo explicarlo? Como si estuviera hundido en ti pero con el extra de tu boca chupándome y ... —Cierra los ojos apretando con fuerza, como si estuviera rememorando lo que acabo de hacerle—. Pero tú no has acabado...

—Ni se te ocurra moverte de la cama o me voy —amenazo—. Cuando estés mejor te dejaré hacerme lo que quieras.

Me abraza fuerte contra su cuerpo, su corazón palpita desbocado. Poco a poco vamos recuperando las pulsaciones normales y volvemos a quedarnos dormidos, ahora los dos en la cama, abrazados.

Me siento en el mejor lugar del mundo, entre los brazos de Ezekiel, caliente, segura y protegida, amada y respetada. Abro los ojos lentamente, no quiero despertar, mi cuerpo está lánguido y pesado, esta noche ha sido muy larga y me temo que no he tenido tiempo de recuperarme de todos los acontecimientos de la noche anterior.

La verdad es que en la cama no he estado incómoda, mi cuerpo se adapta a la perfección al de Ezekiel y, aunque la cama no sea muy grande, hemos estado a gusto. Él no se ha girado ni quejado en toda la noche, y la parte más práctica de haber dormido enredada sobre su cuerpo es que así he notado que no ha tenido fiebre en ningún momento.

Al abrir los ojos veo que ya entra claridad por la ventana, acaricio el pecho de Ezekiel con la nariz mientras inspiro su aroma. Me encanta olerlo, cerrar los ojos e inspirar el aroma que desprende su piel.

Sigue dormido, con los labios algo separados y respirando profundamente. Me giro con cuidado de no mover demasiado la cama y así evitar despertarlo, recojo mi vestido del suelo para ponérmelo antes de que venga alguien, y también me llevo las evidencias de nuestras prácticas nocturnas para tirarlas en el cubo de la basura que hay en la cocina.

Miro mi móvil, son las ocho y media. Mi mariposita debe seguir dormida pero, por si acaso, quiero estar lista para ir a despertarla. Ezekiel no está tan magullado como para que ella no pueda verlo después, cuando me invente algo sobre por qué estamos aquí.

Mi cabeza empieza a dar vueltas y vueltas sin parar. Sigo sin saber nada de quién le ha hecho esto a Ezekiel ni si ese alguien también quería hacernos daño a mí y a mi hija y por eso Ezekiel mandó a Romeo a buscarnos.

Preparo un café y me lo tomo, como cada mañana, de pie apoyada en la encimera de la cocina, solo que esta no es mi cocina, ni este mi salón ni mi casa.

Pero mi novio está detrás de esa pared, en esa habitación que bien podría pasar por la uci de cualquier hospital, y mi hija está a cincuenta metros, con los hermanos de mi novio, así que supongo que este es el lugar en el que debo estar. En el que quiero estar.

Sé que mi sitio está a su lado. Él se quedó conmigo cuando yo lo necesité y todavía no sentíamos lo que sentimos ahora, así que aquí me quedaré, cuidando de mi motero con pintas de macarra peligroso.

«¡Mierda!». Acabo de recordar que anoche con todo el ajetreo, no le dije nada a Debby para que hoy no fuera a casa. Vuelvo a la habitación para coger mi teléfono y enviarle un mensaje.

Menos mal que me contesta enseguida y todavía no ha salido de su casa.

Veo los calzoncillos blancos que llevaba puestos anoche Ezekiel y los dejo debajo de las sábanas, al lado de su pierna, por si cuando despierte quiere ponérselos. Le doy un beso suave en la frente y me voy antes de despertarlo. Él sí debe descansar.

Salgo de la casa, el sol despunta por el este, amenazando con un nuevo y caluroso día, menos mal que aquí, en la montaña y a esta altura, la temperatura es unos cinco grados más baja que en la ciudad donde todo es bochorno.

El olor de la naturaleza se me hace extraño pero agradable por completo. Nunca he vivido cerca del campo, ni siquiera fui de acampada, así que el olor a hierba húmeda, pinos y demás flora —por no hablar de la maravilla que es verlo todo así de crudo y natural—, me transporta en cierto modo a un mundo menos duro. Aquí, parece que en cualquier momento pueda encontrarme con una ninfa o con David el Gnomo.

Cuando llego al porche de la casa, se abre la puerta y aparece Michelle con cara de dormida, sin maquillar y con el pelo recogido en una coleta. La verdad es que las dos veces anteriores que la he visto me ha parecido una mujer muy elegante, con esos trajes de chaqueta y su maquillaje perfecto. Pero ahora la veo mucho más cercana y natural.

—Buenos días.

—Buenos días, Madison. Tu hija sigue dormida. ¿Qué tal ha pasado la noche nuestro enfermo? —Sonríe.

—Bien. Él también sigue durmiendo. —Sonrío al recordar lo que tuvimos que hacer para caer los dos rendidos y poder descansar—. No ha tenido fiebre ni se ha quejado en toda la noche.

—Eso es genial.

Se hace un pequeño silencio incómodo hasta que decido preguntarle.

—Le vi la herida, quiero decir el vendaje..., del vientre. ¿Debo..., es...? — No sé cómo preguntárselo y ella me entiende al momento, incluso con mi falta de vocabulario momentánea.

—Es una herida limpia, entró, salió y por algún extraño milagro no tocó ningún órgano. Siendo sincera, me preocupa más la quemadura de la pierna pero curándola bien, no debe haber ninguna complicación.

—Lo complicado será mantenerlo sin hacer nada —digo pensando en voz alta.

—Me temo que sí. Y más esta semana, no le gustará nada perderse el viaje.

Me encojo de hombros, todavía no sé hasta dónde puedo hablar con ella sobre lo que Ezekiel me contó, tendré que preguntarle a él.

—Bueno, gracias por dormir con mi niña esta noche. Y por salvar a Ezekiel.

Me sonrío y se aleja un par de pasos antes de volver a hablar.

—Gracias a ti, Madison. Voy a ver cómo está el enfermo y después te daré algunas instrucciones para que puedas hacerle las curas.

Asiento y entro en la casa.

Romeo está en la cocina desayunando, no hay ni rastro de David ni de Kenny.

—Buenos días. —Le doy un apretón en el hombro al pasar por su lado.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué tal habéis dormido?

—Bien, se ha comportado.

Me siento frente a él y le quito una de las galletas que tiene preparadas para comerse. No hubiera imaginado nunca que este tiarrón desayunara galletas.

—Romeo..., ahora que ya sé que está bien y que se va a poner bien, puedes decirme todo lo que sepas. Quién y por qué.

Me observa muy detenidamente, sin saber si hacer lo que le pido o no, veo la lucha interior reflejada en sus ojos. Da un sobro al contenido de su taza y mastica una galleta antes de contestarme.

—Salía del local de Cobo, el jefe de los Mayas. Ese tío tiene muchos enemigos, aunque también tiene la espalda muy bien cubierta, creemos que ha podido ser alguien que tiene algo contra Cobo.

Me parece que no me está contando toda la verdad, porque si fuera como él dice, no hubiera venido como vino a por nosotras. Tenía miedo de que nos pasara algo, por ese motivo Ezekiel le hizo ir a buscarnos.

—¿Solo eso? ¿Entonces por qué viniste a casa y entraste en plan *ninja*? Si hubieras querido avisarme de lo que le había pasado a Ezekiel, me habrías llamado al móvil o habrías entrado por la puerta principal después de tocar al timbre, no en plan ladrón.

Enarca una ceja mientras me observa; pretende intimidarme. Me ponen nerviosa sus ojos, hace que pestañee más de la cuenta y parece que no tenga toda la determinación que siento realmente.

—Qué lista eres, preciosa. —Hace una mueca de contrariedad, pero me sonrío tan despreocupado como siempre—. Estamos investigando la relación que tienen los ocupantes del todoterreno con una nueva banda de la mafia rusa que se ha instalado cerca. Es todo lo que puedo decirte por ahora.

«¿Rusos? ¿Mafia?». Me va a explotar la cabeza.

—¿Y qué puede querer esa gente de mí?

Inclina la cabeza y exagera un movimiento con sus cejas. Se pone muy serio.

—Eres la pareja de nuestro jefe, nena. Si van a por él, si quieren algo de él o de nosotros, la mejor forma de conseguir que se lo demos es buscándote a ti.

Ve mi cara de miedo, se echa hacia delante en la mesa y me coge una mano para intentar tranquilizarme.

—No os va a pasar nada. No sufras. No somos solo nosotros cuatro para protegeros. Los hombres de Cobo están con nosotros.

Cobo es aquel hombre que se reunió con Ezekiel en el taller, aquel de mirada asesina, el que me observó como si solo fuera un trozo de carne lista para comer. Ese tipo no me da buena espina.

—Pero, si Ezekiel salía de allí cuando le pasó eso, quizá esas personas no sean de fiar. Quizá ese Cobo...

Niega con la cabeza antes de explicarme algo más:

—Tu querido Ezekiel le salvó la vida cuando estaban en prisión. Cobo le debe la vida, está en deuda con él. Eso es más fuerte que la amistad que tienen.

Eso me calma un poco pero sigue preocupándome que las actividades de ese Cobo hagan que alguien persiga a Ezekiel.

—¿A qué se dedican los Mayas? —Se levanta de la mesa, llevándose la taza sucia para limpiarla.

—No es necesario que sepas eso. Solo te diré que los contactos que él tiene nos sirven de ayuda de vez en cuando, nada más. Nosotros no...

Y se calla. Me acerco a él e insisto de nuevo para que acabe la frase.

—Nosotros no..., ¿qué, Romeo?

—Madi, no me insistas más. Para una vez que mantengo la boca cerrada...

—Joder, Romeo, ¿y tiene que ser precisamente ahora cuando lo hagas? Podrías mantenerla cerrada después de explicármelo... —Sonrío intentando que caiga en mi trampa y me lo explique.

Pero no. No suelta prenda.

—Voy a darme una ducha. —Me guiña un ojo—. ¿Quieres venir? —pregunta socarrón.

Enarco una ceja y cruzo los brazos sobre el pecho. Sé que me está vacilando para ponerme nerviosa y hacer que deje de pensar en mafias y bandas callejeras.

—Se lo diré a Ezekiel.

Le cambia la cara al momento.

—Ni se te ocurra. Me mataría solo por haberlo mencionado. —Pone cara de miedo pero, un segundo después, rompe a reír a carcajadas mientras se va hacia el cuarto de baño.

Voy a la habitación donde ha pasado la noche mi pequeña mariposita. Como siempre, Thor está echado a los pies de su cama, esperándola. Levanta la cabeza cuando me acerco y viene a saludarme dándome un golpe en la pierna con su enorme cabeza y después lamiéndome las manos.

—Hola, hola, machote. No te separas de ella, ¿eh? Buen chico —digo y le palmeo el costado con cariño.

Me tumbo en la cama al lado de mi hija. Está tan tranquila y bonita, con su melena negra esparcida sobre la almohada, sus manitas recogidas debajo de la barbilla como si estuviera rezando. Empiezo a darle besitos en la punta de la nariz, en las mejillas, en la frente, hasta que se revuelve y abre los ojos de repente.

—¿Ya es de día, mami? —pregunta como si tal cosa.

—Sí, mi niña. Ya es de día. ¿Has dormido bien? —Sé que sí, pero quiero que ella me lo confirme.

—Mucho. Me gusta esta cama, es más grande que la mía. —Sonríe.

—Mira quién hay ahí. —Inclino la cabeza hacia el lado de la cama donde se encuentra el perro.

—¡Thoor! —Gatea hasta el borde de la cama para así poder tocar al perro —. ¿Has dormido aquí conmigo? ¡Ay mi perrito! —exclama dándole un abrazo al pobre perro.

—Venga, vamos a desayunar y después iremos a ver a Ezekiel. ¿Quieres?

Me salta encima, abrazándome fuerte con sus bracitos regordetes.

—¿Dónde está *Esekel*? —Voy hacia la ventana y la abro para que entre la brisa de la montaña y renueve el aire de la habitación. Aquí la temperatura es tan buena que no hace falta ni poner el aire acondicionado.

—Está aquí al lado, en una habitación donde una doctora le ha curado una pupa que tenía. Ha tenido un accidente con la moto, pero se pondrá bien enseguida.

No me gusta mentirle pero es mejor eso que explicarle toda la verdad. Vuelvo hacia la cama y le doy la mano a la niña para ir juntas a prepararle el desayuno.

Romeo está en la cocina, habla con alguien por teléfono y al vernos, sonrío a la niña y sale a la calle, donde no podemos escuchar su conversación.

—¿Te acuerdas de Romeo, cariño? —le pregunto mientras la siento a la mesa y voy a buscar leche y las galletas sin gluten que cogí anoche antes de salir de casa.

—Sí, vino a casa con *Esekel* y anoche fue a buscarnos en su furgoneta.

Cuando la niña ya ha desayunado y después de darnos una ducha, Romeo entra con cara de pocos amigos pero, al acercarse a nosotras, cambia el gesto y le sonrío a la pequeña revolviéndole el pelo con cariño.

—Vaya, vaya. Así que esta preciosidad es Agnes, la amiga de Ezekiel. Seguro que se pone muy contento al verte. Está de muy mal humor. —Me mira a mí al decir esto último y me pongo nerviosa al pensar que pueda haber empeorado su estado en el rato que llevo aquí.

—Hola, Romeo. Tu nombre sale en un cuento que me contaba mi mamá.

Él me mira confuso, y creo saber el motivo.

—Pero el final es distinto porque ambos acaban su historia de amor de forma muy bonita. A ella le he explicado la versión infantil. Ya tendrá tiempo de conocer la cruda realidad.

Agnes sale de la casa, dándome la oportunidad de preguntarle a Romeo por qué está de mal humor Ezekiel.

—¿Le pasa algo? ¿Por qué has dicho que está de mal humor?

—Ve y te lo explicará él mismo. Pero no te preocupes, es el efecto de tanta medicación. Y, supongo, que tampoco le habrá gustado que Michelle le viera la erección matutina porque tú lo dejaste sin calzoncillos.

Me pongo roja al instante.

—Es que..., verás, se levantó de madrugada porque quería hacer pis y... — Me atasco, intentando ser lo más natural posible, pero no funciona. Y él se da cuenta.

—A mí no tienes que convencerme, pero Michelle le ha echado la bronca porque pueden abrirse los puntos. Seguro que fue por levantarse a mear... — Sonríe de medio lado y mueve ambas cejas arriba y abajo.

—Adiós, Romeo. Me voy a ver a Ezekiel.

Antes de que pueda salir, habla de nuevo.

—Si necesitas algo, tendrás que decirme el qué y dónde está. Después pasaremos por vuestras casas y os traeremos lo que necesitéis. Aunque ya veo

que para dormir no os hará falta pijama.

—Romeo, cierra la puta boca. —Acompaño mi frase con un levantamiento del dedo corazón.

Y así, sin más, salgo en busca de la niña, que está arrancando pequeñas florecillas haciendo un ramo muy rústico.

—Mami, ¿crees que le gustará a *Esekel*? —pregunta mientras huele las lilas y las margaritas.

—Estoy segura de que le va a encantar.

Al entrar en la casita se escuchan voces, no es una pelea pero hablan un poco alterados. Es Ezekiel discutiendo algo con Michelle.

—He dicho que no pienso quedarme aquí este sábado. Tengo que ir, soy yo el que conduce, si Charly no me ve allí...

Agnes y yo entramos en la habitación donde Ezekiel sigue echado en la cama, ahora vestido con una camiseta negra y unos pantalones cortos del mismo color. Solo tiene una bolsa de gotero puesta en la vía del brazo y tiene mejor color que esta noche pasada.

—Buenos días, preciosa —dice él mirando a la niña.

Ella está tan tranquila, parece que recuerda cuando estuvo hospitalizada y no le da miedo verlo ahí rodeado de tanto aparato, medicamentos, y con la pierna vendada.

—*Esekel* —dice ella con su vocecita—. Mami me ha dicho que te has hecho daño en la pierna, ¿te duele mucho?

La subo a la cama para sentarla a su lado y que así puedan verse bien.

—No. No es nada. Además tengo una doctora muy buena que me ha curado muy rápido. Mira, es ella, se llama Michelle. Michelle, ella es Agnes.

—Hola, muñequita. ¿Qué tal estás? —Le da la mano y Agnes se la estrecha como si tuviera veinte años y no tres.

—Bien, gracias. —Le devuelve la sonrisa—. He traído esto para ti. —Le ofrece las flores a Ezekiel.

—Son preciosas, Agnes. Muchas gracias. ¿Me das un beso?

—¡Claro! —Se echa sobre su pecho y él contiene el aliento al sentir la presión cerca de la zona de la herida de bala.

—¡Agnes, cariño! Espera, cielo. Ezekiel también tiene una herida en la barriga, debes tener cuidado de no tocarle ahí porque se podría hacer mucho daño.

—Menos mal que uno de los dos es más sensato que el otro... —comenta Michelle detrás de mí.

La niña se acerca con cuidado a la cara de Ezekiel y le da un beso en la mejilla, que él le devuelve de la misma manera sin dejar de sonreír.

—Iré a por un vaso para ponerlas en agua.

Los dejo en la cama mientras Michelle sale detrás de mí, entornando la puerta de la habitación.

—Madi, querida, tu hija es un encanto.

—Lo sé. Gracias. —Cojo un vaso y lo lleno de agua.

—Quería comentarte una cosa. Verás, me he dado cuenta de que Ezekiel no ha estado todo lo quieto que debería esta noche. —Su mirada es risueña, me está echando la bronca pero comprende nuestros motivos y sonrío por ello—. Y de eso no tiene la culpa él solo. Me ha dicho que se levantó porque necesitaba que tú estuvieras en la cama con él. No me hace falta saber el motivo por el que acabó sin la ropa interior pero, por favor, él no va a poder retenerse, tendrás que hacerlo tú. Evitemos que se mueva, por lo menos en otras veinticuatro horas más. Después tendrá que recuperarse poco a poco y, por supuesto, nada de ir este fin de semana a buscar otro *lote*. Eso le supondría ocho horas de coche más los peligros habituales. Si tuviera que salir corriendo, no podría hacerlo como está acostumbrado. Así que, por favor, intenta convencerlo de que tiene que quedarse aquí. David hará su parte del trabajo y vosotros podéis estar aquí en la casa para cuando lleguen.

—Lo haré. Ambas cosas. Intentaré que se esté quieto tanto como pueda pero si se empeña en algo, creo que me costará trabajo hacerle entrar en razón. Por lo demás —«el tema sexual»—, no te preocupes, él apenas se movió. Seguro que se hizo daño al levantarse para ir al cuarto de baño, me despertó cuando ya lo había hecho y estaba de pie, arrastrando la barra con las bolsas del gotero.

Pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Es que cuando se les mete algo en la cabeza... es difícil hacerlos cambiar de opinión. Bueno, aprovecho para explicarte cómo debes curarle y cambiarle

las vendas tanto de la herida del vientre y la espalda, como la de la quemadura que tiene en la pierna. Tiene que tomar antibiótico, no quiero que se le vayan a infectar las heridas, solo nos faltaba eso...

Acaba de darme todas las instrucciones antes de que volvamos a la habitación.

Agnes sigue sentada a su lado mientras Ezekiel está tumbado, con los brazos sobre la almohada y la cabeza apoyada en ellos, y la niña le explica un cuento que se está inventando sobre unicornios y un perro que se llama Thor. La pierna derecha descansa sobre un almohadón para que quede algo más elevada.

—Bueno, Ezekiel. Debo irme, esta noche pasaré a ver cómo evoluciona todo. Si hay cualquier novedad, avisadme enseguida. —Nos mira a los dos—. Ya le he explicado a Madison todo lo que tiene que saber para hacerte las curas. Pero lo más importante: no hagas esfuerzos y procura no levantarte, por favor.

Le quita la vía y la bolsa vacía del suero.

—Esta noche quiero dormir en mi cama. Aquí no podemos dormir los dos — espeta él. Michelle asiente.

Agnes nos mira, primero a él y después a mí.

—¿Vamos a estar más días aquí? ¡Qué bien! —Salta de la cama más feliz que unas castañuelas.

—Mami, ¿puedo ir afuera a jugar con Thor? —Miro a Ezekiel, supongo que no hay nada con lo que pueda hacerse daño pero, es mejor que alguien que conozca la casa me lo confirme.

Él me mira y asiente con la cabeza. Todavía no nos hemos dado ni un beso de buenos días. Nada desde esta madrugada cuando hemos estado jugando con un pomelo y después me he dormido como cada noche desde hace casi un mes, envuelta en sus brazos, a los cuales ya me he vuelto adicta.

—Sí, pero será mejor que Romeo te acompañe. Voy a pedirle...

—No, deja que Michelle la acompañe y se lo diga a Romeo. Tú quédate conmigo.

Miro a Michelle y asiente, sonriente como siempre.

—Gracias de nuevo, Michelle.

—No hay de qué. Ezekiel, hazle caso a Madison o te pincharé algo que te dejará KO durante tres días.

Cierra los ojos y pasa un brazo por encima, como si quisiera desaparecer del mundo, o por lo menos, de nosotras dos.

Una vez solos en la habitación, me acerco a la cama para darle los buenos días con un beso. Cuando nota mis labios sobre los suyos retira el brazo con el que se tapaba los ojos y me penetra con la mirada. Hay algo que ha cambiado, algo no va bien.

—¿Qué te pasa? —le pregunto. Está demasiado serio.

—Madison, sé que tu hija es lo más importante para ti. Si quieres irte, lo entenderé. —Me mira con cautela, diciendo las palabras de forma pausada, por si hay algo tan difícil que mi mente atontada no fuera a entender.

—¿Qué quieres decir con que me vaya? ¿Que me vaya dónde? ¿Quieres dejarme? ¡¿Ahora?! Después de todo lo que ha pasado, y no me refiero solo a esta noche...

«¡¿Cómo puede decirme eso?!».

Recuperación

Me coge del brazo, evitando así que pueda separarme de él.

—No. No quiero dejarte. Solo quiero que sepas que si es tu voluntad, no voy a retenerte. Después de lo que ha pasado esta noche...

—No me lo puedo creer, Ezekiel. Después de lo que ha pasado esta noche yo estoy contigo a muerte, igual que siempre. Como cuando tú estuviste conmigo al sacarme de aquel callejón, o cuando te expliqué lo que pasó hace cuatro años...

—Ven aquí.

Tira con tanta fuerza de mí que me monta sobre la cama en un suspiro, consiguiendo que mi pecho impacte contra el suyo y sus dedos revuelvan nerviosos entre mi pelo.

—No voy a dejar que os pase nunca nada. Lo siento. Siento que os hayáis visto envueltas en esto. No estaba seguro de si corríais algún peligro, pero preferí que Romeo os sacara de casa antes de comprobar si iban a por vosotras.

Relaja la presión que ejerce sobre mí, como si ahora estuviera seguro de que voy a estar a salvo.

Inspiro el olor que desprende su cuerpo, es mi dosis de endorfinas para hacerme sentir bien, para eliminar cualquier miedo que pueda rondar por mi cabeza. Porque sé que estando con él habrá problemas, pero estos serán menos que si volviera a estar sola. Los dos los afrontaremos juntos.

Me separo de su cuerpo para poder mirarlo a los ojos.

—Lo que haces para salvar a esas mujeres y a sus hijos bien merece la pena un poco de ajeteo. Así que, aquí me quedo.

—Aquí te quedas —sentencia.

—Sí. Así que quiero que me expliques todo lo referente a la operación. Ahora que vamos a estar los dos aquí, quiero saber qué tendré que hacer, que me digas todo para que pueda ayudarlas.

—Has estado hablando con Romeo y con Michelle, ¿verdad?

Asiento mientras le cojo la mano y empiezo a jugar con sus dedos, acariciando sus durezas, los nudillos duros y fuertes, la palma callosa, sus uñas bien cortadas.

—Romeo no ha querido decirme nada sobre quién te ha disparado, solo me ha dicho que salías del local de tu amigo Cobo y que, al poco, un coche te arrolló y te dispararon. Y Michelle me ha dicho que ni de coña vas a hacer tú el viaje este sábado, porque no les iría nada bien ni a tus puntos ni a tu recuperación. —Pone los ojos en blanco, mostrando su disconformidad con ese detalle.

—Pues a mí Romeo me ha dicho que cuando escuchaste ruidos en casa, en lugar de salir corriendo por la puerta delantera, cogiste un cuchillo y que casi se lo clavabas. —Su cara expresa algo de enfado pero el brillo de sus ojos me dice que mi osadía le parece divertida—. No sabemos el motivo de la agresión. Quizá solo querían robarme, matarme por placer... Cuando apareció Cobo detrás de ellos y me vio tirado en el suelo, él y sus hombres se liaron a tiros. Jeff ha estado investigando la matrícula pero era falsa, así que no tenemos ningún dato más, por ahora.

—¿Crees que Bellagio tiene algo que ver? —No creo que su encaprichamiento por mí llegue tan lejos como para querer deshacerse de Ezekiel de esa manera, pero ya no puedo fiarme de nada.

—No creo. Pero no lo sabemos. Estamos detrás de sus movimientos pero, por el momento, será mejor que no estéis en casa durante unos días, hasta que averigüemos algo.

—Ya has visto que la niña está encantada de estar aquí. —Sonrío pensando en lo contenta que se ha puesto al decirle que vamos a quedarnos unos días más—. Estaremos donde tú estés.

Nada más decir esas palabras es como si acabáramos de sellar un contrato, algo firme y perpetuo que nos unirá para siempre.

—Bueno, creo que es hora de que te lave —digo poniéndome de pie para ir a por las esponjas jabonosas con las que Michelle me ha dicho que puedo asearlo.

—Ven, ayúdame a ponerme de pie. No pienso dejar que me laves en esta cama como si estuviera inválido. —Se coloca para bajar las piernas y así ponerse en pie.

—Ni hablar, muchachote. —Planto una mano en su pecho para mantenerlo en la cama, pero su fuerza es imposible de detener—. Ezekiel, si no haces caso a lo que te ha dicho la doctora...

Intento amenazarlo con algo pero es imposible. Me atrae hacia él para rodearme con sus brazos y besarme. Así es como consigue nublar mi razón y dejarme lela.

—Nena, no pienso mear en ese puto bote de plástico, tengo dos piernas para poder caminar.

—Sí, y dos agujeros gracias a una bala que entró y salió agujereando tu cuerpo. Así que déjate de gilipolleces y vuelve a echarte en la cama. Tu cuerpo necesita recuperarse, Ezekiel.

Sus manos siguen acariciando mi cara, manteniéndome pegada a su cuerpo, pero esta vez no pienso dejar que me convenza igual que ha pasado esta madrugada.

—Eso no pareció molestarte anoche cuando jugaste conmigo. —Intenta aguantar una sonrisa de suficiencia, sé muy bien a lo que se refiere—. Me aseas aquí, pero voy a mear de pie en la taza del váter, no tumbado.

Y por su tono sé que es su último ofrecimiento.

El día pasa relativamente rápido, teniendo en cuenta que Ezekiel no ha parado de refunfuñar por tener que estar tumbado todo el día sin hacer nada, después por la comida que le ha traído Romeo, siguiendo por no poder ir este sábado a realizar el trabajo.

Cuando le he cambiado las vendas de las heridas no ha hecho ni el más mínimo gesto de dolor, pero he visto cómo apretaba las mandíbulas y eso me hacía sufrir por él.

Lo único que sí ha hecho mucho es hablar. Tanto por teléfono como con los chicos y otros dos hombres que no conozco y llevan todo el día vigilando la casa y los alrededores por si apareciera alguien sospechoso. Al parecer, son hombres de la organización de Cobo.

Mi hija está encantada de estar aquí, y más cuando Romeo le ha enseñado la habitación donde suelen estar los niños, con algunos juguetes. Todo lo nuevo le encanta, no se queja, en ningún momento ha echado de menos nuestra casa ni sus cosas. Teniendo a Thor con ella todo el día, a su peluche favorito y el terreno

de la casa donde poder jugar, se lo está pasando como si estuviéramos de vacaciones.

Después de darle de cenar a Agnes, Romeo se ha ofrecido a jugar con ella un rato a un juego de construcción de bloques de madera, así que he vuelto a la habitación donde está Ezekiel y, para mi sorpresa, me lo he encontrado levantado.

—Ven, no pienso dormir otra noche en esa puta cama. Dormiremos juntos en la de matrimonio. Y la niña puede dormir en la misma habitación.

Camina cojeando hacia mí para estrecharme entre sus brazos. Paso ambos brazos sobre su cuello y le acaricio el nacimiento del pelo en su nuca. Ronronea como un gatito mientras mis dedos le acarician esa zona.

—No has parado en todo el día. —Su respiración se mezcla con la mía, alterando con su cercanía todo mi sistema nervioso.

Sus manos se posan en mis nalgas, masajeándolas suave primero y con más ahínco después. Se ha puesto duro en un momento.

—No he parado en todo el día de pensar en ti —lo dice tan serio que cualquiera diría que eso es algo malo—. En cómo me ayudaste a dormir anoche y en las ganas que tengo de devolverte el favor.

Arqueo las cejas entretanto lo dejo seguir acariciándome, intentando no caer de nuevo en su tela de araña.

—Eso está muy bien, pero si esta noche vamos a dormir tres personas en la misma habitación, creo que será difícil que podamos seguir con nuestras prácticas nocturnas.

Aprieta los ojos con fuerza, yo meto la cara en el hueco de su cuello para sentirme protegida y ocultar al mismo tiempo mi sonrisa por su frustración.

—No te rías, malvada. Sé que a ti te gusta tanto como a mí, si no fueras tan escandalosa..., podríamos... —Me da un beso en la cabeza

—Ni de coña, Ezekiel. Estando la niña en la misma habitación no vamos a hacer nada.

Sus manos suben por mi espalda, se van hacia mi cintura, donde clava los dedos con fuerza. Yo le devuelvo el apretón tirando de sus orejas, me encanta hacerlo.

—Pero ahora no está, podrías dejar de perder el tiempo hablando y quejándote y darme uno de esos besos con los que me derrites.

Separo la cara de su cuerpo para mirarlo; esos ojos de caramelo líquido, esa nariz ancha y masculina que esconde sus labios *besables* cien por cien. Esos labios con los que sabe hacer muchas cosas, como besarme hasta dejarme en estado acuoso, cremoso y resbaladizo.

Me pongo de puntillas para poder llegar a mi objetivo: su boca. Observa cómo me acerco a él pero no se inclina, no me ofrece sus labios, quiere ponérmelo difícil para que le ruegue que me haga el amor y que me folle como un loco después.

Porque Ezekiel sabe hacer las dos cosas: sabe hacérmelo lento, suave y profundo, pero también sabe dejarme sin sentido cuando sus caderas embisten sin piedad en el centro de mi cuerpo, tan rápido y certero como un misil.

Por fin, se apiada de mí y nos perdemos en ese beso apasionado, húmedo, caliente, atronador.

Cuando conseguimos separarnos, nos falta el aire y, justo en ese momento, se abre la puerta, por la que entra Michelle con su maletín.

Miro a Ezekiel a los ojos, es posible que necesite unos minutos a solas para poder calmar esa masculinidad que le abulta, mucho, los pantalones de deporte cortos que lleva puestos.

—¿Qué tal está mi paciente favorito? Aparte de estar de pie cuando debería estar tumbado en la cama...

—A eso iba, a tumbarse, ¿verdad, Ezekiel? —Lo miro aguantando la sonrisa, tapándolo con mi cuerpo del escrutinio al que Michelle lo está sometiendo. Discretamente él se recoloca la erección y se gira para ir hacia el cuarto de baño.

—Iré a preparar la cama. —La informo mientras voy hacia esa parte de la casa.

—No hay problema, siempre y cuando no haga esfuerzos.

Michelle le revisa las heridas y le pone una inyección. Después de un rato, nos deja solos de nuevo pero no tardan en aparecer Romeo, Agnes y Thor, trayendo consigo la mochila de deporte donde ayer metí alguna muda para la niña y para mí. No cogí ni los cepillos de dientes ni nada más. Pero, al parecer,

de eso se ha encargado hoy Romeo cuando ha pasado por casa de Ezekiel a por sus cosas y de paso también a por las mías.

Todavía no he hablado con Alyssa, buscaré el momento adecuado para hablar con Ezekiel y preguntarle hasta dónde puedo explicarle a mi amiga. No creo que se trague que nos hemos mudado aquí cuando el trabajo está a cuarenta minutos en coche, y por la noche, que es cuando apenas hay tráfico.

—Ez, Jeff y Kenny están en la casa. David y yo vamos a bajar a dar una vuelta. Hemos quedado con X donde la última vez.

Ezekiel asiente y no dicen nada más. Yo apenas he entendido nada pero prefiero no saberlo si eso va a ponerme más nerviosa.

Preparo a la niña para dormir, cosa que hace encantada sabiendo que Thor va a estar con ella y, por extraño que parezca, lo que no le gusta es volver a dormir en la misma habitación conmigo. Dice que ya es mayorcita y que quiere dormir en su propia habitación.

—*Esekel*, si me haces una habitación para mí solita, me quedo en esta casa para siempre.

Me giro para verlos, ahora mismo están los dos tumbados en el sofá *chaise longue*. Sería mejor que Ezekiel estuviera en la cama, pero no ha habido manera de convencerlo desde que se marchó Michelle. Entiendo que esté cansado de estar estirado todo el día ahí, pero tiene que descansar para que su cuerpo se recupere y no se le infecte ninguna herida.

Estoy colocando la comida en los estantes, los chicos también nos han hecho la compra. David ha dejado de estar solo estos días hasta la llegada del nuevo *lote*, como suelen referirse a las mujeres y sus hijos cuando los sacan de su país para traerlos aquí, así que apenas tenía algo de comida para pasar estos días. Ahora, las despensas, tanto de la casa principal como la de esta en la que estamos instalados nosotros tres, están llenas de todo, no solo de cereales y galletas. Cada vez me doy más cuenta que estos hombres por más grandes, corpulentos y pintas de francotiradores que tengan, no dejan de ser unos críos muy grandes en cuanto a desayunos se refiere. Creo que el único que no come cereales es Ezekiel, él solo se toma su café largo y después sí come algo más, pero jamás dulce.

—¿Quieres una habitación en esta casa? —le pregunta él extrañado—. Tu habitación es mucho más bonita. Pero, si quieres, prepararemos la otra habitación para que puedas poner algunas de tus cosas.

—Mami, ¿puedo tener una habitación aquí? Me gusta mucho esta casa, tiene un jardín muy bonito y puedo jugar en la piscina con Romeo. —Se levanta del sofá, se acerca a Ezekiel e, inclinándose hacia él, lo abraza y le da un beso en la mejilla—. Que descanses mucho, *Esekel*. Yo me llevo a Thor y tú te quedas con mami viendo la tele un rato.

Sonrío al ser testigo de la escena. Ezekiel tumbado en el sofá, cubierto solo con los pantalones cortos de deporte, sin camiseta, su torso al desnudo, enseñando lo duro y marcado que tiene su vientre ahora manchado con una venda que cubre el agujero de bala que le hicieron anoche. Por otra parte, tiene el tatuaje de la virgen que lo protege y acompaña. Y mi dulce niña, abrazándolo con cuidado para no hacerle daño, viéndose tan pequeña estando entre los brazos de un hombre tan grande como Ezekiel, pero ella lo adora, no tiene miedo de nada, nació con el coraje suficiente para vencer ella solita al mundo entero.

—Thor es todo tuyo, preciosa Agnes.

Acompaño a mi hija a la cama supletoria que hemos preparado para ella en la habitación donde esta noche dormiremos los tres. Me quedo con ella, cantándole una nana, mientras se duerme plácidamente.

Al volver al sofá, Ezekiel me hace un sitio a su lado indicándome sin palabras dónde quiere que me ponga, pegada a su cuerpo y no en la otra punta del sofá, justo el lugar que pretendía ocupar para no molestarlo y dejarlo descansar.

—Ven aquí. —Me recuesto sobre su pecho, inspirando su aroma y él pasa su brazo sobre mis hombros para mantenerme justo ahí—. Parece que a ella no le importa lo más mínimo tener que dejar su habitación. —Me da un beso en la coronilla.

—Ya me he dado cuenta. Después de haber estado todo el día jugando con Romeo no ha echado de menos ni a Debby ni a nada. —Juego con el vello negro de su vientre, evitando mirar el apósito que cubre su herida y así no pensar en lo que tiene ahí—. Ezekiel, quiero preguntarte algo...

—Dime, nena. Sabes que puedes preguntarme lo que sea. —Apaga el televisor y me acaricia distraído el brazo, consiguiendo que se me ericen todos los vellos del cuerpo.

—De todo esto..., de lo que hacéis, ¿qué puedo explicarle a Alyssa? Ella es como una hermana para mí, es la única que sabía lo que me ocurrió, con esto quiero decirte que confío en ella totalmente.

—Si tú crees que debes decírselo, díselo. Pero quiero que entiendas que cuanto menos gente lo sepa, mejor. No podemos permitirnos que alguien se vaya de la lengua y sepan dónde encontrarnos con las mujeres. Explícale lo que creas necesario pero no le des más datos. Si queréis veros, podéis quedar, siempre que te acompañe uno de los chicos o yo. No quiero que vuelvas a ir sola hasta que todo esto se aclare.

—¿Todavía no habéis averiguado quién te hizo esto?

—No. Y no quiero que estés pensando más en eso. Ya nos estamos ocupando, tú tómate estos días como unas vacaciones.

Y eso es lo que hago los siguientes cuatro días.

Ya estamos a sábado y parece que todos están muy tranquilos. Pero es como la calma que precede a la tormenta, en cualquier momento caerán rayos capaces de hacer que todo arda y eso no es nada bueno, sobre todo, teniendo en cuenta que esta noche es cuando tienen que ir a hacer el trabajo.

Las alacenas están llenas de productos que desconozco, en su mayoría para preparar platos de comida típica mexicana. Doy por hecho que aprenderé a cocinar esas recetas en los próximos días.

Entre David, Romeo, Susan, a la cual conocí ayer, y yo preparamos las habitaciones para cuando lleguen los nuevos huéspedes. Me han dicho que vendrán cinco mujeres, tres de ellas con hijos.

El tal Cobo vino ayer a visitar a Ezekiel, sigue sin gustarme ese tío, puede que Ezekiel confíe en él pero a mí, su aspecto y esos otros tíos que lo acompañan armados hasta los dientes, no me dan buenas vibraciones. Mientras ellos hablaban decidí salir de la sala donde se encontraban, Ezekiel me tenía cogida por la cintura, sentada en sus muslos, él no quería que me marchara pero yo preferí hacerlo con la excusa de ir a tender una lavadora.

Lo cierto es que después de tener la seguridad de que Ezekiel estaba recuperándose perfectamente, he podido disfrutar de estos días con él y con la niña. No la he podido llevar al parque acuático pero en la piscina que hay aquí nos lo hemos pasado en grande, ella está la mar de feliz.

Mientras estamos preparando la comida, Agnes y Ezekiel siguen en la pequeña casa que llevamos ocupando desde el lunes. Su pierna tiene mucho mejor aspecto, ahora solo hay que evitar que esté al sol, las pequeñas heridas de bala están cicatrizando bien.

Estoy con Susan en la cocina y los chicos, Kenny y Romeo, están preparando el fuego para hacer una gran barbacoa.

—Es un imbécil. Míralo, ni si quiera me ha dado los buenos días cuando nos hemos sentado a desayunar.

Algo sé sobre la relación que tuvieron Kenny y Susan, al parecer él se prendó de ella, ofreciéndole su duro corazoncito pero ella le dio puerta una semana después.

—Aunque, si te digo la verdad, casi prefiero que no me hable, así no siento que me trata de manera diferente a los demás.

Me limpio las manos con el trapo seco y dejo las verduras sobre la tabla de cortar.

—Lo cierto es que a mí tampoco me hace grandes fiestas, él es así en general con todo el mundo. Menos con los chicos, entre ellos cuatro son como hermanos.

—Sí, cada uno bien diferente al otro pero no creo que haya nada capaz de romper la amistad que tienen.

—Bueno, voy a buscar a la niña y a Ezekiel. Ahora volvemos.

—No te apures, esto ya está, ahora solo falta que esos tres sean capaces de mantener las ascuas para asar la carne.

Fuera, los chicos están bajo la sombra de un enorme árbol mientras el fuego prende y ellos se refrescan con una cerveza bien fría.

Han traído la moto de Ezekiel, y da repelús ver el estado en el que se encuentra, más si la comparo con las motos de los chicos, que están aparcadas al lado de la gran furgoneta con los cristales tintados, y se ven tan brillantes y perfectas.

Al abrir la puerta de la casa, escucho risas en la habitación de Agnes. Al final se ha salido con la suya y le hemos puesto la cama pequeña en esa habitación. Jeff le colgó un par de estanterías para que pudiera poner sus peluches y decorarla un poco. También le trajeron algunos de sus juguetes favoritos que ya se ha ocupado de colocar como a ella le ha parecido mejor.

Lo que me encuentro al llegar a la habitación hace que el pecho se me hinche de amor, a la vez que no puedo borrar la sonrisa que se ha formado en mi cara al ver la escena.

Mi motero, duro, oscuro y peligroso está sentado en una sillita de madera de color rosa pastel, ataviado con un tutú del mismo color que la silla, mientras mi hija está de rodillas sobre sus muslos intentado ponerle rímel a las negras y espesas pestañas de mi novio.

La mira embobado, y sé que ha caído preso de la risa angelical de mi preciosa mariposita.

—Estate *queto*, *Esekel*. Casi hemos acabado —le dice ella muy resuelta en su tarea.

A la niña tampoco le falta detalle, se ha disfrazado con otro vestido de princesa con corona pero en los pies lleva puestas las enormes botas negras de Ezekiel en lugar de zapatitos de cristal. Se ha pintado las uñas y los labios.

Cuando él me ve, apoyada en el quicio de la puerta, hace un gesto significativo con las manos, dándome a entender que no ha podido negarse a lo que Agnes le ha pedido.

—Pero bueno, ¿vais a alguna fiesta? —pregunto, acercándome a ellos sin poder borrar la sonrisa de mi cara.

Ver a mi hija de esa guisa no me sorprende, pero ver a Ezekiel disfrazado, jugando a las casitas y dejando que la niña le ponga rímel es algo que no hubiera imaginado jamás.

—Sí, mami. Si *quieres* te maquillo a ti también —ofrece ella cerrando por fin el bote de la máscara de pestañas.

La cojo en brazos para admirar bien su obra de arte.

—Estás preciosa, mi niña. Pero ahora toca lavarse las manos y prepararse para comer.

Me da un beso en la mejilla, marcándome con los labios rojos, me pide que la deje en el suelo y sale de la habitación dispuesta a ir a ver a sus nuevos amigos, apenas puede caminar con esas botas. El otro día consiguió que Kenny la acompañara a recoger flores para adornar nuestro salón. No digo más.

Ezequiel se levanta y se planta delante de mí. Tan grande como es, tan fuerte y tan intimidador si no lo conoces, pero tan inofensivo para mí, por lo menos en lo que a miedo se refiere, porque poder para alterarme tiene de sobra, más aún si sus labios caen sobre los míos como va a pasar ahora mismo.

Entrelazo las manos detrás de su cuello y nos besamos, pero no puedo evitar sonreír al mirarle los ojos y ver esas pestañas tan cubiertas de rímel.

Sus dedos se clavan con fuerza en mis caderas para después hacerme cosquillas en la cintura. Intento apartarme de él, sé que si empiezo a reír no podré parar, pero me lo impide con facilidad, manteniendo mi boca pegada a la suya.

—Ven aquí, nena. No pienses que te vas a reír de mí y no vas a pagar las consecuencias.

Caminamos enganchados el uno al otro, besándonos y riéndonos de todo, hasta que me deja caer en el sofá y se inclina sobre mí.

—Tenemos que ir a comer, nene. Y la puerta está abierta, así que levanta ahora mismo, antes de que te hagas daño y se te abra la herida.

Desde el miércoles no ha vuelto a decir nada ni a quejarse por no poder ir él esta noche a hacer el transporte. Parece que al final ha aceptado que puede ser igual de útil desde aquí, y me alegro mucho de que así sea.

Me muerde los labios, tirando del inferior con los dientes, provocándome con su mirada oscurecida por el deseo.

—Esta noche te voy a hacer el amor, tanto y tan bien hecho, que vas a creer que no soy de este planeta.

Me pierdo en su mirada, en sus labios, en su piel, enredando los dedos en el nacimiento de su pelo, deseando que ya llegue la noche y cumpla la promesa que acaba de hacerme.

—Gracias. —Le doy un pequeño beso en la nariz, se sorprende por mi agradecimiento.

—No me las des, me encanta pasar ratos con ella. Es un soplo de aire fresco, es pura vida. Igual que su preciosa madre.

Cuando consigo que se levante, le limpio todo el maquillaje de la cara y él se encarga de salir del ajustado tutú que cubría sus pantalones cortos. Todavía cojea un poco pero apenas se le nota.

* * *

Cuando Madison acompaña a la niña a dormir la siesta, yo aprovecho para hablar con Romeo y Kenny sobre lo de esta noche.

—No puedo quedarme aquí. David no está acostumbrado a conducir en esas condiciones ni conoce la zona como la conozco yo.

Kenny se remueve en su silla pero no dice nada, me escucha y ya está. Su mirada se desvía tras de mí y sé que es porque Susan debe estar pasando por ahí en ese mismo momento. Va a tener que acostumbrarse a verla por aquí.

—Ez, sabemos que te mueres por ir pero, joder, no puedes casi ni caminar sin cojear, por no hablar de la otra herida.

—No jodas, Romeo. Llevo todos estos días reposando para estar hoy casi al cien por cien, así que lo haremos como estaba previsto. David se quedará aquí con Susan, Madi y la niña. Cobo nos enviará a dos de sus hombres que pasarán la noche fuera, montando guardia. No me fio un puto pelo de que alguien pueda haberos seguido estos días y sepa dónde estamos.

—Jeff dijo que nadie conoce a los tipos que te dispararon, ni hay ninguna escucha que los una con Bellagio o con cualquier otro que quisiera jodernos a nosotros o a los Mayas. De todas maneras, sería mejor que no vinieras, Ez.

—He dicho que me siento bien para hacerlo y lo haré. Tengo que ver a Charly, la otra vez me pareció que le pasaba algo y no me voy a quedar tranquilo hasta que la vea.

—¿Y qué piensas decirle a Madison esta noche? Ella da por sentado que no te vas a ir, supongo que porque eso es lo que llevas diciéndole toda la semana y es lo que Michelle te ha recomendado —pregunta Kenny mientras se tira del pendiente dilatador que tiene en el lóbulo de la oreja.

—Después hablaré con ella. Con David ya hablé anoche y está de acuerdo.

—Querrás decir que acepta tu decisión. El chaval tenía ganas de algo más de acción.

Me levanto, dando por terminada la conversación.

—Es mejor que él se quede aquí y que yo vaya.

Se levantan tras de mí y nos chocamos las manos en señal de asentimiento a todo lo que acabamos de hablar.

Después de la cena, Madison ha estado más reticente. Creo que se huele algo porque se ha despedido de todos, dándoles un abrazo y deseándoles suerte y a mí no me ha dicho nada, tan solo me ha mirado antes de salir de la casa e irse con Agnes hacia nuestras habitaciones.

En tres horas saldremos de aquí, acabo de prepararlo todo con los chicos y Jeff se comunica utilizando el teléfono satélite con Charly. Los dos hombres de Cobo acaban de llegar, han entrado a saludarnos y se han instalado en los lugares acordados para la vigilancia hasta que nosotros volvamos mañana.

—Creo que alguien se huele algo y vas a tener problemas. —Romeo ríe por lo bajo cuando me ve yendo hacia la puerta por la que hace media hora han salido mis chicas.

—Tú preocúpate de decirle a tu novia que no te llame en mitad de la noche para despistarte. A las doce y media saldremos.

Esta noche todo va a salir bien, como siempre.

Cuando entro en la casa, todas las luces están apagadas. Voy hacia la habitación en la que duerme Agnes y veo su pequeño cuerpo iluminado por la luz quitamiedos que está cerca del cabecero de su cama. Thor está tumbado justo a su lado, en el suelo. Me mira pero no se mueve.

Cuando entro en nuestra habitación doy por hecho que Madison lo sabe, porque ella nunca se va a dormir tan temprano, y menos aún sin mí.

Me desnudo, dejando la ropa sobre la silla que hay a mi lado de la cama y me muevo por la habitación casi en total oscuridad. Me cuelo debajo de la fina sábana con la que ella siempre se cubre antes de dormir.

El hecho de que esté totalmente echada sobre la otra punta de la cama me deja claro que está molesta. Me acerco a ella, que por lo menos se ha acostado como siempre, como a mí me gusta, desnuda, dejando toda su piel al alcance de mis manos ansiosas, y me acoplo a su menudo cuerpo. La herida de la pierna me

molesta un poco, pero no pienso quejarme para que tenga algo más que echarme en cara para evitar que me vaya.

Paso un brazo por debajo de su almohada y con la otra mano me cojo a su cadera, haciendo la cucharita. El mero roce de su cuerpo con el mío ya me empalma, y es imposible querer ocultar lo que mi cuerpo siente por el suyo.

Me enredo en su pelo, embebiéndome de su aroma. Deslizo la nariz por su nuca, hacia su espalda, recorriendo el camino con besos y pequeños mordiscos, mientras con una mano entrelazamos nuestros dedos y con la otra, la mantengo pegada a mi erección.

No decimos nada, no hablamos, su cuerpo no se resiste al mío, está enfadada pero quiere estar conmigo tanto como yo quiero estar con ella.

Con una mano recorro su cuerpo, la cintura, las costillas, los muslos y su vientre, hasta llegar a sus dulces pechos, para acariciarlos y apretarlos con lujuria y pasión.

Deja escapar un leve gemido, sé que se está reteniendo porque ella suele ser mucho más expresiva y receptiva, pero ahora mismo yo tampoco puedo hablar, ocupado como estoy en morder, lamer y besar cada centímetro de su piel.

Cuelo la mano entre sus muslos para encontrarme con esa deliciosa humedad en sus labios. La esparzo bien por todo su sexo, ella separa las piernas y se ofrece entera, frotando su culo por mi dolorosa erección, deseando que le dé una liberación. Pero esta noche no tengo prisa, aunque sea un sentimiento contradictorio, porque aunque quiero ir despacio y hacerlo eterno, tengo la urgente necesidad de hundirme en ella y saciar su deseo y el mío lo más rápido posible.

Coloco su pierna para poder hundirme en ella desde atrás, muy lentamente, refriego mi polla por su humedad y me deslizo todo lo despacio que soy capaz de ir hacia su interior.

Por fin, consigo que vuelva a ser la misma de siempre y que esos sonidos que me vuelven loco empiecen a escapar de sus labios. Hemos estado tres días sin tocarnos para poder recuperarme lo antes posible. Mi deseo por ella no tiene fin y ha supuesto un gran reto para mí mismo no hacerla gritar de pasión todas las noches, pero sabía que debía reposar para poder ir hoy a lo que tengo que hacer.

Pero es que su deseo por mí es igual de intenso que lo que yo siento, porque cada vez que nos tocamos saltan chispas.

Me muevo lento, entrando, girando y saliendo de ella, que a su vez se retuerce de placer entre mis brazos impactando con sus nalgas en mi cuerpo.

Solo se escuchan sus jadeos, gemidos y mi respiración acelerada, por querer llevarla hasta la galaxia sin salir de esta cama. Siento cómo se tensa a mi alrededor, exprimiéndome al máximo y cuando su cuerpo estalla como si fuera el nacimiento de una nueva estrella, me lleva con ella, liberándome a mí también de una forma demoledora y de otro planeta.

—Te amo. —Esas dos simples palabras salen de mis labios y todavía no soy consciente de cuándo he decidido decirlas.

Ella intenta recuperar la respiración, igual que yo, pero no puedo parar de besarle los hombros, el brazo, el cuello..., todo de ella que queda a mi alcance.

—Tengo miedo. —Su voz es apenas un susurro—. Sé que vas a irte y estoy cabreada y asustada a partes iguales.

—Lo sé, mi reina, lo sé. Pero tengo que ir y no quiero que estés preocupada. Vamos a dormir un rato y cuando despiertes por la mañana, faltará poco para que me veas regresar.

—Pero, y si... —No la dejo seguir.

Le doy la vuelta y la siento sobre mí. Haberle dicho que la amo me ha puesto duro otra vez, recuperándome en un tiempo récord para poder volver a demostrarle cuánto la amo.

No pierde el tiempo y desciende sobre mi eje con prisas, como si no acabáramos de hacer el amor ahora mismo, y empieza a moverse sobre mí, apoya sus manos en mi pecho y me vuelve loco con el movimiento de sus tetas sobre mi cara. Ni puedo ni quiero permitirme pensar que esto es una despedida. Es peligroso, sí, pero no pienso dejar que me alejen de ellas. Desde que están en mi vida todo es mejor, el aire es más sano y mi corazón bombea con más fuerza que nunca.

No hablamos más. Hasta que al final cae rendida sobre mi cuerpo, sudados y saciados, anclados en uno en el otro de por vida, encajando a la perfección. Hechos el uno para el otro en todos los sentidos. Se ha dormido, como cada

noche, sobre mi pecho, con sus piernas enredadas entre las mías, con su brazo posesivo rodeándome mientras yo la acariciaba.

Ya ha llegado la hora y tengo que irme. Duerme en un sueño profundo y no se da cuenta de ninguno de mis movimientos. Me visto y cojo todo lo necesario. Me inclino sobre la cama para darle un beso en la frente a esta preciosa mujer que se ha colado en mi interior, pasando a ser parte de mi propio organismo.

Antes de salir de la casa, me envuelvo el vientre con vendas para mantener lo más apretada posible la herida. Espero no sangrar en ningún momento. Si vuelvo a llegar herido, Madison se encargará de hacerme sufrir.

Los chicos ya están listos en la entrada de la casa. Me extraña ver a Susan colgada del cuello Kenny entretanto este le come la boca. Han vuelto a caer otra vez. O quizá Susan solo haya querido desearle suerte al semental de Kenny.

—¿Estamos? —pregunta Jeff.

—Sí —respondemos los demás.

Me subo en la furgoneta, detrás del volante y espero a que mis hermanos también lo hagan para emprender otra vez el camino, peligroso pero necesario, para mantener con vida a cuantas más, mejor.

Jeff y Kenny se sientan atrás, mientras que Romeo ocupa su lugar a mi lado. Jeff va pendiente de todas las noticias que vamos recibiendo del otro lado de la frontera. Nunca se sabe si podemos encontrarnos con alguna redada o revuelta antes de llegar a los túneles que, aunque están escondidos, debemos evitar que alguien descubra la entrada o salida de estos.

Todos vamos en silencio, sabemos lo que nos jugamos pero siempre es mejor pensar que la suerte va de tu lado, mi virgencita nos protege y no caeremos en las garras ni de los federales ni de *la migra*, la policía fronteriza que atrapa a los ilegales.

Unas horas más tarde, llegamos a casa de Lupita, nuestra primera parada antes de cruzar los túneles. Son varios kilómetros, nada que no podamos hacer caminando pero no es lo mismo para cuatro hombres que para mujeres cargadas con sus hijos y el peso del miedo.

El terreno ya empieza a ser desértico, todo piedra y tierra seca, apenas hay vegetación. La flora y la fauna de este lugar no tiene nada que ver con la montaña en la que he dejado a Madison.

Lupita nos espera dentro de su propiedad. Las destartaladas puertas se abren y pasamos a sus dominios. Ella, junto con dos de sus hijos nos esperan en el porche.

La inexistente contaminación lumínica permite ver el firmamento estrellado que nos cubre esta noche iluminada apenas por la luna creciente, algo que nos irá muy bien para circular sin ser vistos al no poder encender las luces de los vehículos.

El lugar queda apartado de casi toda la población pero no por eso es imposible que alguien lo esté controlando y puedan dar con nosotros. Eso sin tener en cuenta que la zona fronteriza suele estar llena de personas que intentan, sin éxito, cruzar los muros.

—¿Qué pasó, *güey*? ¿Cómo se dio el viajecito? —pregunta Ramón, el hijo mayor de Lupita, el que siempre está a su derecha sujetando la recortada.

—Bien, hermano —saludamos uno a uno con la unión de las manos y un abrazo —, estamos listos para cruzar. ¿Qué tal vosotros por aquí?

—Aquí todo *padrísimo*¹ —contesta el otro hermano, José.

—Pasen dentro, muchachos, tómense una *chela*² bien fresquita antes de partir.

Entramos en la modesta casa que huele a deliciosa comida mexicana, nos han preparado todo un festín. La hija de Lupita sale de la cocina, quitándose el delantal y mostrándole a todos su bonito cuerpo. No es más que una cría, no debe tener más de dieciocho años, pero entiendo que tenga ganas de salir de este rincón del mundo. Aquí, siempre vigilada por sus hermanos, no va a poder encontrar a un chico decente con el que estar.

Su hermana mayor murió al otro lado de la frontera. Se enamoró de un tipo que después la maltrató hasta matarla. Así que sus vigilantes hermanos no van a dejar que a la pequeña le suceda lo mismo que a la mayor. Y Lupita menos, aparte de perder a su hija también perdió a su marido intentando traerla de vuelta.

—Buenas noches —saluda ella, haciéndole ojitos a Romeo, pero este parece estar por otra cosa porque asiente moviendo la cabeza sin despegar los ojos de la pantalla de su móvil.

Ha pasado varias veces a recoger a Lilly, la compañera de trabajo que tenía Madison en ese antro en el que trabajaba, y sé que han estado juntos unas cuantas veces más. Me extrañaría verlo pillado de una mujer, pero todo llega, incluso para él que siempre ha sido el gallo del corral.

Después de algunas indicaciones sobre ciertas calles cortadas al otro lado de la frontera, comprobamos el estado de los cuatro vehículos con los que nos vamos a desplazar hasta la entrada de los túneles y en los que, después, cada uno transportará hasta la casa a un grupo de mujeres. Es mejor ir por separado en vehículos rápidos y pequeños que todos juntos en una furgoneta grande o en un autobús. Cuanto más grande sea el vehículo peor iría en una persecución, no sería nada fácil despistar al contrario y poder huir.

Jeff contacta con Charly al otro lado de la frontera, tardaremos unos veinte minutos en recorrer los túneles y llegar hasta el sur. Una vez allí, cogeremos una furgoneta para ir hacia la casa franca y cargar el *lote*. No debería costarnos más de tres horas estar de regreso a esta parte de la frontera y poder volver a casa.

Mientras Kenny aprovecha para fumarse un cigarro, yo saco por última vez mi teléfono y dudo si enviarle o no un mensaje tranquilizador a mi chica. No sé si tendrá el efecto deseado o el contrario. Jeff envía los mensajes de siempre: a Charly, indicándole que ya vamos a salir para allí, y a David para que sepa lo mismo.

Ramón y José nos acompañan hasta la oculta entrada de los túneles, está dentro de una vieja y pequeña cabaña de madera que antes era la caseta de un viejo pozo. Ellos nos esperarán aquí.

Cogemos las linternas y las armas. Al otro lado nos encontraremos con una ciudad fuera de la ley por completo. En comparación, donde vivimos nosotros, es el país de los osos amorosos.

Bajamos a los oscuros pasadizos, la escalera de entrada es de madera y es tan vieja como los mismos túneles, que se construyeron hace más de cien años. Una vez atravesados, al otro lado, hay una antigua mina abandonada. Lupita y su familia se encargan de mantener esta parte oculta.

—Mmmm, me encanta este olor —exclama Kenny, llenándose los pulmones con el ambiente seco y polvoriento del interior.

Alumbramos el suelo, está lleno de piedras y algunos cascotes, procuramos apartar los más grandes para que después ninguna mujer o ningún niño tropiece con ellos. Tardo un poco en acostumbrarme a estar bajo tierra, aunque mi mente quiera estar solo pendiente de la misión de esta noche, no puedo evitar tener a Madison en mi pensamiento mientras avanzo detrás de mis hermanos hacia el país del que huyó mi madre.

La recogida

Una vez fuera del túnel y de la mina, volvemos a estar rodeados del terreno desértico, en medio de la estepa, donde detrás de una pequeña colina tenemos escondido el vehículo con el que traeremos a las mujeres hasta aquí. La luz de la luna clarea un poco la oscuridad casi absoluta que nos rodea.

Me duele un poco el costado pero decido no hacerle más caso a las pequeñas punzadas y correr hasta estar dentro del vehículo. Romeo me espera para preguntarme si estoy bien.

—Perfectamente, vamos. Solo me he tropezado.

Asiente y nos subimos al vehículo, es una vieja furgoneta blanca con la que no llamaremos la atención. Cuando salimos del terreno desértico y empezamos a circular por las carreteras asfaltadas, todos estamos concentrados en los alrededores, en que no vayan a salirnos unos guerrilleros de cualquier lado de la carretera.

Los controles policiales los tenemos bien controlados gracias a las conexiones que se encarga de hacer Jeff desde ese ordenador suyo. Las calles, las cuales parecen ser de una ciudad sitiada, tienen infinidad de cables de electricidad que van desde los sobrecargados postes de la luz hasta las ruinosas casas. Además, están casi desiertas, normal, son las tres de la mañana, y esta zona queda muy alejada del pueblo más cercano.

Cuando estamos a cinco minutos de la casa, llamo con el otro teléfono a Charly para que se preparen. El cambio tiene que ser rápido y en silencio.

—Bueno, ha ido todo muy bien —susurra Romeo frotándose las manos, ansioso por volver.

—Todavía no hemos acabado, imbécil —le responde Kenny con más mala leche que de costumbre.

—¡Eh, colega! Pensaba que después de tirarte a Susan, otra vez, estarías más relajado.

—Estoy más relajado, pero tú no paras de tocar los cojones.

—Bueno, ya está bien. No empecéis con vuestras gilipolleces que ya hemos llegado. Romeo y Kenny os encargaréis de bajar las pertenencias. Jeff, te quedas al volante, preparado.

Todos asienten, aparco delante de la puerta, sin apagar el motor y salimos de la furgoneta los tres a la vez.

Dos tipos armados nos dan la bienvenida y sé que hay alguno más apostado sobre los tejados de los edificios abandonados de enfrente.

Charly sale, dándoles el visto bueno, relajándose al fin pero manteniéndose vigilante a lo que pueda venir. Romeo y Kenny la saludan de pasada, entrando en la casa. Yo me acerco a ella y nos saludamos con un apretón de manos.

—Ezequiel, me alegra verte bien. Pensé que al final no podrías venir. —Me observa de arriba abajo y acto seguido me da un abrazo.

—No fue nada. ¿Cómo estás tú? —pregunto una vez nos hemos separado.

—Bueno, pues parece que esta semana se ha juntado todo en el mismo día porque el lunes por la noche una de las muchachas se fue y nos hizo *el chivo los tamales*³, ayer apareció muerta en uno de los pozos del poblado.

—Mierda, ¿entonces crees que hay peligro de que puedan saber cuándo vamos a venir? —«Me cago en la puta. Si esa mujer regresó con su marido y le dijo dónde está la casa es muy probable que este se presente aquí, no sería la primera vez».

—¡*Me vale madre*⁴, Ezequiel! Tengo todo esto lleno de hombres armados hasta los dientes. No podrán detenernos, *güey*. —Mueve las manos abarcando nuestro alrededor. Pero hay algo que no me gusta, estoy inquieto y nunca suelo tener esta sensación.

—Pues venga, démonos prisa, cuanto antes salgamos de aquí, mejor para todos.

De las cinco mujeres, cuatro son muy jóvenes, apenas son unas crías y ya van cargadas con hijos, una de ellas está embarazada, *muy* embarazada, no creo que le falte mucho para dar a luz; y la mayor, no creo que llegue a tener treinta años; están de pie, esperando para salir de aquí. Los niños nos miran con recelo, igual que sus madres.

Aunque Charly ya les ha hablado de nosotros y de lo que hacemos, es normal que al ver a cuatro moles de tíos, armados y con cara de pocos amigos, no les dé mucha seguridad. Pero, a partir de esta noche, sus vidas cambiarán para mejor. Esa es la idea.

Una de las mujeres va con una muleta, no me lo habían dicho, y eso hará que vaya más lenta para atravesar los túneles, tendríamos que haberlo sabido para preparar algo al respecto.

—No me dijiste que hay una herida. —Cojo el brazo de Charly para retenerla a mi lado.

Ella mira mi mano cerrada sobre su brazo pero no intenta soltarse. Clava su mirada de color caramelo en mí y habla muy pausadamente.

—De todas maneras había que venir, Ezekiel. No iba a cambiar nada que te lo dijera o no.

La suelto antes de contestarle.

—Sí, que yo lo sabría y podría estar preparado para eso.

Las mujeres y los niños salen de la casa, Romeo los ayuda a subir a la parte trasera de la furgoneta, entretanto Kenny carga las pocas maletas donde llevan todas sus cosas.

La noche sigue estando tan oscura como hace diez minutos, desde que hemos entrado en la casa, pero sigo teniendo esa extraña sensación de que algo va a salir mal. Le pido a Jeff que se comunice a través del teléfono satélite con David, quiero estar seguro de que allí todo va bien y que mis chicas están seguras.

Estos días he estado pensando en la posibilidad de dejarlo todo y desaparecer de aquí con Madison y Agnes. En vender las casas de ambos y en que nos iría de puta madre empezar en cualquier otro lugar. Durante el tiempo que he estado solo no he tenido nunca esa necesidad, pero saber que puedo poner en peligro sus vidas, por más que Madison quiera ayudar en nuestra organización, no me compensa si las pierdo a ellas.

—Tengan cuidado, muchachos. Espero sus mensajes cuando vayan a entrar en los túneles y una vez lleguen al destino.

Charly se acerca a la parte trasera de la furgoneta acompañando a uno de los niños.

—Pórtense bien. Y no tengan miedo, Ezekiel les va a llevar a una casa bien bonita. —Le da un beso en la mejilla y lo ayuda a subir.

En este tramo del trayecto tienen que ir sentados en el suelo de la furgoneta. Kenny y Romeo van con ellos, preparados por si algo sucediera poder actuar inmediatamente.

Charly cierra la puerta y solo quedamos ella y yo fuera de la casa y del vehículo.

—La embarazada necesitará mucha ayuda —asiento en silencio.

—¿Cuándo vas a cruzar tú para venirte con nosotros? —le pregunto mirándola intensamente.

No puedo decirle nada más, sé que no debo hacerlo, pero creo que va siendo hora de que lo deje y se ponga a salvo ella también, ya tiene una edad.

—Este es mi lugar, Ezekiel. Nunca me iré de aquí.

Aprieto los labios y asiento con la cabeza, dando por finalizada nuestra pequeña charla. Sé que no servirá de nada prolongarla e intentar convencerla de lo contrario.

—Tengo que irme. Te mantendré informada. Cuídate.

Vuelvo a la furgoneta y nos ponemos en marcha. Jeff me pasa el ordenador y veo la ruta a seguir marcada en la pantalla. Doy dos golpes en la chapa que separa la cabina del furgón para avisar de que ya nos vamos.

Iniciamos la vuelta hacia casa, ya casi tenemos la mitad del trabajo hecho. Ahora solo hay que llegar a la antigua mina, entrar y cruzar los túneles hasta llegar a la propiedad de Lupita. Pero cuando no llevamos ni cinco kilómetros recorridos veo un control policial que no debería estar ahí.

—Mierda. ¿Qué coño hacen esos ahí? —Doy un puñetazo en el salpicadero.

—Eso quisiera saber yo también.

—¡Mierda! Aviso a los demás.

Doy dos toques seguidos en la chapa para que Romeo y Kenny estén preparados. Esto no me gusta un pelo. Llevo teniendo esa puta sensación toda la noche.

Están en una recta, no hay nadie más, parece que están ahí esperando para pillar a alguien en concreto. «¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!».

Pienso en enviarle un *e-mail* a David, pero no quiero soltar la liebre antes de estar seguro de que no vamos a poder llegar a nuestro destino. Así que me aguanto la rabia y la adrenalina que recorre mis venas y me concentro en parecer normal, como si no lleváramos la furgoneta cargada de polizones y de armas.

—¿Estás preparado? —le pregunto a Jeff.

—Sí, colega. Es posible que sea el *sheriff* local. Tentaremos a su integridad con ese fajo de billetes, estoy seguro de que le harán falta.

«Eso espero. Que este capullo no quiera abrir la caja del furgón».

En la carretera desértica y solitaria, iluminada solo por las luces de seguridad policiales, está el coche patrulla del *sheriff* local y los dos policías están de pie, esperando para darnos el alto, con sus linternas preparadas para alumbrarnos.

El vehículo se detiene justo en la línea. Los dos hombres se acercan a nosotros, cada uno por una ventanilla, iluminando nuestras caras con las putas luces, cosa que hace que me cueste más mantener la calma. No voy a volver a prisión.

—Buenas noches. Documentación —pide el que está iluminando a Jeff.

Cuando desvía un poco la luz con la que nos está deslumbrando, puedo ver que ambos son unos pipiolos, no debe hacer mucho que han salido de la academia policial. Eso puede ser bueno o malo. Bueno porque cobrarán una miseria y en ese sobre hay mucho dinero. Malo porque pueden querer ir de héroes y no caer en la tentación, que es lo que más les conviene hacer.

En el momento en que Jeff está sacando la documentación del vehículo, un coche pasa a toda velocidad por nuestro lado, casi atropellando al oficial que está sobre la calzada.

—¿Pero qué?!

Ambos agentes reaccionan con unos segundos de despiste, qué fácil sería dispararles, pero no va a hacer falta.

—¡Rápido, venga! ¡Sigán su camino! —ordenan mientras empiezan a dar información a través del transmisor que llevan colgando en sus hombros.

Jeff asiente, mete primera, muy lentamente, y empezamos a circular de nuevo, alejándonos del control policial como si no estuviéramos cometiendo ningún acto ilegal.

—¡Qué loca está la cabrona! ¿Has visto cómo llevaba el puto Camaro? — pregunta Jeff, agarrando el volante con fuerza y riendo a carcajadas.

—Sí la he visto, sí. Vámonos antes de que esto se llene de pasma.

Charly ha estado siguiéndonos de cerca para ver con sus propios ojos que llegamos bien a los túneles. A la velocidad que ha pasado no van a poder darle alcance.

—Todo bien —aviso a Kenny y Romeo, que debían estar esperando el momento para salir a liarse a tiros.

—Vaya jodida noche, colega. Llevo con un mal presentimiento desde que hemos salido de casa de Lupita. Parece que esto era lo que nos tenía que pasar.

—Eso es, Ez. Esto ha sido todo lo malo que nos tenía que pasar. En diez minutos estaremos entrando en la vieja mina y en los túneles.

Cuando vamos a dejar la carretera principal para coger el camino arenoso y pedregoso que lleva hasta la entrada oculta de la mina y desde ahí hacia los túneles, apagamos las luces de la furgoneta. No queremos que nadie pueda seguir nuestro rastro. Aquí no hay nada, por lo que nadie se introduce en esta zona del desierto.

Los baches del camino hacen que la velocidad tenga que ser menor y eso me pone nervioso. Nunca antes me había puesto así, no veía el peligro, y era algo que me enorgullecía, pero ahora, me sudan las manos, joder.

Un poco más y habremos llegado, cien metros. Cuando por fin llegamos, escondemos la furgoneta y, mientras Jeff recoge todo lo del interior de la cabina, yo voy hacia la parte trasera para abrir las puertas y dejar que salgan todos.

Cuando abro, Kenny y Romeo ya están de pie, con las armas apuntando hacia la puerta y con cara de querer matar a alguien.

—¿Qué cojones ha pasado hace un rato? ¿Hemos parado en un puto control? —espetea Kenny, saltando de la furgoneta y encendiéndose un cigarro.

—Sí, joder. Pero Charly se ha encargado de despistarlos. Venga vamos al lío.

Romeo deja su arma colgando de su hombro y coge en brazos a la chica que va con la muleta para ayudarla a bajar. Yo le tiendo la mano a las demás para que puedan ir bajando.

—Voy a mear —indica Kenny. Lo veo alejarse hacia unas pequeñas rocas.

Y justo cuando lo pierdo de vista, empieza el tiroteo.

—¡Corred! —grito de inmediato.

Todo se vuelve un caos. Veo a Jeff indicarles a las mujeres que ya habían bajado de la furgoneta que lo sigan, pero la lluvia de balas y los gritos de miedo de las ellas y de los dos niños hace que no pueda pensar con claridad.

«¡Piensa, joder, Ezekiel!».

Veo a uno de los niños paralizado por el miedo, cuando escucho gritos de un hombre.

—Ven acá, Dulce, no pienso dejar que te vayas.

¡Pum! Vuelven a disparar.

Sin pensarlo más, salto a por el niño, lo cojo de un puñado y corro hacia la entrada de la mina abandonada, una punzada de dolor me atraviesa el vientre pero sigo adelante sin tener tiempo de pensar en el dolor. Él está rígido, totalmente, no quiero imaginar que una de las balas haya podido alcanzarlo.

Fuera siguen estando Romeo, Kenny y la mujer que va con las muletas. Compruebo que el pequeño está ileso y me preparo para salir de nuevo.

—Jeff, ve entrando con ellos hacia dentro. No te quedes aquí.

—No voy a irme, colega.

—Haz lo que te digo, Jeff. No los hemos sacado de casa de Charly para que ahora mueran aquí por una bala.

En la total oscuridad de la mina, preparo mi arma y vuelvo sobre mis pasos para ayudar a los que han quedado fuera. Sigo escuchando disparos. Ese hijo de puta trae una puta ametralladora, ¿de dónde cojones la habrá sacado?

Romeo y esa mujer están detrás de la furgoneta, veo sus pies, si consigo llegar hasta ella podré moverla y cubrirlos hasta que puedan entrar en el túnel. Kenny puede volarle la cabeza al tipo ese.

Pero ¿dónde está Kenny?

—Ricardo, por favor, déjame marchar —suplica ella y llora desconsolada.

—Ven aquí, voy a matarlos, ¡y te mataré a ti después! —grita el que supongo que debe ser su marido.

La mujer que se fue el otro día le daría el chivatazo a su marido y este, después de matarla, se lo habrá contado a alguno más.

Justo cuando voy a salir hacia la furgoneta para cubrir a Romeo, este viene de espaldas hacia mí, con la mujer cojeando detrás de él, sujeta el arma con una

mano y dispara a discreción contra el cabrón que nos está disparando. Pero está en un montículo, bien cubierto por una roca y no lo tenemos a tiro.

Salgo a por ella y la obligo a venir conmigo, pero cae al suelo y yo con ella, sobre su cuerpo para protegerla.

En ese momento escucho nuevos disparos, Kenny está disparando para darnos tiempo y así poder llegar hasta la entrada. Entre él y Romeo no le dan tregua, pero ambos están al descubierto, y no tenemos tantas balas, por no hablar de la mujer y de mí, que seguro que somos sus principales blancos.

Una bala pasa muy cerca de mi cabeza, impactando contra el terreno. La cara de la mujer está pegada a la mía, la miro fijamente a los ojos para infundirle el suficiente valor de levantarse y correr hacia la entrada, son solo diez metros.

—Voy a contar hasta tres, nos levantaremos de inmediato y echaremos a correr hacia allí. ¿Entendido? No hay más posibilidades que esta.

—No seré capaz —lloriquea ella mientras niega con la cabeza, presa del pánico.

—¿Prefieres volver con él? ¿Que te mate él? —Vuelve a negar desesperada.

—Pues levántate y corre. ¡YA!

De un salto me pongo de pie y la arrastro conmigo, pasándole un brazo por la cintura y tirando de su cuerpo. En unos segundos más de los que me gustaría consigo llegar hasta la entrada y dejarla ahí sentada para volver a salir y recoger a los otros dos.

Lo que me encuentro es lo peor. Kenny está tirado en el suelo, abatido y Romeo empieza a correr hacia mí. Este hijo de puta sigue con balas, ha traído un puto fusil de asalto y nos está machacando. Tendríamos que haber traído algo más gordo que unas putas recortadas.

—¡Romeo, no! —Pero es demasiado tarde, una bala impacta en su brazo haciéndolo saltar hacia mí.

Cae al suelo, lo cojo por las muñecas y arrastro su cuerpo hacia el interior, donde no puedan llegar los tiros. Tose y se quita el polvo que tiene pegado a la cara. El brazo le sangra a la altura del bíceps.

—Deja que te mire —exijo rápido.

—Tranquilo, solo me ha rozado.

Se incorpora y se apoya en las rocas de la pared, levantando la manga de la camiseta para enseñarme que apenas tiene un corte sobre el músculo.

—Voy a por Kenny —digo, poniéndome de pie y volviendo hacia la salida.

No escucho sus gritos, salgo a ver si ese hijo de puta se ha quedado ya sin munición y puedo matarlo con mis propias manos, pero antes de que pueda pensar o hacer algo más, vuelve a disparar hacia la furgoneta, supongo que creyendo que hay alguien dentro.

En ese momento, los faros de un coche iluminan la zona, y puedo ver a Kenny todavía tirado en el suelo pero intentando moverse, así que todavía hay esperanza, no está muerto.

Las luces llegan hasta nosotros y el coche se interpone entre el tirador y nosotros dos. Es el mismo coche que antes ha despistado a la policía del control. Es Charly.

—¡Mierda, Charly! ¡Sal de aquí! —grito con todas mis fuerzas.

Ella sale del coche con su arma, cierra la puerta y se arrodilla mientras se coloca para disparar al cabrón que nos ha jodido la noche.

—¡Coge a Kenny y llévatelo! —grita ella a su vez.

—¡No, márchate!

El tiroteo empieza de nuevo, así que salgo corriendo hacia donde está Kenny, me arrodillo y le busco el pulso, tiene una herida de bala en el muslo derecho, pierde mucha sangre pero sigue vivo. Reuniendo todas mis fuerzas, me lo cargo al hombro y tiro de él, no sin antes volverme para ver a Charly.

—¡Charly, ven! —le grito— Métete en la mina.

—Ahora voy, Ezekiel. —La oigo decir, pero su risa es otro mal presentimiento. La imagen persistente de Madison aparece en mi mente todo el rato y tengo que bloquear ese pensamiento para poder centrarme en esto con toda mis fuerzas. Pero mi corazón palpita recordándome que tengo que volver con ella.

Cuando consigo meter a Kenny en la mina y dejarlo con Romeo, vuelvo hacia afuera para traer a Charly conmigo. Tengo que darle un balazo como sea a ese hijo de puta.

Pero esta noche la suerte no está de nuestra parte. Las imágenes se muestran con lentitud ante mis ojos: ella se levanta, con el arma a punto para disparar

mientras el otro acaba de colocar un cartucho, lo hace antes de que ella dispare. Él, con un rápido movimiento, vuelve a apuntar y dispara a la vez que yo, ahora que por fin lo tengo a tiro.

Tres disparos suenan a la vez: el mío, hacia el pecho de ese hijo de puta; el de Charly, hacia el mismo blanco y el de ese cabrón hacia ella. Tres proyectiles impactan.

Él cae abatido, despeñándose de la roca donde estaba resguardado. Pero Charly también cae desplomada hacia atrás.

Corro hacia ella con el arma aún en la mano por si ese cabrón todavía siguiera con vida. Me arrodillo una vez más en lo que va de noche pero ahora a su lado. Tiene un agujero en el cuello. La sangre brota de su cuerpo y su mirada se oscurece.

Apoyo su cabeza sobre mi muslo, mirando su cara iluminada por la luz de esta luna bañada de sangre. Sangre que brota de sus labios.

—Vete, Ezekiel. No vuelvas más —escupe las palabras con sus últimas fuerzas, exhalando su último aliento.

—¡Maldita seas! Debiste venir conmigo hace tiempo. —La rabia me recorre entero, haciéndome chillar de impotencia al ver que ella pierde la vida entre mis manos.

Romeo es el que sale a por mí unos minutos después, cuando estoy rompiéndome los nudillos dándole de puñetazos al hijo de puta que la ha matado y que ha herido a mis hermanos. Gritando como un loco, descargando en él toda la frustración que tengo por no haberlo matado antes de que esto pasara.

—Vamos, hermano. Está muerto, déjalo ya, Ezekiel. Ahora tenemos que pensar qué quieres hacer con ella.

No vuelvo a entrar en la mina hasta muchas horas después. Cuando he quemado el coche con el cadáver de ese hombre dentro. Cuando he cavado una tumba para Charly y he cubierto su cuerpo con tierra.

Romeo me espera con el brazo en cabestrillo para cruzar los túneles de vuelta a los terrenos de Lupita. Han pasado muchas horas desde que deberíamos haber vuelto. Sus hijos se encargan de volar los túneles, no podemos dejar que nadie los encuentre. No queda más remedio.

¿Quién era ella?

Llevo despierta desde que se fue. Cuando lo escuché cerrar la puerta, me desperté como si me hubiera caído un jarro de agua fría. Un mal presentimiento, otra vez, dos veces en la misma semana. Algo que me eriza la piel de la nuca y que me hace pensar en las peores situaciones en las que pueda imaginarme a Ezekiel muriendo desangrado, de un balazo, o de cualquier forma dolorosa.

A las seis no aguanto más y decido ir a ver a David, me da lo mismo si está durmiendo, que se despierte y se ponga en contacto con ellos. Sé que las órdenes son esperar a que ellos se comuniquen con nosotros, pero no lo soporto más.

Agnes duerme, ajena a todo este sufrimiento que me acompaña. Cierro su puerta y la dejo en compañía de su guardián, Thor.

Abro la puerta de la casa y me encuentro a David tomándose un café, tiene cara de no haber dormido en toda la noche. Susan también está despierta.

—¿Se sabe algo?

Se miran el uno al otro pero ninguno me dice nada.

—Todavía no tenemos noticias —dice David antes de darle un sorbo a su café.

—No me jodas, David, pero si ya deberíamos saber algo. —Doy un golpe sobre la mesa. No puedo controlarme.

—Madison, tranquilízate. Estarán bien. A veces las comunicaciones fallan y seguro que por eso no han dicho nada aún.

—¿Tampoco sabemos si siguen en territorio mexicano o ya están de vuelta?

—Todavía no han regresado a casa de Lupita.

—¿De quién? —Es la primera vez que escucho ese nombre.

—De nuestro contacto cerca de la frontera. La entrada a la mina que da a los túneles está en su propiedad.

—Está bien. Está bien.

Susan se acerca a mí y me abraza, intentando transmitirme algo de su serenidad.

—Ezekiel me sacó de allí hace años, Madison. Él va a regresar, y Romeo, y Kenny. Y van a salvar la vida de algunas personas que tienen la suerte de que ellos hayan aparecido en su camino. No me cabe la menor duda de eso, Madison. Ve a descansar con tu hija. En cuanto sepamos algo, yo misma iré corriendo a decírtelo.

Sin ningunas ganas, vuelvo hacia nuestra casa. Me dejo caer sobre la cama e intento relajarme, pero el miedo que me atenaza la garganta vuelve a apretar con fuerza, clavándome las garras. Y ahora no es miedo de que alguien pueda hacerme algo a mí, no. Es miedo por pensar que no volveré a verlo. Miedo de saber que estaba herido y aun así ha decidido seguir con el plan inicial para rescatar a esas personas de una vida miserable. No sé si seré capaz de soportar esto todas las veces que él tenga que irse. Esta incertidumbre de no saber nada. Aunque algunas personas dicen que la falta de noticias son buenas noticias, yo no creo mucho en ese dicho.

Las horas pasan y es una tortura no saber nada de ellos. Ya hace rato que ha amanecido y sigo sin saber nada. Me debato entre volver a pedirle a David que se comunique con ellos o esperar, pero antes de que sea capaz de decidirme, suena mi teléfono móvil. Es él.

—Ezekiel —digo en un susurro, no consigo que mi voz salga de forma natural.

—Hola, preciosa. —Su voz no suena mucho mejor, parece muy cansado —. ¿Cómo estás?

—¿Que cómo estoy yo? —pregunto incrédula por su pregunta—. Será que cómo estás tú, ¿no? —Me dejo caer de nuevo en el sofá, cubriéndome los ojos con el antebrazo.

—Madison... —le cuesta hablar, y eso solo puede ser por un motivo—, tengo muchas ganas de abrazarte, de tenerte entre mis brazos y sentirte.

—¿Qué ha pasado, Ezekiel? ¡Dímelo! Dios mío. Estás herido. —Me levanto de un salto, dispuesta a irme allí hacia dónde esté para curarlo como sea.

—No. Estoy bien, nena. Escúchame, no tengo mucho tiempo. No ha ido tan bien como siempre, pero estamos bien. Están curando a Kenny, tiene una herida

en el muslo. Ya estamos en casa de nuestro contacto, aquí estaremos bien.

—Pero ¿cuándo vienes? —Intento con todas mis fuerzas que no me oiga llorar.

—Tenemos que pasar el día de hoy aquí, pero te juro que mañana, el primer beso de cumpleaños va a ser el mío.

—¡Oooh, Ezekiel! Júrame que estás bien, y que todos los demás también lo están.

—Estamos bien, nena. Cuando llegue, después de felicitarte, te explicaré todo lo que quieras saber.

Callo. No soy capaz de seguir hablando, la emoción me embarga y mi garganta se ha cerrado, impidiéndome soltar nada con cordura.

—Te amo, Madison. Lo sabes. Yo sé que lo sabes aunque solo te lo haya dicho dos veces. Te dije que siempre vuelvo y así va a ser.

Sigo callada, incapaz de articular palabra, aunque lo que en verdad me apetece es gritarle que lo quiero con locura. Al final las palabras salen de mi boca en un susurro delicado y casi inaudible. Pero mi corazón no puede estar más henchido.

—Te amo, Ezekiel.

* * *

Muchas horas después de hablar con Madison, estamos llegando a la ciudad, todavía nos queda bordearla y llegar a la casa, pero ya estamos aquí. Son casi las doce de la noche, en pocos minutos será el cumpleaños de mi reina y quiero estar ahí para adorarla, aunque mi cabeza ahora mismo esté en otro lugar. La necesito para desprenderme de esta rabia, esta puta pena que tengo desde ayer.

Durante las horas que hemos estado en casa de Lupita, mientras curaban el brazo de Romeo y la pierna de Kenny, hemos hablado los cuatro.

Después de tomar la decisión, la única que podíamos tomar, hemos hablado con las otras tres casas de acogida que tenemos por otros estados del país para comunicarles lo ocurrido. Este será nuestro último *lote*.

Llevamos años haciéndolo y, ahora que nos hemos quedado sin los túneles, no vamos a poder seguir. Tampoco sería muy factible hacerlo sin tener a Charly

al otro lado. Todavía tenemos que acabar de concretar los detalles, Kenny y Jeff dicen que no se marcharán de aquí. Romeo no lo tiene claro, no ha confirmado nada pero creo que está pensando en algo junto a la camarera rubia que ocupa sus pensamientos. Y yo... yo quiero estar con mis chicas pase lo que pase, así que en cuanto esto se tranquilice un poco, voy a hablar con ella para irnos lo más lejos posible de esta ciudad de mierda, podrida y vomitiva. Montaré un taller, ella podrá buscar un trabajo que le guste. Tengo dinero de sobra para empezar una nueva vida. Ahora ya no hay nada que me retenga para seguir aquí.

Mis pensamientos hacen que casi me pase la salida de la autopista que tenemos que tomar. Kenny va dormido en el sillón del copiloto, le han dado una buena dosis de medicamento para aliviarle el dolor de la pierna y, si a eso le sumas los vasos de *whisky* que se ha tomado, pues ahí tenemos el resultado, va KO.

En otros dos coches van Jeff y Romeo, con las mujeres y los niños repartidos. A ellas también les ha hecho falta tomarse algo para relajarse, estaban tan aterrorizadas que no querían pararse ni a descansar en casa de Lupita, por si la policía se percataba de algo de lo ocurrido al otro lado de la frontera y las buscaban. Es imposible, ahora nadie sabrá lo que había dentro de la mina abandonada.

Estoy cansado, reventado, la herida del vientre se me ha abierto y me duele, pero no he querido tomarme nada para estar al cien por cien para conducir todo el trayecto.

Suelto un suspiro al llegar a la entrada de la casa. Los hombres de Cobo siguen apostados fuera, controlando que nadie nos haya seguido hasta aquí. Las motos de mis colegas siguen aparcadas enfrente de la casa.

Catalina y su hijo, los pasajeros que vienen conmigo, están dormidos, pero ella se desvela al notar que el motor del vehículo se para.

—Ya hemos llegado. —Algo de lo bueno que hizo mi madre fue enseñarme a hablar en español, puedo comunicarme con ellas sin problemas.

—Gracias, señor. Es usted un ángel. —Todavía le duran algunos de los moratones que el cabrón de su marido le había hecho, ella llegó a la casa de Charly hace apenas dos semanas.

—Kenny, tío. Ya estamos en casa. —Lo zarandeo un poco para que vaya espabilándose.

David, Michelle y Susan están esperándonos en la puerta. Se acercan al todoterreno con una sonrisa a medias. Saben lo que ha pasado. Contentos porque ya estamos aquí pero tristes a la vez. Cuando salgo del coche, David es el primero en abrazarme, dándome la bienvenida.

—Ya estáis en casa, hermano. Siento tu pérdida, Ez.

Asiento con la cabeza mientras nos separamos. Quiero ver a Madison, son las doce y diez, ya es su cumpleaños.

—¿Os encargáis vosotros? —Veo que Susan ya está abriendo la puerta del copiloto, intentando despertar a Kenny con un beso—. ¿Dónde está?

—En vuestra casita. No ha salido de allí desde que ha ido a acostar a la niña. ¿Qué cojones te ha pasado en las manos? De eso no me habíais dicho nada —pregunta extrañado al verme los nudillos reventados.

Niego con la cabeza y empiezo a caminar para encontrarme con ella.

Dentro todo está a oscuras. El primero en venir a saludarme es Thor, que acaba de salir de la habitación de la niña, de la que sale una tenue luz. Voy hacia allí para verla dormir pero me encuentro con algo más: Madison está tumbada con ella en su cama.

Una emoción tan fuerte me embarga al verlas sanas y salvas que solo pienso en cargarla en mis brazos y abrazarla, tan fuerte, hasta que sienta que su cuerpo y el mío son solo uno.

Me acerco a la cama y le rodeo las piernas desnudas con un brazo, mientras que paso el otro por debajo de sus hombros, cogiéndola, despertándola y apoyándola contra mi pecho.

Se cuelga de mi cuello y pega la cara a mi pecho. Una vez fuera de la habitación, mis labios van hacia los suyos, no soporto la distancia que los separa y necesito que su aliento entre en mi ser.

Nos besamos, no pretendía que fuera un beso necesitado y duro, pero no puedo hacerlo de otra manera y ella me reclama lo mismo. Me clava los dientes en los labios, creo que está furiosa conmigo y quiere hacerme sangrar por lo mal que lo debe haber pasado las últimas veinticuatro horas, sumado a lo que ya lleva sufriendo esta semana.

Entro en nuestra habitación y cierro la puerta de una patada. La dejo en el suelo, con cuidado, sin separar mis manos de su cuerpo y las de ella tampoco abandonan el mío. El beso se nos ha ido por completo y ambos necesitamos algo más, más piel por tocar, más besos que dar. Más amor para borrar lo malo de este día que dejamos atrás.

Nos desnudamos a la velocidad de la luz, en nada paso mis manos por sus muslos y sus piernas se enrollan en mi cintura dejando que note el centro de su cuerpo con la punta del mío. Sus dedos ágiles y peligrosos tiran de mis orejas a la misma vez que sus labios vuelven a impactar contra los míos, pero son sus dientes los que se clavan en mi piel, exigiéndome más dureza y rapidez.

Pensaba llevarla a la cama pero ella es la que manda, así que me giro y la empotro contra la puerta, hundiéndome en ella de una estocada, directa y profunda. Solo entonces sus manos dejan mis orejas para recorrer mis hombros y mi cuello y clavarme las uñas con la misma fuerza que un águila cierra sus garras sobre su presa.

Arremeto contra ella con todas mis fuerzas, en ningún momento pienso en mis manos destrozadas que empiezan a sangrar, ya tendrá tiempo después de enfadarse por ello y de curarme.

Puedo sentir sus lágrimas, no le pregunto el motivo que las genera porque soy consciente de quién tiene la culpa de su emotivo recibimiento. Mi propio autocontrol para no dejar escapar las mías me impide detenerme en este momento.

No tardamos mucho en llegar al punto álgido de esta conexión que dista mucho de ser solo física, porque cada vez que la poseo, ella me posee a mí. Siento que mi alma se pierde con la suya, abandonan nuestros cuerpos y vuelan como una sola.

Rendida, deja caer la cabeza en el hueco de mi cuello y aprovecho para besarla con dulzura y llevarla hasta la cama.

—Feliz cumpleaños, nena.

Salgo de ella con el cuidado que no he tenido al entrar, y la dejo sobre la cama para tumbarme a su lado y después colocarla sobre mi pecho. Cuando le paso los dedos por la cara, llevándome las gotas saladas que resbalan por su piel, es cuando se percata de cómo están mis manos.

—Por Dios, Ezekiel, ¿qué te has hecho? —Intenta levantarse pero se lo impido. Ahora mismo no me importa cómo estén mis manos, solo quiero sentir su calor, su cuerpo junto al mío, que está viva y respirando.

Rompe a llorar desconsolada sobre mi pecho. La tranquilizo y le beso la frente, sus manos se mantienen aferradas a mi torso, apretando fuerte, como si tratara de impedirme que pueda marcharme de nuevo.

—¿Quién era ella? —pregunta con un hilo de voz.

Supongo que ha debido escuchar algo de las conversaciones con David.

—Era la mujer que se hizo fuerte después de mucho sufrir para ayudar a otras en su misma situación. Era la niña que mi madre abandonó por salvarme a mí. Era mi hermana.

Su cara se descompone y veo el horror y el dolor en su mirada que empieza a inundarse de lágrimas.

—Lo siento muchísimo, Ezekiel. Mi amor, lo siento en el alma. —Su voz desgarrada resquebraja un poco más mi dolido corazón. Lo último que quiero es causarle más daño o pena.

—Yo quería salvarla, sacarla de allí, que pudiera tener algo de la paz que dio a tantas otras mujeres. Pero ella era una guerrera, nunca quiso dejar de hacer lo que hacía.

Y, con esas palabras, me rompo y dejo salir las lágrimas que no había derramado nunca, ni por mi madre. Las derramo por esa hermana que sufrió, esa niña que se quedó sin madre, que no tuvo a nadie y se hizo a ella misma. Esa mujer que dio la vida por salvar a otras mujeres, a otros hijos y, por segunda vez, por salvarme a mí.

Pasamos la noche abrazados, sin movernos lo más mínimo, aprovechando el tiempo tan preciado que tenemos para estar juntos. Su silencio me invita a despojarme de todo lo que estaba atascado en mi interior, todos esos sentimientos que se han formado con el paso de los años, enredados en las arterias de mi corazón, oprimiendo mis entrañas.

Aquí, con Madison a mi lado, siento que todo tiene solución, que puedo tener una vida en paz. Que puedo ser feliz y hacer feliz a los demás. Somos como una preciosa y valiosa pieza de porcelana que un día se rompió, se hizo trozos,

algunos añicos son irrecuperables, pero los dos trozos más grandes encajan a la perfección, porque estamos hechos el uno para el otro.

Ayudando

El día no empieza con buenas noticias. Después de curarle las manos y vendarle las heridas a Ezekiel, cuando estamos desayunando y preparando a Agnes para que sepa que hay otras personas que van a estar un tiempo viviendo en la casa, Jeff llama a nuestra puerta.

—Buenos días, chicos —saluda con un gesto de cabeza y espera. Ezekiel se da cuenta de inmediato de que tiene algo que decirle.

Mientras ellos hablan, acabo de recoger la mesa y le pongo la crema solar a la niña. Ezekiel le ha dicho que puede pasarse todo el día en la piscina y ella piensa hacerle caso desde primera hora.

No sé qué le ha dicho Jeff a Ezekiel, pero la expresión de su cara cambia por completo. Él se da cuenta de que lo estoy mirando justo cuando acaban su conversación, y le pide a Jeff que se lleve a Agnes fuera.

—¿Qué pasa, Ezekiel? —pregunto acercándome a él y rodeando su cintura con mis brazos.

—Pete, uno de los tres hombres que te atacaron aquella noche, al que rociaste de gas pimienta, ha aparecido muerto. Le han arrancado la lengua.

Cada día las agresiones son más salvajes, pero no entiendo qué tiene que ver él con nosotros.

—Hace unas semanas, descubrimos que estaba pasándole información a Bellagio y era de la banda de Cobo, así que le pinchamos el teléfono y le colocamos un dispositivo de seguimiento con control de audio.

—Para poder escuchar todo lo que decía y a quién... —Creo que empiezo a saber a dónde lleva todo esto.

—Exacto. Pete trabajaba para Bellagio. Y Bellagio está trabajando para la mafia rusa. Los que intentaron matarme hace una semana son un grupo de aficionados pero me pillaron desprevenido.

—¿Los de la mafia rusa? —Palidezco al momento. Eso son palabras mayores. Esa gente no son una banda criminal cualquiera—. Dime una cosa, ¿de dónde viene tanta enemistad entre tú y ese jodido policía? Por más vueltas que le he dado no logro comprenderlo.

—Cuando estaba en prisión me hice muy amigo de otro preso, Jax. Él entró en prisión por disparar a un policía.

—Bellagio...

—Sí. El motivo para que Jax se tomara la justicia por su mano se debe a que Bellagio fue el último en ver a su hermana pequeña, ella desapareció. Después, Bellagio se encargó de que otro preso le clavara un pincho a Jax, matándolo. Jax sospechaba de él, no tenía pruebas pero lo acusó abiertamente. Ahora ya lo sabemos. Él sabe que Jax y yo fuimos colegas por eso, cuando volví al barrio, intentó pillarme con algo en dos ocasiones. Son las únicas veces en las que le han concedido las órdenes de registro, siempre en busca de estupefacientes y armas ilegales, pero ya sabes que nosotros no tocamos la droga y que nuestras armas son casi todas legales; las que solemos llevar a diario, sí; las que utilizábamos en los viajes, no.

No sé si quiero saber algo más sobre ese hombre y a lo que se dedica mientras va uniformado de policía.

—Esa mafia rusa se dedica, entre otras muchas cosas, a la trata de personas. Secuestran a mujeres, casi siempre prostitutas, indigentes o inmigrantes ilegales que tienen miedo a ser detenidas; gente que no tiene a nadie que se preocupe por ellas y las echen de menos. Y él ha estado ganando mucho dinero.

—Dios mío. Y yo estuve a punto de aceptar salir con él. —Una lluvia de ideas horribles azota mis pensamientos con todo lo que podría haber pasado si llego a decirle que sí a ese malnacido. Se me retuerce el estómago.

—Jeff, con la ayuda de otros colegas, ha podido acceder a más información y ha localizado archivos de los rusos en los que aparece el nombre de Bellagio. Nadie pensará que, desde aquí, podemos estar buscando información en sus ordenadores.

—Pero entonces, ¿por qué sigue ejerciendo de policía?

—Se sirve de su uniforme para tener inmunidad y más libertad. Él puede patrullar las calles, pedir la documentación y meterte en el coche patrulla sin que

nadie sospeche. Siempre suele tener el mismo compañero y, la única vez que tuvo un cambio, el otro agente apareció muerto en extrañas circunstancias. Él es la última pieza, un mierda sin importancia, pero les facilita mucho el trabajo para secuestrar a mujeres sin que sospechen de él. Después, las entrega, cobra y se desentiende de todo, hasta que vuelven a pedirle más.

—¿Qué va a pasar ahora, Ezekiel? —Me tiene rodeada con sus brazos, aunque tiene las manos casi inmovilizadas por la cantidad de vendas que le he puesto. Supongo que cuando lo vea Michelle, le arreglará el vendaje. Pero anoche, cuando él llegó, no quiso moverse de mi lado y, siendo sincera, yo tampoco quería separarme de él ni un solo segundo.

Apoya su frente en la mía, mirándome fijamente, como si fuera a decirme algo de suma importancia.

—Esto se acabó, Madi. Anoche tuvimos que volar los túneles. Charly ya no está. Su pequeño ejército ha perdido a su general y se ha desmantelado. Las mujeres y los niños que hay en la casa son los últimos que hemos transportado.

—Pues los ayudaremos en todo lo que podamos, en todo.

—Eso ya lo sé, nena. Sé que tú no permitirías que fuese de otra manera. Y cuando ellas estén listas y podamos llevarlas a la otra casa, en el norte del país, tú, Agnes y yo vamos a desaparecer de esta puta ciudad, de este estado, hasta de este país, si quieres.

No puedo creer lo que me está diciendo, quiere que nos vayamos. Empezar de nuevo lejos de aquí.

—Yo estoy lista para irme de aquí en cuanto sea posible.

—Venderemos las casas, Romeo se quedará con el taller y me dará mi parte.

Lo miro reticente, no me importa el dinero, puedo vivir con poco. Solo los necesito a él y a mi hija, pero no sé si con eso podremos irnos muy lejos y dejar atrás todo lo malo. Y ahora también con la sombra de esa mafia sobre nosotros.

—¿Y con el dinero de nuestras dos mansiones vamos a poder irnos muy lejos? —pregunto irónica.

—Tengo dinero, Madi. Dinero suficiente para empezar lejos de aquí, muy lejos, y no tendremos que preocuparnos por vender las casas antes de irnos para disponer de él. Los chicos se encargarán de eso. Dime un lugar y allí iremos.

—Pero ¿eso es posible? —No puedo creerlo. ¿Así de fácil?

—Con dinero y contactos de fiar todo es posible. Podemos conseguir pasaportes con otros nombres, nadie sabrá nunca dónde estamos si no queremos nosotros.

—Si podías irte, ¿por qué seguías aquí, en esta mierda de sitio?

—El motivo por el que seguía con todo esto murió anoche en mis brazos. Hemos ayudado a muchas personas pero todo empezó por Charly. Ella se encargaba sola de todo, vimos la manera de ser útiles y lo hicimos, pero mi meta era traerla a ella, sacarla de allí. Aquello es mucho peor que esto, nena. Ya la he perdido a ella, no quiero perderos a vosotras también. No pienso tentar a la suerte.

—¿Y, mientras estamos aquí, no corremos peligro?

—No, nadie sabe dónde estamos. Los Mayas le tienen las mismas ganas que yo o más a Bellagio, así que si no puedo ser yo, serán ellos. Pero ese cabrón no va a salir inmune de todo esto. Y a los cuatro *pringaos* que pagó Bellagio para que acabaran conmigo ya los tenemos localizados. Están a doscientos kilómetros de aquí, tenemos todo planeado.

«¡¿No pensará irse otra vez?! Porque no se lo pienso permitir».

—Tú no vas a ir a matar a nadie, ¿me oyes? No pienso permitirlo.

Le clavo las uñas en los antebrazos con todas mis fuerzas, él hace una mueca de dolor pero sigue tan serio, penetrándome con su mirada.

—No me mires así —lo amenazo señalándolo con el dedo índice—, si me despierto una noche y no estás porque has ido a matarlos, desapareceré, me iré yo sola con mi hija. Te lo digo en serio, Ezekiel. No voy a quedarme otra vez sufriendo por si se te abre la herida o vienes con otro balazo.

—Tú mandas, nena. Van a acabar muertos igual, pero supongo que eso prefieres no saberlo.

Me coge la cara con las manos y me da un beso salvaje y despiadado, con fuerza. Intento decirle que se va a hacer daño, pero es imposible, cuando se pone así no hay quien lo pare.

Cuando nuestras bocas se separan, el caramelo de sus ojos está fundido por completo.

—Vamos a ver a los nuevos inquilinos.

Salimos de la casa y llamo a Agnes para que venga con nosotros, estaba cogiendo flores debajo de los árboles. Parece que mi hija tiene un don para adaptarse a situaciones nuevas y cambios inesperados, así que no me preocupo por su reacción cuando vea a nuestros invitados. Ezekiel me ha dicho que hay un niño de unos cuatro años y una niña de dos, tienen más o menos la misma edad que Agnes.

—¿Podrán salir a jugar al patio conmigo, mami? —pregunta ella mientras va dando saltitos cogida de mi mano.

—Claro que sí, cariño. Si a ellos les apetece. Pero piensa que ellos no hablan inglés. —No creo que eso sea un impedimento para que unos niños jueguen.

—Pronto aprenderán, preciosa. No te preocupes, mami les enseñaré —le informa Ezekiel y yo lo miro sorprendida.

—¿Me encargaré de enseñarles el idioma?

—Si te parece bien, sí. A no ser que sepas coser a máquina y quieras enseñarlas a hacerlo. —Sonríe.

—No, creo que será mejor que les enseñe inglés. No sabía que tú hablabas español. —Pasa uno de sus fuertes brazos sobre mis hombros, atrayéndome hacia él, antes de contestarme.

—Nena, aunque naciera en Estados Unidos, vengo de allí. Mi madre me enseñó el idioma desde que nací.

Susan sale con los dos niños, el niño cogido a una mano y la niña de la otra, sonrío al vernos llegar.

Ezekiel los saluda hablando en su idioma, me gusta cómo suena ese acento saliendo de sus labios. Había escuchado alguna vez a Olvido hablando con sus hijos en español, y a otras personas, pero nunca a él, y no sé por qué en todo este tiempo no se me había ocurrido que él supiera hablarlo.

Hace un gesto y me presenta, reconozco mi nombre entre sus palabras.

Los saludo y sonrío. El niño, que es el mayor, me mira desconfiado pero acaba regalándome una sonrisa. La niña tiene prisa por ir a jugar, ya que no deja de tirar de la mano de Susan.

—¿Quieres venir con nosotros, Agnes?

—¡Sí! —exclama mi hija de inmediato, y se van los cuatro.

—Susan, ¿qué tal está Kenny? —Doy por hecho que ella lo sabe, antes de que se fueran se encargó de darle un largo beso que olía a reconciliación.

—Como siempre, pero con un agujero en la pierna. Nada que no se cure con unos días de reposo —contesta ella quitándole importancia a la herida de bala que trajo Kenny.

—No se deja cuidar, ¿verdad? —Sonrío entendiendo bien cómo se siente. Ezekiel tampoco estuvo muy conforme en permanecer tumbado después del tiroteo y de su herida. Ella se encoge de hombros y se marcha con los niños.

Al entrar en la casa no vemos a nadie en el salón ni en la cocina. Romeo se acerca y nos informa de que las mujeres están en una de las habitaciones con Michelle y sus ayudantes, y después desaparece fuera de la casa.

—Les estará haciendo la revisión, analíticas de sangre y un control básico para saber en qué condiciones se encuentran. Alguna vez han llegado aquí con ciertas enfermedades que pueden evitarse con una simple vacuna —Ezekiel me explica el procedimiento que siguen cuando llegan a esta casa.

—¿Cuál es el plan para hoy? —pregunto.

—Hoy será un día tranquilo. Conocerán la casa, a nosotros y poco más. Pero a partir de mañana ya empezaremos con el trabajo.

—¿Y qué pasa con el taller? —Ha estado toda esta semana pasada cerrado.

—Ahora que ya sabemos quién me atacó y por qué lo hicieron, no hay motivo para seguir escondidos. Romeo estará allí, y un par de hombres de Cobo también. Yo no podré trabajar hasta que no me cicatricen las heridas de las manos, pero eso son tres días.

—¿Y no hay peligro de que Bellagio intente algo de nuevo?

—No. Esta vez se nos ha escapado, el cabrón se habrá enterado de que Cobo había pillado a Pete y por eso ha actuado de manera precipitada contratando a cuatro novatos y matando al chaval. Lo vamos a dejar seguir con sus movidas, que piense que no vamos a por él. Y cuando lo tengamos todo listo para irnos, será hombre muerto. No queremos arriesgarnos a hacerlo antes y que los rusos tomen represalias contra nosotros, aunque dudo mucho que le tengan tanto cariño a ese desgraciado.

En ese momento, se escuchan pasos en el piso superior y enseguida bajan Michelle y las dos enfermeras que la acompañan.

—Buenos días, chicos —saluda Michelle. Al llegar hasta nosotros coge las manos de Ezekiel y admira mi obra de arte con las vendas y el esparadrapo—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Tiene los nudillos destrozados y esta mañana se los he desinfectado — admito, las enfermeras sonrían y una de ellas deja un maletín sobre la mesa y, al abrirlo, empieza a sacar material.

—Madison, has hecho bien en curarle las heridas. Pero será mejor que no las lleve tan cubiertas. Ezekiel, me sorprende que tú no le hayas dicho lo mismo..., no es la primera vez que tienes heridas en las manos.

Lo miro y él se encoge de hombros.

—Lo sé, pero me gusta ver cómo me cuida. —Me devuelve la mirada, guiñándome un ojo.

—Anda, ven aquí, siéntate que te vea esas manos y os explique cómo está el tema.

Lo acompaña hasta la mesa y él obedece a la doctora. Me siento a su lado y observo cómo le hace la cura, algo me dice que me irá bien tener ese conocimiento.

—¿Cómo han pasado la noche? —pregunta él.

—Bueno, algo nerviosas por lo que pasó, sobre todo Dulce, la mujer del hombre que os sorprendió. Se echa la culpa de la muerte de Charly, por cierto, mi más sincero pésame —él asiente una vez con la cabeza, sin decir nada ni dejar aflorar sus sentimientos, esta noche lo he escuchado llorar por primera vez—. Elena —señala a una de las dos mujeres que la acompañan—, está pensando en quedarse aquí unos días para darles algo más de apoyo diario. Esta vez llevaban poco tiempo en la casa de Charly y lo tienen todo demasiado reciente.

—La que más me preocupa es la jovencita, Rosario —explica ahora la psicóloga—, su agresor le quemó media cara para que ningún hombre volviera a mirarla con deseo y no paró de violarla durante meses hasta conseguir dejarla embarazada.

Un escalofrío me recorre la columna vertebral, haciéndome recordar momentos dolorosos. Pero lo de esta pobre cría ha debido ser un infierno.

—Lo que me preocupa no es su herida física, porque esa ya está curada. Ella siempre lleva el pelo cubriendo esa parte para evitar que se vea, pero no

reacciona con su embarazo como debería.

—¿A qué te refieres? —pregunto sorprendida por lo que acaba de decir.

—Las otras mujeres me han dicho que no se preocupa en absoluto por el bienestar de su criatura. Esta ha sido la primera vez que ha escuchado el latido del corazón de su hija y no ha querido saber nada de ella. Dice que cuando nazca no la querrá ver. El trauma por el que ha pasado es muy duro para lo joven que es. Espero que cuando nazca la niña las hormonas hagan su trabajo y consigamos que ella cambie de opinión. Aunque no sería la primera ni la última adolescente que da a su hijo en adopción.

—¿De cuántas semanas está?—pregunto interesándome por su estado.

—Por la altura del útero he calculado que estará de unas treinta y siete semanas. Los abusos fueron constantes y no sabe cuándo se quedó embarazada.

Ezekiel me observa disimuladamente, pero puedo sentir sus ojos sobre mí. Michelle ha acabado de ponerle una pomada sobre las heridas y le ha puesto una inyección.

—Déjame ver la herida del vientre. Anoche llegaste con la camiseta ensangrentada —lo regaña.

—No es nada, al ducharme esta mañana ya no sangraba —declara él cómo si así fuera a evitar que Michelle le cure la herida de nuevo.

—Madison, hazme el favor de vigilar a tu novio; si sangra, házmelo saber de inmediato. —«Pues vaya, parece que la ha convencido».

—Dalo por hecho. Esta semana no va a moverse de esta casa. —Le paso un brazo por los hombros y él rodea mi cintura, atrayéndome hacia sus piernas para que me siente sobre ellas.

—¿Cuándo crees que podré conocerlas?

—Cuando quieras. Ahora bajarán, estaban acabando de colocar sus cosas en los armarios.

Cada vez siento más pena por esa pobre chica. Tan joven y tan marcada de por vida. Apoyo la cabeza sobre el hombro de Ezekiel y él me acaricia con ternura.

Michelle, Elena y la enfermera se despiden y salen fuera de casa, dejándonos unos momentos solos.

—No todas las mujeres reaccionan igual, Madison. No quiero que te sientas mal por ello.

—No me siento mal por ello. Bueno, sí. Me duele su dolor, que ella no pueda ver la parte de su bebé que es solo suya. Que el dolor haya ganado al amor.

—Venga, ánimo que hoy es tu cumpleaños. Y tengo una sorpresa para ti.

Le cojo la cara con ambas manos y nos perdemos en nuestras miradas. Le digo cuánto lo quiero sin hablar y él lo percibe

—Espero que puedas perdonarme porque no he podido comprarte nada.

—Con tenerte sano y salvo, entero de una pieza, me conformo.

Nos estamos dando un pequeño beso cuando escuchamos que alguien baja. En pocos pasos más unas chicas, son casi unas crías, empiezan a llegar al gran salón donde estamos Ezekiel y yo.

La primera que veo debe ser Rosario, la más joven y la más sensible. Lleva su melena castaña sobre la parte izquierda de su cara. Su mirada es intensa aunque un poco perdida. Su vientre en avanzado estado de gestación reafirma mi sospecha sobre quién es. Prefiero no forzar el momento y mantener la distancia que su postura corporal reclama en silencio.

Ezekiel y yo nos levantamos para acercarnos a ellas y me las va presentando.

—Buenos días. Espero que hayan podido descansar. Les presento a Madison, ella es mi novia. —No entiendo lo que dice, solo he escuchado mi nombre, pero por la manera en la que me mira y por cómo ellas asienten sé que les está hablando de mí.

Las saludo, una a una, diciéndoles mi nombre, y ellas me dicen el suyo.

Renata, asiente con la cabeza después de presentarse y da dos pasos hacia atrás como si pensara que molesta con su presencia. Dulce es la que lleva muletas, de pelo largo y negro, recogido en una trenza, su marido es el que mató a Charly y el que casi los mata a todos. Ezekiel va traduciéndome.

—Su hija, Sara, es la niña que está con Susan y Agnes. El niño, Guillermo, es hijo de Catalina —dice y me la presenta.

Ella me devuelve la sonrisa y me coge de las manos para darme un apretón que yo le devuelvo con cariño.

—Os vamos a ayudar en todo lo que podamos. Ya no tenéis que sufrir más. Todo lo malo acabó. —Ella desvía la mirada entre Ezekiel y yo mientras él le

traduce lo que le estoy diciendo.

—Son tan jóvenes... —Me cuesta contener las lágrimas, pero no quiero llorar delante de ellas que han sufrido tanto, mucho más que yo, y están aquí tan enteras y dispuestas a superar todo lo malo. La mano de Ezekiel me da la fuerza que necesito para mantenerme firme y con una sonrisa.

—Y ella es Esperanza. —Le tiendo la mano a la mujer de preciosos ojos violeta que me devuelven la mirada.

Una vez hechas las presentaciones salimos de la casa y vamos recorriendo cada rincón. Después de enseñarles la propiedad a las mujeres: las zonas comunes, el taller de costura, el pequeño huerto y parte del terreno que se extiende unas cuantas hectáreas por la montaña, volvemos hacia la zona destinada a los juegos de los niños. Hay un par de toboganes y columpios hechos con neumáticos viejos pintados de colores vivos, rosa, azul y amarillo y cuelgan de las enormes ramas de los árboles colindantes. También hay un arenero en el que construir castillos o rebozarse con la arena como ha hecho mi hija algunos días esta semana. Thor está bajo la sombra de uno de los árboles, ajeno al juego de los niños.

—Tenemos que pasar por casa. Hace días que no estoy allí y necesito coger algunas cosas.

—¿Ahora? ¿Es seguro? —le pregunto caminando a su lado.

Renata ha ido con Rosario dentro de la casa para que esta pudiera tumbarse, según parece no se encuentra muy bien, y las otras tres chicas se han quedado junto a Susan, disfrutando del precioso día.

El corazón de muchas personas puede estar sangrando por el dolor, la gente muere, se pone enferma, hay días malos, pero al tiempo no le importa nada de eso. Da lo mismo que tú sientas en tu interior como si una enorme nube negra lo cubriera todo, que una devastadora tormenta te esté azotando; los días siguen, la vida pasa a cada segundo y solo tú puedes decidir si sigues con ella adelante — con sus días claros y otros oscuros— o te anclas a ese momento de dolor y permites que ese nubarrón te cubra por siempre, aunque a tu alrededor haya un sol radiante.

—Sí. No te preocupes. Estaremos allí un rato y después volveremos.

Y eso hacemos, tras los veinte minutos que tardo en conseguir que Agnes se levante de la arena, se despida de sus nuevos amigos y se cambie de ropa.

De camino a casa, Ezekiel va muy callado. No suele estar tan pensativo, supongo que perder a su hermana a la que llevaba años intentando sacar de una vida dura le duele más de lo que él se pensaba.

—¿Estás bien? —pregunto acariciando su brazo de forma distraída.

—Ven aquí. —Me atrae hacia él, rodeándome y anclándome a su cuerpo—. Estoy bien si te siento a mi lado.

Inclino la cabeza hacia su hombro e inspiro el olor de su camiseta, el suyo, me resulta muy difícil no hacerlo.

—Ya que estamos bajando a la ciudad creo que voy a llamar a Alyssa, hace días que no hablo con ella y seguro que está preocupada.

Pero al llamarla salta el buzón de voz sin dar siquiera un tono de llamada.

—Qué raro. No suele separarse del teléfono, sobre todo cuando Austin ya está trabajando.

Ezekiel le resta importancia a mi preocupación. Es posible que se haya quedado sin batería o esté liada preparando la comida.

Celebrando la vida

Agnes se alegra cuando entramos en casa después de una semana sin hacerlo.

—Voy a coger unos cuantos muñequitos más para compartirlos con mis nuevos amigos. —Dicho esto, sale corriendo escaleras arriba con Thor siguiéndola de cerca.

Levanto las cortinas y abro las ventanas para ventilarlo todo. Ezekiel me ayuda con las de la cocina mientras yo voy hacia las del salón.

Al hacerlo, no puedo evitar ahogar un grito por la sorpresa que me llevo al ver, en mi descuidado jardín, a mis seres queridos: Alyssa y sus hijos, Lilly y Romeo, muy acaramelados, por cierto, y a Olvido.

Sostienen una larga pancarta con la que me felicitan y sus gritos y saltos de alegría me hacen reír.

—Espero que te guste la sorpresa. —Su voz llega justo cuando sus manos se posan en mi cintura y su cuerpo se amolda con el mío. Me doy la vuelta entre sus brazos para enfrentarme a su mirada.

—¿Cuándo has tenido tiempo de preparar todo esto? —pregunto intentando no llorar otra vez, últimamente estoy demasiado sensible.

—Nena, esta semana en cama he tenido tiempo de sobra para hacer muchas cosas. —Me da un tierno beso en la punta de la nariz antes de llevarme de la mano hacia fuera.

Los niños son los primeros en llegar a mí, saltando a mis brazos para darme un beso. Agnes aparece al momento y canta cumpleaños feliz ella sola. Alyssa es la siguiente, me envuelve en sus brazos y me dice algo al oído que no alcanzo a entender.

—Mi querida niña, muchísimas felicidades. —Ahora le llega el turno a Olvido. Ella ha sido como una madre para mí—. Espero que ese perro no tire la tarta que te he preparado, como pasó con la de mi pequeña Agnes.

—Olvido..., cuánto me alegra que estés aquí. El otro día en la cafetería no pudimos hablar y después..., todo ha pasado muy rápido.

—Lo sé, cariño, lo sé. No te preocupes por nada, Lilly me dio tu mensaje y sé que eres una chica lista que no dejaría que un cualquiera se acercara a su hija.

La cojo de las manos y nos damos un apretón.

—Ven, te presentaré a Ezekiel.

Él está cerca de mí, en un momento los presento y se quedan charlando entretanto Romeo me abraza y me da un gran beso en la mejilla.

—Ven aquí, hermanita. ¡Muchas felicidades, preciosa! Te cogería en brazos pero supongo que no tienes ganas de ver cómo me sangran los puntos... —Su sonrisa pícaro deslumbra a Lilly que no le quita la vista de encima mientras habla con Olvido y Ezekiel.

—Creo que ya tengo el cupo lleno de sangre y de puntos por esta semana. ¿Qué tal con Lilly?

—Es mi tabla de salvación. —Arqueo las cejas ante su sincera contestación.

—¿Estás seguro? No me gustaría que jugaras con ella. Es una chica muy dulce, no necesita que le partas el corazón.

—Madi, nena, si ella quiere, es la definitiva.

—¿Qué sabe ella de todo lo que hacéis? —No sería extraño que surgiera el tema de conversación con ella y no me gustaría meter la pata.

—Lo sabe casi todo, puedes hablar con ella de cualquier tema.

Asiento y nos acercamos al grupito formado por Ezekiel, Lilly, Alyssa y Olvido.

Lilly me felicita y después de ponernos un poco al día, me ha dicho que sigue dándole la comida a los sin techo que iban por allí cuando yo trabajaba, algo que me ha alegrado mucho, aunque me preocupa que los malnacidos de Alfred o Rodrigo se den cuenta y la despidan.

Nos acercamos a la barbacoa, la carne ya está casi lista. Han montado la mesa bajo el amparo de la sombra del árbol en el jardín y está todo decorado con globos y guirnaldas, tarros de cristal llenos de chuches decoran la mesa de los niños y para los adultos hay botellines de cerveza bien fríos.

—Austin te envía sus felicitaciones —me informa Aly cuando termina con la llamada que la ha tenido ocupada hablando con su marido.

Todos damos buena cuenta de la comida y bebidas que hay sobre la mesa. Ezekiel se ha sentado enfrente de mí pero en la otra punta de la mesa, charlamos con mis amigos, a los que podría considerar mi familia, y con la incorporación de Lilly que, aunque antes solo éramos compañeras de trabajo, si su relación con Romeo sube como la espuma de las cervezas que nos hemos bebido, tiene pinta de no separarse nunca de su enamorado.

—¿Así que no te olías nada de esto? —pregunta Alyssa.

Niego con la cabeza antes de poder contestar, haciendo tiempo para poder tragarme la comida.

—Nada en absoluto. —Si ella supiera la semana que hemos tenido, entendería bien a lo que me estoy refiriendo.

—Pues Ezekiel lleva planeándolo todo más de dos semanas. —Lo mira y levanta su copa de vino para brindar con él—. Aunque esta semana hemos tenido que hacer algunos cambios del plan principal. ¿Cómo estás de la herida? —le pregunta a él.

—Bien, mucho mejor. Madison se ha encargado personalmente de no dejar que me moviera ni hiciera ningún esfuerzo.

Los observo a ambos, no sabía que Alyssa supiera lo que le había pasado a Ezekiel hace tan solo una semana. Agnes está peleándose por algún motivo con Joaquín, nunca la había visto así de enfadada.

—Mami, ¿a que es verdad que en la casa nueva tengo otros amigos que ahora van a vivir con nosotros?

Dejo los cubiertos sobre el plato y miro nerviosa a Ezekiel, quizá no hemos pensado en la posibilidad de que la niña hiciera referencia a los cambios que ha habido en su vida en estos últimos días.

—Sí, es cierto. Han venido unas primas de Kenny, un colega nuestro. —Ezekiel busca el apoyo de Romeo—. Van a pasar unos días en la casa. Apenas conocen el idioma pero eso no ha sido impedimento para que Agnes juegue con ellos.

—Ah, qué fácil sería todo si los adultos viéramos el mundo igual que los niños —comenta soñadora Olvido, está algo achispada por las copas de vino.

Respiro algo más tranquila ante la rápida respuesta que ha dado Ezekiel, yo me había quedado en blanco.

Antes de que pueda darme cuenta, el día ha pasado a toda velocidad y ya estamos acabando de limpiar todos los platos y demás en la cocina. Agnes no ha parado de jugar en todo el día y ha recopilado unos cuantos peluches y juguetes para llevarse a la casa.

Sé que Alyssa está esperando el momento perfecto para coserme a preguntas sobre esas supuestas primas que han venido a visitar a Kenny, me ha visto la cara y no ha colado la excusa que Ezekiel ha dado; para los demás puede que sí, pero no para ella. Así que, en cuanto nos quedamos a solas, después de despedir a Olvido y mientras Ezekiel, Romeo y Lilly siguen en el jardín, sus preguntas no tardan en aparecer. Ezekiel me ha dicho que puedo contarle lo que crea necesario, así que solo tengo que decirle la verdad.

—Bueno, ¿vas a contarme de una vez quiénes son esas primas de Kenny? — Coge unos cuantos cubiertos y empieza a secarlos con un paño.

—¿Qué te contó Ezekiel sobre su accidente? —la tanteo para saber hasta qué punto sabe algo, y sigo secando los platos.

—Madison, lo sé todo. Sé que lo atacaron, que el puto policía corrupto ese es un loco que se la tiene jurada y que va a por él.

Dejo los vasos en su sitio y cuelgo el trapo del tirador de la puerta de uno de los armarios.

—Aly, esto no puede salir de aquí. Es algo de suma importancia, no puedes contárselo a nadie. Júramelo.

Levanta ambas manos y coloca una sobre su pecho antes de jurar que no se lo contará a nadie.

—Han salvado a esas personas de una muerte segura y de una vida de mierda. Las traen al país para ayudarlas a tener una nueva oportunidad y vivir lejos de sus maltratadores. Tienen varias casas de acogida repartidas en diferentes estados.

—¡No me jodas! ¿En serio?

—Sí. Él tenía una hermana en México, su madre la dejó allí cuando se vino aquí para salvar la vida de Ezekiel. Estaba embarazada de él, su marido, por llamarlo de alguna manera, la violaba y la maltrataba.

Sigo contándole la historia. Escucharla la afecta de tal manera que ha tenido que sentarse y se está limpiando las lágrimas continuamente. Lo peor es cuando

le explico que la hermana de Ezekiel murió hace un día intentando salvarlos a todos del marido de una de esas mujeres.

—Por lo visto, el tipo había pertenecido al ejército y tenía acceso a armas y munición, por no hablar de su puntería y su sangre fría para atacarlos.

—Maldito hijo de puta. Tendrían que cortarles las pelotas a todos, despellejarlos vivos y cortarlos a trocitos. —Sorbe por la nariz, se limpia con el dorso de la mano y con la otra sostiene la mía.

—¿Y qué vais a hacer ahora?

—¿Qué vamos a hacer con qué? —pregunta Ezekiel sorprendiéndonos a ambas.

Alyssa se levanta como si tuviera un muelle en el culo que la hubiera impulsado al oír su voz y lo abraza para asombro suyo y mío. Ezekiel hace un gesto de dolor cuando ella lo aprieta fuerte entre sus brazos, causándole algo de dolor en la herida del vientre que se le ha abierto de nuevo.

—Eres un ángel. Hacen falta más hombres como tú para limpiar esta ciudad, qué digo esta ciudad..., para limpiar esta sociedad de mierda, podrida y dañina.

Cuando por fin lo suelta, él me mira sin entender a qué viene todo esto.

—Ya lo sabe. Todo —le aclaro con una media sonrisa. Asiente y se acerca a mí para darme un beso en la frente.

—Si puedo seros de ayuda en algo, no tenéis más que decírmelo —se ofrece de corazón.

—Gracias, Alyssa. Madison tuvo mucha suerte de encontrarte. —Me da un apretón cariñoso en el hombro.

—Yo solo soy una amiga, la suerte la ha tenido ella encontrando a un hombre como tú. Y pensar que yo le recomendé que se liara con el cabrón de...

—Sí, bueno, creo que es mejor no pensar más en él. Siempre y cuando tengas presente que no puedes fiarte de él, será lo mejor.

—Sí, será lo mejor. Bueno, ya es de noche, ¿cuándo vamos a tirar esos fuegos artificiales?

—Ahora mismo —digo poniéndome de pie de un salto.

La fiesta del cuatro de julio y mi cumpleaños siempre ha sido una fecha que no me ha hecho especial ilusión celebrar, pero este año celebramos que él está aquí, aunque con algún rasguño, pero entero y sano. Celebramos que vamos a

ayudar a unas personas a tener una vida mejor, que van a tener otra oportunidad después de lo mal que se ha portado el destino con ellas. Así que disfruto del espectáculo y pido deseos cuando los destellos brillantes y de diferentes colores caen por el cielo oscuro haciendo diferentes patrones: una estrella, un corazón, unas cascadas.

De la mano de mi hija y con el brazo del hombre que amo sobre mis hombros pienso en la posibilidad de que, al final, después de unos años muy malos, quizá la luz de la felicidad también pueda brillar para mí.

Cuando llegamos a la casa, parece que están todos durmiendo, solo lo parece. Porque enseguida aparecen por la puerta David y Kenny, cojeando hasta sentarse en el balancín del porche y encender un cigarro.

Ezekiel se encarga de coger en brazos a la niña, se ha quedado dormida nada más subirse a la camioneta. El día de hoy ha sido intenso para todos.

—¿Qué tal, chicos? ¿Cómo va tu pierna, Kenny? —Me acerco a ellos mientras Ezekiel lleva a la pequeña a la cama.

—Estoy hecho de acero para los barcos, Madi —mientras lo dice da dos palmadas fuertes en su muslo, pero en el de la pierna buena, algo que no me pasa desapercibido.

—Sí, acero del que se funde cuando cierta mujer anda cerca —espeta Romeo, quitándose el casco después de apagar el rugido del motor de la moto.

Él se ha ido antes para llevar a Lilly a casa; sé que compartía piso con una amiga, quizá ese sea el motivo por el que haya tardado tan poco en volver a casa.

—¿Cómo ha ido el día? —pregunto refiriéndome a las mujeres y a los dos peques.

—Bien. Aunque una de ellas ha estado toda la tarde encerrada en casa. Elena va a tener trabajo con ella —dice después de soltar una bocanada de humo—. ¿Y cómo ha ido tu sorpresa?

—¿Lo sabíais? —«Vaya, parece que soy la única que no se había enterado de nada».

—Por supuesto. —Es su escueta respuesta. Aunque tratándose de Kenny puedo darme por satisfecha después de lo que podría considerarse una larga conversación con él.

—Bueno, chicos, que descanséis. Buenas noches.

—Buenas noches —contestan los tres a la vez.

Cuando entro en la casa, Ezekiel está sin camiseta y desabrochando los botones de su pantalón.

—Está completamente dormida, no se ha enterado de nada, ni del lametón que le ha dado Thor cuando la he dejado en la cama. Voy a ducharme.

Asiento y voy caminando detrás de él hacia el mismo lugar, deshaciéndome a la vez de mi ropa para ducharnos juntos.

La mañana de lunes ha empezado tranquila, aunque poco a poco se ha ido poniendo más intensa.

Agnes, Ezekiel y yo hemos desayunado en la intimidad que nos proporciona la pequeña casita en la cual tenemos de todo lo necesario. El sonido de la moto de Romeo ha tronado sobre las seis de la mañana, me ha extrañado que se fuera tan temprano, pero después Ezekiel me ha explicado que ha ido a la ciudad para recoger a Lilly y acompañarla al trabajo, y él tenía cosas que hacer en el taller. Las reparaciones que tenían ya están hechas y entregadas y estos días estará trabajando a medio gas.

—¿Cómo lo haremos ahora con el tema de la oficina del taller y esto? —pregunto y doy el último bocado a mi tostada.

—Ayer estuve hablando con Romeo. Si a ti te parece bien, Lilly podría sustituirte allí mientras tú estás aquí con ellas. Te dije en serio que nos iremos si tú quieres, y dos meses pasan volando.

—Y Lilly, ¿qué opina de todo esto? —Ella llevaba bastante mejor trabajar para el imbécil de Alfred, aunque quizá ahora si ve la posibilidad de un trabajo mejor no le importe hacer el cambio.

—Romeo se lo propondrá hoy, si tú estás de acuerdo.

—Por supuesto, lo que me preocupaba era no poder hacer las dos cosas y, si tengo que escoger, prefiero ser útil aquí, con ellas y los niños.

—Entonces, está claro. Iremos alguna mañana para que puedas explicarle cómo funciona todo a Lilly, así entre los dos llevarán el taller.

Después de desayunar me he preparado unas cuantas fichas de estudio para ir introduciendo palabras cotidianas en el vocabulario de los recién llegados. Estoy

segura de que los pequeños Sara y Guillermo serán los primeros en aprenderlas, los niños son unas esponjas gigantes y aprenden muy rápido. También está el hecho de que no les da vergüenza hablar en otro idioma y pronuncian sin miedo, cosa que a los adultos, al pensar que podemos hacer el ridículo, no nos dejamos llevar de la misma manera.

* * *

Acompaño a Madison hasta la sala de estar en la cual dará sus clases de inglés a las chicas nuevas. Esta vez hemos decidido que los niños pueden quedarse con Susan y Agnes para que, de esta manera, Madi pueda estar más pendiente de las adultas y así trabajar a otro ritmo. Para los pequeños, ha decidido crear unas fichas diferentes y entre esto y los juegos con Agnes y Susan seguro que al final del día ya pronuncian algunas palabras.

—Buenos días a todas. Como os explicamos ayer y ya habíais hablado antes con Charly, un tema muy importante es que conozcáis el idioma y sepáis desenvolveros bien con él. Madison os ha preparado estas fichas. Como podéis ver las palabras van acompañadas por un dibujo que os ayudará mucho a comprender.

Madison les reparte las hojas que ha podido preparar. Esta mañana se lamentaba por no haber podido preparar algo más extenso, se toma muy en serio su labor, algo que me encanta.

—Yo estaré aquí los primeros días para traducir de un idioma al otro, ya que Madison no habla español, pero después os tendréis que apañar en inglés, es la mejor manera para que os soltéis con el idioma.

Ellas sonríen y asienten, todas menos Rosario, la que está embarazada, mejor dicho, casi a punto de dar a luz. Tendremos que buscarle alguna ocupación que pueda hacer ya que estar varias horas sentada delante de la máquina de coser no creo que sea muy conveniente en su estado. Pero tiene que centrarse en hacer algo porque, de lo contrario, si estuviera aquí sin hacer nada no sería bueno para su salud mental. Elena, la psicóloga, está todo el rato con nosotros, evaluando su comportamiento.

—Está bien, empezaremos por algo sencillo, cómo decir nuestro nombre — empieza a explicar Madison. Ella les enseña las letras del folio y vocaliza de forma perfecta la entonación. Después las chicas la imitan con más o menos acierto, pero en lugar de decir su propio nombre todas dicen Madison.

—No, no. Madison soy yo. —Señala su cuerpo con el dedo índice mientras sonrío. Es jodidamente preciosa. Se acerca a las chicas y, una a una, les repite la frase y el nombre de ellas—. Muy bien, yo soy Esperanza. Perfecto, Esperanza, lo has dicho muy bien. Ahora tú, Catalina. Yo soy Catalina.

La muchacha está bastante nerviosa y no consigue repetir la frase que Madi le enseña, agacha la mirada y se disculpa repetidas veces. Madison le sonrío, restándole importancia al hecho de que no sepa decirlo bien, faltaría más, es la primera vez que lo hace. Pero cuando Madison estira su brazo para acariciarle el hombro, Catalina reacciona de forma brusca, echándose hacia atrás y tapándose, en su cara se dibuja una mueca de miedo.

—Oh, Dios mío. —Me mira horrorizada—. ¿Ha creído que iba a pegarle?

Asiento, levantándome y acercándome a la muchacha, quizá no entender lo que le están diciendo la haya asustado.

—Catalina, linda, no debes temer a Madison, ella es buena, todos aquí somos buenos, nadie volverá a hacerte daño jamás. Y esto va para todas, no debéis temer, estáis aquí para empezar de cero, sé que los primeros días serán más duros, pero poco a poco os iréis desarrollando en las nuevas tareas, aprenderéis un oficio y en pocos meses estaréis rehaciendo vuestra vida como preferáis.

Asienten, unas más, otras menos, en especial Rosario, que va vestida con una ancha camiseta que le disimula la barriga de embarazada y se resguarda detrás de la cortina de pelo con la que cubre la mitad de su rostro desfigurado.

Sintiéndome útil

Ya han pasado dos semanas desde que trajimos al último *lote*. Madison sigue con su rutina diaria; por las mañanas, las clases de inglés y, a la hora de comer, las chicas la enseñan a cocinar algunos de los platos típicos mexicanos. Ya le salen de maravilla las enchiladas.

Ahora mismo está en la cocina con Renata y Dulce, que ya no precisa de las muletas.

—*Huarache*, Madison, este se llama *huarache* —le explica Renata— se puede rellenar de carne de pollo o carne de chorizo —comenta a la vez que Madi remueve con la espátula de madera las verduras que se están cocinando en la sartén.

Sorprendo a Madison abrazándola por la cintura y dándole un suave beso en la nuca que lleva descubierta al tener su larga y negra melena recogida en un moño desecho. El olor de su cuello cuando me acerco a ella me embriaga por completo, tanto que no puedo evitar cerrar los ojos e inspirar con rudeza.

—Mi madre lo hacía, y estaba buenísimo —le digo en inglés, susurrándole al oído—. Ponle mucho chorizo, me encanta.

Siento cómo su cuerpo se relaja y se adapta al mío, cómo su calor traspasa la ropa y me envuelve, abrazándome sin utilizar los brazos.

—Ezequiel, no vaya a pensar que no entendemos lo que le dice a la señorita Madison. Nuestra *teacher* hace muy bien su trabajo.

Río por su comentario y, después de darle un pellizco en la nalga a mi reina, me voy hacia la habitación de David; vamos a tener una pequeña reunión. Cobo ha venido con noticias y no ha podido esperar a mañana, cuando yo iba a ir al taller a liarme con mi moto. Romeo se encargó de pedir todas las piezas que hacen falta para repararla, después de que aquellos hijos de puta la reventaran intentando matarme.

Entro y David está sentado junto a Cobo en el pequeño escritorio que tiene en su habitación, la cual ha estado utilizando Jeff, y ahora sus ordenadores ocupan todo el espacio que antes estaba libre.

—Ezekiel, mi hermano —se levanta y nos damos un par de palmadas en la espalda, justo después nos sentamos y él empieza a explicarme eso que era tan importante.

—Resulta que investigando, investigando, hemos encontrado un punto flaco de Bellagio y va a resultar muy fácil quitármolo de encima.

Vaya, eso sí que no me lo esperaba. Hace días que no pensaba en el cabrón de Bellagio, pendiente de si había alguna repercusión por parte de los rusos sobre la desaparición de la banda de aficionados que contrató el mismo Bellagio. Pero, por ahora, no han dado señales de vida.

—Explícate. —Abro un botellín de cerveza y me uno a ellos dos que ya están bebiéndose una—. No quiero tener a toda la puta mafia rusa detrás de nosotros. Nunca hemos estado en el punto de mira de nadie y no quiero que ahora, que voy a empezar una vida lejos de todo, sea cuando más tenga que estar vigilando mis espaldas.

—Hemos encontrado una guarida de los rusos cerca de la frontera, en Columbus. Mis hombres estaban acomodando un cargamento y empezó una reyerta.

Me explica toda la película sobre sus hombres salvándole la vida a un cabecilla de los rusos, y todo esto sin saber quién era el tipo, que resulta ser el sobrino del gran capo.

—Así que ahora tengo hilo directo con ellos. Están en deuda conmigo, cosa que me va a venir muy bien para mis negocios. —Aunque sé muy bien a lo que él se dedica, yo no me he metido nunca en su organización, ni pienso hacerlo ahora—. Por lo que ese puto policía tiene los días contados, *mano*. Y no vas a tener que preocuparte porque nadie te busque.

Brindamos por ello y tratamos temas más banales. Justo en ese momento llegan Jeff y Kenny.

* * *

Después de comer, Susan se ha ido con los tres niños a dormir la siesta; se han hecho inseparables, y eso que apenas hablan el mismo idioma. Con este calor que hace es imposible estar en el exterior a pleno sol. Y yo estoy en casa con Ezekiel, acabo de darme una ducha para quitarme el sudor pegajoso que me cubría todo el cuerpo. Termino de secarme el pelo de forma enérgica con la toalla y lo dejo caer sobre mi espalda desnuda, acercándome a la cama.

—Me preocupan Esperanza y Rosario. —Estira un brazo sobre la almohada para que me coloque en su pecho y yo lo hago encantada, estar con él es como respirar, mi cuerpo reacciona a sus impulsos—. Con Rosario, apenas si consigo que pronuncie unas palabras; aunque por el contrario, Esperanza cuando está en la sala de costura, es la que mejor se desenvuelve, ya sabe manejar la máquina sin problemas.

—Con Elena no han querido abrirse —me explica Ezekiel—, sí sabe que han sufrido abusos pero no hasta qué punto. Han estado mucho tiempo conviviendo solo con su agresor, algunas incluso teniendo que ocultarse de sus hijos para que no las vieran llenas de sangre y hematomas.

—En el caso de Catalina, sufría las palizas delante del pobre Guillermo. El niño ha crecido viendo cómo su propio padre la pegaba y forzaba. —Sus dedos me acarician los hombros y el brazo. La claridad que entra por las rendijas de las contraventanas consigue que la sensación de calor sea menor, eso y el aire acondicionado que también es de gran ayuda para bajar los grados de más —. Creo que, si pudiera entenderlas y ellas a mí, sería mucho más fácil que se abrieran y me explicaran todo aquello que sienten. Hay cosas que con la mirada se intuyen pero no se llegan a comprender por completo.

—Si quieres podrías practicar conmigo el idioma. —Su mano baja hacia mi trasero, para después cogerme la pierna y colocarla sobre su vientre. Puedo notar ese bulto caliente que suele hacerse visible cuando estamos a solas.

—Me parece bien —asiento haciéndome la interesante—. ¿Cómo se llama esto? —Le acaricio el cuello, esa vena que palpita bajo mis yemas y que pide a gritos ser mordida. Él pronuncia la palabra en su idioma materno y yo me incorporo sobre mis codos para acercarme y lamer su piel.

—¿Y esto? —pregunto ahora pasando las manos sobre sus pectorales y deteniéndome a jugar con uno de sus duros pezones; los míos están igual de

tiosos. Su voz es más ronca que hace apenas unos segundos.

Repito el mismo proceso que con el cuello y bajo por su vientre, recorriendo el camino de vello negro que me lleva hacia su prominente erección. Antes de que llegue a ella, me dice de forma rápida y atropellada el nombre de cada parte de su cuerpo que mi lengua recorre, como si de esa manera fuese a llegar antes al punto culminante.

Bajo la sábana por completo y me coloco a horcajadas sobre él. Mientras penetra de manera deliciosa en mí, nuestras manos se sujetan con los dedos entrelazados hasta que estoy llena y rodeada, por dentro y por fuera, porque su mirada me rodea y me recorre, lenta y profundamente, creando sombras y luces sobre nuestra piel. Me muevo de forma suave y plácida, dejando caer la cabeza hacia atrás y rozándole los potentes muslos con mi pelo suelto y húmedo, al mismo tiempo que un jadeo escapa de nuestros labios.

Él se incorpora, quedando ahora nuestras caras al mismo nivel, con las piernas rodeando al otro y unidos por el centro de nuestro cuerpo formando uno solo, cocinándonos lentamente, en un horno de pasión y de vida. Los suspiros son el único sonido que llena la estancia.

—No me canso de mirarte —susurra con sus labios buscando los míos y elevando sus caderas cuando yo me balanceo sobre ellas.

Le rodeo el cuello con los brazos, dejándome llevar por este placer celestial, porque desde esta simple cama es capaz de llevarme a la estratosfera solo con su mirada; y si a eso le sumamos el roce de su piel en la mía y ese movimiento pélvico, lento, pausado pero demoledor, me siento flotar entre millones de estrellas.

Nos estamos reponiendo del intenso orgasmo cuando suena su teléfono desde la mesilla de noche.

—Es David, ¿qué querrá ahora? ¿y para qué me llama? si estamos aquí mismo —se queja al soltarme para atender la llamada.

Ezequiel no dice nada, pero escucho por el altavoz a David decir algo sobre Rosario. Asiente dos veces y se despide diciendo que ahora mismo va.

—Rosario se ha puesto de parto. —Me da un beso en la frente antes de levantarse y ponerse los pantalones vaqueros sin molestarse en ponerse primero unos calzoncillos. Yo me incorporo de un salto para ir con él.

—¿Y quién la va a atender? Michelle está en la ciudad, ¿llegará a tiempo?

—Espero que sí, aunque Susan ya ha atendido antes otros partos, el problema es que Rosario está muy nerviosa.

—Es normal, pobrecita. Es una cría y ya va a ser madre. Voy contigo.

Me visto en un santiamén y salimos hacia la casa. Lo que nos encontramos justo al entrar, me deja de piedra. Los gritos de horror que se oyen son casi aterradores.

—Pues sí que le tiene miedo al parto... —intenta bromear Ezekiel. Kenny está en el sofá haciendo zapping con el mando, como si no escuchara nada.

—Agnes sigue durmiendo pero Guillermo se ha despertado al escuchar los gritos —nos informa. Justo en ese momento aparecen Renata, la mayor de las chicas, y Dulce. Esta última tiene cara de estar pasándolo mal.

—¿Quién hay con ella? —pregunta Ezekiel. Renata es la que contesta mientras Dulce desvía la mirada.

—Susan, pero no podrá contenerla. Nosotras vamos con los niños, señor Ezekiel.

—Está bien. No os preocupéis. Todo saldrá bien, la doctora Michelle está de camino.

Renata niega con la cabeza y se limpia las lágrimas que empiezan a descender por sus grandes mejillas. Le dice algo a Ezekiel que no entiendo.

—Ella no quiere a su bebé. Dice que si nace vivo lo matará. No la dejen hacerlo. El bebé no tiene la culpa.

Veo que se santiguan, ambas mujeres, a Dulce hasta le tiemblan las manos.

—¿Qué dice, Ezekiel? —le pregunto al ver la expresión de alarma en su cara.

—Ahora te lo explico. Kenny, llama a Michelle y dile cómo está el tema.

Vamos hacia la habitación en la que están Susan y Rosario, los gritos desgarradores no permiten que te confundas de camino por la gran casa. Ezekiel me ha traducido lo que Renata le ha dicho.

—¿Y qué vamos a hacer si no quiere a su bebé?

Llama a la puerta que está cerrada con llave desde el interior y Susan nos abre.

—Por fin has venido. No quiere subirse al potro, no me deja que le haga un tacto para saber cómo va el proceso. —Todo esto con el llanto y el quejido de

Rosario resonando por toda la estancia—. Y ya ha roto aguas. —Señala a un punto en concreto del suelo en el que se puede ver un pequeño charco de líquido.

En la habitación, que es como un segundo quirófano aunque no tan preparado como el que hay en la sala de la casa que utilizamos nosotros, hay una camilla y unos apliques para sujetar las piernas de la madre, que hacen a su vez de potro para parir. También hay material médico, un ecógrafo y otro aparato para realizar una monitorización fetal y de contracciones, recuerdo que me pusieron las mismas correas al final del embarazo de Agnes.

Sin pensarlo más me acerco a ella, está en una esquina, con el camisón mojado a la altura de su entrepierna, descalza y llorosa.

—Lleva con contracciones todo el día pero no ha avisado a nadie. Quería irse a la montaña y parir ella sola, gracias a Dios que Esperanza se ha dado cuenta y nos ha avisado.

Le hablo con toda la calma y paz que soy capaz de transmitir con mi voz, aunque por dentro esté completamente nerviosa.

—Rosario, cariño, vamos a tumbarnos en la cama. Susan no te hará daño, solo quiere cuidar de ti. —Alargo la mano para acariciarle la cara. Ella reacciona a mi voz y me devuelve la mirada, aunque algo perdida, me deja tocarla. Sonrío y asiento con la cabeza cuando ella da un par de pasos, pero se detiene al momento, con un gesto de dolor y llevándose las manos al vientre.

—¡Demonio..., es el demonio! —grita una y otra vez. No me hace falta que Ezekiel traduzca la expresión para entenderla.

—Es otra contracción. —Me arrodillo ante ella al ver que se ha formado otro charco mezcla de líquido y sangre entre sus pies descalzos.

—Está de parto. No creo que tarde mucho en tenerlo.

Susan se acerca con toallas limpias para secarle los pies e intentar que ella se desplace hasta la cama. Pero es demasiado tarde.

—¡No! ¡No! —grita mientras llora, sujetándose contra la pared.

Levantándole el camisón puedo ver que el bebé está a punto de salir.

—Va a nacer ya.

—Puja, puja, preciosa..., tu bebé ya va a nacer. Ya está aquí —informa Susan.

Todo pasa tan rápido que no nos da tiempo ni a colocarla en la cama. Ella misma se ha puesto en cuclillas y ha dejado que la naturaleza siga su curso. En tres empujones, un cuerpecito cubierto de una película blanquecina y grasienta, además de algo de sangre de su propia madre, aparece entre sus piernas y se desliza hacia las manos de Susan en silencio.

Ella la ayuda en todo lo que es posible mientras yo me quedo paralizada por la rapidez de los acontecimientos, siendo espectadora de la llegada al mundo de esta pequeña. Es una niña, una redondita y preciosa niña. Susan la coge por los tobillos y, tras colocarla boca abajo, la pequeña rompe a llorar después de llenar con oxígeno sus pulmones por primera vez. Pinza el cordón que la une a su madre y lo corta de inmediato.

Ezekiel sujeta a Rosario para evitar que caiga al suelo ahora que la niña ya ha salido.

—Madison, cógela. Vamos a ponerla en la cama antes de que se caiga al suelo.

Cojo una de las mullidas toallas blancas y envuelvo a la pequeña con ella. No me da tiempo a verle nada más, salvo una pequeña manita, con sus cinco dedos, que no quiere taparse. Y ese grito de vida, agudo y estridente, que anuncia que ya ha llegado a este mundo imperfecto y cruel.

Parece que Rosario se ha calmado después de que la hayan recostado en la cama, pero nada más lejos de la realidad. Cuando le llevo a la niña para que la vea e intentar el acercamiento, empieza a gritar de nuevo, consiguiendo con ello que el llanto de la pequeña sea más intenso. No me ha hecho falta entender lo que ha dicho para saber que no quería ver a la niña.

—Será mejor que te la lleves. Dile a Kenny que avise a Michelle y que traiga todo lo necesario por si la niña tuviera que alimentarse con leche artificial.

Así lo hago, con una gran pena por estas dos pobres niñas. Tanto la madre como la hija son unas niñas. Acurruco bien a la pequeña para que no tenga frío y voy en busca de Kenny para que avise a Michelle.

En cuanto esta llega se encarga de hacerle el reconocimiento a la recién nacida y, una vez comprobado que está perfecta, va a visitar a la madre.

La llegada

—He tenido que sedarla. Estaba demasiado alterada como para no hacerlo.

La cara de preocupación tanto de Michelle como de Elena nos confirman lo que ya sospechamos: no hay manera de que quiera ver a su hija.

Le he dado ya dos biberones a la pequeña, Michelle ha traído todo un arsenal para tener lo necesario en este caso.

—Jamás la habíamos visto así —comenta Renata apenada.

Estamos todos en la cocina. Los niños están acabando la cena que han preparado Esperanza y Dulce, mientras que Renata y Catalina han estado practicando con las máquinas de coser. Yo no me he separado en toda la tarde de la pequeña, y Ezekiel no se ha separado de nosotras en ningún momento.

—Mami, ¿puedo cogerla en brazos? —me pide Agnes acercándose al sillón donde estoy sentada.

—Es muy pequeña, mariposita. Siéntate y la colocaré en tus brazos, ¿te parece bien?

Eso mismo hacemos, me levanto para dejarle el sitio a la niña y después coloco con sumo cuidado a la bebé sobre sus piernas, sin dejar de sostener yo la cabeza pero de manera que Agnes crea que ella es la única que la sujeta. Guillermo y Sara se levantan de la mesa para venir a ver a la recién nacida.

Ezekiel me rodea la cintura atrayéndome hacia su cuerpo, sonrío viendo a Agnes con la pequeña, y caigo en la cuenta de que no tiene nombre. Aunque un bebé suela ser sinónimo de alegría y felicidad, no siempre es así.

Me gustaría pensar que Rosario va a ser capaz de amar a su hija, pero sé que ese vínculo no siempre suele crearse. Solo en este país hay una tasa anual de abandono de recién nacidos muy elevada cuando la madre es adolescente. Pero gracias a una ONG a la cual se les ocurrió poner una especie de buzones repartidos por algunas de las ciudades, las mujeres que quieren dar a sus hijos en adopción de forma anónima, pueden dejar a los bebés dentro de esos

compartimentos, en los cuales se mantienen a una temperatura idónea, son recogidos en menos de cinco minutos ya que al introducir al bebé suena una alarma en el centro de comunicación. Puede parecer algo aberrante o antinatural pero es una manera efectiva de que puedan dejar a los recién nacidos en un lugar seguro y no los abandonen en un contenedor de basura o algo peor.

—Nena, tengo que bajar al taller.

—¿Ahora? —pregunto sorprendida, son casi las nueve.

—Sí, Romeo me ha llamado.

Me extraña que sea tan escueto, me huelo algo raro y me da miedo pensar que pueda volver a pasarle algo, pero tampoco puedo tenerlo por siempre aquí conmigo. Hace dos semanas que apenas ha salido.

—David viene conmigo, no te preocupes. Kenny se queda con vosotras y los niños.

Catalina se acerca para estar con la niña mientras acompaño a Ezekiel fuera de casa.

En cuanto estamos a solas me acorrala con su cuerpo contra uno de los postes de madera que sujetan el voladizo del porche. Subo mis manos hacia su cara para acariciarle la barba que en estos últimos días ha estado creciendo sin que nadie se moleste en afeitarla. La brisa de la noche mezclada con su olor natural y masculino hace que las estrellas se desvanezcan ante mis ojos para darle a él todo el protagonismo. Es mi falso chico malo y me encanta.

—No le des más vueltas. No es la primera vez que una madre rechaza a su hijo. —Me acaricia esa pequeña porción de piel entre ceja y ceja, sé que intenta relajarme después de todas las emociones del día—. Nosotros estamos aquí para ayudarlas, a ellas y a los niños que las acompañen. Así que deja de darle tantas vueltas a todo.

Me da un fuerte beso en la frente y me mantiene protegida entre sus brazos.

—¿Para qué tienes que ir ahora a la ciudad? Es muy tarde..., y estoy agotada.

—Cuando cenéis vete a la cama, yo no tardaré en venir, pero es posible que me den las doce antes de llegar.

Asiento a su petición sin hacer ninguna pregunta más.

—Ah, si ves a Lilly dile que el pago de las herramientas ya estaba hecho. No encontró el talonario y no sabía si yo lo había hecho.

David sale de la casa mientras hablamos y Ezekiel me da un beso de buenas noches antes de subirse a la camioneta *pickup* de su compañero. Michelle y Elena salen en ese momento de la casa, también se marchan.

—La pequeña está en brazos de Catalina. Es mejor que esta noche dejemos descansar a la pobre Rosario. Con la sedación que le he puesto no debería despertarse en toda la noche, pero prefiero no tentar a la suerte y que no haya nada que le enturbie el sueño. Si te parece bien es mejor que esta noche la pequeña duerma en tu habitación, por si llora.

—Ningún problema, le pediré a alguna de las chicas que me ayude a llevar la mini cuna a mi habitación y yo me encargo de ella. Gracias a las dos por todo lo que hacéis. Es increíble el cambio que han dado las chicas en estas dos semanas.

Con un gesto de hombros le quitan importancia y nos damos un beso en la mejilla a modo de despedida.

—Mañana no podré venir, Susan sabe lo que hay que hacer en caso de urgencia. Si por ahora no quiere ver a su hija no podemos obligarla, dejémosla tranquila y poco a poco iremos trabajando en la situación.

Una vez se han ido, entro en el salón, la larga y negra trenza de Dulce se balancea mientras acuna a la pequeña de la casa, entona una delicada nana y unas lágrimas resbalan por su bonita cara. Catalina, que está cosiendo, sentada a la mesa de la cocina, baja la mirada en cuanto nuestros ojos se encuentran; siempre reacciona igual, no es capaz de mantener la mirada a nadie, ni siquiera a su propio hijo, uno de los signos de sumisión forzada que ha padecido durante mucho tiempo.

En la otra punta del salón están los tres pequeñajos que discuten por poner un canal u otro para ver sus dibujos. Agnes, que es la más tranquila, se mantiene bastante al margen pero en un momento le arrebató el mando a distancia a Guillermo, que empezaba a cabrear a la pequeña Sara de tan solo dos años. En menos de dos segundos todo se descontrola: Guillermo tira a Agnes de un fuerte tortazo al suelo y se sienta sobre ella, insultándola y golpeándola.

—¡Vas a obedecer, hija de tu reputísima madre! ¡Yo soy el que manda aquí!

En ese momento parece que todo se paraliza y estalla el Big Bang de repente. La pequeña empieza a llorar con toda la fuerza de sus pulmones; Dulce la mira y no sabe qué hacer para que deje de llorar mientras ella misma intenta mantener

la calma; Catalina suelta su costura y empieza a negar con la cabeza enérgicamente, sollozando; y yo, yo corro para quitar a Guillermo de encima de mi hija, está como poseído y no para de golpearla.

En mi carrera me encuentro con dos sillas y un sofá que esquivo sin problema, pero las pequeñas canicas que están desparramadas sobre la alfombra, las cuales no he visto, hacen que me deslice y caiga, golpeándome la cadera contra la mesa auxiliar. Aguantando el grito de dolor, recorro el último metro de rodillas.

Parece mentira la de cosas que pueden pasar en tres segundos, y a las anteriores hay que sumarle que Thor se haya levantado de su siesta y ahora mismo esté enseñándole toda la dentadura a Guillermo.

—¡No! ¡Thor, siéntate! —grito antes de que pase algo peor. El animal obedece al momento, sentándose sobre sus cuartos traseros pero sin quitarle la vista de encima a Agnes y al niño que está encima de ella.

Justo cuando llego a ellos, Esperanza y sus preciosos ojos de color violeta alzan al niño, sujetándolo por los brazos, intentando contener toda la energía que emana el pequeño.

Cojo a mi pequeña mariposita en brazos, intentando mantener a raya mis aceleradas pulsaciones. Ella llora desconsolada, no entiende el motivo del ataque que le acaba de propinar el niño que desde hace dos semanas es uno de sus mejores amigos. Sara ha corrido a las piernas de su madre, la cual parece que ya ha conseguido calmar a la bebé.

—Ya está mi niña. No llores más. —La acurruco contra mi pecho para mantenerla a salvo. «Dios mío, ¿qué le ha pasado a este niño por la cabeza para actuar así?».

Esto debe ser exactamente a lo que ha estado expuesto durante toda su corta vida, al castigo físico y verbal por parte de su progenitor hacia su joven madre. Y el niño ha actuado de la misma manera al sentirse en peligro, aunque este fuera inexistente.

Esperanza empieza maldecir y le propina un azote a Guillermo, que ahora llora desconsolado, casi tanto o más que Agnes.

—No le pegues, Esperanza. No lo hagas.

Ella me mira sin entender, quiere castigar al niño por lo que acaba de hacerle a mi hija, a la que le sangra la nariz y está asustada, pero nada grave.

Me levanto con Agnes en brazos y me acerco a la joven y al niño, que ahora intenta irse con su compungida madre, la cual no hace más que pedir perdón y llorar.

Kenny aparece por la escalera, con su cara de siempre: entrecejo fruncido y labios apretados, preguntándose qué es lo que está pasando. Se acerca a mí y cuando ve que Agnes está sangrando le cambia el semblante.

—¿Puedes limpiarle la cara? Enseguida voy al cuarto de baño.

Él asiente, sin preguntar nada más. Coge a Agnes entre sus enormes brazos y la calma acunándola contra su pecho.

Después de cerrar los ojos e inspirar con fuerza, me giro y me acerco a Esperanza, ella sigue esperando que le explique el motivo por el cual no la he permitido castigar al niño. Intento buscar las palabras adecuadas, tanto en mi idioma como en el suyo, para que ella pueda entenderlas.

—Guillermo ha actuado así porque es posible que eso sea lo que ha estado viendo toda su vida, lo que su padre le hacía a su madre. Si ahora le pegamos estaremos respondiendo violencia con más violencia, y él no verá la diferencia pues el resultado de toda discusión siempre será con golpes de por medio.

Parece entender lo que le digo, asiente y medio sonrío a mi explicación. Ahora vendrá la parte más difícil, que será calmar a Catalina. El niño se ha cogido a sus piernas pero ella está casi en estado de *shock*.

Me acerco a ella despacio, no quiero que se asuste más y pueda llegar a pensar que estoy enfadada con ella o con su hijo, aunque está claro que no me gusta nada lo que ha pasado y no volveré a dejar a los niños sin un adulto que los vigile.

—Cata, escúchame —le pido, tendiéndole la mano, pero ella sigue con la mirada baja y no la ve—, no pasa nada. Lo ayudaremos. Es normal que los niños discutan.

Se enjuga las lágrimas con el dorso de la mano y asiente muy despacio, mientras no deja de repetir las disculpas. Me fijo ahora en el pequeño que se esconde entre las piernas de su madre, me coloco de cuclillas frente a él, para estar a su altura y que no me vea como un peligro.

—Guillermo, Agnes no iba a hacerte daño. Eso que has hecho no ha estado bien pero yo sé, y tu mamá también lo sabe, que estás arrepentido y que no volverás a hacerlo.

Se encoge de hombros y sorbe por la nariz los mocos que le están cayendo debido al llanto de hace un momento.

«¡Ay que ver la que se lía en dos minutos!».

Dulce parece nerviosa, así que me acerco también a ella para ver cómo se encuentra y si está a gusto con la niña en brazos. Me tranquiliza con un gesto de su mirada y me muestra que la pequeña se ha quedado dormida.

—Voy a ver mi hija y vuelvo. Esta noche me llevaré a la pequeña a mi habitación, su madre va a estar dormida durante toda la noche. Susan y Renata se turnarán para estar con ella por si necesitara algo.

Para cuando llego al cuarto de baño, Agnes está jugando a una guerra de pulgares con Kenny y, por lo visto, va ganando la niña.

—No ha sido nada. Tan solo un poco de sangre por el golpe pero ya no sangra —me informa el machote que, cual iceberg, grande y frío, se derrite en contacto con el sol, en este caso, con una pequeña de tres años.

—Gracias, Kenny. Vaya lío se ha formado en unos segundos. —Sonrío de medio lado tratando de quitarle hierro al asunto; Agnes sigue intentando atrapar el gran pulgar de Kenny—. No hace falta que informes a Ezekiel, mañana mismo le explicaré lo ocurrido y hablaremos con Elena para comentarle lo que ha pasado y pueda enfocar la terapia como sea más necesaria.

En cuanto la niña consigue cazar el dedo de su contrincante se despide de él y ella ya me presta toda su atención. La envuelvo entre mis brazos mientras le beso la cabeza inspirando su dulce olor.

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, mami. Yo solo quería darle el mando de la tele a Sara, le tocaba escoger a ella —me explica con voz compungida.

«¡Ay, mi dulce niña!».

—Lo sé, cariño. No has hecho nada malo. Guillermo se arrepiente de lo que ha pasado. No se lo tengas en cuenta.

—No pienso hablarle. Hasta mañana no.

—Me parece perfecto. —No puedo evitar sonreír tras verla cruzar sus bracitos sobre el pecho, bajar la cabeza de un golpe, lo cual hace que su flequillo oscile alrededor de su cara y verla fruncir los labios remarcando cuan grande es su mosqueo.

—¿Sabes qué? Tengo una sorpresa que creo te va a gustar. —Consigo llamar su atención y me mira ilusionada—. La bebé puede dormir en casa con nosotras. ¿Qué te parece?

Sus saltos y su cara de alegría me dejan claro que el mosqueo y la pena se han quedado atrás. Ahora está ilusionada porque una recién nacida nos acompañe por la noche.

* * *

—Romeo, te lo has currado muchísimo, hermano.

Vuelvo a darle otra vuelta a mi moto recién restaurada. El muy loco se ha hecho cargo de todo, tanto de las piezas que ha comprado como de las que ha diseñado y fabricado él mismo.

—Me alegra que te guste. Ahora ya puedes pasear de nuevo en moto con tu chica. —Se coloca detrás de mí, pegándose a mi cuerpo más de lo que me gustaría.

—¡Quita, capullo! —le digo cabreado pero en broma—. Has subido un poco el tono del azul, ¿verdad? —Rodeo la moto observando cómo brillan los colores, el chasis también tiene un brillo diferente, el color negro tiene pigmentos de plata que le dan un destello traslúcido que hace que no pueda dejar de mirarla.

—Me costó un huevo y medio conseguir la jodida pintura. Pero el resultado ha quedado espectacular. No voy a utilizar la pintura en ninguna otra moto, puedes estar tranquilo que nadie la va a tener como tú.

Me da una fuerte palmada en el hombro, justo antes de que Cobo y sus hombres de confianza entren en el taller. Tiene algo importante que contarnos y, por lo visto, no podía ser por teléfono.

—¿Cómo están Madi y la niña? —pregunta Romeo.

—Bien, ellas están genial. Además es buenísima en lo que hace, no le basta con estar horas con las chicas enseñándoles el idioma, cosa que ellas están

aprendiendo de maravilla, sino que también se ha propuesto aprender su idioma y ahora yo soy su profesor de español.

—Anda que no te lo debes pasar bien jugando a los maestros con ella... — Me guiña un ojo y se aleja antes de que le dé un puñetazo en esa cara tan bonita que se piensa que tiene.

Cobo llega hasta nosotros y acepta la cerveza que Romeo acaba de pasarle.

—A ver, cuéntame eso tan urgente que no podía esperar hasta mañana...

Una vez estamos todos sentados en la gran mesa, Cobo coloca los codos sobre esta y se dispone a hablar.

—Como ya sabéis, los rusos me deben la vida de su sobrino así que, hace días, se pusieron en contacto conmigo para hacer negocios. Me dan un porcentaje mucho mayor del que suele ser habitual y todo porque el jodido sobrino es un *pinche huevón* que no sabe proteger sus espaldas. —Alza la cerveza y brinda por ello, con una sonrisa de lo más retorcida en la cara—. Así que, para que veas que soy buen amigo, he pensado que quizá os apetezca formar parte de mi organización.

Vaya, sabía que tarde o temprano llegaría este momento, pero no pensaba que fuera a ser ahora. Siempre nos hemos mantenido al margen de los asuntos de Cobo y su organización, no pienso cambiar ahora de parecer y dedicarme a algo que, aunque sí es muy lucrativo, no merece la pena, por lo menos para mí.

Retiro la silla hacia atrás, levanto las manos indicando que por mi parte lo dejo pasar.

—¿Qué harás ahora, Ezekiel? Podrías ganar millones para retirarte con tu mujercita. —No le ha gustado mi respuesta, pero la acepta.

—Ya tengo dinero suficiente para lo que necesito. Es algo que ya está hablado con mis hermanos, Romeo puede confirmarlo. Nos retiramos. Kenny y Jeff harán sus apuestas, pero no formaremos parte de otra banda.

Te quiero a ti

Hace ya un mes desde que llegaron aquí las mujeres del último *lote* que Ezekiel y sus hermanos de vida salvaron de las garras de la muerte.

Porque a eso es a lo que estaban destinadas, a vivir por siempre encadenadas a los golpes de sus maltratadores y a morir por ellos.

Hace quince días que nació la niña, y sigue sin nombre. Elena ha estado haciendo terapia con Rosario pero, aunque ha conseguido tranquilizarla y parece que actúa con normalidad, no ha conseguido que ese sentimiento de amor por una hija aparezca en ella. Se niega en rotundo a ver a la niña y en asistir a las clases de inglés que tan necesarias le son para aprender el idioma y así poder integrarse en la sociedad de este país en el que va a vivir.

Las demás chicas progresan estupendamente, todas tienen ya un nivel aceptable del idioma, lo suficiente como para poder mantener una conversación sencilla. Y ya cosen a la perfección las prendas más complicadas. Desde la otra casa de acogida a la que irán una vez finalicen aquí el proceso inicial de adaptación, nos dicen que las chicas que llevan allí cinco meses no cosen tan bien como ellas que tan solo hace un mes que aprendieron a dar unas puntadas. Susan ha hecho un gran trabajo en ese aspecto.

—Madi, ¿ha probado ya estas enchiladas? —pregunta Renata.

Está enseñándome a cocinar diversos platos mexicanos que yo solo conozco de oídas, no los había probado con anterioridad, pero desde hace unas semanas se han vuelto parte de mi dieta diaria.

—No, pero ahora mismo pruebo el relleno. —Con una cuchara cojo un poco de salsa y carne y la llevo a mi boca. Después de quemarme la lengua con ello, y de notar lo delicioso que está, contesto—: Están para chuparse los dedos.

En ese momento aparecen Dulce y la bebé, que ya tiene quince días. Está llorando y no es el llanto que suele tener cuando tiene hambre.

—Creo que tiene calentura. Mírela usted.

Dejo la cuchara y me limpio las manos antes de acercarme a ver a la pequeña.

—Hola, mi niña, ¿qué te pasa? —pregunto mientras acerco mis labios a su frente para notar su temperatura.

Ella agita los brazos y piernas de forma nerviosa y llora a pleno pulmón. Menos mal que Rosario está en el aula de costura, siempre vamos con cuidado para que no coincida con ella en un mismo espacio cerrado.

—Pues creo que sí tiene algo de fiebre. Dámela, la llevaré a ver a Michelle a su consulta. Sé que hoy ella no puede venir.

Cojo a la preciosa niña entre mis brazos y la pego a mi pecho, Ezekiel se dio cuenta que cuando escucha los latidos de mi corazón se tranquiliza. Las primeras noches se dormía tras tomarse el biberón pero a la que la dejaba en su cunita, lloraba de forma insistente hasta que la volvía a poner en mi pecho. Ni tan siquiera con el calor que desprende el cuerpo de Ezekiel se calmaba.

—Se la ve tan bonita en sus brazos, Madison —comenta ahora Renata que se ha acercado a ver cómo se encuentra.

—Es que es preciosa. ¿A qué sí, mi amor? —Le hago carantoñas.

—Váyase tranquila, nosotras nos encargamos de preparar la cena. Los hombres están abajo y los niños están con Susan.

Desde el incidente de Guillermo con Agnes no han vuelto a jugar a solas por el terreno, siempre hay alguien cerca de ellos. Aunque no ha vuelto a tener ningún momento de tanta tensión como aquel día, y todo eso es gracias al enorme trabajo que está haciendo Elena con él. En una de las muchas habitaciones que tiene la casa, ha montado una especie de gimnasio con colchonetas de diferentes tamaños y diverso material blando. La terapia consiste en darle al niño la libertad de expresar sus miedos, angustias y el recuerdo de situaciones vividas, que pueda exteriorizar su rabia, sin hacerle daño a nadie ni hacerse daño a sí mismo.

Salgo de la casa con la pequeña en brazos y justo en ese momento llega Ezekiel con su moto. Está como un niño con su juguete nuevo.

El ronroneo del motor parece hacer que la niña se relaje, es curioso cómo algo tan estruendoso consiga ese efecto tranquilizador en ella.

Bajo los escalones y me acerco a él, aparca la moto junto a las de David, Romeo y Kenny, y se quita el casco. La imagen que representa me quita el sentido: con las gafas de sol puestas, con esa camiseta blanca ceñida a sus musculosos y torneados brazos, esos tatuajes negros visibles y los pantalones vaqueros con algunos agujeros, sumado a su pose de tipo duro y malo —de chulito en toda regla— me pone cardíaca. Eso y saber que es solo para mí.

—Preciosa, ven aquí.

Mete uno de sus dedos en la cinturilla del pantalón corto que llevo y me acerca a su cuerpo. Nos damos un beso que sabe a gloria y se baja de la moto para ponerse de pie frente a mí.

—Tengo que ir a ver a Michelle, la niña tiene fiebre y no quiero darle medicamento sin que la vea ella primero.

Acerca su cara a la de la niña y le besa la frente. Seguro que el roce de su vello facial le hace cosquillas a ella igual que a mí.

—Dame cinco minutos y voy contigo. Colocaré la sillita de seguridad en la camioneta, pero antes tengo que hablar una cosa con los chicos.

—Está bien, yo voy a preparar su bolsa con alguna muda, pañales y el biberón por si le diera hambre.

Él se va para la parte de atrás de la casa y yo voy hacia nuestra habitación a preparar lo que necesito. Escucho a los niños jugar en la piscina. Este agosto está siendo uno de los más calurosos de los últimos cuarenta años, aunque haya días como hoy que, a pesar del calor, se formen unos nubarrones que amenacen con lluvia.

Entro en nuestro pequeño salón y recojo las cosas que necesito sin dejar a la niña en la sillita, sigue llorando y si la dejo ahí, será peor.

Con la bolsa colgada al hombro, la niña en un brazo y en la otra mano la sillita de coche para que Ezekiel la monte, suena mi teléfono móvil, que está en el bolsillo trasero de mi pantalón.

—Joder, ¿quién será ahora? Solo tengo dos manos...

Dejo la sillita en el suelo y la bolsa y, con la mano libre, cojo el teléfono. El nombre de Debby aparece en la pantalla. Quedamos en vernos esta semana, desde que no trabaja para mí ha estado haciendo algunas horas ayudando a

Alyssa con los niños y habíamos hablado para organizarle una fiesta sorpresa de cumpleaños a mi mejor amiga, que será la semana que viene.

—¡Debby! Ahora mismo me pillas ocupada, tengo que...

—¡Madi! ¡Madi, escúchame! Tienes que... ¡Ay!

—¿Debby? —Está llorando y tartamudea, ¿qué le pasa?

—No soy Debby, querida Madison. Pero la tengo aquí conmigo, está un poco inquieta con las cuerdas que le rodean las muñecas, los tobillos, el cuello...

—Bellagio... —se me escapa todo el aire que tenía en los pulmones.

Miro la puerta, pensando lo más rápido que puedo en qué debo hacer, pero parece que él está presenciándolo todo porque antes de que pueda dar un paso su voz me detiene.

—Me gusta más que me llames Zack, lo sabes. Bueno, ya hablaremos después de eso. Si avisas a tu novio, la mato. Me entretendré con ella un rato primero, claro, pero después la mataré. —Escucho los sollozos de la pobre cría, mientras en mis brazos sigue llorando la pequeña de tan solo quince días —. Si vienes con alguien, la mato. Es muy fácil, Madison. Solo quiero tener lo que me prometiste.

La rabia y la impotencia me recorren. Mi cuerpo se sacude con dolor y descontrol. Aprieto los dientes antes de contestar, intentando en vano evitar que note cuan nerviosa y asustada estoy.

—Yo no te prometí nada, Zack. Deja a la niña, no es más que eso, una niña...

—Mi voz empieza a flaquear.

—Por eso mismo te estoy llamando, sé que tú serás capaz de hacer que deje de querer follármela, aunque igual podríamos hacer un trío. Tienes veinte minutos para llegar a tu casa. Fuera habrá una furgoneta esperándote, súbete. Nos vemos allí. Y no intentes nada. Para asegurarme de ello, no vas a colgar la llamada, voy a ir diciéndote durante el camino todo lo que pienso hacerte cuando te tenga delante. Si haces algo que me parezca sospechoso, la mataré. Y la culpa será tuya, preciosa Madison.

Escuchar mi nombre salir de sus labios es lo más asqueroso y repugnante que pueda oír. Eso y todas las cosas que dice que piensa hacerle a Debby si no cumplo sus órdenes al pie de la letra.

«¡Dios mío! La niña, está enferma... ¿qué hago? ¿Cómo lo hago?».

—Zack, estoy fuera de la ciudad, tardaré en... —No me deja acabar de hablar.

—Sé que tu novio viene al taller de vez en cuando, no debes estar tan lejos.

—Está bien, está bien... —«piensa, Madison»—. Estoy con un bebé, tengo que dejarlo con alguien, pero es aquí mismo.

—Sí le dices a alguien algo de lo que está pasando, ya sabes lo que haré. ¿Confías en mí, verdad? Ya sabes a qué me he estado dedicando, sabes que no faltaré a mi palabra y después de follármela la mataré. —Escucho la voz de Debby llamándome y llorando.

—¡Lo sé, joder! Ya voy. No le hagas daño —suplico.

—Ten el teléfono en la mano, quiero escuchar todo lo que digas, sigue hablando conmigo como si fuera una amiga. Deja a ese bebé donde tengas que dejarlo, el tiempo ha comenzado a contar ya.

Cierro los ojos e intento contener las lágrimas y los pensamientos nefastos que se agolpan en mi mente, los gritos de socorro que querría dejar salir, pero entonces solo conseguiría que Debby muriera por mi culpa.

Salgo de la casa, sujetando el móvil con la mano que tengo libre y mordiéndome el labio inferior, rezando para que Ezekiel siga hablando con los chicos en la parte de abajo. Agnes grita feliz después de dar un salto desde el trampolín, Ezekiel la ha enseñado a nadar y ahora parece un pececillo.

«Piensa, piensa, piensa». La puerta de entrada se abre y sale Dulce, supongo que irá a llamar a los niños para que vayan a comer. Se queda quieta al verme caminar tan directa hacia ella.

—Cógela. Tengo que irme.

Abre los brazos en el último momento, no se esperaba que fuera a darle a la niña así, tan de sopetón. Agradezco que todavía no sea capaz de mantenerme la mirada, así no podrá verme la cara. Pero la voz, la voz es otro cantar.

—Pero..., ¿aviso al señor Ezekiel? —pregunta sin entender qué está pasando.

El miedo me atraviesa una vez más, la imagen de Debby se instala en mi mente como algo prioritario. Me giro rápida y con demasiada energía, casi me caigo yo sola al bajar los escalones.

—¡No! —La voz de Bellagio me recuerda que no debo alarmar a nadie—. No pasa nada, enseguida vuelvo, me he olvidado de comprar una cosa.

Dulce me mira sin comprender pero asiente y desvía su mirada hacia la niña que ahora llora con más intensidad. Tengo que salir de aquí antes de que alguien más me vea o, lo que sería peor, que sea Ezekiel quien lo haga.

Abro la puerta de la camioneta y de un salto me subo en ella, coloco bien la distancia del asiento para mi medida y pulso repetidas veces el botón del mando a distancia que abre la puerta corredera de la propiedad.

«¡Vamos, vamos, vamos!».

—¿Qué estás haciendo? Quiero escucharte hablar en todo momento, si intentas algo lo sabré y ella morirá.

«¡Maldito hijo de puta!».

—Lo sé, lo siento..., sigo aquí, ya he conseguido salir de la casa. Nadie sabe a dónde voy.

—Muy bien, Madi, así me gusta. Eres una chica muy lista.

Sí, posiblemente sea muy lista, aunque esté actuando como la más tonta del universo. Y por ser lista sé que no me dejará salir de allí a donde sea que quiera llevarme, no por propia voluntad.

Veinticinco minutos más tarde, después de saltarme dos semáforos en rojo y de incontables llamadas entrantes de Ezekiel, llamadas que he tenido que rechazar, llego a mi barrio de antes. Veo la bandera de Estados Unidos ondear en la mayoría de las casas y a chavales jugando en la cancha de baloncesto que hay dos calles antes de llegar a la mía. Cómo ha cambiado mi vida en unos meses, desde que él llegó a nuestra vida.

El maldito psicópata no me ha dejado ni un segundo, cuando me he cansado de contar hasta cien una y otra vez he tenido que ir cantando las canciones que salían en la radio para que supiera que no hablaba con nadie más. Ahora su voz suena de nuevo, el muy perturbado ríe antes de hablar.

Tal y como ha dicho antes, hay una furgoneta negra aparcada justo en la entrada de mi casa. No hay nadie más por aquí, nadie que pueda verme y dar la voz de alarma. Intento no pensar en lo que va a pasar una vez me suba en ese vehículo. Si lo pienso, no seré capaz de bajarme de esta camioneta.

—Muy bien. Has llegado. Mira, Debby, nuestra Madison ya está aquí. Deja el vehículo bien aparcado y baja despacio.

Hago lo que me dice, despacio, me apeo del vehículo y cierro la puerta con una mano, con la otra, mantengo el teléfono pegado a mi oreja para escuchar las indicaciones del malnacido de Bellagio.

—Camina por la acera sin hacer ningún gesto raro y ve hacia la parte trasera de la furgoneta.

En cuanto llego a la parte trasera, las puertas dobles se abren y aparece él vestido todo de negro y con unos guantes puestos. De la sorpresa doy un traspiés hacia atrás, con un arma me apunta a la cabeza mientras una sonrisa desfigura su cara ya de por sí asquerosa.

—Sube —ordena moviendo la otra mano, con la que no sostiene la pistola.

Detrás de él puedo ver a Debby, está atada a un banco integrado en la misma carrocería, parece que la furgoneta es un antiguo vehículo en el que transportar a presos de un sitio a otro, ya que lleva también unas barras a las que poder atar las cadenas, en este caso bridas. No podremos escapar. Y con otras cadenas metálicas la mantiene sin poder levantarse atada por la cintura y los pies.

Al subir tengo que agacharme para no darme en la cabeza con una barra lateral. Me recibe una apestosa mezcla de tabaco y olor a desinfectante que me irrita las fosas nasales. Lo primero que hace es quitarme el teléfono, arrojarlo a la carretera y darle un balazo. Está ido por completo.

Acto seguido me obliga a cerrar las puertas sin dejar de apuntarme a la cabeza, siento el cañón del arma apretando contra el lateral de mi cabeza. Estoy muerta de miedo, por más que intente mantenerme a raya, mis sollozos empiezan a mezclarse con los de Debby. Antes de que pueda darme la vuelta, un golpe devastador me deja KO.

No soy consciente de nada más hasta pasado un rato, no sé decir cuánto, pero ahora estoy amordazada, atada y casi a oscuras en la caja de esta maldita furgoneta que nos lleva vete tú a saber dónde. Noto el cuerpo de Debby cerca del mío, escucho su llanto mientras, poco a poco, recupero la conciencia y un horrible dolor de cabeza amenaza con hacérmela explotar.

Retuerzo las manos, están atadas con una brida, igual que las de Debby; la bola de tela que me empuja la lengua apenas me deja respirar y la ansiedad de pensar en que he cometido la mayor estupidez de mi vida y pueda acabar sin ver

de nuevo a mi hija y a Ezekiel, consigue que la respiración se vuelva cada vez más tortuosa.

Intento relajarme, apoyando la cabeza hacia atrás, manteniendo la soga lo más aflojada posible, sé que cuanto más me mueva más apretaré el agarre y peor serán las marcas que me quedarán.

Un acelerón, frenadas, vuelta al movimiento, así una y otra vez. Es imposible saber dónde nos está llevando. Y a estas horas seguro que ya se ha hecho de noche, lo que hará menos posible intentar escapar. Tengo que pensar, tiene que haber alguna posibilidad. Ezekiel y los demás hombres han estado pendientes de sus movimientos, pero hace semanas que no sabíamos nada de él. Parecía que se lo había tragado la tierra y ahora lo ha escupido para que venga a por nosotras.

Mi mente toma los pensamientos que se le antojan, yo no tengo voz ni voto en esa decisión porque es todo una secuencia de imágenes de mi vida que yo no recordaba que existieran, pero ahí están, desfilando por la pasarela de mis ojos cerrados, en plena oscuridad, brillando como si intentaran decirme algo: mi madre cogiéndome de la mano para cruzar un paso de peatones entretanto, con la otra mano, llevaba las flores que acababa de regalarle, las arranqué de un prado en el que estuvimos; yo, siendo adolescente, leyendo por primera vez *Jane Eyre* de Charlotte Brontë; la primera imagen de mi mariposita, todavía conectada a mí por el cordón umbilical, sentirla piel con piel sobre mi pecho desnudo y sudado después de dar a luz. Ese momento lo cambió todo. Agnes diciendo su primera palabra...

Y de repente, ¡boom!

Me siento como si un elefante hubiera caído sobre el techo de la furgoneta en la que vamos, algo ha impactado contra ella y creo que estamos dando vueltas, como cuando haces un trompo con el coche, pero con mucha más fuerza.

Del golpe se ha tensado más la soga que me rodea la cintura, que va unida a la que tengo en el cuello y cada vez aprieta más fuerte.

Intento estar atenta a los sonidos pero es demasiado aterrador. Gritos, maldiciones y..., disparos. El último en sonar ha parecido como si el mismísimo Zeus golpeará con un trueno sobre la chapa del vehículo. Pero lo que sí tengo claro es que la furgoneta ha dejado de moverse. No sé si eso será bueno o malo.

Hasta que escucho su voz desgarrada llamándome. Ezekiel.

—Madison, no os mováis, vamos a abrir la puerta.

Unas chispas brillantes empiezan a saltar en el fondo de la caja de la furgoneta, dando algo de iluminación a esta oscuridad aterradora. Están cortando las puertas con una radial, el sonido y las chispas no dejan opción a pensar en nada más.

Cuando consiguen quitar las puertas me doy cuenta de que estamos de lado. La furgoneta ha volcado pero nosotras no nos hemos dado cuenta de ese detalle.

Con linternas y apuntando con sus armas, Ezekiel, Romeo y Kenny aparecen ante nuestras miradas asustadas. Comprueban que no hay nadie más en el habitáculo con nosotras y suben, cuchillo en mano, para desatarnos.

Ezekiel vuela a por mí, me coge la cara y de un solo corte afloja la soga que me mantenía atada. Justo después, me saca la mordaza de la boca mientras niega con la cabeza, su cara denota miedo y algo que conozco como enfado. Está cabreado conmigo y no puedo reprochárselo. Yo boqueo como un pez fuera del agua intentando relajar la mandíbula después de haberla tenido abierta forzosamente.

—Ven aquí. —Me aprieta con todas sus fuerzas contra su pecho, lleva puesto un chaleco antibalas pero aun así puedo notar el latido profundo de su corazón —. No vuelvas a irte así jamás. Casi me muero de miedo creyendo que iba a perderte.

Una vez cortadas las bridas y sintiéndome libre de nuevo, lloro abrazada a él, que me saca en brazos del lugar que ha sido nuestra mazmorra, de Debby y mía, que sale en brazos de Kenny.

Me tiemblan las piernas cuando toco el suelo de nuevo, estamos en una carretera, rodeadas por un bosque, no sé si podré mantenerme en pie. Por si acaso, Ezekiel, no me suelta en ningún momento, ni cuando repasa mi cuerpo en busca de alguna herida.

Con ambas manos acoge mi cara y su mirada, esa mirada de amor absoluto, de puro caramelo líquido, me calienta y hace que la sangre vuelva a circular por mis venas y, a la vez, que las lágrimas broten de mis ojos con más fuerza mientras entierro la cara en el hueco de su cuello. Aquí soy feliz, aquí donde su olor me cura las heridas y me envuelve como un manto protector.

Una vez han comprobado que las dos estamos sanas y salvas, me abrazo a Debby y compruebo por mí misma que no tiene ni un solo rasguño. Me explica cómo la ha metido en la furgoneta, sin hacerle daño pero asustándola mucho.

Ezekiel se encarga de explicarle el motivo por el que este perturbado la ha cogido por la fuerza, que su intención era hacerme daño a mí, no a ella, y que ya no podrá hacerle daño a nadie más.

Kenny se encarga de dejar la escena lista para que crean que ha sido un ajuste de cuentas de cualquier delincuente. Otra cosa no pero, enemigos, Bellagio tenía un montón.

De camino a casa de Debby tenemos tiempo de calmarnos ambas y pensar en la mejor manera de explicarle a su madre lo ocurrido.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —pregunto ya más tranquila en la camioneta, horas más tarde de regreso a casa, después de haber dejado a Debby con su familia.

—Todos nuestros vehículos llevan un localizador. Después, hemos seguido algunas pistas gracias a Jeff y su ordenador, hemos podido ver qué camino tomaba el vehículo gracias a las cámaras de seguridad que hay repartidas por la ciudad.

—¿Has visto la reacción de la madre de Debby? Esa mujer tiene un par de ovarios. Estoy segura de que ella misma se habría encargado de salvar a su hija sin la ayuda de nadie.

Me acurruco sobre su regazo, su calor consigue anestesiar los nuevos recuerdos que espero olvidar pronto.

Margaritas

—¿Está muerto? —escupo las palabras, todavía me cuesta creerlo.

—Sí, nena. No debes preocuparte más por ese hijo de puta.

Asiento y sigo así, sentada en su regazo mientras Romeo nos lleva de vuelta a casa.

—Agnes, ¿ha preguntado algo? —Mi hija tiene un sexto sentido con el que es capaz de enterarse de cosas que no percibiría ni un adulto atento.

—Está bien, le hemos dicho que habías quedado con Alyssa. Son las once, es posible que aún siga despierta, se quedará más tranquila si te ve antes de irse a dormir.

—¿Y la niña? —Levanto la cabeza para mirarle a los ojos.

—Ha venido Michelle a hacerle una revisión. Tiene un poco de infección en un oído, nada que no se le cure en unos días con unas gotas y con tus cuidados.

—Ay, menos mal. Al verla con fiebre me he asustado.

Para cuando llegamos a casa, solo están encendidas las luces del porche principal y hay luz en el salón. Desvío la vista hacia nuestra pequeña casita y veo que también hay luz en las ventanas, así que prefiero ir directa a ver a mi hija y después poder descansar.

Ezequiel le pide a Romeo que se encargue de todo y él viene conmigo, manteniéndome bien pegada a su cuerpo, como si de esa manera fuera a evitar que cometa otra gilipollez y me escape de nuevo. Al final, las nubes que prometían lluvia no han faltado a su palabra y una fina llovizna nos refresca y me ayuda a quitarme de encima esa sensación de bochorno y suciedad por haber estado metida entre esas paredes metálicas, con el ambiente cargado de humo de tabaco y desinfectante.

Efectivamente, Agnes sigue despierta, está sosteniendo a la bebé mientras Renata prepara el último biberón del día. Me alegra haber llegado a tiempo para dárselo.

La felicidad que siento al ver a mi pequeña sana y salva, feliz y resguardada de todos los males, consigue que un intenso suspiro se instale en mi pecho, recordándome una vez más lo afortunada que soy por tenerla en mi vida. Y en ese instante se gira, su pequeña boca sonrío al vernos y eleva sus cejas, moviendo a la vez su cabecita, señalando a la pequeñaja.

—¿Has visto? La estoy cuidando yo.

Soy incapaz de hablar sin derramar una lágrima, así que asiento sonriente pero clavándome las uñas en la palma de la mano para evitar hablar, ya que si lo hago no podré contener el llanto que amenaza con salir y no sabré qué explicarle a mi mariposita. Ezekiel se percata de mi estado y se adelanta para felicitar a Agnes.

—Estás hecha toda una niña mayor. Y has conseguido que no llore, que ya es mucho.

—*Esekeel*, no te quejes, si apenas llora... —dice ella defendiendo a la pequeña. Él gira la cabeza y me mira, incrédulo de que la niña no la haya escuchado llorar ni una sola noche.

Me acerco a Renata y esta me da el biberón para que sea yo quien se lo dé a la pequeña.

—Ay, Madison. Qué alegría verla aquí. —Sé que sabe lo que ha pasado esta tarde.

—Gracias, Renata. Yo también me alegro de volver. ¿Cómo ha pasado la tarde Rosario? ¿Sabes si ha preguntado en algún momento por su hija? —Estoy esperanzada en que así sea pero, por desgracia, no ha hecho ningún progreso. Las sesiones con Elena no están dando el fruto que ella esperaba, que todos esperábamos, y Rosario no se abre. Espero que solo sea cuestión de tiempo.

—Ha estado toda la tarde en su habitación, incluso cuando el señor Ezekiel nos ha dado la nueva documentación no ha querido salir de allí. Creo que estaba leyendo un libro, aunque es uno de los que hay en la librería del salón y está escrito en inglés, y usted sabe que Rosario no ha querido asistir a ninguna de sus clases de inglés, así que supongo que solo lo estaba ojeando.

Me encojo de hombros, me siento y cojo a la niña para darle de cenar.

—Espero que eso sea un primer paso para que poco a poco se vaya fortaleciendo y pueda acostumbrarse a vivir en paz.

—Dios la oiga, Madison. Ella fue la última en llegar a casa de Charly, en paz descansa, no dijo nunca de dónde venía ni de quién huía, pero está claro que huía de alguien. Es tan solo una muchachita, tiene toda la vida por delante, puede aprovechar todas las nuevas oportunidades que tendremos en este país.

—Seguro que poco a poco irá mejorando. Solo necesita tiempo.

Después de darle el biberón y de charlar un rato con mi hija, de abrazarla fuerte y contarle un cuento de unicornios mágicos hasta que ha caído rendida, me voy a la ducha. Acciono el grifo mientras me quito la ropa, que tiro al suelo sin ninguna contemplación. Me coloco debajo de la lluvia templada y dejo que el líquido me recorra entera, quizá con la esperanza de que la terapia del agua pueda llevarse todo lo malo del día de hoy.

Apoyo las manos en la pared blanca de gresite, levanto la cara hacia el techo y dejo que mis lágrimas se mezclen con el agua que cae directa sobre mi piel y empiezo a pensar en positivo. Lo que ha pasado hoy es otro obstáculo más que he superado. Me niego a dejar que mis pensamientos vaguen por el sendero de la desesperación y del «y si...».

Las lágrimas se vuelven de alegría, no de miedo o pena. Como dijo Nelson Mandela: «Valiente no es el que no tiene miedo sino el que lo conquista». He pasado miedo muchas veces a lo largo de mi vida, pero también he conseguido salir adelante, porque de todo se aprende y parece que el ser humano aprende mejor de los errores que cuando algo nos sale a pedir de boca.

Empiezo a enjabonarme la cabeza, dejando que el olor del champú de melocotón se impregne en mi cuero cabelludo y me transporte a algún campo frutal cuando, unas manos me recorren desde la cintura, subiendo por mi espalda y ocupando después el lugar que tenían mis manos sobre mi cabeza.

—Deja que yo lo haga. —Noto su cuerpo pegado al mío—. Están las dos dormidas, tenemos diez minutos antes de que se despierte la llorona.

Sigue masajeando con intensidad y yo me derrito bajo su contacto. Sus dedos bajan hacia mis cervicales y hombros, los cuales también atiende con mimo pero con cierta dureza exquisita, ante la cual tengo que cerrar los ojos y apoyar las manos en las baldosas si no quiero caerme y juntarme con el agua que se va por el desagüe.

—¿Fue por mis masajes por lo que te enamoraste de mí? —Sus dedos siguen ejerciendo presión, ahora un poco más, en los omoplatos.

—En realidad fue por tus besos. Me torturaste durante días hasta que me hice adicta a ellos. —Creo que mi tono no sería válido para mantener una conversación con nadie más que no fuese Ezekiel.

No pierde la oportunidad de bajar una mano y frotar otras zonas de mi cuerpo mucho más sensibles que las cervicales. Mientras, con la otra mano, me coge de la barbilla y la gira para que nuestras lenguas empiecen lo que van a acabar nuestros labios.

Inclinada hacia la pared de la ducha, rodeada al completo por él, sus manos, su pecho, sus muslos, su cara y su erección, me penetra desde atrás, resbalando el uno en el otro. Dejo caer la cabeza sobre su hombro, él aprovecha para jugar con mis pechos con una mano, palpa y después tira de los pezones con exquisita dureza, mientras con la otra mano me coge del cuello y me mantiene donde quiere para morderme cual animal salvaje.

Al final, no dejamos de ser como un gato o un perro callejeros, un animal que aprende a sobrevivir con garras y dientes, que toma lo que necesita, que lucha por mantener lo que consigue, no regala su confianza a cualquiera y, cuando obtiene el cariño de alguien especial, se queda con él a muerte.

Está amaneciendo cuando me despierto por segunda vez a darle el biberón a la niña.

—Esta noche te has portado como una campeona, me has dejado dormir cinco horas... —Dios, desde el día que nació no he dormido tanto tiempo seguido porque, aunque Ezekiel también se ha despertado para darle algún biberón, yo me desvelo al escucharla quejarse y después suelo quedarme con él charlando entretanto ella come y después le cambia el pañal.

La visión de Ezekiel en contacto con un recién nacido envía señales encubiertas a mi cuerpo, después mi cerebro las interpreta como algo agradable y empieza a segregar alguna maldita hormona de la felicidad, enviando mensajes a mis órganos reproductivos para que se preparen para la creación y la gestación de un nuevo ser.

Pensaba que nunca más sentiría lo que se siente al tener un bebé pero, desde que esta diminuta personita ha llegado al mundo, soy lo más parecido a una

madre que ha tenido y no me importa en absoluto. Es imposible no querer a un ser tan bonito e indefenso.

—Hoy cumples veinte días y todavía no tienes nombre. —Le acaricio la pequeña barbilla con la yema del dedo para retirarle una gota de leche que le ha resbalado por la comisura de los labios, se ha quedado dormida tomando el biberón.

Los cristales se quejan por el miedo a la tormenta y el trueno que acaba de sonar haciéndolos temblar; ese ha caído cerca de aquí. La lluvia cae con intensidad, su sonido mezclado con el leve suspirar de Ezekiel mientras duerme y la respiración de la pequeña me sientan como un sedante, así que aprovecho que ella ha vuelto a coger un sueño profundo, o eso parece, y tras dejarla en su cunita, me acuesto un rato más. Tan solo son las seis, si puedo dormir dos horas más será todo un éxito.

* * *

Después de desayunar con mis chicas, lo primero que hago es contestar los mensajes que me han enviado de madrugada Cobo y X. El primero quiere que le explique lo ocurrido ayer a última hora de la tarde con el ya desaparecido Bellagio. Maldito hijo de puta, miro a Madison que está bajo la sombra de uno de los arcos que hay en la propiedad, echada sobre una toalla floreada y en bikini pero sin tomar el sol ya que tiene a la pequeña a su lado, y pienso en lo que podría haber pasado ayer si Catalina no llega a venir a avisarme de que Madi se había ido de repente, dejando a la niña con Dulce cuando íbamos a irnos al médico.

Y el segundo quiere saber qué nombre tiene que poner para la documentación de la pequeña. Ayer trajo los papeles de las chicas y de los niños, Sara y Guillermo, pero falta saber qué nombre va a tener la pequeña.

—Agnes, ¿vamos con mami? —le pregunto a la niña cuando la veo salir del salón buscando a alguien.

—¿Puedo ir con Sara y Guillermo a la piscina? —pregunta ella mientras nos acercamos a su preciosa madre.

—Claro que sí, ve a buscarlos, yo os espero aquí. —Después de la tormenta de la noche, el sol ha vuelto a calentar motores con fuerza.

—Bueno, vaaaleee... —Es su respuesta resignada —. Hola, mami. Voy a nadar.

Pero al ver la hamaca, se acerca a la tela colgante y se sube a ella con una facilidad pasmosa; aún recuerdo la primera vez que yo subí a una, aunque creo que lo correcto sería decir la primera vez que lo intenté.

Con Agnes ya acomodada, ojeando el cuento que acabo de leerle, me estiro al lado de mi reina de canela, no hay porción de su piel que no adore.

Si no la conociera tanto, dudaría sobre si se siente o no a gusto con los cambios que ha sufrido su vida desde que le conté todo y ella aceptó. Pero sé que es feliz, las dos lo son, no hay más que mirarlas un instante, recordar la ausencia de brillo en su mirada cuando la conocí y ver cómo esos dos luceros negros desprenden luz desde que estamos juntos. Ahora, con Bellagio desaparecido, no hay nada que temer. En cuanto las chicas estén listas para el siguiente paso, irán a la otra casa de acogida, en unos pocos meses más ya serán autosuficientes y nosotros podremos escoger qué futuro queremos vivir.

Me quito la camiseta y me quedo solo con el bañador tipo bermudas, me tumbo sobre la toalla a su lado y no tarda ni dos segundos en colocar su cabeza sobre mi pecho y acariciarme, distraída, el camino de vello que nace en mi pecho y baja hacia mi entrepierna.

—¿Cómo ha ido la clase? —pregunto. La clase de inglés con las chicas que no se salta ni un día, haya dormido o no, se encuentre bien o mal, Madison siempre está dispuesta y preparada para estar con las chicas, ayudarlas y asesorarlas en todo lo que esté a su alcance.

—Bien, como siempre. La verdad es que son muy aplicadas en todo, tienen muchas ganas de seguir este nuevo camino y, a excepción de Rosario, todas han evolucionado muchísimo.

—¿Michelle te comentó algo sobre la posibilidad de medicar a Rosario? — Le acaricio un mechón de pelo, enredándolo entre mis dedos y aspirando su aroma.

—Sí, estuvo hablando con las demás chicas, con Susan y conmigo para ver si nosotras habíamos notado algo extraño, pero la verdad es que solo se cierra en

banda en los temas referentes a la niña, por lo demás, parece que actúa con normalidad. Esta mañana ha dicho que el lunes volverá a las clases de costura. Dice que se aburre y que se encuentra perfectamente.

La pequeña empieza a quejarse, Madison se incorpora para poder cogerla en brazos y Agnes baja de un salto para venir a sentarse sobre mí.

—¿Vamos ya a la piscina, Ezekiel? —Abro los ojos de forma exagerada y la capturo entre mis brazos antes de hacerle cosquillas.

—¿Has dicho Ezekiel, no *Esekel*? —Madison, que ya tiene a la pequeña en brazos y le coloca el chupete para engañarla unos segundos antes de ir a prepararle la toma, nos observa y sonrío. Es la primera vez que Agnes pronuncia bien mi nombre, casi como si ya fuera adulta, y tengo que reconocer que me gustaba más que lo dijera mal, es la única que me ha llamado así de forma tan tierna y sincera, como solo un niño puede hacerlo.

—Ya sabes que soy mayor, ahora ella es la pequeña de la familia.

«¡*Uau!*». Es solo una palabra pero se me ha clavado a fuego en el corazón.

Familia.

Miro la estampa que tengo a frente a mí, siempre he crecido sin tener la sensación de pertenecer a una familia, básicamente porque nunca conocí a ningún otro familiar que no fuera mi madre, y ella no supo darme el calor de un hogar. Los chicos son como mis hermanos pero, al fin y al cabo, cada uno escogerá un camino y formarán su propia familia, aunque jamás dejemos de tener contacto entre nosotros.

Pero ella, Madison, me da esperanza de más y mejor, de una vida tranquila, sencilla, de una vida amándola y recibiendo su amor. Veo su sonrisa fresca mientras le habla a la pequeña que tiene en brazos y mi cuerpo se remueve por dentro. Quiero tener algo que no he tenido jamás y quiero tenerlo con ellas. Porque Agnes, esta pequeñaja que se retuerce de la risa sobre mis costillas, esta niña que se ha metido bajo mi piel, tan profundo como su propia madre, es la que ha despertado en mí el sentimiento tan fuerte y profundo que un padre puede tener. La necesidad de protegerla, cuidarla, ayudarla, enseñarla a valerse por sí misma, a enfrentarse a la vida sabiéndose querida y valorada para que nunca nadie pueda decirle hasta dónde puede llegar, todo esto hace que me plantee algo

que no me había planteado jamás. Y sé que ese es mi destino. Ahora solo espero que me diga que sí.

Arranco una de las cientos de pequeñas margaritas que hay por todo el prado, dejándole el tallo bastante largo, y me levanto con Agnes en brazos, le doy un beso en la frente y me acerco a Madison para pasarle un brazo sobre los hombros, ella no tarda en levantar su preciosa cara y ofrecerme sus sensuales labios para darme un beso, y yo, como el hombre enamorado que soy, caigo como una pluma de plomo, directo, delicado pero contundente sobre ellos, para sellar una vez más nuestro amor.

—Ezekiel, ¿cuánto quieres a mami? —Con su pequeña mano me acaricia la mejilla para llamar mi atención, con el otro brazo mantiene a su madre cerca de nosotros, quedando los tres unidos.

—Es incontable —respondo en un susurro, perdido en la mirada de amor que ella me regala.

—¿Incontable? —pregunta la niña, extrañada

—Sí, igual que el otro día cuando llovía y me pediste que contáramos juntos las gotas que iban cayendo, ¿recuerdas que no las podíamos contar? Pues pasa lo mismo con el amor.

Cojo la mano libre de Madi para acariciarle los nudillos. Agnes, que no entiende por qué nos miramos tanto, pide que la deje en el suelo, pero se queda a nuestro lado, esperando que pase algo.

Mientras ella me mantiene cautivo de su mirada, mis dedos no dejan de moverse, enrollando y anudando.

—¿Sabes que hoy te has levantado jodidamente preciosa? —Cojo su mano izquierda con fuerza. Ella me reprende por la palabrota que acabo de decir delante de la niña, la cual se ha tapado la boca para evitar una carcajada.

Me agacho para quedar a la altura de Agnes y así poder preguntarle eso tan importante que quiero decirle a su madre. Le susurro al oído lo que pienso preguntarle y ella, después de mostrarme la sonrisa más franca y feliz, asiente de forma efusiva.

Hinco la rodilla en el suelo y miro a esta mujer que me ha robado, descaradamente, el corazón.

—Madison, ya tengo el permiso de tu hija así que..., ¿quieres casarte conmigo? —Muy despacio deslizo el improvisado anillo que acabo de hacerle con la pequeña margarita.

Ella, que parece no entender lo que está pasando, acuna a la bebé para que no llore y vuelve a mirar a Agnes y después a mí. Yo miro a Agnes, que me sonrío y levanta sus cejas y hombros esperando a que su madre conteste.

—¿Ezequiel puede ser mi papi, mami? —Acaba de estallarme el corazón en mil pedazos. No de dolor. De amor, algo que no había tenido jamás y que ya no sabría vivir sin sentirlo.

Ella se mira la mano, la pequeña flor colocada en su dedo anular, y las lágrimas empiezan a deslizarse por sus preciosas mejillas. Asiente, despacio, con cautela, lentamente, para después ir aumentando la intensidad y la velocidad. Sin dejar de mirarme, contesta la pregunta que acaba de hacerle su hija.

—Sí, mariposita, Ezequiel va a ser tu papi.

Las piernas me flaquean, aunque cueste creerlo al ver los músculos que tengo, me pongo en pie, me llevo su mano hacia los labios y le beso cada uno de los nudillos de la mano.

El romántico momento se detiene cuando Madi desvía la mirada y yo la sigo, Rosario está en la puerta de la casa observando nuestro momento de confesión. Tras unos segundos, agacha la cabeza y vuelve dentro.

—¿Has visto eso? Estaba sonriendo — le pregunto por si ha sido imaginación mía.

—Nunca la había visto sonreír. Y aunque hayan sido tan solo unos segundos, me alegra que se haya sentido feliz y nos lo haya mostrado.

—¡Venga, daos un beso! —La voz de Agnes nos saca de nuestra alucinación.

Coloco mi mano en su nuca y la acerco a mí, rezando porque mi piel no sea capaz de interponerse en el contacto que estamos creando, quiero que mi alma toque la suya, hacerlo de una forma tan pura que nada terrenal pueda ensuciar este momento.

—Te amo, nena. Te amo jodidamente mucho.

Ella no me reprende esta vez, recorre los últimos centímetros hasta que nuestros labios se tocan. Y me deshace con su calor.

—Voy a entrar a preparar el biberón de la niña, ¿te quedas con ellas un momento? —pregunta mientras nuestros labios siguen rozándose.

—No pienso moverme de aquí —sentencio.

—Yo voy contigo, mami, y así me enseñas a preparar el *bibi* de la peque.

Las dos juntas desaparecen de mi vista en cuanto entran en la casa. Por la misma puerta, dos segundos más tarde aparece Romeo, que al verme viene hacia mí.

—¿Cómo ha pasado la noche? —pregunta refiriéndose a Madi pero acariciando a la pequeña entretanto esta se refriega el pequeño puño por la boca, cuando tiene hambre es una loba.

—Bien, bien. Ahora que sabe que ese maldito hijo de puta no va a volver, ya no tiene ningún sentido seguir temiendo.

—Esto se acaba, ¿no? —Coloca su mano en mi hombro y sonrío, creo que es la primera vez que lo hace de forma natural y no intentando ligar con alguien.

—Ya veremos lo que nos depara el futuro. Por ahora quiero pedirte algo..., ya sé que eres mi hermano pero, ¿quieres ser mi padrino? —Engurruñe la nariz y el ceño sin dar crédito a lo que acabo de pedirle.

—¿No estás bautizado?

—¡Deja de ser tan imbécil! —Justo cuando voy a darle la explicación para lo que acabo de pedirle, me corta y no me deja hablar.

—¿De qué película te has sacado eso de hacerle un anillo con una margarita? No sabía que eras tan romántico. —Sus carcajadas hacen que la pequeña empiece a llorar de nuevo—. ¡Enhorabuena, hermano! Es la que has estado esperando durante toda tu vida, no la dejes escapar.

Me da un abrazo intentando no aplastar a la niña entre nuestros cuerpos, sé que se alegra de verdad.

—Os he visto por la ventana, cuando has hincado la rodilla en el suelo no he podido evitar llamar a todos los demás. Incluso Kenny se ha levantado del sofá solo para veros.

«¡Vamos, no me jodas!».

—¡Eres un puto bocazas! Si llegáis a interrumpir el momento te habría cortado la lengua. Mamón.

—Bueno, ahora que ya te he felicitado, te dejo. Bajo a la ciudad con las chicas, quieren ir de compras y vamos al *outlet* de Lekins.

—¿Vas tú solo con ellas? —Ya tienen su documentación en regla y pueden salir de casa sin problemas.

—David también viene. Kenny se va con Susan a no sé dónde, él dice que no está encoñadísimo con ella, ya sabes cómo es —Sí, todos sabemos como es Kenny.

—¿Qué sabemos de Jeff?

—Ya ha accedido a su ordenador. Otro senador corrupto que va a facilitar la integración de todas estas mujeres.

Madison vuelve con la comida de la pequeña, se queda con ella y yo me voy con Agnes, Guillermo y Sara a la piscina, mientras sus madres salen, desconectan de la casa y se familiarizan con todo lo nuevo que las rodea.

Su despedida

Hemos estado casi todo el día solos. Ezekiel ha entretenido a los niños, primero en la piscina y después enseñándolos a jugar a béisbol. Sara, con tan solo dos años, ha sido la primera en cansarse y venir conmigo mientras yo estaba con la bebé.

—No *tene* nombre —balbucea. Miro sus pequeñas manitas con las uñas pintadas. Antes del béisbol todos nos hemos pintado las uñas, incluso Ezekiel, a quien se las ha pintado Agnes.

—Todavía no lo tiene, pero lo tendrá.

Asiente y de un salto se baja del sofá para ir a jugar con las tizas de colores y la pizarra.

Cuando Ezekiel aparece para hacer la cena, le pido que se quede un momento con la niña mientras yo voy al lavabo; Rosario lleva toda la tarde en su habitación y no quiero que vaya a sentirse forzada por tener a la niña cerca si no es su deseo. Cada día que pasa es un día perdido sin que la haya conocido, desde que la parió no ha vuelto a estar en la misma habitación que ella. Ezekiel y los niños se quedan en la zona del huerto, recogiendo algunas de las verduras que vamos a utilizar para hacer la cena.

Una vez dentro de la casa, recorro el pasillo hasta llegar al aseo, pero no hay ningún rollo de papel higiénico, así que, muy a mi pesar, voy hacia el otro cuarto de baño, el que está en la planta superior cerca de las habitaciones de las chicas. Al pasar por delante de la habitación de Rosario, la puerta está entreabierta y ella me llama al verme pasar.

—¿No estáis casados? —pregunta en un perfecto inglés cuando me acerco a la cama. Está claro que no lo ha aprendido en estas semanas que lleva aquí. Quiero aprovechar la ocasión de hablar con ella, hasta el momento nunca ha querido conversar conmigo.

—Vaya, no sabía que hablabas mi idioma tan bien. ¿Dónde lo aprendiste? — Ella sigue sentada en la cama y da un par de palmadas para que me siente a su lado.

—Eso no importa ahora. Creía que Ezekiel y tú... —Me mira fijamente, casi sin parpadear, y a mí empiezan a sudarme las manos. No me gustaría decir algo inapropiado y asustarla.

—No. Esta tarde me lo ha pedido.

—Es un buen hombre —me interrumpe—. Yo he conocido a otros hombres, ninguno me ha mirado jamás como él te mira a ti. ¿Por qué no te pidió matrimonio cuando te quedaste embarazada?

Me siento como si se acabara de abrir la tierra bajo mis pies. Dudo entre las opciones que estoy barajando para darle una respuesta. Pero antes de ser consciente de que lo estoy haciendo, abro la boca y, con mucho tacto le hablo de cómo me quedé embarazada. Le pregunto si puedo explicarle algo y ella hace un gesto con la mano indicándome que siga.

—Aquel hombre me violó. Había sido la pareja de mi madre durante años, nunca lo creí capaz de algo así, pero un mes después de morir ella, me forzó. Agnes fue el resultado de esa agresión. No fui capaz de salir de casa en semanas, estaba muerta de miedo y caí en una depresión. Pero cuando Agnes nació fue como si ella viniera a salvarme a mí, ¿entiendes? Ella me hizo abrir los ojos, me dio la fuerza que necesitaba para levantarme. Después de haber pasado unos meses rozando la muerte con los dedos, estuve a punto de acabar con mi vida en un par de ocasiones, ella me transportó con sus alas a otro lugar y desde aquel momento me dejé guiar por mi instinto y por su amor.

Me doy cuenta de que estoy llorando cuando ella deja de mirarse las manos y se vuelve hacia mí.

—¿Por eso la llamas mariposa?

Vaya, ¿conoce el significado espiritual de las mariposas?

—Sí. Ella, que se formó del dolor, de la repulsión, se gestó en mi vientre y nació cambiándolo todo, se llevó todo lo malo y me trajo lo mejor de la vida. Por eso siempre te he dicho que si quisieras verla... —Baja la mirada y niega con la cabeza.

—No. No es lo mismo. Yo no siento nada. No es posible.

No soy capaz de retener las lágrimas, la pena que siento al ver la cara de esta pobre chica, ¿quién es tan salvaje como para quemarle media cara y hacer con ella lo que sea que hayan hecho, tanto daño y tanto dolor, como para que no sea capaz ni de mirar a su propia hija?

—Rosario, deberíamos ponerle un nombre..., ¿cómo te gustaría que se llamara?

Niega con la cabeza, no está dispuesta a seguir hablando del tema. Yo no puedo hacer más que apoyarla en lo que decida y respetar su deseo, es su decisión.

—No debes llorar. Eres afortunada por tener a tu familia.

La observo pero ella mantiene la mirada hacia un punto fijo en la pared. El momento que acabamos de compartir se ha acabado, ha vuelto a cerrarse en banda. Antes de levantarme de la cama intento cogerle una mano pero ella se echa hacia atrás en un acto reflejo.

Con la mano colgando en el aire me levanto y salgo de su habitación intentando controlar mis sentimientos. Explicarle a ella todo lo que me ocurrió ha hecho que vuelvan a aflorar todas esas emociones vividas entonces, y con lo del secuestro exprés de ayer, aunque tan solo fueran unas horas y no llegara a pasarnos nada realmente grave ni a Debby ni a mí, llega un momento que el cuerpo dice «hasta aquí» y explota de alguna manera.

Para cuando me recompongo en el lavabo y llego a la cocina ya han llegado todos después de un día de compras. Las chicas sonríen y charlan animadamente; Dulce y Catalina están enseñándoles a sus hijos las prendas de ropa y un par de juguetes que les han traído, los pequeños están muy contentos.

En ese momento me empapo de todas las sensaciones y sentimientos que hay ahora mismo en esta estancia. La novedad de poder hacer una simple compra sin que nadie te lastime, poder comprarte tu ropa, algo que te apetezca, aunque solo sea una naranja, la posibilidad de poder hacerlo sabiendo que nadie te va a juzgar por cómo vas vestida ni por lo que decidas comprar.

Ellas ahora se sienten así, felices, risueñas, esperanzadas, están descubriendo y explorando una libertad que jamás habían tenido. Cuando llegaron tenían miedo constantemente, recuerdo cuando a Esperanza se le cayó un plato a los pocos días de estar aquí, su cara de terror y la manera de cubrirse pensando que

iba a recibir algún castigo y, aunque todavía queda mucho trabajo por hacer, Elena las ha ayudado en esta primera etapa pero, cuando vayan a la otra casa de acogida, allí también tendrán a profesionales que las acompañarán para que puedan ser libres de cuerpo y mente, porque si no existen cadenas físicas pero tu espíritu permanece encerrado, el cautiverio es igual de efectivo que si tu opresor te tuviera cogida por el cuello.

Romeo entra en casa con Lilly, me alegra que las cosas entre los dos vayan bien. Ella también se merece tener a alguien que la quiera y la respete, y parece que el ligón de Romeo ha encontrado la horma de su zapato, bebe los vientos por ella, no hay más que mirarlos.

—Ezekiel me ha pedido que te diga que va preparando el baño de las niñas —me dice Romeo después de darme un beso en la mejilla.

—Genial, ahora voy para allí a preparar la cena. —Para que Rosario no tenga que ver o escuchar a la niña, desde que ella nació, hacemos todas las comidas en la casita, así ella puede desplazarse por la casa sin temor a encontrársela.

Una vez las niñas están bañadas y han cenado, Ezekiel acompaña a Agnes para contarle un cuento, Thor va tras ellos, como es costumbre desde el primer día que se conocieron, y yo aprovecho para meter a la pequeña en su cuna, con un poco de suerte dormiré unas cuantas horas seguidas y podré doblar la ropa limpia que ha recogido antes Ezekiel. No me da tiempo a hacer nada con esta cosita bonita y morena.

Cuando nos quedamos los dos a solas aprovecho para explicarle la conversación que he tenido antes con Rosario.

—¿Habla inglés? —pregunta sorprendido.

—Perfectamente. Lo tuvo que aprender en su país antes de venir aquí.

Asiente y se queda pensativo.

—Bueno, esa parte que ya tiene hecha, el idioma es muy importante, cuanto mejor lo hable más fácil le será centrarse en otros aspectos.

—A Elena le gustaría que la visitara otra colega suya. La doctora le recetó unas pastillas pero Dulce asegura que no se las está tomando, la ha pillado tirándolas en varias ocasiones. Y tampoco la puede forzar a tomárselas. Cree que quizá, con otra persona, pueda abrirse y empezar a tratar todos los traumas que

arrastra. Y teme que después del parto se junte una cosa con otra y acabe con una depresión postparto.

—Las demás han reaccionado bien con ella, es una buena profesional, lleva ayudándonos muchos años y nunca ha tenido mayor problema con las mujeres, y no será porque las anteriores no tuvieran sus cargas y sus traumas. Quizá tenga razón y necesite otro tipo de terapia. Solo hay que ver cómo han evolucionado las demás chicas y Guillermo, no ha vuelto a tener episodios violentos.

—Al estar en un ambiente sano y feliz ha cambiado el chip por completo y reacciona de forma natural, como cualquier niño de su edad.

Enreda su mano con la mía, sé lo que está buscando, la margarita que me ha puesto antes en el dedo cuando me ha pedido matrimonio.

—Está en mi mesilla de noche. No es un anillo muy resistente que digamos así que he tenido que quitármelo.

Entrelaza sus dedos con los míos, sujetando mi mano en la suya mientras me acaricia y recorre con las yemas de los dedos la piel de mi mano y antebrazo.

—Tranquila, tendrás un anillo en condiciones. No he podido esperarme, y la pobre flor era lo único que tenía a mano. —Tira de mí hasta que me tiene donde quiere, sentada en su regazo, con el vestido enrollado en los muslos entretanto los acaricia con algo más de firmeza.

No puedo evitar pasar los brazos por sus hombros desnudos y juntar las manos detrás de su cuello para así atraerlo hacia mí y besarlo.

—Y todo esto porque a tu perro le llamaron la atención unas bengalas — suspiro en sus labios entreabiertos.

—En realidad le di la orden de ir a por ti para que rompiera el hielo, si llego a acercarme yo primero, seguro que me habrías tirado *spray* de pimienta o algo peor. —Juguetea con su nariz en mi cuello, subiendo hacia mi oreja, la cual se entretiene en morder y tirar del lóbulo, consiguiendo que ese tirón emita oleadas de delicioso placer en el centro de mi vientre—. Un mes, mi reina, un mes y nos iremos de aquí para empezar donde tú quieras. ¿Qué te gustaría hacer?

—Me gustaría ayudar.

—Pues eso haremos. —Sus labios resiguen mi mandíbula hasta que su lengua se encuentra con la mía y explota la pasión que estaba hirviendo a fuego lento dentro de nuestros cuerpos.

* * *

No sé qué hora es cuando unos golpes aporrear la puerta y mi teléfono, que vibra en la mesilla, me despiertan enredado en el cuerpo de mi Madison. Le doy un beso en el hombro desnudo y la dejo dormir un poco más, aunque estoy seguro de que ya se ha enterado de todo el escándalo. ¿Qué habrá pasado?

En la pantalla del teléfono aparece el nombre de David, seguro que es él quien está en la puerta. Me pongo unos pantalones cortos y salgo de la habitación en penumbra, en dirección al comedor y la puerta que, de tanto golpe, parece que vaya a ceder y derrumbarse en cualquier momento.

Lo que me encuentro cuando abro no presagia nada bueno.

—David, ¿qué pasa? —pregunto temiéndome lo peor.

—Es Rosario. ¡Me cago en la puta! Se ha..., se ha suicidado.

Está destrozado, sus ojos anegados de lágrimas y los tirones que se está dando en el pelo, hacen que despierte de golpe y la realidad del momento caiga como un mazazo sobre nosotros.

—¿Dónde está? —Salgo, cerrando la puerta tras de mí, camino descalzo en dirección a la casa.

—En el abeto que hay al final del sendero. Susan ha pasado toda la noche con ella, pero cuando se ha despertado ya no estaba en su cama. Ha pensado que habría ido al lavabo y se ha quedado en la cama esperando que volviera. Cuando se ha dado cuenta de que tardaba demasiado, ha salido a buscarla. Kenny ha sido el que la ha encontrado. Las demás acaban de enterarse.

Cuando entramos en el salón están las otras cuatro mujeres, llorando y cogidas de la mano entre sí, rezando.

—Dame una camiseta y unas botas —le pido a David.

Una vez vestido y calzado recorro los escasos trescientos metros de sendero entre la arboleda. El sol empieza a salir y todo está en una fúnebre calma, parece que el mismo cielo sabe lo que ha pasado y no quiere iluminar este día.

Kenny está allí, con Susan que no para de llorar en sus brazos. El cuerpo ya está tapado con una sábana.

—¿Cómo ha sido? —Acaricio la espalda de Susan, está en estado de *shock*.

Kenny hace una señal enseñándome las muñecas.

—Pobre criatura... ¡Joder! —Doy un puñetazo al longevo tronco del árbol—. Llévatela de aquí. —Le pido a Kenny para que Susan pueda descansar y tranquilizarse.

—Ya he llamado a X y a Michelle para que venga con el forense.

Asiento, no soy capaz de emitir una sola palabra sin gritar por la impotencia que siento por haberla perdido. Nadie lo ha visto venir.

Antes de irse, Susan me entrega un papel doblado.

—Toma, va dirigida a ti y a Madison, estaba sobre su almohada. Está en inglés —aclara y se va, cogida de la cintura de Kenny.

Mi verdadero nombre es Rosalía. Nací y me crié al sur de donde me encontró Charly, ella era la única que lo sabía, aunque lo que os voy a explicar ahora no lo sabe nadie más.

Mi padre era la mano derecha de un capo. Le iba muy bien cuando conoció a mi madre y se casó con ella. Después nací yo, en el seno de una familia muy bien acomodada, no faltaba de nada, incluso iba a un colegio internacional, en el cual adquirí mi nivel de inglés.

Con catorce años, me enamoré de un chico de mi barrio, tenía una buena familia, una buena casa, mis padres no podrían rechazarlo cuando me decidiera a presentárselo. Pero lo hicieron. Por lo visto, mi padre tenía la extraña esperanza de que yo me casara con el hijo de su jefe. Después de una paliza me dijo que me casaría con él aunque fuese lo último que hiciera en esta vida.

Así que hice ver que aceptaba el compromiso y me comporté hasta que logré reunir algo de dinero para poder escaparme con Marco. No habíamos salido de la ciudad cuando dos todoterreno negros le cortaron el paso al autobús en el que íbamos y nos bajaron a la fuerza. A él lo montaron en un coche, a mí en otro.

Me llevaron a casa del jefe de mi padre. Él también estaba allí, junto con mi prometido y su padre. Cuando mi novio, que por aquel entonces tenía veinte años, se cansó de darme golpes, cosa que yo creía que era lo peor que podía pasarme, me susurró al oído que mi pesadilla todavía no había comenzado, que si no quería ser su esposa no sería la esposa de nadie. Fue entonces cuando me quemó la cara con ácido.

Después me llevaron a una pequeña aldea en la que estuve cautiva durante meses, allí pasé cuatro años hasta que escuché a una mujer hablar sobre las casas francas donde ayudaban a las mujeres. Conseguí escapar y Charly me encontró antes que el demonio con el que estaba viviendo.

Madison: he visto cómo quieres a tu hija. Te agradezco que me explicaras lo que te ocurrió. Me sirve para irme más tranquila. No quiero seguir aquí. En este mundo, todos mis recuerdos son horribles. Y me culpo por no ser capaz de amarla y cuidarla.

Así que os pido, a ti y a Ezekiel, que cuidéis de ella como si fuera vuestra hija. Sé que no podrá estar en mejores manos que en las vuestras.

A Susan: no te sientas mal por no haberte dado cuenta de que me iba. Esa fue siempre mi intención.

A Renata: gracias por cuidar de mí como no lo hizo ni mi propia madre.

A Ezekiel, David, Kenny, Romeo..., a todos, gracias por salvarnos de morir allí. Gracias por traernos a este país que, aunque no sea perfecto, vosotros haréis lo posible porque sea la mejor opción, no abandonándolas a su suerte.

De esto que voy a hacer toda responsabilidad es mía.

Cuando era pequeña me encantaba mirar las nubes y descubrir alguna forma en ellas. Siempre me han llamado la atención, más que las estrellas y que la Luna. En sueños saltaba de una a otra, como si fuera una bola enorme de suave algodón.

Por eso me gustaría que llamarais a mi..., a vuestra hija, Nube.

Gracias.

Rosalía.

Han pasado tres días desde que nos despedimos para siempre de Rosalía. Fue una ceremonia muy sencilla y familiar.

Elena ha estado en todo momento, las veinticuatro horas del día en la casa, acompañándonos a todos. Dulce y Catalina se han refugiado más en sus respectivos hijos, aunque hemos hecho piña entre todos para superar este revés.

La casa estuvo en un silencio casi absoluto, solo lo rompían las risas y juegos de los niños que, como tal, no han sido conscientes de lo ocurrido.

Como las chicas dominan muy bien el tema de la costura con la máquina, hoy retoman ya las clases de inglés, Madison es una excelente maestra. En estas tres semanas que les queda por pasar aquí, antes de ir hacia la casa de acogida del estado de Nueva York, progresarán mucho. No me cabe duda que, en pocos meses más, estarán del todo adaptadas y reinsertadas.

Guillermo ya tiene plaza en una escuela de la zona y Sara, la cual de cada cuatro palabras ya dice tres en inglés, se quedará en la guardería comunal de la casa de acogida. Dos de las responsables de esa casa vinieron al funeral de Rosalía y ya han podido conocer a las chicas y a los niños. Les dijeron que el cliente para el cual cosen las prendas está muy contento con su trabajo y eso

sirvió para motivarlas, algo a lo que tendrán que ir acostumbrándose, son válidas para muchas cosas, ahora solo se trata de que vayan descubriendo qué es lo que más les gusta y se formen para ello, son jóvenes y tienen toda la vida por delante.

Han sido unos años muy intensos, jugándonos la vida, siempre al límite, haciendo de Robin Hood en estas calles podridas para que, aquellos que más riqueza tienen, acostumbrados a delinquir a sus anchas, pagaran por sus delitos y así destinar ese dinero en ayudar a otros.

No me arrepiento de nada de lo que he hecho. Hemos ayudado a más de setenta personas. Por desgracia, hemos perdido algunas por el camino, entre ellas a mi hermana, sin ella nada de esto habría comenzado ni hubiera sido posible.

Ahora tengo que mirar hacia el futuro, sacaré a Madison y a las niñas de aquí y nos iremos a un lugar tranquilo, donde podamos trabajar y vivir sin tener que vigilar nuestra espalda. Un lugar donde las niñas puedan crecer sin miedo a ir por la calle, un lugar donde nadie nos conozca y nadie pregunte.

Somos una familia

Setiembre ha llegado y con él, el día en el que las chicas y sus hijos emprenden un nuevo pero corto viaje. Antes de eso, vamos a celebrar la adopción de la pequeña Nube, la adopción de Agnes por parte de Ezekiel y nuestra boda.

La tristeza por el final que Rosalía escogió para sí misma se agarró fuerte a nuestro pecho durante días, después, poco a poco, entendimos que era un alma muy atormentada y no nos queda otra que aceptar su decisión y cumplir con nuestra parte: cuidar a la niña como si fuera nuestra, algo que no va a ser complicado en absoluto.

Apenas hace tres semanas que Ezekiel me pidió matrimonio, Alyssa se puso como loca cuando se lo contamos, desde ese día, no ha parado de buscar el vestido adecuado, las flores perfectas, la tarta que no se derrita por culpa del inagotable calor que todavía hace. Pero a mí, lo único que me importa es que, después de tantos años luchando, sufriendo y protegiéndome siempre con la coraza, por fin, ha llegado mi momento para ser feliz.

Tengo al lado a una persona que me respeta, me ama y me ayuda a superarme a diario. Con él, todo es fácil, a pesar de todas las dificultades por las que hemos pasado en estos meses y por otras que tendremos en el futuro, es lo que tiene la vida. Pero, pese a todas esas circunstancias que no podemos controlar, sé que él es esa persona que mi madre vaticinaba para mí, estoy segura de que si ella estuviera aquí, le daría el visto bueno, porque vería que estamos hechos el uno para el otro.

El tema burocrático ya está hecho, los papeles legalmente firmados y, ante la ley, ya estamos casados. Ahora solo falta que lo celebremos con nuestros amigos, los cuales se han convertido en una familia y eso, cuando has pasado gran parte de tu vida sin pertenecer a ninguna unión familiar; un seno acogedor que te mime, te cuide, te proteja y te ayude ante las adversidades; esas personas a las cuales has escogido tú por propia voluntad; esos amigos que han estado en

los momentos más difíciles de tu existencia, los que escuchan y te dicen lo que no quieres oír porque saben que es lo mejor que pueden hacer por ti; esos, son los que forman nuestra familia.

Desde que conocí a Ezekiel, empecé a formar parte de su núcleo, con sus hermanos, como se llaman ellos entre ellos. Después, llegaron ellos: las chicas y sus hijos, Sara y Guillermo, que en dos meses se han vuelto personas muy importantes para nosotros. Sé que su vida no ha sido nada fácil pero también estoy convencida de que, dentro de un tiempo, habrán encontrado su lugar y su camino, el que ellas elijan libremente, no el que nadie les imponga.

Unos golpes en la puerta me sacan de las reflexiones que estoy teniendo conmigo misma mientras me coloco bien los pechos dentro del escote palabra de honor.

Podría decir que mi vestido de novia es sencillo, pero de que eso no fuese así se ha encargado Alyssa. Yo quería llevar un bonito, sencillo y barato vestido de gasa, en un tono rosa palo muy suave, pero, en cuanto se lo enseñé, ella colocó las manos en su cintura en plan botijo, frunció el ceño y arrugó los labios, negando con la cabeza moviéndola de lado a lado.

—Adelante —aviso a quien quiera que sea que quiere entrar en mi habitación.

Son Susan y Renata.

—Ya estoy lista. —Me miro por última vez en el espejo y me doy la vuelta.

—Nada de perlas —recuerda Susan. Según ellas las perlas significan lágrimas y se han preocupado muy mucho de que no llevara ni una. Así que Alyssa se ha encargado de que Ezekiel me regalara unos pequeños diamantes que ahora brillan en mis orejas.

Renata mantiene las manos detrás de su cuerpo donde no puedo verlas, cuando las muestra veo que sostienen un bonito buqué de rosas en distintos tonos.

—¿Otro ramo? —Creía que mi ramo de novia era el que me ha traído hace unos minutos Romeo, él será mi padrino y me acompañará hasta el improvisado altar que han preparado debajo del sauce llorón que hay en la zona este de la casa. A esta hora la iluminación, gracias al ángulo del sol, es la mejor, según el fotógrafo, que no es otro que Jeff.

—Este es para que se lo entregues a la virgen de Guadalupe. En nuestro país es importante hacerlo, aunque tú no te cases por la iglesia, hemos pensado que te traerá buena suerte dejarle el ramo a la imagen de la virgen que pusimos en el salón.

Es cierto, en un pequeño rincón colocaron una imagen de su virgen, que es la misma que Ezekiel lleva tatuada en su piel y, junto a ella, siempre hay alguna vela para iluminarla.

Me acerco a ellas arrastrando la parte trasera del vestido y nos fundimos en un abrazo. Todas se han vuelto como hermanas para mí. Con Catalina quizá es con la que más me ha costado pero poco a poco las sesiones con Elena van dando sus frutos y ella ha sido capaz de ir abriéndose a las demás.

—Me encanta, es precioso. —Me lo acerco a la nariz para inspirar el fresco aroma que desprenden—. Y, ¡qué olor!

Susan me retoca el semirrecogido, comprobando que cada mechón de pelo esté donde ella se ha encargado de colocarlo. En ese momento, la puerta se abre como una tromba y entran Aly, Sara y mi pequeña mariposita, Agnes.

Las dos niñas van vestidas igual, con un vestido con falda de tul, mucho tul, de color blanco y una corona de flores silvestres les adornan la cabeza.

—Pero, ¿cómo podéis ser tan bonitas? —pregunto cuando se acercan las dos a mí.

—Eh, eh, niñas. Acordaos qué hemos dicho sobre tocar el vestido de novia. —Mi querida Alyssa ha sacado a pasear su faceta más estricta.

—Romeo ya está esperando que salgas —me informa Agnes susurrando bajito, como si fuera un secreto entre ella y yo.

La cojo de la mano y Renata se encarga de darle el cesto con los pétalos de rosa. Ella lo llevará y Guillermo y Sara la ayudarán a tirarlos por los aires.

Por la puerta entreabierta, se escucha la voz rotunda de un hombre impaciente.

—Madi, preciosa, si se cansa de esperar tendrás que casarte conmigo, ahora mismo soy el que más guapo va después del novio... —Romeo y sus inagotables bromas.

—A ver qué le dices a Lilly cuando te reúnas con ella abajo. —Aly se está poniendo de los nervios y va a conseguir que yo misma dé un grito, histérica

perdida.

—Aly, por favor, déjalo, ya sabes cómo es. —En estas semanas previas a la boda, Aly quiso contactar con el mejor amigo de Ezekiel y, sin duda alguna, ese es Romeo. Aunque todos podrían aportarle información de primera mano, Romeo es el más cercano.

La puerta se abre y ahí está el guapísimo padrino que tengo la suerte de tener como a un hermano, siento los ojos de todos puestos en mí y es algo que me desconcierta, no me ha gustado nunca ser el centro de atención.

Después de repasarme con descaro de arriba abajo y de guiñarme un ojo, me ofrece su brazo para acompañarme hasta el brazo del que se va a convertir en mi marido.

—Nena, cuando te vea le va a costar la vida no cargarte sobre el hombro y echar a correr para arrancarte el vestido.

Con mucha calma, coloco mi mano sobre su antebrazo, entrecierro los ojos para mirarlo y, cuando consigo que él me mire sin pestañear, le doy un pellizco bien fuerte.

—¡Au! —se queja exagerando.

—Si vuelves a decir otra tontería más, haré que Lilly te tenga un mes a pan y agua. ¿Me has entendido?

—Bruja —espeta, volviendo la cara al frente y sonriendo de medio lado.

—Yo también te quiero.

* * *

Por fin llega Aly, se coloca a mi lado y me sonrío satisfecha. Ella ya está llegando, puedo escuchar las risas de las niñas.

Miro a mi familia, están sentados contemplando el que va a ser uno de los momentos más felices de mi vida, y no porque vaya a unirme a ella delante de un juez de paz. No nos hace falta un papel para saber que nos amamos y respetamos, es porque dentro de todo el mundo de ilegalidades en el que estamos acostumbrados a vivir, esto queremos hacerlo bien, por respeto a su difunta madre y por el respeto que le tengo al amor que siento por Madison y ella por mí.

Si vamos a empezar una nueva vida no quiero que esta empiece siendo falsa y reprochable, porque lucharé contra todo lo que se interponga en la pureza de lo que sentimos y lo que formamos juntos.

Y ahí está, tengo que tragar saliva dos veces para poder abrir la boca y saludarla. En cuanto están a dos metros de mí, el cabrón de Romeo se deshace de su mano y le rodea la cintura que tan bien entalla el vestido de novia.

Lleva un corsé blanco, sin tirantes y con encaje, que se ciñe a la perfección a sus preciosas curvas, por no hablar de lo fascinante que es el contraste que forman su piel y el tono del vestido. La falda del vestido es toda de tul, capas y capas de tul blanco colocadas a diferentes alturas. Por delante, le llega un par de dedos por encima de las rodillas y se hace cada vez más largo hasta arrastrar por el suelo en la parte de atrás.

Está radiante, verla es como si tuviera delante al mismísimo sol pero sin cegarme al contemplarla. Su luz es limpia, pura, cálida, y estoy deseando arrancarle el vestido y perderme en su calidez. Sí, puede sonar rudo que en un momento tan emotivo como este piense en tener sexo pero es que lo que siento por ella es incalculable, una atracción y fascinación tan fuerte que ya no puedo sacarla de mi ser.

Al cogerla de la mano y acercarla a mí para ser yo quien rodee su cintura con el brazo, puedo inspirar el suave aroma que desprende su cuello.

Miro a Romeo y, a pesar de sus intentos por cabrearme, le sonrío y nos damos la mano.

—Gracias por traerla, hermano. —Con movimiento rápido de cabeza y un encogimiento de hombros lo tenemos todo dicho.

—Ha sido un placer. —Él siempre fiel a su estilo, el muy cabrón.

Los invitados aplauden cuando la tomo entre mis brazos y repaso la curva de su cuello y su mandíbula rozándola con la nariz. Ella aprieta el agarre de sus manos en mis bíceps, clavándome las uñas de forma leve pero constante. Coloco una mano en su cintura y la otra en su nuca y hago que se incline hacia atrás, formando un arco con su espalda mientras mi cuerpo se amolda al suyo. Los gritos de jaleo siguen cuando, por fin, le doy un beso en los labios, casi un roce, algo ligero, pero dejando escapar cada gramo de amor que hay en mi interior.

—Espero que esto tan bonito que llevas puesto tenga una cremallera en algún sitio, porque no creo que sea capaz de deshacer todas esas cintas que lo mantienen cerrado.

Tiembla de forma deliciosa al escucharme. Por una apuesta absurda que hemos querido cumplir ambos, llevamos una semana sin hacerlo y..., ¡joder! esto ha sido la condena más dura que he tenido que superar. Aunque sé que ella también está que se sube por las paredes.

—Puedes deshacerlas pasando un dedo, solo tienes que tener un minuto más de paciencia —contesta ella como si no le afectara en absoluto—. Tú también estás muy guapo. Y deja de mostrarme esa sonrisa que sería capaz de desintegrar unas bragas, ya no digamos un tanga.

Y con ese final de frase consigue dejarme mudo y estupefacto. «¡Dios, cómo la amo!».

La ceremonia en sí pasa rápida, hemos estado todo el rato acariciándonos las manos y mirándonos embelesados en uno al otro.

Agnes, Guillermo y Sara se han sentado en un tronco caído colocado ahí para la ocasión, no dejan de mirarnos y cuchichear mientras sonríen tapándose la boca con una mano. La pequeña Nube sigue durmiendo en los brazos de Dulce.

Cuando llega el momento, Romeo se acerca a nosotros para sacar del bolsillo interior de su chaqueta los anillos que vamos a colocarnos.

Y ahora le doy lo que todos están esperando: un beso que deja claro lo que siento por ella.

Vamos hacia la zona preparada para la celebración, todos han colaborado en los adornos y en la preparación de la comida. Los niños han atacado la mesa dulce conforme les hemos dado permiso, no sé cómo no se han comido todo durante la ceremonia. Los adultos cogemos nuestras copas para brindar entretanto vamos probando los distintos platos.

Está todo colocado de manera muy informal, con mesas altas en las que podemos estar de pie y charlando, moviéndonos de un sitio al otro para conversar con todos y hacernos muchas fotos. Madison ha estado haciendo un mini curso de *scrapbooking* con las chicas y dice que tiene un montón de ideas con las que confeccionar el álbum de fotos de la boda.

Para cuando llega el momento de cortar la tarta, Kenny está bastante tocado por el *whisky* y por la discusión que tuvo ayer con Susan, por lo visto él le pidió matrimonio pero ella le dio calabazas. En fin, así estarán siempre, como el gato y el ratón.

—Es la hora —susurro en su oído cuando finaliza la canción que estamos bailando—. ¿Estás lista?

Entrelaza sus dedos con los míos y se lleva mi mano hacia la boca, después, sin dejar de mirarme, besa la cicatriz que tengo en los nudillos.

—Pues vámonos.

Nos despedimos de todos, esta noche la pasaremos en un hotel rural muy especial. Está algo alejado de aquí pero no me importa, sé que a Madison le encantará la casa de árbol que será nuestra habitación.

—¿No vas a cambiarte de ropa? —pregunto al ver que no se ha quitado el vestido de novia. Llevo una mochila con algo de ropa para cambiarnos mañana pero pensaba que se pondría algo más cómodo para hacer el corto viaje hasta el Rancho Cooper.

—Este vestido tiene sorpresa.

Catalina y Esperanza se colocan detrás de ella y sus manos se pierden por las capas de tul blanco. En pocos segundos, su vestido deja de ser largo hasta los pies para medir lo mismo por delante y por detrás.

—¡Tachán! —exclama Madison sonriente a más no poder.

Rodeo su cintura con el brazo y la atraigo hacia mi cuerpo. Me vuelve loco.

Pongo en marcha el motor de la moto y después de ponerme el casco, coloco y ato el de mi querida mujer. No sé quién habrá sido pero, de uno de los embellecedores de inoxidable que hay sobre el guardabarros trasero cuelga una ristra de hilos y, al final de estos, hay atadas varias latas vacías. Sujeto con unas bridas, detrás del asiento de Madison hay un perro de peluche que sujeta un cartel, el cual indica que estamos recién casados. Si pensaba que me iba a librar de estas tonterías por no ir en coche es que no conozco lo suficiente el nivel de cabronería que tienen mis hermanos, porque esto ha sido cosa de ellos.

Antes de salir de la casa, una vez estamos los dos montados en la moto, Michelle nos llama para que nos volvamos, en ese momento Jeff aprovecha para hacernos algunas fotos más.

Y así, de esta manera, despidiéndonos de nuestras hijas y amigos, en definitiva, de nuestra familia, nos vamos a pasar nuestra noche de bodas, solos, los dos, sin nadie que pueda ser testigo de lo que ocurre entre nosotros, nada que pueda romper la magia que creamos cuando estamos juntos.

Epílogo

Tres años después

Hoy es el primer día de colegio para nuestra preciosa hija, Nube.

Su hermana mayor, Agnes, ya tiene seis años y está contentísima con la profe que le ha tocado este curso, es la mamá de su mejor amigo y ya están planeando cuántas fiestas de pijama harán en las próximas semanas.

Luke y Jeanine, los chicos que tenemos en casa también empiezan hoy el curso escolar.

Después de llevar al último *lote* hasta la casa en el estado de Nueva York, nos mudamos a un pequeño pueblo costero. Al principio, alquilamos una casita para los cuatro. Ezekiel abrió un taller de motos y yo empecé a trabajar como voluntaria en el comedor social de la zona. No me sobraba mucho tiempo con las dos pequeñas pero conseguimos que todo fuera rodado.

Me hice amiga de Maygan, otra asistente social y, después de informarnos mucho sobre todo lo necesario, compramos una casa más grande, con más habitaciones, la reformamos y, desde hace algo más de dos años, tras un largo y tedioso tiempo de papeleo y lenta burocracia, damos acogida en nuestra casa a niños en estado de desamparo.

Algunos están unos meses y después vuelven con sus padres una vez estos se han rehabilitado; todo el mundo tiene derecho a equivocarse pero después deben saber encauzar su vida. Nosotros estamos ahí para ayudar a los niños.

Por contra, hay algunos menores, como es el caso de Jeanine, que es huérfana, ha ido de casa en casa de acogida sin llegar a encontrar su sitio en ninguna. Al principio, fue algo difícil que congeniara conmigo, solo se entendía con Ezekiel y con las niñas. Pero, al cabo de unos meses, dejó de verme como a una bruja y ahora incluso deja que la lleve hasta la puerta del instituto y me da un beso en la mejilla antes de bajarse del coche. Hay que decir que detrás de

todo este avance está la mano de una buena profesional, y no es el caso del psicólogo que ofrecía el Gobierno; hablamos con Elena, le comentamos el caso y ella se encargó de ponernos en contacto con una colega suya que visita cerca de donde vivimos.

Acompaño a Nube hasta la que será su clase durante los próximos meses, una decoración deliciosamente infantil nos da la bienvenida, junto con la tutora y la auxiliar que está echándole una mano con los pequeños. Algunos están tranquilos, descubriendo todo el mundo nuevo que los rodea; otros, en cambio, están llorando desconsolados porque sus padres ya se han marchado.

—Buenos días, soy Eva, seré la tutora de esta niña tan bonita. —Se agacha para saludar a Nube, ella me mira primero a mí y después devuelve su mirada hacia la señorita.

—Puedes saludarla, cariño, ahora ya no es una desconocida. —Sonrío a la pobre mujer que mantiene una sonrisa radiante aunque no entienda por qué la niña ha actuado así—. Mi marido insiste mucho en que no hable con extraños y, antes de hacerlo, siempre espera a que uno de nosotros se lo presentemos.

—Oooh, eso está muy bien. ¿Quieres venir conmigo para que pueda presentarte a tus nuevos amigos y amigas? —Le tiende una mano que ella enseguida acepta.

—Mami, te *quero*. —Lleva su pequeña mano hasta sus labios, se da un beso en ellos y me lo tira. No puedo hacer otra cosa que cazarlo al vuelo y llevarlo hacia mis labios antes de enviarle otro de vuelta.

—Te quiero, mi niña. Hasta luego.

Cuando estoy llegando al coche, mi teléfono suena. Es un mensaje de Esperanza. Este fin de semana vendrá a impartir unas clases de defensa personal para mujeres. Conseguí que me cedieran una sala en el gimnasio que hay cerca del taller de Ezekiel.

Las chicas: Renata, Dulce y su hija Sara, Catalina y Guillermo, y Esperanza han conseguido, con la ayuda de otras mujeres que pasaron por la misma situación antes que ellas y también gracias a buenos profesionales y gente desinteresada, hacerse un buen futuro y cambiar sus vidas por completo.

Renata está asistiendo a clases nocturnas para adultos, quiere acceder a la Universidad, y prepararse para ser comadrona y no tengo ninguna duda de que lo

conseguirá. Por lo visto, en las clases encontró el amor hace unos meses. Uno de los profesores y ella han resultado ser muy compatibles y está empezando una relación con él. Es un enorme paso si tenemos en cuenta todo lo que sufrió la pobre mujer.

Dulce continuó cosiendo y dentro de poco abrirá su propia tienda de moda, donde además de arreglos, venderá sus propios diseños. Hace un año que vive con su hija Sara y con su prometido, José. Este pasado verano vinieron a visitarnos y pasaron unos días en casa.

Catalina está terminando sus estudios, siempre había soñado con ser chef repostera y creo que todos agradecen su elección, sobre todo su hijo Guillermo. Empezó a trabajar en un restaurante y no podía estar yendo y viniendo a la casa, así que comparte apartamento con Esperanza, que la ayuda con Guillermo cuando ella tiene que trabajar.

Y, como ya he dicho, Esperanza se especializó en defensa personal y ahora trabaja viajando por diferentes estados dando clases y conferencias sobre ese tema.

He quedado con Ezekiel en el taller, esta mañana tenía que salir pronto para llevar a los chicos al instituto mientras yo me encargaba de las niñas. Aunque para Nube haya sido el primer día de cole, para Agnes ya ha sido el tercero, además de que es más mayor y no necesita que la acompañe hasta la clase.

Aparco justo delante del taller. Ahí está él, con su camiseta negra de tirantes dejando ver sus torneados músculos y los tatuajes que los adornan, después de casarnos fuimos a hacernos un tatuaje en pareja: sobre su pectoral izquierdo, en su corazón, lleva una preciosa mariposa posada sobre una delicada y sonriente nube. Mi nombre cubre ahora el antebrazo derecho. Y yo llevo en el dedo anular izquierdo una margarita que simboliza el primer anillo de pedida que me regaló.

Bajo del coche y me acerco a él, su aprendiz está peleándose con la pata de cabra de una de las motos que tiene para reparar.

—Iker, ten cuidado, si vuelves a poner mal el caballete y se cae la moto, pagarás con tu sueldo las tapas que se rompan.

—¡Venga ya, Ezekiel! —se queja el chaval, tiene unos diecisiete años. No quiso seguir estudiando y gracias a un programa de integración laboral y a la paciencia inmensa de Ezekiel, está aprendiendo el oficio de mecánico.

—Buenos días, Iker —saludo al pasar por su lado—. Ya sabes que mi marido ladra mucho pero muerde poco.

Al decir eso miro a Thor que está tumbado al cálido sol en el patio trasero, ha levantado la cabeza al verme entrar pero no se ha movido de su sitio. Parece que está enfadado porque no puede estar con las niñas las veinticuatro horas del día.

—Acabo enseguida, nena —me avisa Ezekiel sin desviar la vista de la herramienta que tiene entre manos intentando colocar bien algo del motor de una Harley.

—¿Así es cómo vas a saludar a tu esposa? —me quejo, hace unas semanas que mis hormonas se están pasando de listas.

En dos segundos acaba con lo que está haciendo, se limpia las manos y viene hacia mí con los brazos abiertos.

Si lo que pretende es que lo abrace estando sucio como está, lo lleva claro. Alargo el brazo hacia adelante para mantenerlo alejado de mi cuerpo y del bonito vestido de color amarillo pastel, me gustaría que siguiera siendo de ese color, no quiero que acabe con manchas negras de grasa.

—Ni se te ocurra acercarte a mí hasta que no te hayas duchado y cambiado de ropa.

Pero es imposible detenerlo, tira de mi mano hacia él, para colocarla sobre su hombro mientras rodea mi cintura con uno de sus brazos y me roza la nariz con la suya.

—¿Te he dicho ya que hoy estás jodidamente preciosa? —susurra erizando cada centímetro de piel de mi cuerpo.

—Creo que esta mañana después de ducharnos juntos lo has dicho por segunda vez... —Sigo perdida en el caramelo líquido de sus ojos—. Y otra más después de comerte las tortitas del desayuno.

—Pues lo estás, nena.

Dicho esto, sus labios encuentran los míos y me besa de forma cariñosa, mete una de sus manos entre nuestros cuerpos para acariciarme el vientre abultado.

—¿Quieres seguir con tu apuesta? —pregunta.

—Por supuesto. No me intimidas, chico malo.

Me suelta, sonriente e ilusionado por lo que tenemos que hacer esta mañana.

En dos horas sabremos si el hijo que esperamos será niño o niña. Él cree que será una niña, yo digo que será un niño. El que gane decide el nombre que le pondremos. Yo tengo muy claro cual será en caso de que sea un niño.

Cuando llegamos a la consulta de la doctora, y tras indicarnos la enfermera que debemos esperar unos minutos, recibo un mensaje de mi querida Aly.

✓Alyssa: Acabo de hablar con la enfermera, ya sabe que el resultado de la ecografía debe ser sorpresa para que pueda prepararte el baby shower. Así que haz el favor de confirmarle que no queréis saber el sexo del bebé y dale mi dirección de correo electrónico para que me envíe el resultado. Espero que a Ezekiel no le importe esperar unos días más. Os quiero.

No puede ser, estamos alejadas por casi mil kilómetros pero aun así ella está presente en cada día de mi vida, ya sea de una forma u otra. A ver cómo le digo yo ahora a este padre impaciente que tengo aquí al lado, el hombre sin miedo, seguro, fuerte y decidido, el cual es incapaz de controlar el repetitivo movimiento de una de sus piernas, que tiene que esperarse unos días para conocer el sexo de su hijo.

Observo su perfil, su mandíbula dura y ancha, esa fina capa de barba que la cubre, el movimiento de la nuez al tragar saliva mientras se levanta cuando la enfermera nos llama. No suelta mi mano, sus dedos entrelazados con los míos es la representación carnal del estado de nuestras almas y nuestra existencia, estamos entrelazados en uno con el otro.

Tiro con dulzura de su mano para llamar su atención. Cuando desvía la mirada hacia mis ojos, sabe que tengo que decirle algo que no le va a hacer mucha gracia.

—Sé que tienes ganas de saberlo, yo también pero... Aly quiere hacernos una fiesta para el bebé. —La expresión de su cara cambia—. ¿Te importaría esperar unos días?

Las aletas de su nariz se abren y cierran un par de veces, está intentando controlar la maldición que sé que quiere soltar acordándose de mi mejor amiga.

—Venga va, dime que sí... Será la excusa ideal para volver a juntarnos antes de Navidad.

—Tiene como mucho hasta este fin de semana. No esperaré más.

—Se lo diré. Conociéndola seguro que ya tiene los billetes de avión para venir.

Después de que la doctora haya intentado, en vano, ver el sexo del bebé, nos da hora para dentro de dos semanas, no puede ser antes. Por lo visto estaba muy a gusto tal y como estaba y no ha habido manera de hacer que cambiara de posición.

Ezekiel suspira, yo sonrío..., parece que los astros se han puesto del lado de nuestra amiga.

Tres semanas después

—Madi, está todo listo en el jardín. Alyssa dice que ya puedes salir.

Luke me avisa, él es el encargado de llevar el enorme globo negro hasta la mesa dulce, a la espera de que Ezekiel, las niñas y yo le clavemos una aguja para pincharlo y dejar que el confeti de un color específico nos revele si el bebé que crece en mi vientre es un niño o una niña.

Ezekiel está hablando con Romeo y Kenny, han venido ambos con sus parejas respectivas: Lilly y Susan. No teníamos claro si Kenny vendría acompañado o no, Susan y él han vuelto a discutir por enésima vez. Creo que son demasiado orgullosos los dos y todavía no han conseguido encontrar en punto medio que los acerque.

—¡Oh! Está precioso, Lilly. Tiene la misma cara de chico malo que su padre.
—Ella sostiene en brazos a su hijo de tres meses, el cual tiene unos preciosos ojos verdes.

—Tía Madi, dice mamá que ya podéis salir —Joaquin nos avisa.

Al llegar al porche del jardín me paralizó al ver toda la decoración que Alyssa ha estado colocando de manera estratégica por los distintos rincones: el *photocall* y el marco de fotos para sujetar y colocarnos detrás, mitad rosa, mitad azul. Los globos y velas que bordean parte de la piscina, también en ambos colores. Todo mi jardín es una bonita mezcla de tonos pastel entre rosa y azul bebé.

Austin se acerca a las cubiteras para coger una cerveza bien fría, se la merece después del palizón que acaba de darle su mujercita para que la ayude a colocar todo esto.

Ezekiel se coloca tras de mí y pasa sus manos por mi cintura, acariciando la piel descubierta que hay entre el top de tirantes y la falda.

—Sabes que será una niña —susurra en mi oreja, pegándome a su cuerpo.

—Lo único que sé con seguridad es que será inmensamente querido, sea niño o niña.

—Eso está claro. Tendremos que controlar a sus dos hermanas mayores, ¿has escuchado todo lo que estaban tramando antes, mientras jugaban con las muñecas?

—Sí. Va a ser su pequeño muñeco.

—¿Muñeco? —pregunta él, dándole un énfasis especial a la palabra.

—Sí, eso he dicho. Muñeco. Porque sigo diciendo que será un niño.

Después de comernos toda la comida que hemos estado preparando más los dulces que han traído Aly y Lilly, llega el esperado momento de saber el sexo de nuestro bebé.

Ezekiel coge en brazos a Agnes y yo aúpo a Nube, los invitados están preparados para hacernos fotos, Jeanine se encarga del vídeo, tiene que hacer un trabajo para clase sobre edición y ha tenido claro que este sería el momento ideal.

Luke nos trae el enorme globo. Lo echaremos de menos. Su madre ya está rehabilitada y reinsertada del todo, así que en dos semanas volverá a su casa. Después de casi dos años con nosotros, extrañaremos sus canciones y escuchar el punteo de guitarra cuando él está en casa. Ezekiel se ha ofrecido a seguir pagándole las clases de música, tiene un talento extraordinario y sería una pena que se quedara sin formación. No vivirá muy lejos, a media hora de aquí, y su madre ha accedido a que podamos mantener el contacto con él.

—¿Estáis listos? —gritan todos.

Luke me entrega una aguja, larga y puntiaguda, con la que pincharemos el globo.

Con nuestras manos unidas apretamos y, en cuanto el metal entra en contacto con el hinchado plástico, estalla dejando que cientos de recortes de papel de color azul vuelen sobre nuestras cabezas, deslizándose hacia el césped.

Mi pequeño Charlie, así se llamará en honor a su difunta tía, parece querer formar parte de la celebración porque se mueve con fuerza en mi interior. Thor

da un respingo cuando escucha la explosión del globo y viene de inmediato para ver si estamos bien. Él siempre tan protector.

Las felicitaciones de nuestros amigos se mezclan con besos y abrazos, risas y confidencias, con saltos de alegría de los más pequeños y con un poco de llanto del pequeño Alex, el hijo de Romeo y Lilly.

Son más de las doce cuando nos metemos en la cama. Jeanine ha salido con unas amigas después de la cena y acaba de volver. Luke ha estado tocando en el garaje, Ezekiel se ha pasado la última hora con él. Sé que el momento de separarnos será duro, pero esperamos que su madre sepa aprovechar la nueva oportunidad que tiene.

—Esta casa se está quedando pequeña. —Se deja caer sobre la cama, vestido solo con unos calzoncillos de color negro que acaba de ponerse después de ducharse.

—Cariño, tiene cinco habitaciones, un despacho y el sótano reformado y equipado totalmente. Son nuestra familia, no les importa estar unos días apretados si podemos estar todos juntos.

Apoyo la cabeza sobre su pecho y acaricio distraída el caminito de vello negro que baja por su vientre, entretanto él me acaricia los hombros, masajea y aprieta en los puntos claves para destensar toda la musculatura.

—Tengo ganas de ver cómo crece tu vientre. Gracias por este regalo, mi amor.

Sé a lo que se refiere. Con dos hijas no esperaba que fuéramos a tener un tercero, pero yo sabía que él se moría por tenerlo, así que al final ganamos los dos.

Tan rápido como siempre, se deshace de la única prenda de ropa que lo cubre y se coloca entre mis piernas. Nuestras miradas se conectan entre sonrisas y tiernas caricias. Los besos son nuestro lenguaje ahora, con ellos expresamos lo que sentimos en este momento, y no puedo ser más feliz y sentirme más querida que cuando mis hijas me abrazan o cuando el hombre al que amo me lleva a la gloria haciéndome el amor.

Fin

Nota de la autora

Esta historia empezó a coger forma un día mientras veía la serie *Mayans*, una secuela de *Hijos de la anarquía*. Tenía claro la ambientación y la localización, algún punto de la frontera entre México y Estados Unidos pero, a diferencia de las series mencionadas, no quería utilizar los túneles para traficar con drogas o armas.

Sabía que quería hablar sobre este tema tan duro como es el maltrato. Empecé a recabar información sobre las mujeres maltratadas en el país fronterizo y descubrí las casas de acogida secretas en las cuales dan asistencia a algunas mujeres. Desde ahí, empecé a formar la trama.

Hasta la fecha, no me había atrevido a tocar un tema tan serio y doloroso pero tenía ganas de hacer una historia en la que, a pesar del dolor y los malos momentos, las mujeres ganaran. Una historia en la que el fin justificara los medios para salvar a esas personas, mujeres y niños, una historia en la que los buenos no tuvieran que ir de uniforme ni ser licenciados. Quería personas con las agallas suficientes para jugarse la vida por otras personas que no conocen de nada, por el simple hecho de ayudar al prójimo. Eso se está perdiendo.

Quería dedicarle esta historia a ella, a mi Agnes particular. Ella sufrió en silencio durante mucho tiempo, en su época era lo normal. Yo quería explicarle la historia que estaba empezando, pensando en ella, en el reflejo de tantas y tantas vidas anónimas, de mujeres de antes, las de la postguerra, y en mujeres de ahora, las del siglo XXI. Desgraciadamente, en mujeres de todos los tiempos.

Poco después de empezar a escribir tuvo lugar uno de los acontecimientos que más ha marcado mi vida hasta la fecha. La muerte de mi niña. Mi abuela.

Mi querida mariposita, mi Agnes, no podría ser otra que mi abuela Inés. «Este será el primer libro que no podré darte. Te echo de menos, cada día, pero sé que estás por aquí, iluminando nuestros días con tu luz, porque tú eres luz».

A pesar de la muerte de alguno de los personajes (sí, en esta novela no he tenido tantas contemplaciones con ellos, los he puteado a base de bien, je, je, je), eso no cambia el hecho de quiénes son las ganadoras. Pero, desgraciadamente, hay personas que no superan sus traumas, se hunden en la oscuridad y no encuentran otra salida. Esas personas también merecían su aparición en esta obra de ficción que bien podría ser la vida de alguien, porque no olvidemos que la realidad supera siempre a la ficción.

Ojalá no tuvieran que existir personas como Charly, Ezekiel y sus hermanos, Michelle, Elena, X..., eso significaría que esta lacra social del maltrato no continuaría siendo una realidad.

Espero que se entienda el enfoque que he querido darle y nadie se sienta ofendido por la forma de hacer de Ezekiel y los chicos. Aunque no sean cien por cien legales, lo hacen todo por ayudar.

El color morado de la portada va por todas nosotras.

#niunamenos

#noesno

Agradecimientos

Empezaré por mi abuela, gracias por toda la sabiduría que solo la experiencia puede darnos. Por enseñarme tanto sin necesidad de hablar, y por darme la oportunidad de haber estado contigo siempre.

Gracias a mi familia, mi marido y mis hijos, por aguantarme y por esperar en las ocasiones en las que he dicho «voy» y tardaba más de un «voy» en ir.

A mi querida Alba Tarrés, una gran profesional y mejor persona, que tengo la suerte de tener en mi vida. Gracias por aclararme las dudas sobre algunos aspectos psicológicos. *¡T'estimo molt!*

A mi prima Montse, que vive en Estados Unidos. Gracias a ella he tenido más claro el funcionamiento de los hogares de acogida, llamadas allí *Foster Homes*, ya que las casas de acogida como tal pertenecen al Gobierno y desde ellas envían a los niños con los padres de acogida. Y también por explicarme la función que tienen allí los asistentes sociales.

Gracias a mis lectoras cero, Pilar Barrio y Sara Adrián, por sus comentarios, puntos de vista, sus buenas ideas, por ayudar a que esta historia llegue lo más perfecta posible a tus manos.

Gracias a mi correctora, Bego Martínez, por pulir el aspecto del texto que acabas de leer, la puntuación y los tira y estira, ja, ja, ja. También por todas las anotaciones que me has hecho y que han sido de gran ayuda.

A Nere Gurutzeta, mi diseñadora y maquetadora, encargada de hacer su magia tanto en la portada como en el interior de este libro.

A todas vosotras, las lectoras, que me pedís más y más, que os leéis las historias en dos días, alguna incluso en menos, aunque el libro tenga quinientas páginas... Gracias por querer tanto y tan bien a todos mis chicos, que desde que los conocéis ya son vuestros también, empezando por Cath y Will que fueron los primeros, hasta Madison y Ezekiel que son los últimos, aunque solo sea

temporalmente, porque la siguiente historia ya está rondando con fuerza y tiene las primeras páginas escritas.

GRACIAS en mayúsculas una vez más por darle una oportunidad a una de mis historias. Deseo de corazón que hayas acabado de leerla con un suspiro, una sonrisa y quizá, hasta una lagrimilla.

Ahora solo os pido que, si os ha gustado, la recomendéis, dejéis un comentario en Amazon, Goodreads, redes sociales. No os podéis imaginar lo que nos ayudáis cuando lo hacéis y la ilusión que nos hace a l@s autor@s saber qué sentimientos hemos despertado en vosotros mientras nos leéis.

Un besazo y ¡hasta pronto!

Davinia.

Playlist

Fun. & Janelle Monáe. *We are young (feat. Janelle Monáe)*

Aretha Franklin. *Respect*

Imagine Dragons. *Whatever it takes*

Naughty boy & Beyoncé. *Runnin' (Lose it All)*

Nelly Furtado. *Say it Right*

Rozalén. *La puerta violeta*

Natti Natasha & Ozuna. *Criminal*

Rosalía. *Di mi nombre*

Danny Ocean. *Me rehusó*

Julia Michaels. *Issues*

Ms. Lauryn Hill. *Lost ones*

Antonio Orozco. *Estoy hecho de pedacitos de ti*

Aerosmith. *Crazy*

Todo bien, perfectamente.

Cerveza

Chivarse de algo.

No me importa.

Otras novelas de la autora

[Almas](#)

[Mi vikingo](#)

[Tus cuatro deseos](#)